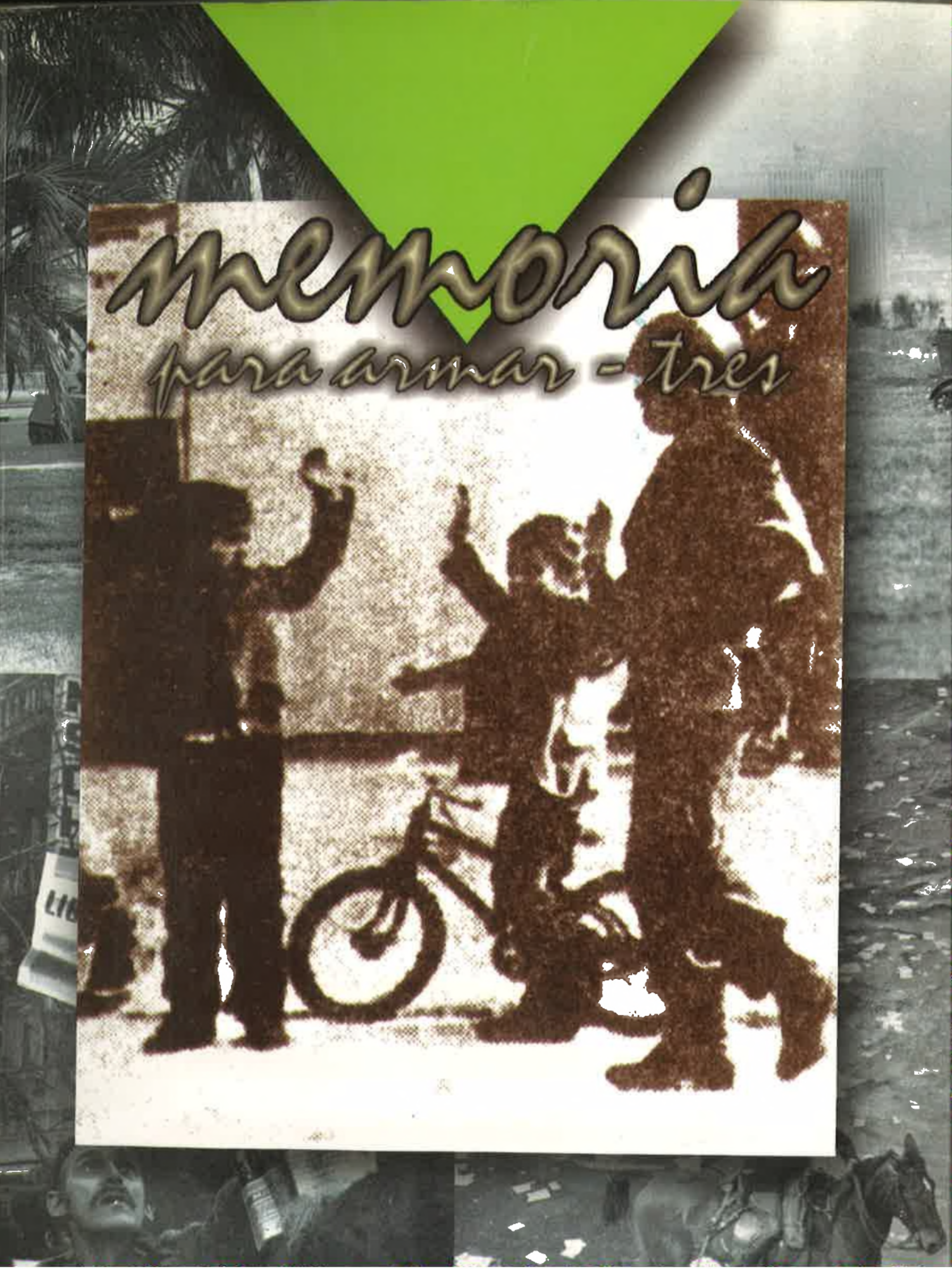
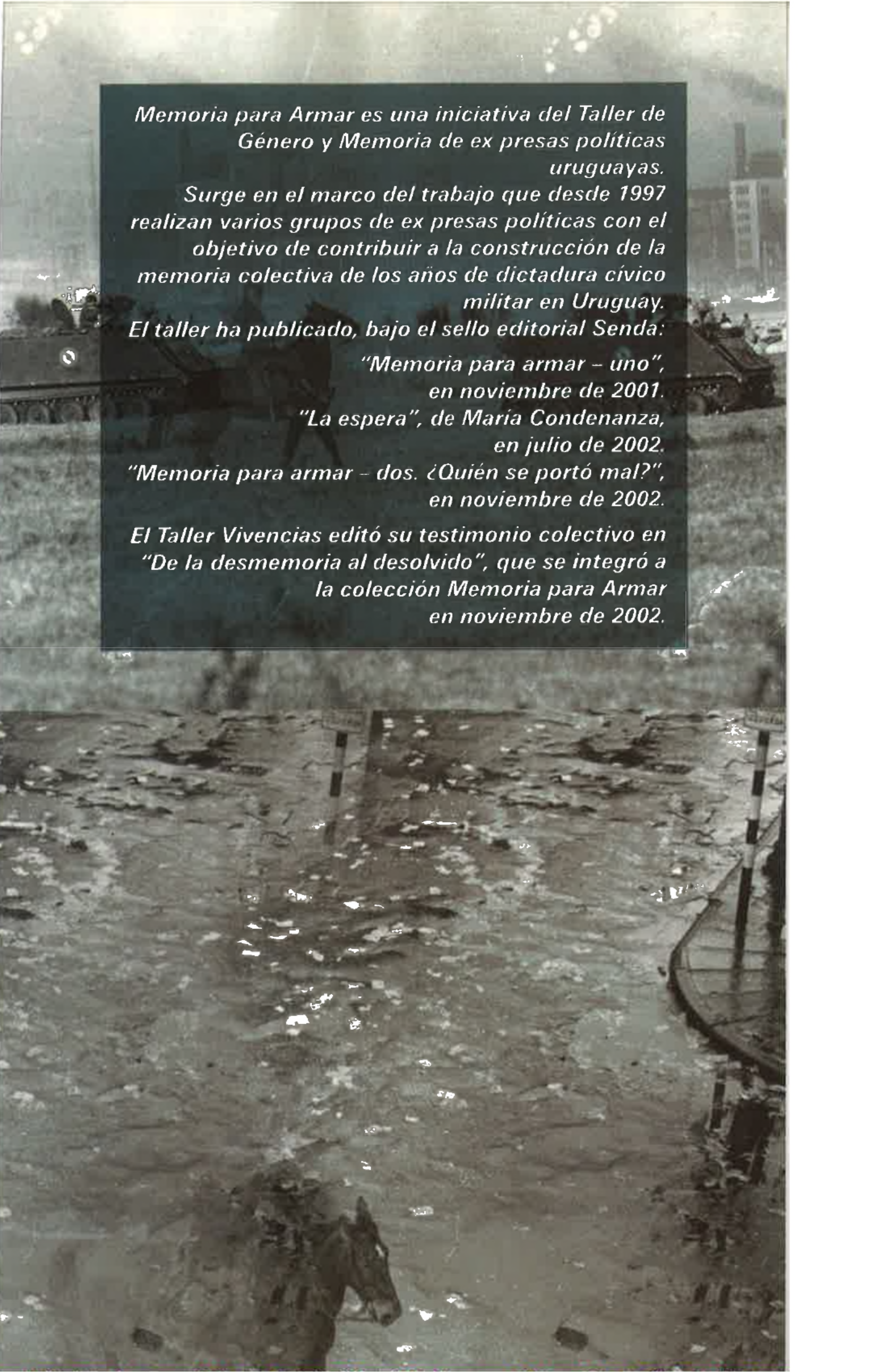

memoria
para armar - tres



Memoria para Armar es una iniciativa del Taller de Género y Memoria de ex presas políticas uruguayas.
Surge en el marco del trabajo que desde 1997 realizan varios grupos de ex presas políticas con el objetivo de contribuir a la construcción de la memoria colectiva de los años de dictadura cívico militar en Uruguay.
El taller ha publicado, bajo el sello editorial Senda:

"Memoria para armar – uno",
en noviembre de 2001.
"La espera", de María Condenanza,
en julio de 2002.
"Memoria para armar – dos. ¿Quién se portó mal?",
en noviembre de 2002.

El Taller Vivencias editó su testimonio colectivo en "De la desmemoria al desolvido", que se integró a la colección Memoria para Armar en noviembre de 2002.

MEMORIA
PARA ARMAR
TRES

MEMORIA
PARA ARMAR
TRES

Selección de testimonios coordinados por el
Taller de Género y Memoria - ex Presas Políticas

Editorial SENDA

Fotos de portada: Archivo fotográfico del diario *La República*
Diseño de portada: Beatriz Battione
Diseño y armado interior: Sonia Mosquera

taller@memoriaparaarmar.org.uy
Hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay – Printed in Uruguay
Primera edición: noviembre 2003 - 2.000 ejemplares

ISBN: 9974-39-595-X

AGRADECEMOS

A Pilar Asencio, Graciela Barrios, Susana Mallo,
Constanza Moreira y Graciela Sapriza los valiosos
artículos que enriquecen nuestro volumen.
Al diario *La República* el generoso préstamo
de fotos de su archivo.

NUESTRO HOMENAJE

A todas las que partieron y nos dejaron sus banderas.
A las que hicieron de la solidaridad una razón de vida.
A las que supieron criar a sus hijos bajo el terror para que fueran libres.
A las que fueron capaces de sentarse a escribir venciendo el dolor o la timidez.
A todos los que lucharon contra la opresión.
A las jóvenes generaciones.

PRESENTACIÓN

Memoria para Armar ofrece este tercer volumen en el año en que los uruguayos realizamos una intensa recordación de los 30 años del golpe de Estado.

No podemos ni queremos hacer un libro de historia de ese hecho ni de lo que siguió luego, y menos de lo que había pasado antes; por eso, para la reflexión especializada ofrecemos espacio a las investigadoras Pilar Asencio, Graciela Barrios, Susana Mallo, Constanza Moreira y Graciela Sapriza.

Nuestra tarea es, una vez más, recoger y publicar testimonios de mujeres y a ellas encargamos la urdimbre del recuerdo.

Recuerdos, apenas briznas de sucesos vividos por participantes anónimas aunadas en una voz coral que revive para nosotros a veces una desnuda sucesión de hechos, y otras, la intensidad de un momento o la reflexión crítica y dolorosa.

Desde el revés de la trama de la historia, la mirada aguda de una mujer humilde señala que "ellos" repetían opresiones y castigos acostumbrados en la explotación latifundista y aplicaban un saber autoritario propio del sistema económico.

Registramos luego brevemente algunos episodios de ataque a la libertad de los ciudadanos antes de 1973 para ilustrar el avance hacia la entronización de la dictadura.

Con los testimonios volveremos a oír la radio escuchada por la obrera que se encamina a la ocupación fabril o la joven estudiante que va al liceo aquella aciaga madrugada del 27 de junio, cuando se anuncia el atropello a la Constitución.

Otra vez como entonces, correremos entre los gases y los sables en la gran manifestación de la resistencia popular de julio.

En una larga secuencia los relatos refieren posteriormente tanto hechos atroces como menores en los años oscuros.

Pero supimos resistir y resistimos, con riesgo, con humor, con valentía desde todos los lugares, y las protagonistas así lo exponen.

La trabajosa democracia vendrá después con su cortejo de interrogantes y miedos propios, a los que una vez más habremos de enfrentar y responder.

MUJERES QUE ESPANTAN DEMONIOS

*Graciela Sapriza**

En este enfoque coloco en primer plano a las mujeres, aunque parezca desmedido. Porque las rescato como activas articuladoras de los cambios que se produjeron durante la dictadura. El movimiento de mujeres emergió como un nuevo sujeto social en la transición a la democracia. A partir de entonces ha debido luchar por el reconocimiento y la legitimidad de sus acciones y por la modificación de las agendas políticas. Me propongo rastrear los antecedentes de este movimiento, en los años previos a la ruptura institucional e indagar en las acciones de resistencia al terrorismo de Estado desplegadas por ellas.

La década de 1960 marcó el inicio de una acelerada crisis económica social y política. Las propuestas de reformas estructurales en la producción se enfrentaron a la negativa del gobierno –vinculado a estrategias internacionales (las políticas financieras del FMI)– que, por el contrario, implantó políticas de "ajuste". Los trabajadores se opusieron con fuerza a esos intentos. Y la respuesta del Estado fue la implantación de medidas prontas de seguridad, recurso constitucional de excepción que sin embargo se aplicó casi ininterrumpidamente durante el gobierno de Pacheco Areco (1968-1971). En este marco de suspensión de las garantías constitucionales se produjo la militarización de importantes sectores de trabajadores públicos y privados (los más recordados, los trabajadores de UTE y bancarios) que fueron llevados a cuarteles, despedidos o suspendidos de su trabajo. Los diferentes enfrentamientos que se produjeron entre un gobierno cada vez más violento y arbitrario y amplios sectores del movimiento popular –sumado al accionar de la guerrilla urbana– llevaron primero a la militarización de la sociedad y finalmente a la ruptura institucional más grave y dolorosa del siglo, que se produjo en 1973.

La década del 60 se inició con el logro de la igualdad de salarios entre varones y mujeres en la industria textil. Igual salario para igual trabajo fue la consigna histórica de los socialistas desde comienzos del siglo XX. Y esta conquista se consiguió por primera vez en América Latina a través de la huelga más recordada de ese período. Se extendió a todo el país y duró tres meses –comenzó el 15 de agosto y finalizó el 5 de noviembre de 1960– con un laudo en el Consejo de Salarios en el que se consiguieron aumentos de hasta el 72% para los ingresos sumergidos de las trabajadoras.

---

* Historiadora, master en ciencias humanas y docente en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UDELAR.

Parece importante destacar este aspecto social porque en el presente poco se recuerda de estos actos "grises", opacados/silenciados frente a acciones consideradas como más heroicas o épicas. La mención reiterada de esos episodios –el enfrentamiento entre las Fuerzas Armadas y la guerrilla, por ejemplo– como los únicos destacados en los relatos de las causas y el desarrollo de la dictadura, construye una historia simplista y reductora del pasado reciente. Peligrosa, además, por las omisiones y desconocimientos que ello supone.[1]

El logro de la equidad de salarios se explica no sólo por la fuerza del sindicato, sino por el predominio del personal femenino en esa rama y sobre todo por la presencia de un fuerte núcleo de dirigentes mujeres del período.[2] Ya existía el Congreso Obrero Textil (COT) que agrupaba a los trabajadores de esa rama de la industria y se había iniciado el proceso de unificación hacia una sola central obrera, la CNT. El conflicto del 60 se extendió a todo el país con ocupaciones de fábricas. Juan Lacaze constituyó uno de los puntos fuertes de la huelga. Todo el pueblo –que dependía de las dos fábricas allí instaladas– se conmovió, despertando solidaridades insospechadas. Las monjas amasaban el pan para las muchachas y muchachos obreros que ocupaban la fábrica.

En octubre de 1960 se realizó la "marcha del sacrificio". Los trabajadores recorrieron 151 quilómetros a pie para llegar a Montevideo, donde los esperaba una dura represión. Estas marchas de obreras/os fabriles precedieron a las de los cañeros agrupados en la UTAA, que "bajaron" desde Bella Unión (1964) a fin de mostrar a los incrédulos ciudadanos montevideanos los diferentes tiempos históricos que se vivían en el medio rural. Hubo presencia de mujeres en esas marchas, entre ellas Lourdes Pintos.[3]

Para las mujeres más jóvenes "la política estaba en la calle" y sobre todo en las movilizaciones estudiantiles que comenzaron en 1967 y 1968, reflejo del incremento de la matrícula femenina en la enseñanza media y superior. En el censo universitario de 1963 las mujeres ya eran el 41% del total de estudiantes, iniciando la feminización del estudiantado universitario.[4] Sin ese dato, muchos de los cambios del período no se harían visibles. Las universitarias fueron protagonistas de una revolución cultural tangible. Al decir de Rodolfo

---

1 Esta versión del pasado reciente se ha formulado como la "teoría de los dos demonios", dos fuerzas violentas enfrentadas en una "guerra" particularista, ajena a la acción de los grupos sociales, ajena también a la responsabilidad de los actores políticos contemporáneos.

2 La equiparación de salarios comenzó a hacerse en forma escalonada desde 1963 hasta 1967, año en el que el proceso se detuvo por la ley de congelación de precios y salarios. La conquista quedó así sin efecto e incluso revirtió durante la dictadura.

3 Los obreros del Frigorífico Anglo de Fray Bentos realizaron varias marchas a pie hasta Montevideo en el período (1956, 1967 y 1968), también los remolacheros de Paysandú en 1968.

4 El censo universitario de 1999 muestra que existe 61% de estudiantes mujeres y 39% de varones.

Walsh,[5] "las mujeres están haciendo la revolución dentro de la revolución, exigiendo un papel protagónico en la primera línea". Ingresaron a los movimientos de izquierda, algunas en la guerrilla urbana, otras militaron en el Partido Comunista o en partidos políticos que pronto fueron ilegalizados en el marco de la vigencia de las medidas prontas de seguridad.

Queda aún por saber si la revolución que se percibía inminente se acompasó con una verdadera "revolución sexual". Sin embargo, la aparición de la píldora anticonceptiva marcó para siempre una rotunda separación entre sexualidad y reproducción. La conjunción de posibilidad y urgencias dio por resultado aquello de "compañera" para construir el futuro "en la calle y codo a codo". "La muchacha de mirada clara" se convirtió en símbolo de esa nueva mujer, en la voz de Daniel Viglietti. Mientras la popularidad convertía a Idea Vilariño en la poetisa "anónima" de los orientales. Muchas voces se apropiaron de estrofas que "de todas partes vienen" sin preguntar quién las escribía.

A diferencia de la masiva presencia de mujeres en el movimiento obrero y en el estudiantil, fueron muy pocas las que se destacaron en los partidos políticos. La dureza y masculinización de las estructuras partidarias se expresaron en el exiguo número de parlamentarias (menos de 3%) en todo el período (1938-1973). Sin embargo, y a contrapelo de las estructuras patriarcales, algunas pocas construyeron un camino de ciudadanía en esos espacios. Entre ellas, la más saliente sin duda es Alba Roballo, que en sus inicios en el Partido Colorado, en 1947, se animó a armar una lista sólo de mujeres. Siendo senadora tuvo que compartir el baño con sus colegas varones, ya que en el Palacio Legislativo no se previó uno para mujeres. ¡Qué manera gráfica de marcar la exclusión de la política! Fue la primera ministra (de Cultura) de la historia del país. Al producirse la muerte de Líber Arce, el 14 de agosto de 1968, renunció a su cargo. Participó en la formación del Frente Amplio junto a sus colegas del Partido Colorado, Zelmar Michelini y Hugo Batalla. Sumándose a un conjunto de ciudadanos provenientes de los partidos Nacional, Comunista, Socialista y Demócrata Cristiano conformaron una nueva fuerza política que en 1971 se estrenó en la contienda electoral.

Resulta difícil establecer claramente cuándo empezó la dictadura, así como hoy se discute la fecha exacta del golpe de Estado. Si ésta se produjo ya en el año 1972 durante el violento mes de abril de 1972 y el establecimiento del "estado de guerra", con el saldo de 20 muertos en cuatro días. Cifra inconcebible para el otrora pacífico país. Se plantean dilemas entre el 9 de febrero de 1973 (con el pacto de Boiso Lanza y la difusión de los comunicados 4 y 7) o el 27 de junio, con la disolución del Parlamento por el presidente electo Juan María Bordaberry. Las dificultades provienen de que *"el golpe de Estado en Uruguay no*

---

5 R. Walsh (1927-67). Periodista y novelista argentino, militante montonero. Es uno de los desaparecidos en la Argentina de la dictadura (1976-1982).

es una interrupción abrupta de la legalidad, por actores que operan 'desde afuera' del sistema político estatal-militar sino que es una resultante de dinámicas institucionales conflictivas que llevan, finalmente, a un golpe institucional, a que el propio presidente constitucional se convierta en dictador y a la configuración de un régimen totalitario de tipo cívico-militar".[6]

Dos procesos marcan significativamente a la dictadura en Uruguay. La implantación del terrorismo de Estado y el mayor deterioro de las condiciones de vida y de salarios de la población. Estas dos situaciones afectaron profundamente a las mujeres y suscitaron respuestas políticas de resistencia propiciando el nacimiento de un importante movimiento social.

Uno

Si busco una imagen que exprese el miedo y la incertidumbre impuesta por el terrorismo de Estado, lo asocio a una madre buscando a su hija/o desaparecida/o, o bien a una mujer preguntando por su compañero secuestrado. (Aun a riesgo de perpetuar el estereotipo de la debilidad femenina frente a la fuerza arbitraria masculina-militar, pero así operó el sistema de género, que además fue reforzado por el régimen dictatorial.) La búsqueda en las comisarías y en los cuarteles chocaba con la misma respuesta, siempre, "nadie sabe dónde está". Esta situación se prolongó, a veces, por un año. Algunas nunca recibieron respuesta. No hay manera de medir el impacto y la angustia que generó esta vivencia no sólo en la familia y su entorno próximo.

La vuelta a la "normalidad" era el permiso para visitarla/o en el "establecimiento militar de reclusión". *"Día por día, todo el invierno, con un solo billetito semanal, de pedidos"* (ropa de abrigo, libros, un remedio, una jarrita de loza), relata Circe Maia.[7] *"Y de pronto, un día cualquiera, después de largos meses, aparece el juez, los procesa, levanta la incomunicación y entonces quedamos bruscamente frente a frente, sentados en largos bancos de madera separados por brevísimo espacio, porque la mesa no alcanzaba para todos. Al inclinarnos, casi nos rozábamos. Y esto era lo monstruoso: había que frenar el impulso fortísimo que tendía a arrojarnos a uno en los brazos del otro. La orden militar estricta de no tocarse era algo más sólido, más real que rejas o muros."*

Pienso en una situación límite, y son las mujeres presas políticas y las nueve rehenes,[8] trasladadas a cuarteles y viviendo en condiciones extremas. Otra forma de extender el temor a las detenidas y a la población en general. Y *"no se*

---

6 Rico, A. "Del orden político democrático al orden policial del Estado", págs II-III. *Brecha* 6-VI-03, Separata "1972. El año de la furia".

7 Maia, Circe. *Un viaje a Salto.* Parte 2. "Páginas de un diario", pág 29. Ediciones Nuevo Mundo, Montevideo, 1987.

8 Los rehenes eran 18, nueve varones y nueve mujeres. Las mujeres rehenes fueron sistemáticamente "olvidadas" en los primeros relatos de la dictadura, hasta que las propias ex presas políticas comenzaron su trabajo de recuperación de una historia plural.

puede hablar de la cárcel sin hablar de su antesala, la tortura", dice Ivonne Trías. *"La máquina había marcado a cada una con la visión de su propio límite humano, de allí cada una salía reafirmada, desmoralizada, segura, demolida... Para hacer frente a esos daños se contó con las sabidurías chamánicas de todas... Siempre de este lado de la reja"*.[9]

Durante los 12 años de gobierno militar, toda la población de Uruguay vivió bajo el estado de terror. Entre 1972 y 1984 aproximadamente 60 mil uruguayos fueron detenidos, secuestrados, torturados y procesados por la justicia militar. Alrededor de 6 mil personas fueron prisioneros políticos –un número asombroso en un país con una población de apenas 3 millones de habitantes–. Durante la dictadura, 120 ciudadanos uruguayos desaparecieron, muchos de ellos fueron secuestrados en Argentina, donde habían intentado infructuosamente buscar refugio, durante *razzias* realizadas con la cooperación de las fuerzas armadas argentinas. Trece niños desaparecieron durante una década, a los que debe agregarse cuatro más, posiblemente nacidos en cautiverio.

El uso sistemático del terror y su reafirmación en las cárceles y cuarteles llenas de prisioneros operaron en el cuerpo social como un panóptico de control y miedo provocando un repliegue de la población a lo más privado de lo privado como forma de preservarse y preservar la supervivencia.

Dos

A la ruptura institucional y la represión se sumaron las transformaciones económicas que se procesaron en esos 12 años. El resultado de mayor impacto fue el descenso del salario (tomando como índice 0 los de 1968, éste disminuyó en 50% hasta 1984, en un contexto de reducción de los gastos sociales del Estado, en particular los de salud y educación (el presupuesto militar los doblaba) y, en consecuencia, la desprotección de la reproducción social.

Para enfrentar la crisis, los sectores populares trazaron diferentes estrategias de supervivencia, entre otras, el sobretrabajo familiar y la multiplicación de generadores de ingreso. La consecuencia directa fue el ingreso masivo de las mujeres al mercado de trabajo (en Montevideo, en 1973, las mujeres eran el 31,7% de la población económicamente activa, y en 1986 llegaron a ser el 42%). El mayor peso recayó sobre los hombros de las mujeres, ya que debieron asumir el doble rol de asalariadas y responsables de las tareas domésticas.

Las grandes fábricas se desmantelaron y se extendió la práctica del trabajo manufacturero domiciliario y la participación en el mercado informal donde se exigían "cualidades femeninas" consideradas no calificadas; estos factores incidieron también en el descenso de los salarios. Se agregó, además, un cambio en la composición de la fuerza de trabajo femenina, ya que se incrementó la participación de mujeres casadas, divorciadas y jefas de hogar, en edades

9 Trías, Ivonne. "De este lado de la reja". *Brecha*, 4-VII-03. Pág V. Separata "A 30 años del golpe de Estado. Dictadura y resistencia".

que corresponden a los ciclos familiares expansivos. Se suma que estas nuevas trabajadoras estaban desvinculadas de las "tradiciones sindicales" de asociación y protección de las condiciones de trabajo y salarios.

El avasallamiento de las instituciones, la ilegalización de los partidos, el desmantelamiento de las organizaciones sindicales, produjeron una "privatización de la política". Las prácticas de participación se redujeron al ámbito del hogar y el vecindario, espacios de interacción tradicionalmente femeninos. En ese entorno se produjo un interesente proceso de innovación.

"Este proceso tuvo innegables implicaciones en el surgimiento de nuevas demandas no sólo hacia el dominio de lo público, sino también de lo privado, condicionando el surgimiento de las mujeres como un nuevo actor social y político, propiciando el resurgimiento de los movimientos de mujeres."[11]

El año 1980 por cierto marca un quiebre sustancial en el sistema opresivo. El peso de la tradición política y la importancia de las prácticas democráticas para lograr el consenso forzaron al régimen militar a convocar a un plebiscito para una nueva Constitución. Una dictadura nacida con escasa base social necesitaba legitimar su autoridad después de siete años de autoritarismo y corrupción.

En esa instancia un 57% del electorado se pronunció por el No, a pesar de no haber recibido casi ninguna información a favor de esta opción en los medios escritos, o en radio y televisión, y con la propaganda oficial apuntando hacia la aprobación de la nueva Constitución. Para explicar esta actitud de rechazo probablemente los años de estabilidad democrática fueron decisivos, junto a la extensión de la educación a amplios sectores de la población, lo que dio por resultado una sociedad profundamente politizada en la que tanto los partidos políticos como los lazos personales y familiares eran de importancia fundamental. En 1980 emergió lo que había sido una muda resistencia al régimen.

Entre los agentes de esa resistencia las mujeres jugaron un papel destacado. Lo hicieron "desde abajo", desde los espacios de la vida cotidiana, de la familia, la comunidad, centros deportivos y parroquias. Sus actividades pueden ser entendidas como una forma de resistencia desde lo privado, lo que pone en evidencia la centralidad de sus roles políticos.

Se politizó el ámbito privado. El hogar, el barrio, se convirtieron en lugares privilegiados para las acciones de resistencia. Las mujeres aparecían como las expertas en ese medio cuyas reglas y lealtades casi desconocían los hombres. Las respuestas al autoritarismo asumieron modalidades nuevas, apagones, caceroleos, jornadas de no-compra, la práctica del "boca a boca" para trasmitir información. Pero también para ellas fue el descubrimiento de las múltiples relaciones de poder encubiertas en el ámbito privado. A medida que adquirían experiencia de participación comenzaron a percibir las marcas de su propia subordinación.

---

11 Prates, S y Rodríguez Villamil, S. *Los movimientos sociales de mujeres en la transición a la democracia*. Serie Documentos Ocasionales Nº 9, GRECMU, Montevideo, 1985, pág. 36.

Los movimientos de mujeres se organizaron en defensa de las necesidades básicas, con el objetivo de luchar contra la dictadura y, en particular, en defensa de los derechos humanos. Se multiplicaron los llamados nuevos movimientos sociales. Cooperativistas, ollas populares, jóvenes que realizaron una experiencia de participación en la que empezaron a cuestionarse temas hasta entonces ausentes de los proyectos políticos. Se visibilizaron relaciones de poder y subordinaciones que el anterior marco formal democrático había mantenido ocultas. Lo novedoso de estos movimientos es que convocaban a gente común que no tenía experiencia anterior, ya que la dictadura era cuestión de todos y todas.

La recuperación de la democracia fue por cierto una tarea de todas y de todos. La transición a la democracia desplegó un escenario de luchas por el reconocimiento de estos nuevos actores y de sus nuevas prácticas –horizontalidad, transparencia, pluralidad de voces– surgido desde espacios alternativos a la política formal. Esa negociación no siempre fue exitosa. Las propuestas renovadoras fueron sofocadas por el impulso "restaurador" que impregnó a los dirigentes de los partidos políticos –tanto de la derecha como de la izquierda– que retomaron la conducción de la cosa pública. Todo debía ser "igual" al Uruguay anterior a la dictadura, no sólo restituir a los desplazados por el autoritarismo, sino restaurar las instituciones como forma de negación de esos 12 años en la historia del país (en la Universidad, por ejemplo, se volvió a nombrar como rector y decanos a las misma personas que habían ocupado esos cargos en 1973).

Primera paradoja, no hubo ninguna diputada o senadora en la legislatura de la democracia restaurada, a pesar del protagonismo reciente. No obstante, las mujeres se constituyeron en un nuevo e ineludible actor político logrando inscribir en la agenda pública temas que antes no se consideraban políticos. La preservación de los derechos humanos en su más amplio sentido. El de la justicia y la memoria. No hay mejor ejemplo que el de las tres mujeres que iniciaron el Movimiento pro Referéndum, logrando el primer plebiscito sobre derechos humanos que se ha realizado en el mundo.

Ellos salieron de allí



YO QUERÍA SER UN ALBATROS

—Usted, ¿no tiene miedo de que la lleven al cuartel? –le pregunté a doña Rupa, cuando ya era la segunda vez que nos llevaban a mi esposo y a mí. Ella sabía casi tanto cuanto nosotros sobre lo que ellos querían saber. Lo que no sabían era cuán importante era ella como objeto de su destrucción.

La respuesta fue un silencio. Y de inmediato, con su ceceo de frontera me dice:

—Pero señora Ana, yo ya conozco esos procedimientos.

—¡Cómo! –le digo, anticipando en mi interior el sabor de su sabiduría, que disfruté desde el primer día que entró a trabajar en mi casa como empleada doméstica. Desde el día que al pedirle si podía prepararme un té, me pregunta, ¿de qué forma lo quiere? ¡Yo sólo conocía una! Y ella infinitas, como pueblos hay en el mundo. O cuando, no sé por cuál razón, salió el tema de la Guerra Mundial y me empezó a contar sus vivencias de la Pasionaria y su admiración por ella.

—Allá en la estancia –me dice– yo pasé por todo y vi. Ahogarme en el balde de agua, arrodillarme arriba de maíz y sal gruesa en la madrugada y dejarme allí horas, todo. Desde niña. Ellos salieron de allá, señora Ana.

Hasta el día de hoy pienso en su silencio inicial. No respondió mi pregunta. No hubo respuesta a si tenía miedo. Imagino que era una pregunta que no cabría hacer y, por lo tanto, responder. Como diciendo: no puede ser ése el problema. Y yo que pensaba que las tenía todas, hasta como para pretender exigir un comportamiento a los demás. Creyendo saber, no sabía. A pesar de que me había leído, para instruirme, todas las notas de *El Popular* sobre la tortura en Argelia y había visto llegar a mi marido todo roto, sin un músculo sano y sin hematomas visibles en el abdomen, que no se podía ni levantar en la cama sin ayuda, después de la primera vez que lo llevaron.

—Yo lo que más siento, señora Ana, que mi mamá me dio. Yo fui dada.

—¡Cómo! –le digo–. ¿Cómo fue que sus padres, o fue su madre, que le dio a su madrina, se la dio a usted?

—Sí –me dice–. Cuando yo tenía año y medio.

—¡Año y medio! –susurro yo.

—Sí.

—Y a sus otras hermanas, ¿también las daban así o...?

—Sí, pero no dar del todo como me dieron a mí. Ellos estaban un tiempo con los patrones y con los padrinos y eso. Sí, y yo fue que me crié desde niña allí, con esa otra señora. Porque allí daban las criaturas para trabajar. Allí eran chicos y tenían que trabajar, porque los padres eran muy pobres. Y usted sabe que ahora, ¡ah! –dijo con dolor–, que ahora que estoy grande, que mi pobre madre ya murió, yo me siento resentida con ella porque me dio. Me dio a mi madrina, y desde entonces trabajé en la estancia.

Y allá en la estancia, mi madrina no perdía oportunidad de darme un golpe, por norma. Uno tenía que estar siempre trabajando y bajo su mirada. Tenía que estar siempre haciendo algo. Porque sí nomás. Pero claro, eso no era posible, ¿no es? Siempre trataba de estar alejada de ella y me llamaba, engañada, como para decirme algo, y era un tirón de orejas o un golpe en la cabeza, porque sí nomás. Vivía esquivando los tirones de oreja. Y ¡ay si me descubría leyendo algo! Tenía que adivinar lo que ella quería. Yo ponía la mesa. En aquel entonces eran dos o tres platos y postres. Luego tenía que quedar al costado pero atrás de ella, adivinando lo que quería que yo hiciera. No me podía equivocar al poner los cubiertos, los vasos, el agua, el vino, para cada cosa el orden. Había que estar atenta y adivinar cuando ella quería que trajera el siguiente plato, que trajera pan o agua, que levantara los platos. Así, de espaldas, era muy difícil. Había que estar atenta sabiendo el orden y mirando lo que pasaba en la mesa. Pero, ¡ay! cuando me distraía. Después me ponía de castigo.

Y yo desde niñita vivía sola, solita en mi pieza. No tenía a nadie. Y a mí lo que más me chocaba era que a veces yo decía que me iba, cuando me judiaban mucho. Y mi padrino me decía: *"Pero ¿a dónde vas a ir, Rupa, si vos no tenés casa?"* Porque yo decía mi casa por la casa de mis padres, ¿no? Y él decía: *"¡Qué tu casa, si vos no tenés casa!"*. Y entonces, ¿dónde estoy?, ¿no? Estaba en el aire. Y es lo que más siento ahora, que ese hombre era bien bueno conmigo porque me sacaba de la penitencia. Y ¿por qué él me diría eso?, ¿no?

Para que yo no me fuera. Que si, y ¡a dónde vas a ir si te vas de acá si vos no tenés casa, vos no tenés a donde ir! Y yo no sé cómo me pude criar, señora Ana. Lloraba, pasaba llorando cuando tenía un rincón para estar so... bueno, ¡y sola vivía! Porque solitita, que nadie, no había nadies que me dijera nada, una palabra gentil, ¿no? Que encontré gente muy mala, porque allá había gente buena, pero buena porque no matan a nadie pero... Yo no sé... Pero ellos también habían sido criados así, con seguridad. Yo era esclava, señora Ana. Mi padrino me protegía como podía. Por eso le digo, ellos salieron de allá.

Allá en Las Toscas se hablaba portugués, la lengua de mi madrina, estábamos aislados de todo, sólo vinculados por los troperos y por los periódicos. Mi padrino hacía venir diarios de Melo y libros y revistas de Montevideo. También la radio. Pero yo tenía prohibido leer y de la radio pasar lejos. Los más grandes castigos eran cuando me descubrían leyendo. Ahí mi madrina me aplicaba sus castigos y me dejaba encerrada. Mi padrino después trataba de rebajar la medida. Yo aprendí a leer cuando en unos años me mandaron a Melo para llevar y traer a las niñas de la escuela. Las hermanas de mi madrina la convencieron de que me dejara ir a la escuela, otra escuela, claro. Y fui dos años. Pero allá en Las Toscas yo vi llegar el primer camión y la primera maestra. Leer es una pasión para mí. De los periódicos me leía todo, lo escrito, los avisos, todos los detalles de cada hoja, cuando conseguía agarrar alguna. Seguía lo que pasaba en el mundo, cosas de comidas, animales, plantas, otros mundos. Las enciclopedias, entonces, eran una fiesta. Ahora, otros libros eran como novela rosa, para muchachas. Mi padrino era que compraba libros. Tenía una biblioteca. Pero yo tenía terminantemente prohibido leer. Si me encontraban leyendo era lo peor que me podía pasar.

Y me escapaba para el campo cuando podía de tardecita, cuando no hacía mucho frío y soñaba. Un alivio. Me iba. Me escapaba a llorar, a hablar con los pájaros y las flores, consolarme como podía. Y soñaba, un bálsamo, ser un albatros. ¡Ése es mi pájaro! Señora Ana, como le digo. Cosas de niña, señora Ana. ¿Usted no conoció ya gente que quería ser perro o caballo...? Yo conocí una señora que quería ser perro, qué cosa horrible, ¿no? Pues yo no, quería ser albatros. Es un pájaro grande, majestuoso, hermoso. Y yo me imaginaba volar, volar alto, ir lejos, lejos.

Terra

¿Había empezado antes?



VENDIMIAS

Calle Dante, número 2020. CGIOR. Me detuve en la vereda, a un paso del cordón. Contemplé el frente del edificio que tantas veces había visto desde la ventanilla del ómnibus. Parecía un castillo, fuerte, bien asentado en el suelo, más bien retacón.

Hacía ocho o nueve días que buscaba a un desaparecido. La dictadura siempre tuvo predilección por hacer desaparecer gente, desde el "pachecato", que es la etapa en que estoy situada. Por supuesto que ni la mente más creativa, ni la más febril, ni la más descompuesta pudo imaginar cómo mejoraría el procedimiento con el tiempo. Considerando que en el año 2002, más de treinta años después, todavía algunos desaparecidos no se han encontrado, ocho o nueve días de búsqueda parecen insignificantes, despreciables y hasta ridículo recordarlos. Pero los necesito para el relato.

Estábamos indignadas. Ese año, mientras mirábamos por televisión el descenso en la luna de una nave tripulada por tres astronautas, los uruguayos eran detenidos, sin discriminación, en cualquier parte que estuvieran, hasta en la calle eran arreados e introducidos en vehículos que los llevaban no se sabía a dónde, ni el delito que habían cometido. Ingenuamente hablábamos de hábeas corpus, recurso que no se podía interponer por la vigencia de las medidas prontas de seguridad. Tampoco sabíamos dónde estaban confinados y a veces ni siquiera que estaban presos.

Brevemente, a la indignación agregaré el disgusto, el desgaste nervioso, la pérdida de días de trabajo, dinero y tiempo que significó la búsqueda.

Ojalá esté acá –pensé, parada en la vereda. Un soldado iba y venía, con pasos largos, de una esquina a la otra. Usaba un poncho abrigado, verde, muy largo. Hacía un frío inolvidable. Mi segundo pensamiento ¿y éste por qué me mira? El soldado me miraba fijamente, muy fijamente. Cuando venía podía considerarse natural que pusiera sus ojos en una mujer plantada como una estatua en lugar no precisamente ha-

bitual, pero cuando iba, de espaldas, daba vuelta la cabeza para no perderse de vista.

Si hubiera sido una niña le hubiera preguntado ¿tengo monos en la cara?, como las chiquilinas. Pero no era una niña, era una mujer muy indignada, preocupada y sobre todo muy nerviosa, por lo vivido en días anteriores, porque entrar a esos lugares en aquellos tiempos daba mucho miedo, era meterse en la boca del lobo, no sabías con qué te ibas a encontrar y para completar, la insistente mirada de este miliquito.

Entré. Volví a quedarme parada sin saber qué hacer, hacia dónde seguir caminando. En un rincón había cinco soldados más. Sentados, con los ponchos verdes, tan largos que les llegaban hasta los pies, cubriéndoles las faldas, parecían matronas anacrónicas.

Y éstos también me miraban fijamente.

Por fin, otro soldado me atendió y me llevó con el comandante, un capitán XX. Tenía la lista de los detenidos anotados en ocho hojas. Calculé, 30 nombres en cada una, 30 por ocho, 240 detenidos en el CGIOR. El desaparecido apareció en el papel. Estaba muy bien, según el capitán. No lo podía ver, los detenidos estaban incomunicados. El hombre actuó, mejor dicho habló, correctamente, con cierta amabilidad o cinismo. O hipocresía. Yo perdí los estribos. ¿Detenido? ¿Incomunicado? ¿De qué delito se le acusa? Grité. Amenacé. Salí temblando. Cólera. Impotencia. Rápido llegué a la puerta de salida. Más rápido se levantaron los soldados de las filas, llegaron hasta mí y me rodearon. Me asusté mucho. Se me nubló la vista, me iba a desmayar. Uno habló, usted es la señorita Angélica. Sí, dije. Recibí cinco besos tan efusivos como inesperados y uno más del centinela que abandonó la vereda brevemente: *"¡Mi maestra de sexto año! No se acuerda de nosotros"*. Les miré las caras, todavía de niños, con mucha atención, despojados –en un supremo ejercicio de imaginación– del hábito verde, los recordé con las túnicas nunca impecables y el trapo azul, colgando, que raras veces se recibía de moña, un poquito más abajo del cuello. Sí, me acordaba de ellos. Eran los alumnos que comenzaban a asistir a clases después del 15 de abril. Por la vendimia, señorita, explicaban, manos oscurecidas, lastimadas por los racimos que *"mordiscan las tijeras con apáticos mimos..."*, nosotras lo sabíamos.

La escuela estaba situada en una zona de bodegas y viñedos. A fines de verano y principios de otoño había trabajo. Toda la familia, incluyen-

do los niños, cortaba uvas. Les pagaban centésimos por cada cajón lleno. De la rapidez, unida a la delicadeza para no estropear los frutos, dependía la cantidad de dinero que ganaban.

Mi memoria había comenzado a emerger. Me acordaba de ellos.

Luisito me miraba con los mismos ojos vivarachos, pícaros, de seis años atrás. Su madre, muy panzona, fue un día a hablar conmigo a la hora del recreo. *"Estoy embarazada* –me dijo–. *La felicito* –le dije–. *Gracias, señorita, pero no me felicite, cuando yo me doy cuenta que estoy embarazada, puteo, antes no, pero ahora ya tengo nueve gurises, y es bravo. 'El Lui', que está con 'usté', anda ayudando en las quintas, le dan verduras y algunos 'güevitos', en 'cuanti' termine la escuela, este año, va a tener que conseguir trabajo. Yo venía a pedirle, perdone, no, si no le quedó alguna ropita de sus gurises, para éste que va a venir, o a alguna amiga suya. Ropa para los más grandes también sirve, perdone."* Al padre también lo conocí. Era un buen hombre. Calzaba viñas, descalzaba viñas, podaba... siempre en tierra ajena y por pesitos muy flacos.

"¿Ustedes qué hacen aquí –estúpidamente les pregunté a los soldaditos–. *Trabajamos, señorita. ¿Les pagan? Sí, todos los meses. No somos oficiales de reserva, el edificio es de ellos, nosotros somos del Ejército".* Es que un compañero mío, solidario, tan indignado como yo, me había dicho: *"Ésos, los del* CGIOR, *ni siquiera son milicos, son vocacionales de la adulonería, alcahuetes, se entregan gratis para darnos palos".*

Normalmente, buscamos a los detenidos en lugares dispuestos ex profeso para ellos, tales como comisarías, hasta Perogrullo lo sabe, lo que no sabíamos en aquellos años es que habían instalado la anormalidad y por largo tiempo. Quién podía suponer que habían alojado a los "delincuentes" en el Centro General de Instrucción de Oficiales de Reserva.

Los muchachos aclararon: *"Es el único trabajo que encontramos y mire que buscamos, ¡paf!, pilas".*

Mucho tiempo ha, en este país, desde que los campos tuvieron sus relucientes alambrados, resultó difícil para los jóvenes del interior "encontrar acomodo" digno. Con ellos se cubrieron los puestos de soldaditos que les aseguraban comida especial, no las porquerías que ingerían los oficiales, y unos pesitos.

¿Y las jóvenes? Milicas de tolete en dictadura, guardianas de la "patria" y de la "democracia" que no ascendieron ni el primer escalón del

mando ni del poder, que ni siquiera se dieron cuenta de que se trataba de un asunto de hombres, para hombres, asfixiadas en mentiras ajenas y en gritos propios.

Cuando se desató la demencia total del proceso cívico militar, algunos de estos soldaditos no soportaron el horror y renunciaron, se fueron del Ejército, otros se quedaron, mostrando alguna faceta humana, otros, de buen estómago, no le hicieron asco a nada y fueron eficaces y fieles colaboradores de la infamia y la muerte.

A estos seis miliquitos, mis alumnos, no los vi nunca más, no sé cuál de los tres caminos tomaron, lo que puedo asegurar, declarar, jurar, firmar ante cualquier tribunal es que eran niños normales, inteligentes y buenos, a los que les prepararon una trampa. Los cazaron y, cuando pudieron, los domesticaron para servir a los fines del poder. No poseían condiciones, características, ni un mínimo de vocación para cursar carreras militares. De las hojas de los árboles en primavera, de espinacas, acelgas, lechugas, eran sus verdes. Ni en sueños aspiraron a ser milicos.

Vencimos a la oprobiosa dictadura, exigimos "nunca más", pero las vendimias siguen dando uvas ajenas y las manos de los niños lastimándose con los racimos, cuando los hay. Proliferan las trampas armadas por la voracidad de los de aquí y los de allá.

La memoria ayuda a desarmarlas.

Memoriosa

BALACERA

Una noche. En el silencio de la noche, sentimos unos estruendos. Digo sentimos porque en casa estábamos acostados.

A la mañana siguiente fueron los comentarios y obviamente intuíamos que sería alguna balacera como habitualmente sucedían.

Sentíamos mucha bronca, rabia, impotencia, dolor. En la misma mañana por informativos supimos... en la avenida Agraciada, zona Prado, en una base del partido, llegaron las botas, los roperos, las metralletas, el terror , el horror, la muerte... el dolor... el llanto.

Cinco balazos quedaron marcados por siempre en la fachada del edificio. Cada vez que paso por allí mi corazón se acelera, vuelvo a sentir los estruendos de aquella noche y la impotencia estremece mi alma. ¿Será porque no hice nada por mi patria? Yo estaba afuera pero igual lo sufrí, ¡aun no participando!

IMPOTENCIA

En tiempos de dictadura trabajaba en una fábrica de golosinas. En una fría mañana viajaba en un ómnibus hacia mi trabajo como lo hacía habitualmente, de pronto un ropero detiene el ómnibus y abruptamente ascienden los miliquitos con sus "juguetes", metralletas, pidiendo documentos. Varias personas, por carecer o tenerlos vencidos caían amontonadas dentro del ropero, el miedo se apoderó de mí, yo también tenía mi cédula vencida, en aquel tiempo todavía eran como las credenciales.

Estaba parada en medio del coche, y el milico se abría paso entre las personas, en el pavor de todo vi un par de botas que se acercaban a mí, un soldadito de la dictadura me apuntaba...

Me quedé inmóvil, me miró fijo, yo también lo miré fijo a los ojos sin bajar la mirada...

Fueron fracciones de segundos, dio vuelta y se fue, respiré. Y se fueron llevándose en el ropero un puñado de pueblo.

No sé qué fue de ellos, pero sí sé que yo quedé parada inmóvil sin saber qué pasó por la mente del miliquito que curiosamente me enfrentó, me miró y se volvió para irse... tal vez sintió miedo al igual que yo. ¿Tal vez su interior se enfrentó con el mío? Y fue superior al de él.

Sí sé que sentí mucha impotencia por no haber tenido el valor de escupirle el rostro o darle un rodillazo en las bolas, claro que hubiese sido mi fin...

Llegué a mi trabajo... no se lo conté a nadie... ese día para mí fue callado, serio, en la cruel dictadura del siglo xx.

Yumbé

UN ABRIL DESGARRADO

Desde mi boda con Hugo, Malvín pasó a ser el ámbito en que arraigué mi recién estrenada condición de mujer casada, y luego la de profesora liceal y madre de dos niñas, Laura y Alicia.

Con el paso del tiempo, el trajín habitual de las tareas domésticas, así como el diario recorrido de lanzadera humana entre mi casa y los locales del liceo donde enseñaba, o de la escuela a que asistían mis hijas, fueron tejiendo una trama colorida y vital de relaciones laborales, sociales y afectivas en la que entraban los vecinos, los comerciantes, los profesores y alumnos que vivían en las inmediaciones y sus respectivas familias.

Este módico paraíso local, familiar y social que recuerdo, tenía aliento y caracteres propios, pujanza y gran sentido de la solidaridad y la cooperación. Pero, en la década de los años 60, comenzó a acusar el cimbronazo de la crisis económica.

También nosotros sentimos el acorralamiento de la situación, y mi esposo, angustiado por el futuro de la familia, se presentó a concurso para ingresar en un organismo internacional y obtuvo el puesto.

Esto significó sufrir un primer exilio, que si bien era de carácter económico, no estuvo exento de los traumas que esa desdichada situación provoca en las vidas de los que la padecen.

Las hijas no pudieron soportar el desarraigo y el extrañamiento y, una tras otra, regresaron al seno de la familia uruguaya y del barrio maternal y acogedor para seguir sus estudios. Nosotros dos quedamos en el extranjero, profundamente doloridos, pero con la certeza de que las devolvíamos al lugar que ellas anhelaban y al que pertenecían.

No fue por mucho tiempo.

En el 68, el movimiento obrero y juvenil de libertad que cundió por Europa y Latinoamérica, se instaló en el Uruguay con revueltas estudiantiles, luchas gremiales, guerrilla urbana y una cruel represión. Cayeron las primeras víctimas ante el horror y el asombro de quienes jamás habían imaginado este escenario para su patria, y el miedo y la

desesperación nos invadieron pensando en la suerte que podían correr nuestras hijas.

Por ese motivo, a comienzos de 1969, mi marido y yo regresamos al Uruguay a fin de reinstalarnos en nuestra casita de Malvín. Pero él ya no podría acompañarnos. Con el alma lastimada, tuvo que volverse, porque alguien tenía que ganar el pan de la familia y yo no sabía si podría recuperar mi lugar en la enseñanza.

Reintegradas al país y al tejido viviente del barrio, nos incorporamos, de inmediato y desde las aulas, yo como profesora, y las chicas como estudiantes, a las filas de los que luchaban por mejores condiciones de vida, de educación, de trabajo y de libertades cívicas para todos los conciudadanos.

Fue un período de turbulencias y de temor, de exceso de trabajo y de actividades gremiales a toda hora, en el que la casa estaba siempre invadida por una muchachada ruidosa y discutidora.

Los años 70 y 71 nos encontraron codo a codo con jóvenes, obreros y vecinos, participando en las asambleas de padres y alumnos liceales, en las de profesores, en las marchas multitudinarias en procura de una ley de educación digna y libre, en los liceos populares, en los desfiles militantes durante los paros generales, y, cada vez con más rabia y dolor, integrando los cortejos fúnebres que recorrían las calles de Montevideo, voceando consignas de justicia y libertad, tras el cuerpo de jóvenes abatidos violentamente por la Policía o el Ejército.

Las operaciones de rastrillaje barrial, con ingreso de personal del Ejército casa por casa; los llamados nocturnos intempestivos de la Policía a las puertas de los hogares, el abordaje de los vehículos de transporte público por soldados armados que pedían documentos a los pasajeros y hacían descender y cacheaban de malos modos, bajo la amenaza del fusil, a cuanto joven de cabello largo viajara en el vehículo; las encerronas y persecución posterior de los grupos de estudiantes movilizados con carros militares lanzaaguas o con personal pertrechado a guerra, con balas de plomo o de caucho; la detención arbitraria, golpes y torturas de militantes gremiales, políticos o estudiantiles; la clausura de diarios y semanarios, eran hechos aberrantes, repetidos una y otra vez.

Los padres agonizábamos cada día hasta que veíamos a nuestros hijos de regreso en casa.

El año 72 se caracterizó por una intensificación de los ataques y de las medidas represivas. Se multiplicaban los atentados con bombas contra profesores, profesionales del derecho y opositores.

A fines de febrero apareció terriblemente torturado el cadáver de un joven estudiante y poeta, y marzo finalizó con la aprobación de un decreto liberticida, el del secreto militar, que instauraba la asfixia informativa y la discrecionalidad en el trato con los opositores. A toda esta ofensiva autoritaria respondió la Convención Nacional de Trabajadores convocando a un paro general el 13 de abril al que adhirieron maestros, profesores, estudiantes y bancarios. Ese mismo día lograban evadirse de un penal capitalino 15 miembros de la guerrilla tupamara.

La tensión del mes de abril hizo irrespirable el aire en la ciudad. Todos vivíamos pendientes de las noticias que se difundían boca a boca, dadas las restricciones informativas vigentes.

Al día siguiente del paro solemne, el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) difunde, entre miembros del Poder Legislativo, organizaciones gremiales, Consejo de la Universidad, Curia de Montevideo, prensa nacional y extranjera, las actas que registran las confesiones de un fotógrafo policial al que habían secuestrado e interrogado. Ellas revelan la verdad acerca de muchos de los atentados y asesinatos llevados a cabo por las Fuerzas Conjuntas y un grupo paramilitar, e identifican a los culpables. Como consecuencia, varias de las personas acusadas son condenadas a muerte por los guerrilleros, lo que acontece con dos de ellas, un civil y un subcomisario de la Policía de investigaciones, esa misma mañana, en una acción rápida y terrible. Casualmente ese día, unos amigos que me habían llevado muy temprano al Centro, de regreso, se desvían levemente de la ruta habitual y toman por una calle donde, al pasar, veo un número inusual de vehículos, algunos con matrícula oficial, y mucha gente que evidentemente son agentes militares o policiales encubiertos. En ese momento mis amigos me informan de lo que había sucedido. Al dejar la zona rumbo a Malvín, notamos que somos seguidos por un largo trecho, pero finalmente, sin séquito, llegamos a casa.

Las radios están perturbadas dando la información y todos nosotros nos inquietamos anticipando la violencia y crueldad del contragolpe.

No se hace esperar. Esa misma mañana, fuerzas represivas asaltan

una vivienda de Malvín, acribillan a varios tupamaros refugiados en su interior y, en otros lugares de la ciudad, dan muerte a más jóvenes militantes de izquierda.

Todo esto parecía una pesadilla, pero, para las experiencias directas de mi vida, lo peor estaba aún por venir.

Era la una y media de la tarde. Desde la ventana de mi cocina, mientras lavaba la vajilla, contemplaba mi jardincito, iluminado por un radiante sol de otoño. Veía pasar a un niño y su madre que se afanaban por llegar a tiempo al comienzo de la jornada vespertina de la escuela y escuchaba el estruendo metálico del camión de residuos y las voces alegres de los recolectores que saltaban ágilmente del pescante a la acera para recoger las bolsas.

De pronto, en el concierto de la hora, empezó a tronar sin pausa. Incrédula, miré al cielo azul y despejado porque parecía el comienzo de una tormenta eléctrica, pero no tuve tiempo para procesar la información que me daban los ojos porque el olfato reaccionó agredido por un pungente olor a pólvora que llenó la calle en un instante y se mezcló con una nube de humo. Los recolectores, aterrados, saltaron gritando dentro del camión y se refugiaron en la pala levadiza para protegerse de las balas que volaban en todas direcciones.

Instintivamente, me lancé al suelo y rastreando, recorrí la casa hasta el frente y salí al exterior.

Desde el suelo levanté la vista y, a una cuadra, interrumpiendo el tránsito, una multitud de soldados y de policías de uniforme y de civil, apoyados por vehículos militares, disparaban sin tregua contra la casa donde vivía una alumna mía con sus padres y una hermanita menor. El horror me sobrecogió, pero el deseo de saber y el pensamiento insensato de que tal vez pudiera hacer algo para ayudar, me hicieron correr como loca, rodeada de vecinos y amigos, hasta cerca del lugar. Pero fuimos interceptados e impedidos de avanzar.

Los estampidos se mezclaban con el humo espeso y maloliente y los gritos frenéticos de los atacantes, algunos muy jóvenes, sobreexcitados tal vez por la ingestión de drogas, que lucían brazaletes blancos para identificarse entre ellos.

Las noticias fragmentarias sobre lo que sucedía empezaron a circular susurradas ansiosamente: rodearon la manzana; los atacaron a

mansalva desde el fondo, el techo, el frente y los flancos; han matado a Martirena y a su esposa, que cuando les abrió la puerta fue acribillada al son de un feroz insulto; están buscando un escondrijo secreto porque parece que hay gente encerrada.

¿Y el juez? ¿Dónde está el juez para parar todo esto? ¿El juez no llega? Eran las voces que lanzaba la ingenua esperanza remanente en una población legalista que se resistía a admitir el sangriento atropello.

Un toque leve en mi hombro me hace tornar la cabeza y veo, tras de mí, a cuatro de mis alumnos de cuarto año. Sacudidos por el dolor, pero firmes y determinados, han decidido ir a buscar al liceo a Laura, la hija de los fallecidos, que se encontraba en clase, para acompañarla y prepararla a recibir el golpe de la tragedia que destrozaría su vida y la de su hermanita de ahora en adelante ya que, a la muerte de sus padres y la destrucción de su hogar, seguiría el minucioso saqueo nocturno que acabaría por despojarlas de todo.

Ya éramos una muchedumbre colérica y silenciada a la fuerza cuando se abrió paso el juez y, al cabo de una espera tensa, lo vimos salir precediendo a una camilla con alguien a quien presumimos muerto pero que, por un leve movimiento de sus pies, denotó que aunque estaba herido, no habían terminado con él. Largo tiempo después supimos que sobrevivió, fue preso y torturado, y más tarde se exilió en Alemania. Nadie se movía, atenazado por sentimientos de angustia y rabia, hasta que, con amenazas verbales y exhibición de armas, nos obligaron a retirarnos y ellos mismos se dispersaron dejándonos contemplar el frente, las puertas y ventanas de la casa picadas de marcas de proyectiles. Aun hoy, treinta años después, se niegan a borrase del todo, como si quisieran mantener viva la memoria en los que pasan.

Otra vez el barrio buscó apretarse, hermanado en la congoja, pero ya el efecto de las prédicas mediáticas oficiales y el miedo infundido a la población habían comenzado a rasgar el delicado tejido social. Se percibía en la aparición de voces oscuras y acusatorias que decían: *"Algo habrán hecho"; "Tenían tupamaros escondidos"; "El que las hace las paga"*.

Como era de suponer, la violencia de la escalada represiva continuó en aumento. Al día siguiente se aprobó el decreto de declaración de guerra interna y suspensión de las garantías individuales, que institucionalizó el dominio del terror y la arbitrariedad. Al par, se divi-

dió a la población en dos bandos: "los que están con nosotros" y "los que están con el enemigo" quienes, por consiguiente, de ahí en adelante, carecerían de todo respaldo legal.

A todo esto, entre mis hijas y yo no se había extinguido aún el sobrecogimiento de la experiencia del día 14, cuando en las primeras horas de la madrugada del 16 nos despertó, sobresaltadas, el estallido de una bomba y el estrépito de una catarata de cristales trizados en el dormitorio y el living.

La explosión no había sido en casa. ¿Pero, dónde? Salté de la cama y, en camisón, entreabrí la puerta a la fría y clara noche de otoño. A la luz del farol, pude ver los destrozos causados en las viviendas de dos vecinos de enfrente, uno de ellos, un profesional miembro del Consejo de la Facultad de Química, que vivía allí con su esposa y tres hijos y que, en la ocasión, estaba ausente.

De pronto, como brotados del seno de la noche, cubiertos de prisa por tapados y mantas, los vecinos solidarios salieron de sus hogares corriendo a despejar los trozos caídos de mampostería para auxiliar a los afectados, pisando con riesgo la alfombra crujiente de vidrio picado.

Por fortuna los ancianos de la planta baja no estaban allí, pero la familia del profesor en la casa de altos estaba aterrada en medio del caos al que habían despertado. Mis hijas y otras personas treparon por la escalera semiderruida para confortar a la madre y a los hijos. La nena, pequeña, lloraba y temblaba como una palomita lastimada, pero se dejó consolar por las chicas y con el consentimiento de su madre fue trasladada a nuestra cama para descansar entre nosotras, acunada en nuestros brazos.

Ya, antes de regresar, habíamos notado un movimiento inusitado en el lugar. Autos extraños pasaban de prisa por la calle habitualmente tranquila y alguien a quien pude identificar como un miembro de las bandas juveniles armadas de derecha recorría los grupos de vecinos haciendo preguntas. Incluso, recuerdo a un joven policía de seccional quien, en tono quedo y casi filial, me aconsejó que no hiciera comentarios negativos sobre lo ocurrido porque regía el estado de guerra interno y corría el riesgo de que algún oficial me detuviera.

Ya de vuelta en casa, el ajetreo exterior no cesaba. Intranquila y curiosa, monté guardia tras la celosía. Vi llegar un vehículo militar del

cual descendió un oficial grueso con sus soldados de escolta. Conversó brevemente con quienes habían quedado de guardia, subió por la escalera averiada y, poco rato después, descendió llevando a su lado al hijo mayor de la familia, un jovencito de 16 años, a quien introdujo sin que opusiera resistencia en el mismo vehículo en que había venido ante la angustia de los que quedaban.

La impotencia, la indignación y el temor por el destino que podía aguardar al joven se conjugaron para que se pusiera en funciones una cadena telefónica de solidaridad. Llamé a una amiga, profesora como yo, para discutir con ella acerca de los pasos que podíamos seguir: telefonear a la juez de menores, a quien yo conocía; a un brillante senador de la República, de valiente actuación en el Parlamento, en defensa del derecho y las libertades públicas quien, años después, exiliado en Argentina, fue secuestrado, torturado y asesinado por esbirros uruguayos; aconsejarnos con un reconocido líder sindical en la clandestinidad que esa noche, casualmente, había llegado en secreto a visitar a su esposa y sus hijos y que, también como el anterior, fue secuestrado en Buenos Aires, torturado salvajemente y muerto, pero que figura en la nómina de los desaparecidos; avisar a algún periodista conocido.

A todos expusimos el caso febrilmente, despertando a nuestros interlocutores, pero desde el punto de vista legal, nada podíamos hacer en el momento. Era imprescindible un reconocimiento oficial de la detención y una denuncia que se apoyara en él para presentar el caso y nada de eso ocurriría en las circunstancias presentes. Los diarios estaban amordazados de modo que el hecho sólo podría hacerse público en la próxima sesión del Senado y luego ser divulgado difundiendo el texto de las actas legislativas correspondientes en algún medio de prensa que se atreviera a desafiar las represalias.

Todo había sido una perversa maniobra de las autoridades no sólo para vengar la muerte de sus agentes el día 14 sino para extorsionar afectiva y psicológicamente al padre del chico y obligarlo a comparecer ante las Fuerzas Conjuntas. Y así sucedió: salió el joven a cambio de la prisión del padre.

Y a todo esto, ¿qué era de nosotros, de todos nosotros, primero oyentes de las horribles noticias y luego actores involuntarios e impotentes de los hechos que habían rasgado las telas de nuestro pequeño mundo barrial?

¿Quién había roto su trama armoniosa de solidaridad y afecto?

A partir de ese entonces, por las heridas abiertas de sus desgarrones, los días que siguieron fueron dejando asomar, por un lado, los rostros del odio y por el otro, los del dolor, los de los presos, los muertos, los desaparecidos y los exiliados en otras patrias que ya no volverían a pisar las arenas finas y claras de la playa.

Hay crímenes que la historia registra y enumera, pero hay otros que calla. Cruentos o incruentos, como un mordiente carcomen el tejido sutil del alma colectiva y dejan hendeduras y costurones irreparables.

Sólo las ansias de verdad y justicia que alimentan la memoria lograrán que podamos mirarlos como una desgracia que hemos sobrellevado y que tratamos de superar apostando porfiadamente a la fe en los seres nobles de coraje y buena voluntad que no claudican.

Cada vez que recorro las calles del barrio, que ya no es el mío, el fondo de mis ojos sigue atado a las imágenes de hace treinta años, y de sus casitas enfloradas me saludan otra vez voces y rostros queridos ya para siempre de lejanía o de ceniza.

M. O. R.

¿POR QUÉ?

Agosto 1972. Sábado a la tarde, dormías la siesta mientras yo tejía una batita para el bebé. Ya faltaba poco para que llegara mi hijo; éste sí viviría.

De repente tocan timbre, voy a atender y me encuentro con soldados que irrumpen, armados a guerra, por ti.

—Está durmiendo.

Invaden nuestra casa, con la escopeta desarman la cuna del bebé, tiran, buscan (no sé qué) y dicen que debes acompañarlos. Pido dejen que te abrigues y te doy un pañuelo porque estás resfriado. Te encapuchan y te llevan, me asomo a la puerta, veo toda la calle rodeada, te meten dentro de una camioneta y me dicen que después tendré noticias.

Quedo sola, sin entender la tragedia que comenzábamos a vivir, sólo sabía que no podía ponerme nerviosa por el bebé, llevaba ocho meses de quietud y éste sí debía nacer, así que continué tejiendo. Pasan las horas, viene la penumbra y... ¿qué debo hacer? ¿Qué habremos hecho, que acto criminal para merecer tal despliegue de fuerzas armadas?

Llega mi madre que ya estaba acá esperando al nieto, no cree lo que digo, y cuando se da cuenta le da un ataque de nervios.

Debo llamar a mis suegros, sos único hijo, ¿cómo les digo? El teléfono era un aparato difícil de tener en aquella época, así que fui hasta el bar de la esquina como siempre, los vecinos me vieron pero nadie me habló. Mis suegros creyeron que les avisábamos que había llegado el nieto, cuando les dije lo que sucedía me colgaron. Tuvieron que tratar de entender, crisis de nervios, llanto, para recién darse cuenta de lo que pasaba. Al otro día tuve que mandar a mamá para afuera y vinieron mis suegros a verme.

Pasan los días y no sé nada de ti. No me dejan preguntar por miedo. Ahora todo da miedo.

A los 14 días nace nuestro bebé y tú sin estar; sano, grande, hermoso. Le sacamos fotos así te las enviaremos.

Ahora sí puedo dejarlo y moverme por ti. Me dirijo al Comité de Familiares de presos políticos para que me asesoren. Dicen que debo pedir con el coronel Albornoz para que autorice que conozcas a tu hijo. Me voy a la Brigada de Infantería N° 1, pregunto por él y el soldado me dice quién me recomienda.

—Nadie, vengo yo sola.

Quizás esa niñería me valió para obtener la entrevista.

Te encapucharon y te subieron a un camión rodeado de soldados. Pensaste ¿iré a una nueva paliza?

Te estábamos esperando el bebé y yo, solos en un salón de la Brigada N° 1, rodeados por lo menos de seis soldados y un oficial. De repente apareciste tú, con un saco enorme que te habían prestado. Te entregué nuestro bebé y tuvimos una tonta conversación, no podíamos tocarnos, yo me había hecho el propósito de no llorar y quien nos sintiera pensaría que estaba todo bien.

—Terminó el tiempo.

Me diste a nuestro hijo y te llevaron. Yo salí corriendo ahogada en llanto.

Me avisaron que teníamos concedida visita en Cárcel Central, fui con mis suegros. Escena dantesca. Los detenidos dentro de jaulas y los familiares desde el lado de afuera queriendo comunicarse, cada grupo viviendo su tragedia. Igual era maravilloso esos minutos en que te veíamos, por sobre todo estaba nuestro amor, sentirnos muy juntos ante la adversidad.

Podíamos comunicarnos por carta, necesitábamos decirnos tantas cosas. Cartas que eran leídas por personas extrañas, censuradas, algunas venían de vuelta. ¿Té acordás cuando pediste libros? Querían formar una biblioteca. Entre otros, te mandé los de literatura que habíamos dado en el liceo. Me los devolvieron porque eran subversivos.

Al fin te dieron sentencia "asistencia a la asociación". De los vagones pasaste a Punta de Rieles y de allí al penal de Libertad.

Los nervios de mamá no resistieron la situación, así que la internaron en el sanatorio Etchepare para hacerle la cura del sueño. Iba todo los días a verla, rodeada de seres que deambulaban por los corredores, hablando solos o en silencio.

Ni en mi pesadilla más horrenda hubiera imaginado hacer dos visi-

tas: a mi esposo en el penal de Libertad y a mi madre en el sanatorio Etchepare.

Habían otorgado visita a los hijos, por primera vez; lo llevé y entregué a mi bebé a alguien desconocido que supuestamente te lo llevaría a ti. Con el corazón oprimido esperé, ¿una hora, dos horas? No sé cuánto tiempo. ¿Cómo se estarían relacionando? ¿Lo entenderías? Al final volvió pero no supe que pasó.

Visita al penal de Libertad. Salir temprano, viajar en CITA. Hacer cola, revisación. Al bebé le sacaban hasta los pañales. Esperar. A lo lejos los veíamos todos iguales: pelados, de mameluco, un número en la espalda y un parche de tela pegado adelante; según el color, el grado de peligrosidad: negro, rojo, verde. A ti te pusieron verde, había esperanza.

Debíamos dividir el tiempo con tus padres.

Al principio en el locutorio la separación era un tejido, luego se tecnificaron, pusieron vidrio y teléfono y tuvieron una idea genial, terminada la visita hacíamos cola todos, ustedes de un lado y nosotros del otro y a través de una ventana podíamos despedirnos, ¡darnos un beso! De cinco segundos y afuera. No lo hubiera hecho pero quizás para ti era importante.

Algún día te dejaron salir a terminar de cumplir tu pena afuera. Tuve que pagar la fianza, ¡las hojas de tu expediente y tu estadía en prisión!

Te tenías que presentar todos los sábados. Si queríamos ir para afuera, tenías que sacar permiso y presentarte en el cuartel de donde estaba, en cuanto llegabas.

Un año tuviste hepatitis; presentamos análisis y certificados médicos. No les bastó, vinieron a casa a sacarte sangre.

Cumpleaños de nuestro hijo, la familia y algunos amigos estuvimos reunidos hasta tarde. Dejamos todo así, al otro día había que trabajar.

A eso de las 15 horas tocan timbre y entran armados a guerra y revuelven todo. No teníamos derecho a reunión.

Pasa el tiempo y cada vez se te agudiza más la claustrofobia. Ya hace años que estuviste encapuchado, encarcelado y cada vez podemos ir a menos lados, ni cine, ni estadio, ni viajar en ómnibus llenos, ni ascensor, ni auto de dos puertas, ni... tantos que tuviste que hacer terapia con psiquiatra y ya habían pasado más de 15 años.

Cada minuto de los vividos podría narrarlos; todos dejaron ese sa-

bor amargo, siempre disimulando nuestra tristeza, nuestra bronca, para no irritar, para que no nos suspendieran las visitas. Siempre amables como que todo estaba bien. Pero la experiencia vivida fue demasiado fuerte.

Nuestro pecado: ser jóvenes, tener ideales, aspirar a que el rico tenga menos y el pobre tenga más. El castigo demasiado duro.

Por eso jamás desaparecerán los recuerdos, están siempre ahí, latentes y afloran como en estos momentos. Sólo desaparecerán cuando muéramos, ¿o no?

Una de nosotras

1° DE MAYO

Finalizaba abril del 73 y todavía bajábamos dos sectores juntos por vez al recreo y se nos permitía hacer algo de gimnasia.

Se acercaba el 1° de mayo y decidimos festejarlo a nuestro modo. Se pidió a algunos familiares que nos enviaran algunas bombachas de nailon rojo y con ellas se confeccionaron multitud de rositas rojas, que se obsequiaron a cada una de las compañeras el 1° de mayo en un gesto simbólico.

Muchas habíamos leído la obra *Al pie del patíbulo*, testimonio póstumo escrito por el obrero comunista checo Julius Fucik, preso y finalmente ahorcado en la cárcel política de su país. En él narra las atrocidades de toda prisión y destaca el espíritu de resistencia de los presos por sus ideas.

Sólo dispuso para ello de un fragmento de lápiz minúsculo y hojillas de papel de fumar, y en ellas, con letra diminuta, escribió el relato de los suplicios y muertes del día a día de los presos políticos checos.

Como sucedió conmigo y que cuento en otra parte, salvando las distancias necesarias, también él encontró dentro de la maquinaria de horror y maldad de la prisión, un ser que todavía conservaba algo de humano en su interior que quiso y pudo ayudarlo en su desgracia.

Así, uno de sus propios carceleros sacó esas hojillas escritas al exterior y el mundo pudo conocer la realidad de lo que se vivía en las cárceles políticas checas.

Fucik no llegó a saberlo publicado, lo ahorcaron antes. En su terrible testimonio hay un episodio que se destaca nítidamente y es la manera como esos desgraciados presos, conscientes de estar condenados a morir en la horca al poco tiempo, fueron capaces de reivindicar la fortaleza de sus ideas, homenajeando en un 1° de mayo a sus camaradas obreros del mundo entero. También ellos tuvieron media hora para estar en un patio y hacer ejercicios. Fue en uno de esos encuentros entre presos que realizaron ese homenaje, en el último 1° de mayo que se les permitió vivir.

Las presas políticas del penal de Punta de Rieles, sin perder en lo

más mínimo el sentido de las proporciones, intentamos un homenaje similar en ese 1° de mayo que se aproximaba.

Así, en ese día tan especial, cuando bajamos al patio de recreo y se nos autorizó la gimnasia, comenzamos a hacer flexiones y movimientos imitando el golpear del martillo y el segar de la hoz, como habían hecho los mártires checos.

Intentamos representar los sencillos y magníficos símbolos del hombre trabajador, que crea la abundancia y genera la paz, y que con su amor lucha por todos.

Nosotras ya llevábamos calentándola, al pecho, aquella rosita roja, pequeña y delicada, símbolo de la pasión y el amor universal.

Confrontación de valores

En ningún momento me sentí capaz de llevar cuenta de las noches en que me llevaron a aquella azotea del Batallón 5° de Artillería, para golpearme brutalmente y asfixiarme en el llamado "submarino".

Imposible igualmente saber cuántos golpes de karate del capitán Manuel Cordero, patadas y culatazos de fusil me fueron dados, alternándolos con aquellas inmersiones inhumanas en la sucia y maloliente agua del "tacho".

Blanca

UNA EXPERIENCIA INTRANSFERIBLE

El 7 de junio de 1972 fui detenida en la ciudad de Paysandú por un oficial del Ejército, Batallón de Infantería Nº 8.

Pertenecía al MLN Tupamaros, desde 1970. Me integré al movimiento por libre decisión y la absoluta convicción de que era el mejor camino para las soluciones que necesitaba el país en aquella época.

En el momento de la detención me encontraba en mi lugar de trabajo, una escuela urbana en la que ocupaba cargo de directora.

El nerviosismo era grande desde antes, porque hacía días que venían cayendo compañeras y compañeros, pero cuando te toca, los pensamientos y sentimientos acuden, te atrapan y ya no te dejan: impotencia, angustia, incertidumbre, inseguridad, miedo, rabia, sentimientos simultáneos y sucesivos, antes, durante y después de la detención.

Al principio estuvimos en la fusilera, en donde se desarrollaban los interrogatorios, luego en el cuartel, y después en un galpón del puerto, allí estuvimos hombres y mujeres; los compañeros fueron trasladados al poco tiempo al penal de Libertad; las mujeres fuimos llevadas en dos tandas, en febrero y en marzo del 73 a la cárcel de Paso de los Toros. En setiembre de 1977, las que quedábamos fuimos trasladadas a Punta de Rieles.

Sabía, al igual que los demás compañeros, desde el momento de la integración al movimiento, que el caer preso era una de las posibilidades, pero una cosa es saberlo en teoría, y otra estar viviendo el hecho concreto: detenida y enfrentada a una situación límite: plantones, venda y capucha, interrogatorios, tortura, etcétera.

Cada una enfrentó esta situación como pudo, con el bagaje personal que poseía en ese momento; cada persona y cada circunstancia fueron diferentes y únicas.

De un momento a otro, me encontré frente a una situación límite, mi vida cambió totalmente: perdí la libertad, el trabajo, la familia, el hogar; pasé a ser un número, una persona a la que ellos trataron de humillar, de quitarle la autoestima, de que perdiera la identidad, de descontrolarla.

Considero que, en general, no estábamos lo suficientemente prepa-

radas para esto. Tuve una militancia muy corta, poca experiencia, poca elaboración dentro de mi grupo; la posible caída no fue conversada ni discutida lo suficiente, por lo tanto cuando empezaron las caídas en vertiginosa cascada, cada uno actuó y se defendió como mejor pudo.

Con esto no estoy culpando a nadie, pues todos estábamos en lo mismo, creo que en el fondo nos resistíamos a aceptar que también nosotros realmente podíamos caer presos, como les estaba sucediendo a tantos compañeros.

Paso a relatar las condiciones en que estuve viviendo, junto con mis compañeras, en los distintos lugares de detención:

Fusilera del Batallón de Infantería N° 8 (en las afueras de la ciudad). Allí nos llevaron los primeros días para los interrogatorios, pasamos los momentos más difíciles y angustiantes. Entre otras cosas, no podía dejar de pensar en mis padres, que habían quedado solos, pues mis otras dos hermanas también estaban detenidas (una en Montevideo y la otra acá).

En el cuartel del mismo Batallón. Seguimos estando vendadas las 24 horas del día hasta agosto, en que fuimos procesadas. Estábamos custodiadas por la Policía Femenina. A veces nos llevaban a la cancha a una especie de recreo, pero por supuesto vendadas.

El 19 de junio, en ocasión de la fecha patria, en la habitación en que estábamos tuvimos que ponernos de pie y fuimos obligadas a cantar el Himno Nacional, por supuesto vendadas. Cuando llegó el "tiranos temblad" lo cantamos en forma tan fuerte y con tanto énfasis y rabia que en las otras fiestas patrias evitaron el malestar que les causó aquel hecho.

El 21 de noviembre del 72 fuimos trasladadas a un galpón del puerto de Paysandú, donde habían construido dos bretes con tablones de madera y allí nos ubicaron en dos grupos. Había además otros bretes más chicos que hacían las veces de calabozos de castigo.

Custodiadas siempre por la Policía Femenina, estábamos bajo el mando de tres alférez muy jóvenes, con muchas ansias de poder, por lo tanto, frente a lo que ellos consideraban transgresiones al reglamento, reaccionaban en forma histérica y por supuesto éramos sancionadas; pasábamos a veces 15 o más días sin recreo, por nimiedades.

Pasamos todo el verano en este lugar, sufriendo los calores más insoportables, moscas a granel y una comida cada vez peor.

Durante este período recibimos a compañeras de Salto y Fray Bentos (Río Negro). En total éramos aproximadamente 40.

En febrero y marzo de 1973, fuimos trasladadas a la cárcel de Paso de los Toros, en dos tandas. El traslado fue realizado en camiones militares, con toldo, en las peores condiciones imaginables.

Allí ya estaban alojadas compañeras de Tacuarembó y Rivera; luego, en el correr de los días fueron llegando de todos los departamentos del interior, Salto, Río Negro, Soriano, Artigas, Colonia, Durazno, Treinta y Tres, Florida, San José, Maldonado y Rocha.

Cuando se habla o se escribe sobre cárceles del Uruguay que albergaron presos políticos, se menciona solamente al penal de Libertad y al de Punta de Rieles, y se omite la cárcel de Paso de los Toros; en esta cárcel, desde 1972 hasta 1977 convivieron más de 100 compañeras, constituyendo una experiencia particular y única, y es necesario que todos la reconozcan como un lugar de reclusión tan importante como los otros dos, dándole el lugar que le corresponde. En mi opinión, el ignorar la existencia de esta cárcel es una expresión más del centralismo capitalino y, por qué no, del machismo. Los compañeros que estuvieron presos en Libertad han creído que su experiencia fue la de mayor relevancia política y minimizaron las experiencias de las compañeras tanto de Punta de Rieles como de Paso de los Toros.

La cárcel de Paso de los Toros estaba destinada a presos comunes, pero antes de terminada, como no tenían lugar para ubicar a tantos presos en todo el país, resolvieron convertirla en alojamiento para detenidas políticas del interior.

Los pisos eran de hormigón rústico, las celdas muy húmedas, y luego de unos años los techos empezaron a lloverse. Estaba dividida en dos sectores, A y B. En el A estaban las compañeras que ellos consideraban más "pesadas" y en el B el resto. En mi caso y el de algunas otras, parece que no tenían muy claro a cuál grupo pertenecíamos, porque nos pasearon de un sector al otro, en dos oportunidades. Entre ambos sectores había incomunicación y éramos sancionadas si intentábamos algún contacto. En cada sector había un pasillo a ambos lados estaban las celdas y el baño y al fondo del pasillo, un patio; en las celdas con capacidad para cuatro nos alojábamos ocho y en las de dos estaban cuatro. Durante el día las celdas permanecían abiertas y podíamos co-

municarnos entre sí, en la noche, según las órdenes del director del establecimiento, permanecían abiertas o cerradas; en cualquiera de las dos situaciones, en la noche, para ir al baño teníamos que pedir autorización. Había dos recreos, en la mañana y en la tarde y en esos momentos podíamos escuchar la radio y jugar al vóleibol.

En el celdario éramos custodiadas por la Policía Militar Femenina, que estaba muy bien entrenada para el hostigamiento y el acoso, casi en forma permanente, especialmente en la noche, en que escuchábamos radio, conversaban y se reían a gritos y a cada rato entraban al celdario y hacían la recorrida por el pasillo, taconeando y haciendo sonar el llavero.

Otro tipo de hostigamiento en el que ellos y ellas disfrutaban eran las requisas en las celdas; nos hacían salir en forma sorpresiva al patio, y ellas entraban, revisaban, revolvían, tiraban y mezclaban todo, sin dejar nada en su lugar. Cuando entrábamos, no les dábamos el gusto de demostrar contrariedad, muy por el contrario, con total paciencia y autocontrol, comenzábamos a ordenar y buscar aquello que se nos había perdido, que por lo general estaba en otra celda.

La comida era mala, el desayuno pésimo y el pan escaso. Completábamos nuestra alimentación con los comestibles que nos llevaban los familiares en las visitas y con lo que comprábamos con el dinero que los mismos nos depositaban. Todo lo que recibíamos y comprábamos lo poníamos en común, y nos distribuíamos en grupos para preparar la merienda, que luego se repartía por celda.

La convivencia, sobre todo al principio, no fue nada fácil; hubo desencuentros de todo tipo y calibre; por ejemplo, ventana abierta o cerrada, fumar o no dentro de las celdas, tirar o no la cisterna en la noche, sobre todo en las celdas donde había una taza, etcétera.

Hubo problemas de choques entre compañeras que teníamos carácter algo fuerte y no estábamos de acuerdo en que las que tenían más experiencia en cárceles quisieran imponer sus criterios, subestimando a las demás.

Pero, poco a poco, fuimos limando esas asperezas, y fuimos organizándonos para que la vida de encierro se hiciera más llevadera y además para que la misma tuviera un sentido, para aprovechar al máximo la oportunidad que teníamos de enriquecernos como militantes intercambiando ideas y experiencias; esto lo logramos conversando,

leyendo y comentando las noticias que escuchábamos en las radios extranjeras, a través de onda corta, por donde pasaban las noticias políticas que no podíamos oírlas en las radios uruguayas.

A esto le agregábamos algunas noticias que podían darnos nuestros familiares en las visitas, en algún descuido de las custodias; y algunas veces, cuando nos traían los comestibles envueltos en papel de diario, aparecía alguna noticia de interés.

El tiempo lo ocupábamos en leer y hacer trabajos manuales. Leíamos libros muy buenos, algunos que pasaron la censura, no sabemos cómo, nos fueron muy útiles, pues algunos eran novelas históricas y otros de fondo político.

En manualidades, intercambiábamos distintas técnicas, así todas terminamos realizando todo tipo de trabajos con distintos materiales. Nuestros familiares luego los vendían y nos depositaban el dinero para comprar lo que necesitábamos. En esta cárcel de Paso de los Toros en total estuvieron cerca de 160, no en forma simultánea, pues mientras unas compañeras salían en libertad, otras iban llegando. La mayoría pertenecíamos al MLN (Tupamaros), pero también había compañeras del PC y del PCR, que cayeron posteriormente. Siempre mantuvimos buenas relaciones entre todas, hubo respeto mutuo, y no profundizamos, en lo político, sobre algunos temas con los que, quizás, no íbamos a ponernos de acuerdo.

Lo más importante era estar unidas, porque teníamos claro que todas estábamos presas por haber luchado por una sociedad más justa, un país mejor, y que teníamos un enemigo común.

Y quiero hacer mención aquí a lo que dijo un compañero dirigente con respecto a nosotras: que habíamos sido más inteligentes que los compañeros presos en Libertad, pues no nos habíamos desgastado en discusiones políticas, y que habíamos salido más equilibradas que los hombres. Todo esto que he dicho, no significa que entre nosotras no hubiera problemas, pues desde un principio hubo un pequeño grupo de detenidas cuya conducta con respecto a los militares y con respecto a nosotras no era la que correspondía a personas que habían pertenecido a movimientos políticos de izquierda, por lo tanto ellas quedaron totalmente aisladas del resto.

A fines de 1977, fuimos trasladadas al penal de Punta de Rieles, en

un operativo digno de la mejor película policial. En ese momento éramos alrededor de 90. Estábamos advertidas y amenazadas del trato que recibiríamos en aquel penal, pues según las soldados, en Paso de los Toros nos trataban como señoritas en un pensionado. El recibimiento en Punta de Rieles fue espectacular y espeluznante: con gritos e insultos de todo tipo, órdenes unas detrás de otras, llamados a la oficina de los militares de inteligencia, recibiendo siempre el mismo trato amenazante. El objetivo, por supuesto, era amedrentarnos y humillarnos, para que supiéramos muy bien a qué atenernos.

Luego vino el almuerzo, en sillas mirando hacia la pared; tallarines con tuco, bastante pan y postre; hacía años que no comíamos tan bien, las demás compañeras no podían creer que veníamos de Paso de los Toros con un hambre acumulada de años.

Finalmente se produjo el desparramo: unas, las más pesadas, fueron llevadas a los sectores, las demás a dos barracas, atiborradas de cuchetas y arriba de ellas las compañeras que nos miraban llegar con nuestros bártulos.

Las compañeras que hacía años que estaban allí estaban ansiosas de noticias, pues ellas nunca tuvieron radio, de manera que les dimos un panorama general de la situación del país y del mundo, al mismo tiempo nos informaron del régimen de vida en ese penal.

Las tareas eran repartidas por grupos y eran colectivas; una semana te tocaba fajina de la barraca, otra, trabajos en cocina, la siguiente limpieza de cocina, etcétera. Luego estaban otros trabajos que yo llamaría forzados. Por ejemplo, a mí me tocaba casi siempre el "carpido", en ese lugar había grandes extensiones de pasto, y había que dejarlo prolijo, por lo tanto nos tenían tres horas carpiendo sin posibilidades de descansar, pues si te enderezabas para aflojar un poco la espalda y la cintura, te sancionaban por "falta de voluntad en el trabajo".

Y si lo hacías muy lento, también. La única salida que teníamos para descansar era pedir para ir al baño, así caminábamos un poco y estirábamos los músculos.

Había en esto dos criterios entre las compañeras: las que trabajaban con desgano y se hacían sancionar y las que considerábamos que no valía la pena estar 15 o 20 días en un calabozo, perjudicando tu salud, sin ningún sentido.

A otras compañeras les tocaron tareas más duras, como hacer bloques, encofrado de hormigón, traslado de largos y pesados tablones de madera, etcétera.

El régimen en general era más duro que en Paso de los Toros, pero las que nos tocó barraca teníamos la ventaja de que podíamos salir fuera de ella y caminar, si queríamos, todo el día, aprovechando a tomar aire y sol, que era justamente la carencia que teníamos en Paso de los Toros. La comida era, en general, mejor que en el otro penal.

Las visitas eran más espaciadas por razones de distancia y además porque nuestros familiares debían hacer un gran sacrificio económico para concurrir a las mismas. Además, la confección de trabajos manuales para ayudar a solventar los gastos se hacía más dificultosa por falta de materiales y por las otras tareas obligatorias que nos ocupaban bastante tiempo.

En este penal estuve casi un año, salí con mi hermana, el día 8 de setiembre de 1978. Estuvimos desde la mañana hasta el anochecer en un calabozo, esperando la llegada del médico porque teníamos que firmar el papel donde decía que habíamos recibido la atención adecuada durante nuestra estadía. Después del mediodía, el director del establecimiento nos llamó para "darnos la despedida" con sus correspondientes consejos sobre lo que nos convenía hacer de ahí en adelante; nosotras lo escuchamos y no le contestamos absolutamente nada. Lo único que queríamos era irnos cuanto antes.

Alrededor de las 20 horas salimos, con nuestra valija en la mano, por el largo camino que llevaba a la salida del penal; allí estaban esperándonos desde las 15 horas nuestros tíos que vivían en Montevideo, y una prima, ansiosos al igual que nosotros, por darnos un abrazo después de tantos años. Fue un momento muy emotivo, y para nosotras algo que nunca olvidaremos.

Después la llegada de nuestros padres desde Paysandú; ellos siempre estuvieron junto a nosotras, sin reproches, sin quejas, con una gran entereza y una solidaridad para con los demás familiares, con quienes viajaron tantas veces, con frío, con calor, con lluvia, para las tan ansiadas visitas.

Luego, la llegada a Paysandú, el cálido recibimiento por parte de nuestros familiares y el comienzo de una adaptación a la vida normal,

que fue difícil y lenta. Físicamente estábamos en nuestro hogar, pero nuestro pensamiento y corazón seguían estando en el penal, junto a las compañeras que habían quedado.

Fuimos muy bien recibidas por los vecinos, familiares y amigos. Durante días y días recibimos visitas de todos ellos y nos llamó la atención la necesidad que tenían de hablar de sus problemas y de lo que habían pasado y estaban pasando (aún estábamos en dictadura). Así nos fuimos enterando de cómo ésta afectó a muchas personas, que sufrieron la represión en todas sus manifestaciones.

Estos años de prisión significaron para mí, además de una valiosa experiencia, un corte en mi vida, sin solución de continuidad. Ya no era la misma persona, todo había cambiado; de ahí en adelante, hubo un "antes de" y "después de".

En muchos aspectos, me sentí libre de prejuicios, no estaba atada a nada, era como empezar una nueva vida.

Cuando mis hijas, que nacieron en 1984, me preguntan si me acuerdo de aquellos años, yo les contesto que para mí es como si hubiera sucedido ayer.

Libélula

VOCES EN LA PALOMA

A todos los familiares de ex presos políticos

El 15 de junio del 73, unos días antes del golpe de Estado, fui detenida por el entonces mayor Gavazzo, en el Batallón de Artillería N° 1, ubicado en la zona denominada La Paloma, del Cerro de Montevideo.

Fueron días muy similares a los de muchos otros presos políticos, torturas físicas y psicológicas y demás.

Yo ocupaba un calabozo de los seis que había arriba de la sala de tortura. En esos días estábamos detenidas allí dos mujeres, Gloria y yo, y un compañero, Edgard Sosa. Nuestras edades oscilaban entre los 19 míos, los veintipocos de Gloria, y los treinta y pico de Edgard. Este compañero, al que recuerdo con mucho cariño y respeto, era un militante del sector obrero del MLN, detenido en los días del golpe militar y muy torturado.

Cierto día la guardia nos manda a las dos mujeres a barrer el pasillo de los calabozos, y nosotras, aprovechando un descuido, logramos pasarle a Edgard, por la mirilla, pedacitos de fruta que habíamos guardado para él.

Sus palabras aún resuenan en mi mente: *"No se preocupen, compañeras, estoy bien, tengo una hijita y mi señora afuera y la gente está resistiendo"*.

Sus ojos de mirada clara, entre celestes y grises, reflejaban integridad, fuerza y hasta una transparente alegría cuando nombró a sus pilares de vida, compañera, hija y pueblo.

Nosotras tratamos de trasmitirle aliento; sabíamos que estaban desmantelando los diferentes frentes de organización de masas del MLN, con la detención de sus dirigentes, para de esta manera evitar respuestas populares y organizadas.

A mí me habían detenido porque militaba en el Comité de Familiares de Presos Políticos, aunque tenían datos de mi militancia anterior. Mi esposo y compañero de entonces había sido detenido en el 72 y durante ese año estuve presa dos veces y, con mucha suerte, liberada.

En varias oportunidades me ofrecieron la opción de irme del país, pero siempre opté por permanecer aquí. En mi interior perduraba el sentimiento de estar bajo el mismo cielo que los compañeros.

En pleno año 73 la Inteligencia del Ejército funcionaba en el Batallón de Artillería N° 1; sus interrogatorios eran muy refinados, como si desde el 72 en adelante hubieran perfeccionado las técnicas del interrogatorio.

Para responder a la tortura a que me sometían Gavazzo y compañía inventé el nombre de un compañero imaginario que era mi contacto supuesto. Gavazzo acostumbraba sacar a sus detenidos a la calle; lo había hecho ya con algunas compañeras y más de una vez las llevó a un contacto inexistente.

A mí me dijo: *"Ya que conocés al flaco Juan, te voy a llevar al Comité de Familiares y lo vas a reconocer"*. Efectivamente lo hizo una noche de reunión del comité. Cuando me sacan la venda me doy cuenta que estoy en un auto Volkswagen frente a AEBU.

Me preguntan constantemente si veo al flaco Juan y en eso salen mis dos compañeros de grupo. En ese momento sentí una felicidad inmensa pues ellos seguían caminando y yo afirmaba de continuo que no veía a mi contacto.

Gavazzo se exaspera y me dice que si no reconozco yo, me van a reconocer a mí. Pienso que mi presencia física debía ser muy deprimente debido a los días de detención sin aseo.

Él y otros dos caminaban al costado y detrás de mí, apuntándome con una pistola. Una compañera del comité con su hijo en brazos se acerca y le digo que se vaya.

Reflexiono que lo que Gavazzo buscaba era atemorizar a los familiares puesto que Juan no existía y él lo sabía.

Después de treinta años encontré a uno de los compañeros que vi salir caminando aquella noche y me dijo que los familiares se habían dado cuenta que me tenían presa y hasta pensaron cómo rescatarme. Le conté que los militares me sacaron a rastras y me prometieron que esa iba a ser la peor noche de mi vida. Lo fue físicamente pero yo sentía interiormente una felicidad muy grande porque, pese a mis 19 años, había sido coherente con lo que debía ser coherente.

A Gloria la detuvieron unos días antes que a mí. Con ella usaron la misma técnica de interrogatorio.

Este pequeño grupito de compañeros del MLN nos enteramos del golpe de Estado a través de Gavazzo.

Recuerdo que entró a mi calabozo y me dijo: *"Ahora el país va a cambiar, estamos mandando nosotros"*. Luego le ordenó al guardia que abriera el calabozo 2; escucho que a Gloria le dice lo mismo que a mí y la trae hasta mi calabozo. Nos besamos y abrazamos y me muestra la foto de su hijo.

Gavazzo agrega sarcásticamente: *"Como los militares estamos en el poder las autorizo a que pasen el día juntas, la noche no. Cualquier problema de ataque al cuartel pueden tomar el tacho de tortura y se van navegando por el Río de la Plata"*.

Lo que voy a describir está cercano al surrealismo. Los calabozos del cuartel de Artillería N° 1 eran pequeños y no tenían colchón; acurrucaba mis 19 años y 40 quilos en un rincón para darme calor.

En ese escenario entra el mayor Gavazzo, para hacer ostentación de su personalidad narcisista y omnipotente.

Primera escena. Trae dos carabinas, una a cada lado del cuerpo y grandes granadas en su cinturón y comenta: *"Flaca, estamos en guerra; qué lamentable es ver a los tupas y a los comunistas juntos"*.

Segunda escena. Entra vestido con su uniforme militar de gala y dice: *"Vengo vestido así porque tengo una reunión en la que se van a decidir cosas muy importantes"*.

Mi actitud era no responder. Él continuaba exhibiéndose por los demás calabozos.

En una oportunidad le dijo a mi compañera de calabozo: *"Soy un hombre que cree en la religión católica"*, y ella muy firme le contestó: *"Entonces no entiendo cómo, mayor, usted puede desnudar y torturar a mujeres como nosotras y cómo no siente remordimientos al estar con su señora y sus hijos siendo creyente de la fe cristiana"*.

A mi vez yo pensaba qué buscaría un miembro de la Inteligencia del Ejército exponiendo su cambio de plumaje como un pavo real y me formulaba humildes hipótesis: o estaba en plena investidura narcisista omnipotente, o buscaba desmoralizarnos, tal vez ambas cosas.

Lo primero lo pude confirmar cuando en una ocasión en medio de una tortura me sacó la capucha y me mostró su cédula con nombre completo y foto.

Este personaje también tenía sus ratas en el corredor de los calabozos y las metía en ellos sabiendo el rechazo que producían en las mujeres.

Durante varios días alejaron su atención de nosotros, pues parecía que estaban desbordados. A toda hora traían gente; nosotros oíamos las torturas y atropellos a distintas personas. Hasta los soldados rasos se sentían incómodos a veces porque no comprendían que trajeran a tantas personas a las que no había razón para privarlas de libertad.

Recuerdo la tortura de un muchacho al que culpaban de un sabotaje a ANCAP. Como presos éramos testigos de lo que le sucedía a cualquier ciudadano uruguayo.

Una noche que se presentaba tranquila, un guardia del interior, que era del mismo departamento de Gloria y conocido de ella, nos permitió un mínimo acercamiento con el compañero de ANCAP. Cruzamos con él unas breves palabras, nos preguntó si nos habían hecho lo mismo que a él; nosotras le trasmitimos ánimo y que siguiera declarándose inocente como hasta ahora.

Terminaron dándole la libertad.

Luego se vivió una etapa de gran silencio dentro del cuartel, estábamos a fines de julio.

El día que me trasladaban al juzgado militar era extraño el gran silencio que se percibía en las calles, como si no hubiera caminantes en Montevideo, parecía algo así como un toque de queda.

Este relato es de alguien que vivió el golpe de Estado antes, durante y después, en un calabozo de Artillería 1.

Edgard fue procesado por convicción, no reconoció nada y su tipificación fue menor de la que ellos pretendían. Lo sentenciaron a nueve años; al cumplir la pena y firmar la libertad fue trasladado a "la isla" del penal de Libertad. Las autoridades de éste manifestaron que se había suicidado, ahorcándose.

Recuerdo su transparente mirada y el mensaje que nos dio, las experiencias que compartimos y por eso no creo en absoluto que quien peleó tan dignamente por la vida llegara a quitársela.

Gloria y yo fuimos trasladadas juntas a Infantería N° 1, del quilómetro 14, luego al penal de mujeres de Punta de Rieles. Gloria cumplió ocho años de pena y se reencontró con su hijo. Su compañero fue asesinado en las calles del barrio Reus cuando ella ya estaba en Punta de Rieles.

Yo cumplí mi pena de siete años, trabajé, estudié y esperé cuatro años a mi ex compañero preso en el penal de Libertad.

Cuando éste salió, rehicimos nuestra vida juntos. Él trabajaba en periodismo; yo fui enfermera, luego psicóloga y tuvimos dos hijas.

Cierta noche mi ex esposo tenía el cierre del diario donde trabajaba. El embarazo de mi hija Lucía estaba muy avanzado, y decidimos que me quedara allí.

Para entretenerme los periodistas me ofrecieron una cantidad de fotos de todas las épocas y en una reconozco al mayor Gavazzo; no me fue difícil reconocerlo, ¡tantas veces se había expuesto ante mis ojos!

Estaba en un acto de Bordaberry, Gavazzo lucía lentes negros pero igualmente era inconfundible su figura mastodóntica, su rostro y su expresión sarcástica.

Cuando se lo comento a los periodistas no lo podían creer. Era la primera foto en que se lo reconocía.

A la mañana siguiente de fines del 85 aparecía su cara en la primera plana del semanario. Esa misma mañana yo disfrutaba del placer del pataleo de Lucía en mi panza.

Esta reconstrucción de la memoria se logró gracias a la ayuda de la misma Lucía con casi 18 años y los 13 de Carolina, mi otra hija, que amenizó nuestra tarea de evocación de recuerdos con sus preguntas y sus sabrosos mates.

La historia de una madre es parte de la historia que los hijos desean conocer.

La historia de un pueblo es parte de la historia que sus hijos deben conocer.

Tikis

RECUERDOS FUGACES DE ÉPOCAS NO TAN FUGACES

Soy montevideana y me encuentro de visita en la casa de mis tíos, en una ciudad del interior. En aquellos tiempos habían asesinado a un estudiante, Líber Arce, mientras manifestaba junto a otros compañeros; protestar contra las imposiciones parecía ser más grave que cometer robo u homicidio. El autor del hecho, integrante de las fuerzas de represión, no fue identificado, tampoco se realizó la investigación correspondiente.

No recuerdo cómo empezó la conversación, pero hablando con una de mis primas, cuatro años menor que yo, le decía que yo también era estudiante (en esos años cursaba el ciclo liceal).

—No –me responde–, los estudiantes son todos malos.

—¿Quién dijo eso?

—Está en todos los diarios.

—No es así, yo soy estudiante y tú lo serás dentro de poco, porque todo el que estudia lo es, cuando termines la escuela y entres en el liceo lo serás.

—No, yo nunca seré estudiante y eso no es cierto, los estudiantes no estudian, sólo arman líos.

—Lo que hacen algunos estudiantes es reclamar por cosas justas, pero nada más.

Mi tía intervino obligando a cambiar de conversación.

En el interior del país la información sólo llegaba a través de los diarios y la radio local y desde un solo punto de vista, el del gobierno. La televisión que se veía en esa ciudad era la de Argentina.

Montevideo siempre fue el caos para la gente del interior, por eso era preferible, para muchos, vivir alejado de todo, al resguardo en una tranquila ciudad donde todos se conocían y nadie se atrevía a contradecir a la mayoría.

A partir de esta conversación tonta, la relación con mis tíos y primos cambió.

Tengo otros primos en otra ciudad del interior, éstos sí estaban bien informados y por supuesto sus opiniones eran muy distintas. Uno de

ellos tuvo que irse a Buenos Aires, su padre fallecido entonces era argentino, y no tuvo problemas para quedarse en el país.

Volvía muy pocas veces, y nunca a su ciudad. Se casó con su novia del liceo.

La poca información que me llegó en esa época fue que como en el interior todos se conocen, al hacer comentarios, fue recibida una denuncia en la comisaría y lo habían detenido, amenazado, y lo de moda en esos momentos, un poco de submarino. Nunca supe que estuviera en ningún movimiento revolucionario, y si fue así lo abandonó. Mis recuerdos son de reuniones de amigos alrededor del tocadiscos escuchando música, mayoritariamente de nuestro admirado Zitarrosa, así como también de otros cantores del momento.

En aquella época la novia que iba detrás de su enamorado era considerada una loca y por supuesto nunca más aceptada por sus familiares y allegados, así que mi futura prima, que para colmo aún era menor de edad, se tuvo que conformar con un amor platónico y furtivos encuentros en un balneario de Canelones.

Mi primo, de mientras debía conseguir trabajo, alojamiento y tramitar el casamiento por poder, que para la mentalidad de la época era más correcto y seguro que viajar la novia a casarse con su enamorado a Buenos Aires. Yo asistía a un liceo privado, donde por supuesto no se hablaba ni de política ni de reclamos sociales comprometidos. Si bien me encontraba apartada del resto del movimiento estudiantil y político del país, no estaba tan desinformada. En mi casa había enciclopedias y libros donde podía interiorizarme sobre las diferentes formas de gobierno, leer sobre los derechos humanos o deleitarme con los grandes pensadores de la época de la Revolución Francesa.

Cuando cursaba cuarto año de liceo hubo huelga en la enseñanza, no había clases en todo Montevideo. Las autoridades del liceo cerraron sus puertas, pero como era privado y no querían que los padres de los alumnos dejaran de pagar sus cuotas, nos hacían ir al gimnasio para retirar y entregar trabajos que algunos profesores dejaban para sus alumnos.

Al poco tiempo se abandonó por falta de concurrencia de profesores y alumnos.

Al año siguiente cursé preparatorios en el Instituto Batlle y Ordóñez (IBO), era público pero sólo de señoritas.

No entendía por qué debía ir allí si venía de un liceo mixto, quería ir al Nº 3, donde irían la mayoría de mis compañeros, o al Miranda, pero según mis padres para el primero no tenía ómnibus (más adelante descubrí que era mentira) y en el Miranda había mucho revuelo.

Nunca se enteraron que en el IBO teníamos asambleas numerosas donde nos informábamos de los últimos acontecimientos y muchas veces vinieron estudiantes del Miranda y del liceo Nº 17 a informarnos de su realidad. La directora, que a pesar de su avanzada edad tenía muy claros los acontecimientos, no le impedía la entrada a las mujeres de los otros liceos, pero los muchachos debían hacerlo a escondidas. Ahora pienso que hacía la vista gorda.

En la tarde concurría a la UTU a estudiar administración. Allí era otro mundo, no se hablaba de nada que no fuera trivial, esa era otra forma de sentir lo cotidiano porque se quiera o no estábamos conectados con la realidad del país. Cuando concurría al liceo, en la clase de historia habíamos hablado de un indio americano llamado Tupac Amaru que había luchado por la independencia de su pueblo. Por eso cuando en las noticias se hablaba de los tupamaros enseguida lo relacioné con el espíritu de justicia y libertad.

Los tupamaros en el Uruguay sacaron a la luz muchos engaños, estafas y corrupciones. Se hablaba que lo integraba gente con astucia, de mucha cultura, y que entre ellos había profesionales, todos queríamos un Uruguay mejor.

Cada acción de los tupamaros tenía una justificación, lo que muchos no compartían era el uso de la violencia para sus fines. Lo que se palpaba en el aire era una cierta simpatía por esa gente arriesgada.

Un día me encontraba en la calle Mercedes esperando un ómnibus, en la vereda de enfrente, en una clínica de estudios médicos, estacionó una camioneta de los milicos, bajaron varios con escopetas en sus manos y abrieron la puerta de atrás, empujaron de allí a un hombre maniatado y encapuchado, lo introdujeron a la casa. Quedé muy impresionada y ese lugar no se me ha borrado, ya no existe la clínica, es una casa particular. Había oído sobre arrestos y torturas pero esta sensación no fue la misma.

Aprendí que muchas veces vivimos los sucesos cotidianos de la misma forma que con una película o serial de televisión. Sabemos todos los detalles, hablamos y emitimos juicio sobre los hechos, pero no pasa más

allá de un balance intelectual y moral. Cuando los vivimos de cerca, allí entran a jugar las emociones y los sentimientos, ya no somos una computadora analizando leyes sociales o morales, somos seres humanos con un pecho oprimido y un temblor en el cuerpo por la angustia de una realidad que el cerebro ya no puede ocultar más al corazón.

Una mañana me levanté para ir a estudiar, mi madre me dijo que estaban suspendidas las clases porque había un golpe de Estado en el país. Me fui igual, esperaba encontrar en la puerta del IBO a las demás compañeras protestando por lo ocurrido. Éramos sólo cinco, la ciudad estaba desierta, caminamos hasta 18 de Julio buscando grupos de personas protestando pero no había nadie; recién ahora entiendo la razón. Volví decepcionada a mi casa.

Junto con el golpe de Estado se instaló el miedo y el terror.

Había una empresa de ómnibus capitalino que era del Estado (AMDET). Los militares se apoderaron de algunas unidades y en la noche hacían el recorrido de los mismos pero con la luz interior apagada, los que no se daban cuenta les hacían seña como a cualquier ómnibus, les paraban y aunque al subir detectaran el error era imposible el descenso. Eran trasladados en masa a la comisaría, donde eran retenidos por unas horas o toda la noche para averiguaciones. Eran las llamadas *razzias*. Este método fue usado por poco tiempo porque la voz del barrio entró a correr y los únicos que caían eran los incrédulos.

Se decía que cada milico debía llevar para averiguaciones un determinado número de personas al día y recurrían a cualquier método para conseguirlo.

No se podía salir sin la cédula de identidad a ningún lado. Una mañana mi madre salió a hacer los mandados, se alejó de mi casa sólo dos cuadras, cuando volvió habían cercado nuestra manzana y todo el que pasaba debía exhibir sus documentos, ella no los tenía, debía ser detenida. Luego nos contó que había dicho que tenía un bebé en la casa (no era verdad) y que le llevaba la leche mostrando la bolsa, que no podía dejarlo solo mucho rato. La dejaron pasar. No sé si le creyeron, pero se decía que no todos los milicos disfrutaban sintiéndose poderosos frente a los demás, algunos no se olvidaban que tenían familia y sólo por el temor de padecer lo mismo que el pueblo acataban las órdenes de sus superiores.

Una noche en que mi novio me acompañaba a mi casa, nos detuvieron en una esquina poco iluminada. Había una camioneta llena de milicos, nos separaron y nos pidieron la cédula de identidad. Oí al que estaba junto a mi novio decir en voz alta "¿Qué es esto?", para que todos escucharan, y exhibiendo unas hojas en la oscuridad, lo entró a empujones a la camioneta. Pude ver que allí había más personas. Volví a su casa asustada a avisarle lo sucedido a su madre, no sabía qué podía ser lo que tuviera que fuera tan horrible, fuimos con ella a la casa de unos amigos a avisar, por las dudas que fuera alguna lista de direcciones o teléfonos que en esa época eran muy codiciadas.

Sabía de una muchacha del barrio a quien habían ido a buscar a su casa porque su nombre estaba en el cuaderno del liceo de una compañera que habían arrestado. Al poco tiempo la tiraron desde una camioneta militar en la puerta de la casa totalmente destrozada, no hablaba ni parecía conocer a nadie. Recibieron una llamada anónima pidiendo disculpas, se habían equivocado. Como no dio ninguna información porque no la tenía la torturaron hasta dejarla media muerta.

Volví a casa y prendí fuego a todo lo que podía ser considerado por la poca mentalidad de algunos como subversivo. Al día siguiente me enteré que no le habían encontrado nada, lo que exhibieron en la oscuridad era la cédula de identidad que en ese momento rompían.

Lo llevaron a la comisaría Nº 13, donde los policías protestaban porque le llenaban los calabozos de gente. En la mañana estaba de regreso en su casa y pronto para tramitar una nueva cédula de identidad porque la actual estaba destrozada.

Tuve que esperar un año para entrar a la facultad porque los cursos se habían atrasado. En ese tiempo busqué trabajo y me presenté a varios concursos para empleos. Me anoté en el Instituto Taquigráfico del Uruguay (ITU) para practicar la taquigrafía que había aprendido en la UTU. Si lograba velocidad suficiente podía dar concurso como taquígrafa para el Palacio Legislativo. Había muy pocos alumnos, habían desertado debido al cierre de las cámaras ocurrido por el golpe de Estado. En esa época todavía pensaba que esto duraría poco. Cuando me convencí de lo contrario yo también abandoné.

En el año 1975, por intermedio de un concurso dado el año anterior, entré a trabajar en una mutualista, también ese año ingresé a la Facultad de Odontología.

En la entrada de la facultad habían puesto varios cajones con divisiones, había que dejar la cédula de identidad en ese lugar antes de entrar y retirarla al salir. Custodiaba las mismas la Policía de Investigaciones. A la salida del segundo día mi cédula fue entregada en mis propias manos anunciando mi nombre con sonrisa burlona por uno de los policías.

Querían demostrar que ellos también estudiaban, memorizaban caras y nombres para poder ubicarte donde fuera. Era una forma de amenaza solapada, o así lo sentí yo.

Comenté lo sucedido a algunos compañeros, dijeron que a ellos también les había pasado pero nadie quiso hacer ningún comentario. Todos de algún modo desconfiaban de los otros. No se sabía bien con qué tipo de personas uno trataba, podía haber espías ocultos y por unas palabras de más pasarla bastante mal.

En mi trabajo me agremié al sindicato de trabajadores. Al año siguiente intervinieron la mutualista. Mis patrones pasaron a ser militares de carrera. Se disolvió el gremio. Si bien el contacto con los nuevos dueños prácticamente no existía, cambió bastante el sistema de trabajo. Muchas jefaturas, presionadas o no, se olvidaron de algunas cláusulas del reglamento de funcionarios. Aquellos compañeros que tenían familiares presos o desaparecidos, o los que opinaban diferente, o los que no gozaban de la simpatía de los jerarcas fueron acosados y muchos tuvieron que renunciar.

Se propuso las ocho horas diarias de labor en forma voluntaria, con un aumento en el sueldo y para los administrativos pasar de las 35 horas semanales a las 40 o 44.

Algunas personas aceptaron; otras, como yo, decidimos que si había una conquista gremial anterior no teníamos derecho, por sólo una mejora económica temporaria, a derrotarla tan fácilmente. Los que no aceptamos tuvimos varias limitaciones en nuestro trabajo. De a poco fue aumentando el número de adhesiones al incremento de horario.

Lo que en un comienzo quiso aparentar ser una oferta terminó mostrando su verdadera cara: la opresión.

No se realizaron más concursos ni para ingreso de nuevos funcionarios ni para ascensos, todo era a través de acomodos.

Me quedó grabado de estos tiempos las marchas escuchadas en la radio y televisión de los comunicados de las Fuerzas Conjuntas.

Me quedó grabado el significado de la letra de nuestro himno patrio, al que desde niña me habían enseñado a memorizar (como tantas otras cosas) con el criterio erróneo de que es más sano y útil que aprender a interpretar y razonar. Todo lo que puede traspasar la frontera del tiempo de su creación, para convertirse en un principio, nos cuestiona las reglas de una sociedad que bajo la cortina de la tranquilidad quiere tener todo bajo control.

Y sobre todo, me quedó grabado lo que puede ser capaz de hacer un ser humano cuando tiene el uso indiscriminado del poder. El poder de dejar sin trabajo a familias enteras llevándolas a la pobreza, el poder de amenazar, de inculcar el terror, de separar familias, de combatir vidas, de trasmitir dolor. Aquel deseo de poder que saca a luz la discriminación que ha sido reprimida por mucho tiempo, pero que está, la discriminación social, cultural, económica, religiosa, sexual, de nacionalidad, de ideas o simplemente por el aspecto físico.

El poder hace olvidar los valores culturales y sociales, desarrolla la creatividad en la perversión mostrando los más bajos instintos. Dependiendo de la posición social o laboral de quien lo posee se notan sus diferentes matices.

En estos tiempos sentí el poder en el abuso en las funciones laborales, usando como justificación ficticia la protección hacia ellos y los demás. También lo vi en mayor medida en no pocos milicos de bajo rango, que siempre estuvieron pisoteados por sus superiores y ahora podían vengarse en los inocentes, desatando su furia contenida sin el menor castigo y hasta a veces buscando la alabanza. Lo vi en aquellos militares de alto rango que se sentían los dueños del país y de cada uno de sus habitantes.

La historia algún día contará sobre los años de la dictadura, cómo y por qué empezó y terminó, las consecuencias políticas y sociales, pero los sentimientos y las razones de determinadas actitudes posteriores, frente a nuestra familia y al resto de la sociedad, sólo los podremos saber quizás nosotros mismos.

En el Río de la Plata hay un dicho popular que pretende utópicamente protegernos; es el "no te metás", significa que veas pasar las cosas a tu alrededor como si no existieran, así estarás libre de problemas. El dicho tendría que decir "no te metás porque ya estás metido",vivimos en la

misma ciudad, en el mismo país y en el mismo planeta que el resto de los seres humanos y, aunque no podamos apreciarlo, nuestra visión frente a los hechos está y se verá reflejada en el futuro de la sociedad. No somos tan insignificantes como creemos.

Cuando mis hijos me cuentan de compañeros que sienten miedo de acercarse al centro de estudiantes o de concurrir a una marcha, pienso en el poder del terror que puede transportarse a través de las generaciones. Pienso en sus padres y abuelos que los deben amar igual que yo, pero que no pudieron separar su dolor de la educación y formación de sus hijos. Pienso en el amor filial de esta juventud que para no asustar más a su familia acepta poseer el mismo temor. Quizás compartiéndolo sea menos doloroso.

Lucía Kairos

COSAS DE SUPERVIVENCIA

Los silencios, la ruptura de los silencios, la sonrisa de las mariposas.
¿De quién son estos silencios?
¿Acaso puede alguien escucharlos?
Mi silencio esconde el miedo.
La vergüenza por haber sentido miedo.
Mi silencio habla de vivencias.
Dolorosas, de la tortura y de la muerte.
Habla también de la risa y de la vida de una adolescente.
Es que los silencios tienen el cuerpo oscuro de un secreto
hablado internamente.
Tienen el rostro de la culpa, esconden las vivencias.
En algún rincón no tan oscuro de tu mente.
En algún rincón no tan oscuro de tu casa y de tu pueblo.
Y posibilitan, solamente por un tiempo, cierto tipo de supervivencia.

De mariposas

Era hermoso ser adolescente, a pesar de llorar seguramente lo que pierde toda adolescente y de haber llorado también el lugar de la infancia, la salida de mi pueblo. Era el año 1971, mi hermana debía venir a estudiar a Facultad de Medicina, atrás quedaban los amigos, nuestra gente, 12 años de mi vida. Sí, se sentía placentero descubrir nuevos mundos, ser adolescente y llegar a la capital, verla por primera vez, conocer el Río de la Plata, vivir al lado del palacio blanco de las leyes que señorial y majestuoso reinaba en aquella loma, como controlando todo: la ciudad, el río, la gente. Rodeado de calles afluentes y de verdes para que cualquiera pudiera llegar a él.

Creí tener suerte, vivir en la Aguada, a una cuadra del palacio desde donde se legislaba mi país, a la vuelta de la calle Agraciada, a pocas cuadras del liceo en el que pasaría parte de mi adolescencia. Orgullosa de mi adquisición del rol de liceal, aspecto que implicaba ser "adolescente", y de mi liceo que se llamaba Héctor Miranda.

Un mundo nuevo se abría para mí, de la niñez a la adolescencia, de la escuela al liceo, de mis pagos a la gran ciudad. Pequeña primavera de años locos. Era lindo ser adolescente, vivir tu propia primavera, ver tu cuerpo transformarse, crecer. Mirarte en el espejo, hallarte bonita y metamorfosearte en mariposa. Con alas, por supuesto.

De supervivencia

Era un salón amplio, ventilado. Había faltado un profesor pero no nos dejaban ir la recreo. Antes, cuando faltaba un profesor íbamos a la cantina. Mi liceo tenía una hermosa cantina que daba a un patio con árboles y flores. Era cosa de adolescentes el intercambio en grupos, y esperábamos conversando la próxima hora de clase.

Ahora estábamos allí, encerrados y encerradas mientras aquel hombrecillo nos leía revistas y cosas que no recuerdo. Mi cabeza mirando otra espalda y otra espalda. Estaba prohibido recrear, disfrutar, solamente había que escuchar al hombre de la cabeza pelada y tan brillante como sus zapatos, que ocultaba su mirada tras unos lentes oscuros, al que nosotros/as le habíamos puesto PIF (pequeño insecto fastidioso). Se llamaba Molinari y no era un adscripto, era lo que entonces se llamaba un "tira". Estábamos en el salón encerrados y encerradas. Sería el año 72 o 71, casi siempre se me confunden las fechas en las memorias de mis silencios.

¡Cómo recuerdo este gran silencio! Quizás mi primer gran silencio, el más cobarde, el más real, el que más me duele con el tiempo, el silencio primero de la supervivencia. El PIF dijo: *"Les vamos a leer la lista de sediciosos que se han encontrado responsables de 'asociación ilícita para delinquir'"*. Comenzó a leer y de repente nombró a mi padre. El nombre hizo eco en mis oídos, una especie de nebulosa, un temblor de la nuca a los pies, quizás mi primer temblor, casi me mareo. ¿Mi padre un delincuente ¿Mi padre, un profesor estudioso y solidario, siempre preocupado por los demás, un delincuente?

Creo que allí comencé a aprender a disimular mis sentimientos. Miré a mi alrededor, nadie me miraba. Nadie sabía que era mi padre. Siento que debí gritar ¡Es mi padre y no es un delincuente! Su nombre resonaba en mis oídos mientras yo, en vez de gritar, me volvía cada vez más pequeña en el asiento, como para pasar desapercibida. Creo que crecí

en mi pequeñez. En principio no lo comenté con nadie en el liceo.

Cosa de supervivencia, ¿no?

Tira era un milico de investigaciones destinado a vigilarnos disfrazado de civil para que no se supiera que era milico.

El palacio de leyes verdes.

El color verde fue un color que nunca me gustó en mi adolescencia, recién hoy puedo ver el verde como la vida, el oxígeno, y por qué no, la esperanza.

Dejo hoy todavía un espacio blanco en mi pensamiento para recordar el día que todos conocemos con exactitud. Porque aún hoy con mis 44 años debo hacer un esfuerzo para recordar las fechas. Los recuerdos vienen a mí pero desordenados y me cuesta saber qué es lo que pasó antes y qué después de este día oscuro que voy a describir.

Yo ya no vivía en Montevideo. Sé que a papá lo habían llevado preso. No sé si la definitiva, de la que nunca retornó, fue antes o después de este día. Papá ya desde hacía mucho tiempo casi siempre estaba preso. Sí recuerdo que como no teníamos ingresos, mamá todavía no trabajaba, y los alquileres era más baratos en los aledaños, nos habíamos mudado a Las Piedras. Todos los días de mañana tomaba el CODET para ir al liceo. Era simbólico para mí. Mi vida giraba siempre en torno al palacio de leyes. Como yo quería tanto ese grupo de amigos de Montevideo, no me habían cambiado de liceo. Me bajaba cuando el ómnibus daba la vuelta, debía cruzar el Palacio Legislativo y corriendo cruzar Agraciada, agarrar por Hocquard y dirigirme a mi liceo. Ese día mi palacio blanco, el de mi papá, el de todas y todos, el nuestro, ya no se encontraba visible, en su lugar un cúmulo de verdes, el verde en las diversas formas de la guerra, verde oscuro sin oxígeno, lo escondía.

Tanques de guerra inmensos con armas que nunca había visto. Milicos camuflados, caballos disfrazados de verde sosteniendo verdes uniformados, metralletas. Armas, muchas armas. Verde, mucho verde, las leyes arbitrarias iban a ser de los verdes. Qué color horrendo el verde de la guerra, de la muerte, de las leyes injustas, de los no derechos. Por supuesto que en ese momento nada sabía, sólo presentía el peligro, sentía un malestar que recién comenzaba y que más adelante podría describir relacionado a ese verde de la guerra y de la muerte. Solamente pensé en volver a casa, con mi madre y mi hermana. Bajé del ómnibus apenas

pude, crucé y tomé otro de vuelta a Las Piedras. Tenía 14 años, creo, y tenía miedo, mucho miedo. Cuestión de supervivencia, ¿no?

Luego me enteré que las Fuerzas Conjuntas habían dado el golpe de Estado, era el 27 de junio de 1973 y mi palacio blanco majestuoso dejaría de legislar, porque de aquí en más al país lo dirigían esos "horrendos hombrecillos de verde".

La huida de las mariposas I

Teníamos gimnasia. No me gustaba mucho la gimnasia, a no ser la rítmica, pero después de aquello creo que cada vez me gustó más. De seguro algún tipo de asociación no para delinquir, pero sí para recordar, aunque fuera desde los oscuros lugares de nuestra mente o de nuestros cuerpos.

Salimos de gimnasia, sonrientes, como sonríen los jóvenes sanos en su primavera, era cerca de la nochecita. De pronto una "chanchita" paró en el medio de la calle y los milicos se bajaron en el medio de la calle apuntando con su metralleta, no importando nuestras edades. Corrimos y corrimos sin mirar atrás mientras escuchábamos los disparos, con la inconsciencia de los 14 o de los 13 años. Al dar vuelta la esquina pedimos cobijo en la casa de una compañera, pero no nos dejaron entrar. Con otra amiga corrimos como seis cuadras hasta llegar a mi casa, en donde estaba mi madre. Otra vez el frío recorriendo mi cuerpo desde la nuca hasta los pies.

Cuestión de supervivencia, ¿no?

Chanchita se le llamaba a una camioneta cerrada que iba llena de milicos armados y que por cualquier parte te detenían, y si no tenías cédula te llevaban en lo que llamaban *razzias*.

De grupos I. Fuenteovejuna

A pesar de todo, por momentos era lindo ser adolescente, reír, agruparse. No sé cómo hicimos pero logramos un buen grupo, a pesar de tantas prohibiciones.

Un día un compañero le puso un ratón en el salón a la de música, no recuerdo su nombre, pero era muy desagradable. Cuando entró al salón pegó un grito y salió corriendo. El PIF nos llamó, y no sé quiénes eran los directores, ni los nombres, guardo grandes lagunas para algu-

nas cosas concretas. La cuestión es que nos llamaron uno a una para que dijéramos el nombre de quién había sido el que había cometido la acción porque iba a llevar un deficiente. Todos/as sabíamos quién había sido pero nuestra respuesta fue una: *"No sabemos quién fue, señor"*. Y pensar que no habíamos leído el libro de Lope de Vega, y fuimos todos y todas uno: Fuenteovejuna.

Éramos jóvenes, muy jóvenes y aunque estábamos en época de gran represión conservábamos los valores esenciales: aquello de que la unión hace la fuerza. Nos llevamos el deficiente toda la clase. ¡Qué orgullo!

Es también cuestión de supervivencia, ¿no?

De grupos II. Mi madre dialogando con el PIF

Está claro que éramos sobrevivientes y para ello usábamos determinados mecanismos de supervivencia como mantener el derecho a la risa y a los momentos de alegría que tiene la adolescencia.

Un día mi madre fue al liceo para saber cómo marchaba yo. Por supuesto que con quien tenía que hablar era con el PIF. No sé, pero ahora que trato de recordar parece que el único ser adulto profesor, adscripto o... milico en el Miranda era el PIF. Obviamente, opacó otros recuerdos de esa parte de mi vida esa figura autoritaria. Pero bien, el asunto es que un grupo nos escondimos en la escalera a escuchar la conversación y escuchamos el diálogo:

Mamá —Señor PIF, ¿cómo le va a mi hija?

El PIF —Bien, señora, no se preocupe –contestó con su reluciente pelada, yo diría casi encerada con la misma pomada de sus zapatos–. La chica tiene buenas notas.

Nosotros/as en la escalera reíamos apretadamente para que no nos escucharan. Mamá en su inocencia acababa de decirle a este Molinari "señor pequeño insecto fastidioso".

Y él había disimulado que no entendía. Nunca voy a olvidar la cara de mi madre cuando luego en casa le expliqué que ese señor no se llamaba PIF, que era un epíteto que nosotros/as le habíamos puesto por lo molesto de su presencia.

La huida de las mariposas II

Como cuando al palacio lo disfrazaron de verde, a mi liceo lo toma-

ron los fascistas. Nunca sé qué fue primero y qué después, aunque la lógica me dice que para qué los jupistas iban a tomar el liceo si ya estuviéramos en dictadura. Pero ya sabemos que la lógica es la lógica y los afectos son los afectos. Y te trampean la memoria. Pero nos trampearon la memoria sólo por un tiempo y sólo en la apariencia.

Y se dieron asambleas, por supuesto de los más grandes, discusiones, reuniones permanentes, y de pronto: mi liceo ocupado. Creo que fue uno de los pocos liceos ocupados por la JUP (Juventud Uruguaya de Pie), la ultraderecha. ¡Qué mala suerte!

No recuerdo cuánto tiempo duró, lo que sí sé es que poco después me cambié de liceo para Las Piedras. Eran muchos los riesgos viajando a Montevideo, además debía hacer amigos y amigas en el lugar de residencia. Y bueno, me huí para Las Piedras. Por la supervivencia, creo.

De exilios internos: el secreto

...Mil palabras de luces y de colores
Hablaban de tristezas y de alegrías
Saludando al mundo, se expandían.

Hemos roto el silencio
Y en el alba de palabras y algarabía
Recuperamos tanta vida que se perdía.

Hemos roto los silencios y
Qué suerte, al hablarnos nos encontramos.

Setiembre de 1996 (lectura pública)

El secreto fue parte de nuestra vida en la nueva ciudad. Hacer amigos y amigas por suerte siempre fue una parte importante de mi vida, no había perdido el deseo de socialización. Pero los silencios fueron parte de esta vida. Los secretos junto a ellos. Porque los silencios eran el manifiesto del gran secreto y con él, el miedo era nuestro compañero diario, aunque no pensáramos en ello. Vivíamos el terrorismo de Estado. Los silencios eran algo nuestro, pocos amigos sabían nuestra historia, y había que sobrevivir con el secreto familiar.

También había que ser medianamente normal sabiendo del sufrimiento de los otros. La negación y la escisión eran mecanismos necesa-

rios para la supervivencia. ¿Cómo ser adolescente y reír en medio de la dictadura, ir a bailes, tener novio, cuando tu padre estaba preso, cuando las violaciones a los derechos humanos eran lo corriente en nuestro país? Obviamente que los silencios nos marcaron y el secreto nos hacía diferentes en el medio que nos movíamos. Aisladas, y transportadas a un medio extraño y diferente al nuestro, hacíamos nuevos amigos/as pero no sabíamos de sus historias. Y supimos de silencios que dejaron heridas y que sólo comenzaron a sanar cuando pudimos romperlos.

Las mariposas siempre retornan: tienen alas

Desaparecido/a
Aquella flor deshojada
Te muestra
Como un espacio vacío
Como un silencio.

Como sin nombre
Nombre sin cuerpo.

Triste silencio que atrapa
Y a tu historia
La envuelve la nada.

Han estrujado flores en primavera
Han vestido de rojo
Muchas historias
Y han querido borrarlas
De nuestras memorias.

Pueblo corazón herido
Cicatriz que nunca sana
Llora tu sangre
Y te recuerda
Eres nuestra historia.

Setiembre de 1996 (lectura pública)

Después de cierto tiempo, ya grande, comencé a recordar cada vez más fuerte. Aquella información recibida por las radios y la televisión en el setenta y pico largo, 76 o 77.

Cadáveres mutilados aparecían en nuestras playas. Dicen que eran coreanos. Cadáveres, sí, cadáveres mutilados, en nuestras costas. Esa imagen la guardo siempre conmigo, como símbolo. La lloro y la siento como si la hubiera visto. Como una muestra de lo horrendo, del espanto, de la muerte misma golpeándonos desde afuera a los ojos. Recordando, devolviendo, mostrando a nuestros seres queridos. Quizás ellos/as mismos apareciendo cuando los habían desaparecido para que a pesar de la aparente anestesia de nuestro pueblo, no los/as olvidáramos. Algo oculto trabajaba en mi interior, algo de lo siniestro, de lo horrendo de esos asesinos. Hoy siento que esa imagen no vista por mis ojos es tan fuerte como ninguna otra en mi vida, y a solas conmigo en noches de luna en la playa las encuentro y los encuentro, se que están conmigo. Mi padre, los desaparecidos, mis propias vivencias, siempre estarán conmigo, *una parte de nuestra historia que no quiero olvidar*. Porque, por suerte, las mariposas retornan y tienen alas.

De víctimas supervivientes

Hoy puedo decir que hace ya un tiempo que vencí la vergüenza de sentir. Cuando convocaron a "Memoria para armar" me presenté con un trabajo que más que testimonio de vida real es un testimonio acerca de un sentir, de un sentir que pienso sea el de una parte de nuestra gente. He seguido de cerca vuestro trabajo pero en silencio. Increíblemente este segundo texto de "Memorias" me ha remitido a testimoniar mis propias vivencias, sin vergüenza de mostrarme. Ya no las consecuencias de la historia de él, sino mis propias vivencias como hija en aquella época. Siento que he sido una sobreviviente a la violencia de este terrorismo de Estado, sólo por ser hija. Como víctima he tenido culpas, he tenido vergüenza de lo no hecho. Vergüenza y culpa por no haber sido una "valiente heroína", por ser simplemente "humana". Me sentí cobarde porque no supe a los 12, 13 o 14 años defender a mi padre, tomar decisiones y generar cambios; porque guardé secretos, sentí miedos, desconfié y me cuidé. Errada o no, así viví por un tiempo. Debo convivir con esto. Sin embargo no perdí la trasmisión cultural solidaria y en valores, el legado de mis antecesores, padre, madre, amigos. Y los/as amo. Amo a todos y a todas los y las que están: los y las que no están: a quienes conozco físicamente pero que sufrieron tanto, herma-

nadas y hermanados en la historia, nuestras historias. Mis terapias seguramente me han afirmado una necesidad de reparar lo que no ha sido reparado. Hago a un lado la vergüenza y la culpa que tomé prestada por alguna suerte de desplazamiento de los sentimientos que deberían haber sentido nuestros victimarios. La vergüenza sobre todo por no haber dicho *"es mi padre y no es un delincuente"*. Sé que esa actitud me salvó de peligros. Son "cosas de supervivencia" y tengo que convivir con ellas.

Hoy, el legado y el ejemplo de mis antecesores junto con mis estudios y mi firme vocación social me han ayudado a ser sumamente firme en mis convicciones y en la defensa de los derechos humanos y de determinadas ideologías en las que no transo. Sé que no todo está perdido, al contrario, llevo conmigo ese pájaro que en su vuelo me ha arrimado su utopía. A pesar de todo, al final de cierto trecho pude, al fin, sonreír alas de mariposas y reformular mis propias utopías.

Es también cosa de supervivencia el tener alas y reformular las utopías, ¿no es así?

Azuleme

EL FRÍO

Debe ser la edad. Porque cada vez que me pongo a mirar para atrás, los recuerdos llegan todos juntos, desordenados. Se empujan por aparecer. Como si fueran chispazos; imágenes de la televisión, de esas que se suceden sin solución de continuidad cuando se cambia de canal. Hasta tienen todos la misma intensidad, como si todo hubiera pasado al mismo tiempo, en el mismo momento. Pero, ¿por qué son éstos y no otros?, ¿será que todos tienen algo en común?

Ya se sabe que los recuerdos tienen colores, tienen olores, tienen sonidos. Y eso es lo que les da consistencia; lo que los vuelve de cada uno de nosotros, intransferibles; lo que los mantiene vivos. Si no fuera por la memoria de las sensaciones, nuestros propios recuerdos podrían confundirse con una anécdota que nos contó alguien o con un relato que leímos en un libro.

Pero no todas las sensaciones son igualmente dóciles, no todas vienen así de fácil a ayudarnos a componer nuestra memoria. Algunas son esquivas y aparecen como un destello; por ejemplo, a veces uno puede olvidarse de los rasgos de la cara de alguien, y es una sola expresión inolvidable la que la vuelve a dibujar; a veces uno puede olvidarse del timbre de la voz, y son sólo dos o tres palabras combinadas, esas que decía siempre, *"m'estás farriando..."*, las que te traen su voz de nuevo y sientan su recuerdo a tu lado, otra vez a conversar contigo. Y entonces, para recrear lo querido, hay que valerse de ese recurso, al menos hasta que por reiterado nos traicione, o hasta que de tanto rebuscar, encontremos otros que nos ayuden.

También hay sensaciones tan intensas, tan primarias, que no son la llave de un solo recuerdo, sino que forman parte de muchos de ellos. Se les adelantan, los uniformizan, los entreveran. En lugar de ayudar, confunden. Y entonces hay que ponerse a ordenarlos, para que los recuerdos no se nos escapen, no se nos pierdan, no desaparezcan.

Hacía mucho frío, aquella tarde de agosto, la del entierro de Líber Arce. Cuando mi hermano y yo volvimos a casa, nos esperaba la tormenta; o lo

esperaba a él; yo había dicho que me iba al Anglo (mentirosa).

—¡No ves que sos un inconsciente... y si te pasa algo, tenés una hijita chiquita... y si te despiden! –premonitorio: al año siguiente lo despidieron del banco.

Mi hermano me miró y no dijo nada; yo tampoco (mentirosa y maula).

Frío en la calle, frío en la casa. ¡Cómo no entendían que lo que había pasado no podía pasar! Que había que pararlo de alguna manera, que todo se estaba viniendo abajo. ¡Cómo no entendía yo que ellos ya se habían dado cuenta! Y que al frío de la desilusión por ese país que se les derrumbaba se le sumaba el frío del miedo.

Pero esa no fue la primera vez que sentí esa sensación. Apenas unos años antes; era la hora de ir al liceo, yo estaba recién en primer año. Papá siempre había estado tan orgulloso de su país... el país de don Pepe, y hasta el de Luisito; un país donde la cultura era el valor más preciado, donde en cada casa entraban varios diarios por día, donde todo el mundo sabía de política y todo el mundo opinaba, donde era natural opinar porque las opiniones eran respetadas.

Yo ya salía para el liceo cuando me dijo: *"Llevá la cédula. Ahora hay medidas prontas de seguridad. Ya no se puede andar así nomás por la calle"*. Y habló tan bajito... pero no era el susurro de la complicidad sino el del desencanto. No sé si nos dimos cuenta que había un tiempo que se había acabado, pero ni él me explicó nada, ni yo pregunté. No me acuerdo si era invierno, pero me sentí como si me hubieran sacado el abrigo.

27 de junio, las siete de la mañana: me despierta la radio que estaba en la cocina. Mejor dicho, me despierta "la marchita" (¡pobre Palleja, él tan heroico y mirá para lo que le usaron la Diana!). "Comunicado de las Fuerzas Conjuntas...": confirmación innegable de lo que ya había pasado la noche anterior, de lo que venía pasando desde febrero, de lo que vaya a saber desde cuándo se estaba gestando.

"En caso de golpe de Estado, se ocupan los lugares de trabajo." Había tanto para hacer y ni un minuto para detenerse. Y nadie me detuvo. Dije: *"Me voy a la facultad"*. Y no hubo rezongos, ni ruegos, ni consejos.

Ni siquiera se despidieron con *"¿A qué hora volvés?"*, como lo hacían cada vez que salía. Ya sabían que esta vez era distinto, y su certeza me lo confirmó a mí también.

Cuando salí a la calle, el frío me golpeó en la cara. Pero allí se quedó;

el frío se quedó en la piel, porque por dentro la sangre circulaba a toda velocidad. La sentía correr por la espalda, por las sienes, por las piernas, prontas para correr, prontas para plantarse. Como las tuve que tener aquel 9 de julio. Hacía tanto frío *"A las cinco de la tarde"* que me castañeteaban los dientes: frío, miedo y descontrol, que ya estaban instalados a pesar de todas las resistencias.

Después hubo otros fríos, quizás más terribles: el frío del plantón, el de la celda, el de la lejanía y la incertidumbre. Sin embargo yo los recuerdo iguales, no más intensos, no más dolorosos, no más desconcertantes que aquellos primeros fríos; será que ya me estaba acostumbrando a sentirlos.

Anita

APERTURA AL PASADO

Aquel día 27 de junio de 1973 amaneció más temprano que nunca. Era la culminación de un proceso que había comenzado desde la década anterior o quizás mucho antes.

Yo provengo de un hogar con fuerte contenido social, desde el punto de vista que no éramos ajenos a los acontecimientos políticos, puesto que mis padres habían sido militantes a su manera, de un partido tradicional. Ellos evolucionaron al compás de los hechos que marcaron para el país una nueva historia. Con la creación del Frente Amplio encontraron esos ideales que comenzaban a tomar formas concretas. Mi padre abandonó la Lista 15, en donde fue un activo jefe de propaganda, y mi madre integró las filas del grupo del querido Zelmar Michelini. Además, desde su juventud tuvo participación activa dentro del gremio del dulce y alimentación como sindicalista convencida que era. En los años siguientes formaría parte de los cuadros intermedios de la dirigencia sindical de su sector.

Volvamos al amanecer del 27 de junio de 1973. El país vivía agitadamente esa madrugada. Sabíamos que el Parlamento sesionaría por última vez y mi familia preveía lo inevitable. Nos sacudían el miedo y la rebeldía. Despertamos con marchas militares y música folclórica desde las 5 de la mañana. ¿Se acuerdan de la canción "Disculpe"? Hacía pocos meses que trabajaba en la misma fábrica que mi madre y junto a ella viví una experiencia muy significativa para mí. Ese día nos fuimos de casa más temprano que de costumbre porque había que informar rápidamente a los trabajadores de la grave situación y tomar decisiones que estarían impregnadas de miedo y valor a la vez. Empezaron a llegar los trabajadores, algunos asombrados y otros preparados para la dura lucha. Se convocó a asamblea. Rápidamente y a partir de allí la ocupación de la fábrica fue un hecho. Se inició la coordinación con los demás gremios. Todos sin excepción declararon la huelga general decretada por la central obrera. De todas ma-

neras, pasadas las 6 de la mañana ya la totalidad de los trabajadores teníamos tareas asignadas.

La asamblea tenía el cometido de informar sobre el golpe de Estado y las graves consecuencias que implicaba; así, mi madre y otros compañeros ofrecieron la posibilidad de retirarse a quien no se encontrara en condiciones de afrontar la ocupación. Las mujeres eran la mayoría del personal y asombraron por su increíble coraje a más de uno. Las sucesivas informaciones que nos llegaban eran cada vez más graves y amenazantes. En contraposición a lo caótico de la situación se tomaron medidas concretas: salir inmediatamente al barrio para informar y lograr el apoyo necesario. En forma espontánea la gente había comenzado a organizarse y llegaba a la fábrica con alimentos y frazadas que ayudarían a soportar los fríos intensos de aquel invierno. Vale recordar a las juventudes blancas de la zona, militantes de base que se plegaron en una mínima organización de apoyo, conmovidos por los hechos; fue algo efímero, pero existió. El empuje de los comité de base del Frente Amplio tomó una dimensión importante, reunidos en forma permanente para desplegar el apoyo a los trabajadores que de alguna manera liderábamos la resistencia al golpe fascista.

También salíamos en pequeñas delegaciones de trabajadores militantes para reunirnos con los gremios de la zona fabril y entablar las cadenas de información y abastecimiento. En mi caso recuerdo a los compañeros de la fábrica James Aladin, especialmente a las obreras, que coordinaban con nosotros por los alimentos. A los pocos días nos veríamos en las celdas de la seccional de la zona cuando por orden de la patronal nos desalojaron de la fábrica a empujones y algún que otro palo; ellas corrieron la misma suerte.

A los pocos días de ocupación, no recuerdo cuántos, llegó un camión antimotines, "ropero", comandado por el encargado de personal, un tal Stein, alemán, que iba indicando a quiénes subir primero.

Ya nos habían avisado por teléfono que las Fuerzas Conjuntas recorrían la zona para desalojar fábricas y pequeños talleres manufactureros. El nerviosismo aumentó porque teníamos que proteger a los estudiantes de la ROE que colaboraban con nosotras en la ocupación. Copi, uno de ellos, tuvo que salir por una banderola de los fondos de la fábrica cuan largo era.

En estas pequeñas historias hubo gestos que creo importante desta-

car: la valentía de todos nosotros en esa hora dramática donde el valor esencial era la solidaridad y la fraternidad frente a lo que se estaba viviendo. Una de las trabajadoras de nuestra planta, Fémina, local perteneciente a Ricard SA, acababa de integrarse a la ocupación, pero el dueño creyó que era ajena a ese hecho y por eso empezó a gritar: "*Que la lleven también a ella, ya que está junto a sus compañeros y dirigentes*". Lo destacable de este hecho es que la compañera no era muy participativa y a esa fecha... colorada; sin embargo a partir de entonces su compromiso aumentó y meses después acompañó a mis padres en la búsqueda de mi paradero, cuando fui detenida por pertenecer a la organización MLN (T). Su nombre era Rosalía, bien vale mencionarla.

Comenzaba una nueva historia escrita con sangre y horror, con héroes conocidos y con héroes anónimos que sólo en los momentos más terribles fueron capaces de superar su interés individual para fundirse en la gesta de resistencia a la dictadura.

El 30 de junio se anunció por cadena de radio y televisión que la central obrera había sido declarada ilegal. No obstante, se seguía resistiendo desde la clandestinidad y dando cobertura a los dirigentes cuya captura estaba recomendada. Más de 500 centros de trabajo fueron ocupados y vueltos a ocupar porque la consigna era resistir hasta donde diera.

Hoy a la distancia, al remover emociones y recuerdos, experimento otra vez la impresionante fuerza de la lucha y cómo se soportaba el miedo para cumplir con el conjunto de las acciones que enfrentaron el golpe de Estado.

"Organización, conciencia, disciplina" era el llamado de los volantes que se imprimían a puro corazón picados en matrices, y fue la tónica de esa etapa hoy sumergida en los recuerdos injustamente.

Volvamos al día 27 de junio de 1973 una vez más. Como dije, la ocupación fue en las primeras horas de la mañana y en seguida empezó la coordinación con las fábricas del gremio. Inmediatamente se sumaron jóvenes estudiantes de la Resistencia Obrero Estudiantil en la confección de volantes y la realización de peajes para recaudar algunas monedas, de suma importancia para sostener las medidas de ocupación.

Una de las primeras medidas fue atender el cuidado y control de la fábrica, que ahora pasaba a nuestras manos. Se destinó una sección para dormir abrigados; la comida, ensopados y guisos, se hacía en una gran

olla y todos rotábamos en la pelada de papas y verduras. Esto nos duró poco porque cuando fuimos desalojados y detenidos, la patronal se aseguró muy bien de impedir una nueva ocupación, como habíamos planeado. Después de pasadas las 24 horas de detención empezamos a salir en libertad, en pequeños grupos. El miedo a los despidos sin indemnización, las masivas detenciones y el clima imperante de fuerte represión minaron las fuerzas en esta fábrica. De todas maneras replegamos nuestras fuerzas militantes en otras direcciones; en forma escalonada se reanudaban otras ocupaciones en el gremio, así que daba lo mismo en qué lugar luchar.

No puedo dejar de mencionar, aunque sea al pasar y merecería un desarrollo extenso, las luchas ideólogicas dentro de la izquierda, que nos llevaron a mi madre y a mí a posicionarnos en la "tendencia". A pesar de eso, mi madre tenía un fuerte sentido pluralista con sus compañeros de trabajo, que le granjeó el respeto de los otros grupos, y cuando quiero establecer qué cosas valorar más allá de lo anecdótico, lamento una vez más no contar con su auxilio, porque murió hace dos años. En ese sentido lo más relevante es la capacidad de organización de los trabajadores y en particular en estas fábricas del dulce en donde, es cierto, hubo un trabajo de concientización de años que siempre acompañaba el temor al despido sin indemnización, miedo que se hizo sentir al emprender la desigual lucha contra la dictadura.

Nuestra participación en la gran manifestación en la calle 18 de Julio fue un momento importante a considerar en la historia del gremio del dulce.

Ese día "a las 5 de la tarde", como repetía continuamente Ruben Castillo desde la radio, se daría un paso fundamental en la resistencia a la represión dictatorial, lucha que empezó ¿cuánto antes de ese 27 de junio?

Lo que interesa es saber que la gente es capaz de luchar, aún en las peores condiciones. Las muestras de valentía, coraje y bronca acumulados por años se mostraron ese día dignamente. Algo estaba cambiando, las semillas sembradas en el pasado empezaban a germinar.

Varias fábricas nuestras: Pernigotti, Ricard, Fémina, Maestro Cubano, Mu-Mu, Anselmi, etcétera, nos concentramos en Yaguarón y 18 de Julio en una columna con otros trabajadores y estudiantes al grito de *"Obreros y estudiantes unidos y adelante"*, *"Abajo la dictadura fascista"*. Luego, la embes-

tida del Ejército contra nosotros pondría a prueba nuestro coraje.

Corrimos en diferentes direcciones, la mayoría hacia las calles adyacentes para volvernos a reagrupar y tomar revancha con piedras, con lágrimas, con miedo, pero volvimos juntos. Y otra vez lo mismo, las balas, los gases, los palos, las detenciones. Corrimos ya a la desbandada ayudándonos entre nosotros, muchos sin conocerse, para levantar a los heridos de entre las patas de los caballos y sacar de las manos de los milicos a los querían detener. Así vivimos ese día histórico. Los estudiantes con valentía y la experiencia adquirida en las manifestaciones del 68 y aun antes, tironeaban de los caballos para hacer caer a los milicos que se defendían a fustazos. Algunos lograron llegar a la plaza del Entrevero y se sumaron a quienes daban la pelea allí. Otra vez lo mismo, el aire espeso de gases y el olor a pólvora por todas partes. Los gritos de lucha, los gemidos de los heridos, todo era un revoltijo de lucha y sangre.

Y después la retirada al llegar los tanques por la calle Agraciada, los ojos llorosos de impotencia ante la barbarie y la prepotencia, el corazón apretado de congoja y rebeldía.

Desde lejos ya, porque escapaban, algunos grupos aún seguían dando batalla, unos acorralados, otros/otras tercamente peleando lo inevitable. Con dignidad, todos dejamos una marca indeleble en la historia de nuestro país. Después vino la muerte, la persecución y en aquel muro escrito con un crayon por Walter Medina asesinado por la espalda: *"Abajo la dictadura, consulta popular"*, quedaría como legado seguir resistiendo desde la clandestinidad hasta vencer...

Tamara

Y siguió por años



FUGA "LAS TRES"

31 de agosto del 73, en el Batallón de Infantería N° 1, quilómetro 14, en un barracón al que llaman Enfermería, cerca de treinta compañeras nos arreglábamos para ir a la visita con nuestros familiares en Jefatura.

Hacía poco tiempo que yo había llegado de Artillería 1; recuerdo aquel día, quedé paralizada por tantos abrazos y saludos de las compañeras. De pronto me sorprendió que me recibiera una monja vestida de hábito; me acordé en seguida de Cabildo y pensé en una celadora. La traté con cierta distancia, pero ella continuaba acercándose amablemente.

¡Al fin vi una cara conocida!, luego comienzo a reconocer más caras y hasta me encuentro con una compañera de la escuela España.

Mi imaginación había volado demasiado, esa monja de hábito era una presa política, una más de nosotras: la monja Marta. Hoy tiene 72 años y sigue ayudando a todo aquel que lo necesite.

Y es con ella con la que estoy hoy sentada en el living de mi casa tratando de rememorar más detalladamente algo que vivimos juntas dos meses después del golpe de Estado.

Fue un hecho feliz y pensamos que todavía no ha sido registrado como una fuga; pero fue eso, sin embargo, apodada por nosotras, "la caída" en aquel momento, y hoy día "la fuga de las tres".

Como cualquier día de visita típico nos preguntábamos qué ropa ponernos, con el propósito de que nuestros familiares tuvieran una agradable impresión de nosotras; el arreglo sólo consistía en ponernos alguna polera colorida, porque hacía poco nos habían dado los uniformes: un pantalón y una camisa gris con el nombre de cada una inscrito en una cartulina a un costado.

Entonces Anahí me pregunta: *"Tikis, ¿te vas a poner pantalón debajo del uniforme?"*. *"Tal vez sí"* –le contesto.

Las visitas usualmente se realizaban en Jefatura. Quedé pensando en la visita anterior, lo emocionante que fue encontrarnos con las compañeras "rehenes". Fue la primera vez que compartimos una visita con ellas, y no

sabíamos si la última. Hacía poco las habían sacado del penal de Punta de Rieles, a rotar por los cuarteles, al igual que a los compañeros.

¡Qué encuentro!, ¡cuánta emoción! Flavia, la negra Albita, Yessie, Raquel, entre otras.

Teníamos la esperanza de encontrarlas de nuevo; sucedió así pero de otro modo. Esta vez no estaban distribuidas en los dos carromatos en los que solíamos ir, estaban todas juntas en un camión.

Nos hacen formar vendadas, parte de la fila entra a ese camión, el resto subimos al "carromato" o "ropero". Al sacarnos la venda vemos que ahí adentro hay unas llantas de camión; en ellas se sentaron Gladys "la Dubija", Anahí, Elsa, Gladys o "Penélope" y la monja Marta.

Es importante aclarar que hasta ese día no habíamos tenido guardia dentro del transporte en que nos llevaban.

Las más jóvenes estábamos paradas tratando de abrir un poco las ventanas, que se abrían apenas oblicuamente.

Mientras viajábamos hablábamos de lo bueno que había estado al mediodía, en el almuerzo, nuestro "boliche El Resorte"; todos los días lo parodiábamos representando cada uno de los personajes del boliche. El humor nos acompañaba siempre. También en las tardes solíamos bailar al ritmo de "Alta presión", (lo que vendría a ser "Alta tensión", el programa musical de aquella época); las guitarras de "la Bayana" Graciela y Ana acompasaban las distintas coreografías.

En ese clima de distensión que siempre supimos tener, la Dubija nos dice: *"Gurisas, esta tarde les hago tortas fritas a todas porque hoy nos vamos en libertad"*. Fue una frase premonitoria.

De tanto sacar la cabeza por la ventana una compañera dice: *"¡Chiquilinas, no tenemos custodia!"*. Efectivamente, adelante iba el camión, y la custodia que debía ir atrás había tenido un choque, cosa de la que nos enteramos después.

¡Sorpresa, asombro!, pero en seguida nos miramos y nos decíamos: *"Chiquilinas, ¿qué hacemos?"*. En ese instante había que decidirse. Nuestras cabezas giraban a mil y más que nunca aparecía el pensamiento: es la libertad, o tal vez la muerte...

Sabíamos lo difícil que estaba la situación afuera; ¿dónde refugiarse?, ¿dónde encontrar a algún conocido?, ¿y si algún *jeep* del Ejército se cruza justo en el momento de fugarse? y otras cosas por el estilo.

En seguida dijimos: *"Gurisas, ustedes, las peso pesado, las que habían sido penadas por más años, con 'atentado' de 10 a 30 años, ustedes tienen que aprovechar".*

A los pesos "pluma", como nos decíamos nosotras, no se nos ocurrió hacerlo pues todavía estaba en nuestro imaginario que podíamos ser procesadas por poco tiempo. Tal vez actuó en nosotras algún mecanismo de defensa, el miedo, la sorpresa o cierto grado de incertidumbre, que determinó nuestra permanencia en el carromato.

Rosita sí que la tenía clara; estuvo decidida desde el primer momento, siempre lo había tenido en mente como una idea fija. Un día que fuimos al juzgado juntas me dijo: *"Alicia, mirá para todos lados a ver si ves alguna posibilidad de fugarnos"*. Fue la primera que se tiró, luego Gladys, la Dubija; mientras algunas vigilábamos por las ventanas si no se cruzaba algún coche militar, y por último Anahí se saca la camisa y el pantalón del uniforme quedándose con la ropa que llevaba debajo y se tira. Antes me preguntó dónde me parecía que debía tirarse y le dije que el Centro era más seguro y podía encontrar algún lugar para refugiarse. La monja rezaba para que al saltar ninguna se lesionara.

Aún resuena en nuestros oídos el: *"¡Chau, chiquilinas, suerte, las queremos..!"*, y se nos pone la piel de gallina.

Se establece un nuevo hecho trascendente en la historia de las presas políticas, otra fuga más, pero esta vez diferente, audaz, sorpresiva, valiente y creativa, digna de nuestro género femenino.

Resulta imposible poner en palabras lo que vivimos posteriormente por la tremenda emoción que nos sacudió a cada una.

La puerta del carromato queda abierta. Querríamos tirarnos todas o casi todas, no aguantábamos más... Empezamos a golpear las puertas del carromato diciendo que se habían caído, pensando que nos podían culpar de haber colaborado en una fuga y empezamos a decirnos entre nosotras mismas: *"se cayeron, se cayeron"* y no salíamos de esa frase.

Cuando llegamos a Jefatura vimos a los familiares esperándonos. La puerta del carromato aún continuaba abierta.

Cuando nos encontramos con las compañeras que iban en el camión delante del carromato, nos abrazábamos y llorábamos de alegría y satisfacción.

Tuvimos la visita. Mi madre me preguntó por Anahí, pues su mamá

estaba muy nerviosa. Le comenté que había saltado cerca de allí y le pedí que la acompañara y tranquilizara.

La confusión reinaba en Jefatura, se respiraba un ambiente de enojo y asombro por parte de los milicos.

Orgullo y satisfacción en nosotras y los familiares mezclado con una incertidumbre esperanzadora de que las compañeras estuvieran sanas y libres.

Fue algo asombroso, en dictadura, un puñado de mujeres presas políticas y sobre todo estas tres mujeres, en pleno 73 le pusieron el pecho a las balas y de ese carromato salieron corriendo por las calles hasta encontrar cobijo en alguna casa solidaria.

Al encontrar a las rehenes en Jefatura pensamos que podía haber sido una linda oportunidad para ellas, pero fueron "las tres" del quilómetro 14 las que pudieron lograrlo.

Cuando nos íbamos de Jefatura nos vendaron los ojos; esta vez el viaje fue en un ómnibus, no sabíamos a dónde nos llevaban; al salir sentimos un *"chau"* al unísono, de todos los familiares, que nos dio más fuerza aun.

El típico olor de cuartel nos recibió y a medida que bajábamos los guardias nos preguntaban: *"¿Camión o carromato?"*. Hicieron dos filas y a las que veníamos en el carromato nos llevan a la plaza de armas, aún vendadas nos distribuyen una lejos de la otra y comienza un plantón.

Luego de unas horas, nos ordenan hacer un simulacro de las ubicaciones que teníamos en el carromato cuando se produjo "la caída" de las compañeras. El simulacro se reitera varias veces y seguimos sosteniendo que la puerta se abrió, y las compañeras que estaban recostadas a ésta se cayeron.

Nos dejan entrar al barracón para cenar, al rato nos llaman, nos abrigamos bastante pues nos esperaba una noche de interrogatorios y plantón.

Era mucha la bronca de los milicos. Una compañera que no pudo ir a la visita nos contó cómo tiraban las pertenencias de las compañeras fugadas y en un momento llegaron a decir: *"Se podían haber fugado todas"*.

El entonces mayor Cedrés y el teniente Neyra realizaron los interrogatorios. Todas coincidíamos en lo mismo, *"la puerta se abrió sola, tal vez quedó mal cerrada, y se cayeron las compañeras"*.

Al otro día, plantón mediante, nos hacen firmar una declaración

donde queda plasmado lo que acabamos de contar.

Cuando regresamos al barracón, las compañeras nos esperaban con una refrescante ensalada de frutas; y se habían dividido en grupos para hacernos masajes reparadores después de tanto plantón.

¡Qué sentimiento de unión y comunión existía en ese barracón! Nos sentimos renovadas y nos dimos cuenta que a pesar de nuestra condición de presas pudimos quebrar la aparente solidez militar y carcelaria.

Dos semanas después llegan del penal de mujeres de Punta de Rieles unas compañeras con la libertad firmada en carácter de retenidas. Una de ellas saca su guitarra y canta: *"Carromato que al Centro viajaba, en el que iban todas apretadas... no volverán, te lo juro por Dios, no volverán, te lo digo llorando de alegría, no volverán".*

Y no volvieron. Nos enteramos que estaban bien. Anahí vive en Suecia aún. Gladys Moreira, "la Dubija" murió a causa de una enfermedad hace poco tiempo, en el mismo país. María Rosa Silveira Gramont vivió en Buenos Aires, continuó luchando por sus ideales, logró esquivar varias veces su detención, pero hoy la monja Marta con mucho orgullo suele llevar en la marcha de los desaparecidos la pancarta con su rostro.

A todas ellas, ¡gracias!

M y T

LA NOCHE DE LAS PINZAS

Bernardo había conseguido el auto del padre y nos pasaron a buscar; de casa fuimos a lo de Ana y Carlos, que vivían pasando el puente Carrasco.

No teníamos plata, por eso decidimos sólo pasear, por votación decidimos ir al Cerro a disfrutar de las luces de Montevideo.

La primera pinza fue al cruzar el puente, nos bajaron a los cuatro, nos pidieron documentos y el mío estaba vencido.

—¡Dorita, vos siempre la misma! –me dice Raúl, pero como éramos del barrio y la casa quedaba cerca, nos dejan pasar.

Demoramos poco en volver ya con Ana y Carlos en el auto.

En esta segunda pinza nos reconocen, pero otra vez nos hacen bajar y también me dicen: *"¡Esta cédula está vencida!"*.

Cómo explicar que en esa época nadie andaba en la calle sin la documentación en orden.

Podrían tener varias falsas, pero seguro que ninguna vencida.

Quizás eso fue lo que nos ayudó, la imagen de alguien "sin culpa".

Igual salimos contentos los seis por la rambla hacia el Cerro de Montevideo, porque total a las pinzas ya estábamos acostumbrados.

En la entrada del Cerro, viendo que llegamos a la tercera pinza, los nervios como siempre me hacen reír, pensando "el que me diga 'esta cédula está vencida' ¿me dejará seguir?"

Nos paran, nos piden documentos, me reprochan nuevamente mi cédula vencida y además nos "aconsejan" volver a casa, así que nos quedamos sin subir y dimos la vuelta.

La cuarta fue la peor, en la rotonda de Propios y General Flores. Bernardo aminoró la marcha para rodearla y aceleró cuando tomó la recta de Propios sin ver, ninguno de nosotros, que por General Flores venían un "ropero" y dos "camellos" que estaban patrullando.

Sirenas, luces y nos rodean el auto. Encerrándonos, bajan milicos con metralletas, eran muchos.

Pensaron seguramente que los habíamos visto y que queríamos escapar; nos separan hombres contra el auto y mujeres contra la pared.

—¡No te rías, Dorita, por favor! –Imposible hacerle caso, aun con los pellizcones que me dio Zaira y que me dejaron moretones en el brazo por días.

No veíamos a nuestros compañeros y nos tocaba mostrar las cédulas. Nos tomaron los documentos y se los llevaron. Mientras, nos iluminaban las caras con las linternas.

Muchas cosas estaban pasando por mi cabeza en esos minutos de mucho miedo, la primera fue mi hijita Andrea, que tenía en ese entonces un escaso añito, mi papá, mi casa, mis hermanos, cuando se escuchó: *"¡Esta cédula está vencida!"*.

Pensé "en ésta la quedo", pasaron siglos hasta que nos devolvieron los documentos, nos subimos al auto y nos fuimos.

Ya nadie quería pasear pero nos reíamos todos.

Sabíamos que nos faltaban obligatoriamente dos pinzas más porque teníamos que llevar a Carlos y Ana a su casa en Canelones, pasando el ya conocido puente.

No recuerdo exactamente cómo llegamos al puente, pero fue la vez que nos revisaron más, hasta debajo de los asientos, la valija y la parte de abajo del auto y por supuesto se sintió la ya conocida frase *"Esta cédula está vencida"*. Les dijimos: *"Vamos aquí nomás a llevarlos a ellos, ya volvemos"*, pero no sirvió de mucho.

Eso sí, a la vuelta, en el puente, la sexta pinza en una hora y media, nos volvieron a parar y nos iluminaron las caras, nos pidieron los documentos pero no se sintió a nadie diciendo "Esta cédula está vencida".

Quisimos olvidarnos por un rato de que nuestro país estaba bajo un régimen militar, hacer un simple paseo, seis jóvenes en un auto divirtiéndose por encima de las noticias que llegaban boca a boca, de los diarios que tenían sólo fútbol y fotos de requeridos. De la radio y la televisión con la maldita marcha de los comunicados, que oíamos y veíamos todos los días con el terror de encontrar en ellos a algunos de nuestros compañeros de estudio o trabajo, hermano, primo o vecino, sabiendo que muy posiblemente no lo volviéramos a ver, ya fuera porque los habían agarrado o porque (los que tenían suerte) se habían podido escapar del país.

Hoy lo veo como una especie de pulseada con la realidad que nos angustiaba, una rebeldía frente a las miles de injusticias. Una manera pequeñita de enfrentarlos.

Z y D

MONÓLOGOS EN EL CAMINO

I La rutina

Ya es medio tarde, pero ése que viene atrás no me deja muy tranquila. Sería el colmo que lo llevara hasta Ricardo, que se viene salvando de tantas: mejor doy otra vueltita antes de llegar. Arriba mío tengo sólo los volantes y el casete grabado de Radio Moscú; cualquier cosa, me agarro al verso que tengo de siempre: "Me dio el paquete ese muchacho que conocí a la salida de facultad (Pedro, de pelo castaño, ni alto ni bajo...) y todavía no tuve tiempo de abrirlo...". Triste, miserable y patético verso si lo hubo, ya sé, pero como siempre decía Luis antes de caer, *"mejor un verso increíble que agarrarte solamente al no"*(que es lo que habrá tenido que hacer y capaz sigue haciendo, por otra parte). Tengo que llamar a la casa (presentándome como una compañera de trabajo), a ver si me dicen algo: si lo vieron, si sigue desaparecido... ¡qué cagada, pobre Luis! Y vamos a ver con qué me sale Ricardo ahora, si no cayó alguien más. Ahí sí que me tendría que ir de casa. Hoy mismo, por aquello del "minuto conspirativo". Adónde, ni idea. Mejor por ahora me concentro en asegurarme que no me siga nadie. ¿Cuándo aprenderé a moverme bien en la calle? Con lo que me cuesta, capaz que no llego nunca. Siendo que la expectativa de libertad de un militante clandestino es corta, si le agrego mi natural torpeza... Pero justo ahora, si caigo se viene abajo todo el esfuerzo del abogado por cambiarle la carátula al expediente de Esteban. Debe saber en qué estoy, porque si no, no me hubiera dicho eso de que "si cae presa la hermana ahora, Laura, no van a creer que él sólo quiso ayudar a un amigo y le van a mantener 'ayuda a la asociación' en lugar de 'ayuda al asociado'". Si sigue cayendo gente no voy a poder ir de visita al penal quién sabe por cuánto tiempo. Cruzo y miro bien para atrás. Ahora sí, parece que no hay nadie. Qué alivio. La verdad es que vivo con miedo. El otro día, me hizo tanta gracia Carlos, cuando me confesó que no se animaba a venir a la pintada, porque tenía miedo de

ir preso, me decía que tenía la sensación de que en nuestra relación de pareja era yo la que llevaba los pantalones... Si supiera el terror que tengo de ir en cana, que me torturen... Las pesadillas que tengo todas las noches... Pero no puedo tirarle la pálida, a él que recién está empezando a hacer algo. Yo tengo a mi favor que hace años que estoy mentalizada en lo que puede pasar, y en que tenemos que seguir para adelante. ¿Podremos llegar a tener algún futuro como pareja? Qué ridículo, pensar en futuros de pareja cuando ni siquiera se puede pensar en futuros individuales. Me acuerdo que cuando elegía carrera para estudiar pensaba en elegir algo corto, para tener más probabilidades de terminar. Ahí también: voy a tener que dejar de acercarme a la facultad por un tiempo, si la cosa se pone más espesa. Justo que tenía que entregar la carpeta... ¿Qué es perder un año, cuando lo que se puede perder es la vida? Tengo que ir pensando qué historia le hago a la gente. Las gurisas ya deben sospechar que ando metida en algo: me ven desaparecer todo el tiempo, sin explicación, y dejarlas estudiando solas, a una semana del examen. Igual, por lo que me concentro en el estudio, no es mucho lo que pierdo. Me cuesta cada vez más leer tres páginas seguidas. Ahora cuando llegue me fijo en la expresión de la cara de Ricardo, y ya seguro me doy cuenta de si siguió cayendo gente. ¿Quién será Ricardo en realidad? ¿Cómo se llamará, qué haría antes de pasar a la clandestinidad? Capaz que está casado, que tiene hijos, que no puede ver nunca a su familia. Tiene todo el aspecto de buen tipo, eso sí. Mejor, porque tengo sí o sí que trabajar con él: pase lo que pase no puedo perder el vínculo con el partido. Claro que no le cuento todo, tampoco, para mí la compartimentación tiene que ser para todos lados, incluyendo la dirección. Al fin y al cabo, no sé nada de la dirección salvo eso: que es la dirección. Cuando el otro día Rosita me vino con la historia del romance que tuvo con el que escondía en su casa (que finalmente cayó preso), que por supuesto ella no tenía ni idea de que tuviera su compañera, su familia, yo le decía: *"Qué querés, dirigente o no dirigente, es un hombre como cualquier otro..."*. Y eso de los romances no es nada, lo grave es que a veces se quiebran como cualquier hijo de vecino, y entonces estamos jodidos todos. Moraleja: que cada uno, por más responsabilidad que tenga, sepa lo menos posible... Un coche con varios tipos adentro: ojo. No, parece que sigue de largo. Me muero por una barra de

chocolate. Estoy cada vez más adicta, suerte que no engordo. Aunque capaz estaría mejor gorda: los hombres te miran menos. Y de lo que se trata es de pasar lo más inadvertida posible. Decir que en eso soy muy cuidadosa: nada de ropa ajustada, ni de colores llamativos... Bueno, ya estoy llegando. Lo que me faltaba: un tarado que no tiene nada mejor que hacer que cargarme. Si no me libro de él antes de llegar, voy a tener que bancarme todo un sermón de Ricardo. Qué bien, se fue. Puedo seguir en paz. Ahí está mi "enganche", con cara de pocos amigos: *"Mecha, llegaste diez minutos tarde; la próxima vez no te espero"*.

II Se cierra el cerco

Tengo que llegar a casa: están todas las cosas de Oscar... Así que a superar el miedo y apurarse para llegar antes que ellos. Si ya están, bueno, a aguantar y encomendarme a Marx... Parece que los hechos siempre superan nuestras capacidades de tomar precauciones: es por pura casualidad que nos enteramos que cayeron (la madre de María los vio en la calle desde la ventana, cuando los llevaban, y pudo avisar). Claro que yo tendría que haber entendido que estaba preso ayer, cuando no apareció. Pero siempre tiendo a negar la posibilidad peor; así me va a ir, si no reacciono pronto. Lo mismo hice el lunes, cuando Guillermo no llegó a la reunión, y en lugar de levantarla inmediatamente, como indican las normas más elementales de seguridad, seguimos trabajando un rato más... Voy a terminar pagándolo muy caro. Por ahora, el que la está pagando seguramente carísima es Oscar, que estaba requerido desde hace años, así que le tendrían unas ganas bárbaras... Tenemos que movernos rápido: avisar a todos, diciéndoles claramente que no se trata de replegarse, sino de seguir trabajando, para que no se note que tienen "peces gordos"; averiguar el verdadero nombre de Oscar, avisar a su familia para que lo empiece a reclamar; buscar alguna posibilidad de reenganchar con la dirección (o lo que quede tratando de dirigir); saltar de las casas todos los más expuestos... Tengo que buscarme un lugar. No hace ni seis meses que me mudé y ya la casa está quemada. ¡Con lo que yo quería esa casa! Pero si lo veo con frialdad, no es de extrañar: se le dio un uso suicida. Y estos últimos tiempos empezamos a notar movimientos extraños en la cuadra, llamadas por teléfono que

cuando atendía se cortaban... Entro, agarro el bolso de Oscar y me desaparezco sin mayor despedida de nada. Ya demasiado riesgo es meterme adentro, sin necesidad de perder el tiempo en asuntos superfluos. Está cayendo demasiada gente, esta vez sí que siento que no voy a poder zafar como otras veces. Pensar que estos últimos meses, después del triunfo del No, parecía que se empezaba a ver la luz al final del túnel. Salía gente de la cárcel y esos reencuentros también te daban ánimo. Y ahora ya nos están masacrando de nuevo. Cuando salga, antes que nada doy quinientas vueltas para estar segura que no se me pegó ninguna "cola". No voy a pensar en los que cayeron, ni en los que van ¿vamos? a seguir cayendo: tengo que concentrar todas mis fuerzas en hacer lo que tengo que hacer, aguzando los sentidos para detectar los peligros y poder ir sorteándolos. Aguantar un poco más, como hicieron tantos antes que yo y por tanto tiempo. La verdad es que siento que si dejo aflorar mis sentimientos, estoy liquidada. ¡Ojalá fuera fuerte!

III Huyendo

A las 12 pasa el ómnibus. En la parada va a estar esperando Jorge con el pasaje. Es tan tarde, que no hay casi gente en la calle. Tengo que mirar bien cada detalle, para que me quede grabado en la retina: quién sabe cuándo volveré a ver las calles de Montevideo. No tengo que deprimirme, sobre todo porque si empiezo, después no puedo parar de llorar. No perdí todo, tuve suerte: tengo la vida y la libertad. Además, desde que salí de casa hace cuatro meses con el bolso de Oscar, fui dejando por el camino cosas preciadas: cortando lazos con parientes y amigos, evitando los lugares habituales, apartándome de los espacios demasiado concurridos. Me sustraje de la parte visible de mi vida, quedando ahora sólo en la oscura. Es como haber tenido un período de adaptación a las pérdidas. Hoy en realidad soy rica: tengo una cédula de identidad que puedo mostrar. ¿Habría sido yo capaz de arriesgarme así, como Luisa, embarazada, que no dudó en prestarla para que pasara la frontera? Realmente: vale la pena luchar por un país donde el heroísmo no sea necesario. En mi bolsito, además de una muda de ropa, llevo *El siglo de las luces*, que me reconforta. Si voy sumando todo, ten-

go todo un capital conmigo. *"Ligera de equipaje"* voy sólo en apariencia. Además, cuando llegue a Rio, llamo por teléfono a mamá. Sabiendo que estoy fuera del país y ya no me pueden agarrar, van a dejar de llevarla a interrogar. Con lo que todos vamos a respirar más tranquilos, porque es más que injusto que la pobre, por tener una hija comunista, se tenga que bancar a todos esos energúmenos, durante horas, amenazándola. Y Esteban, después de años en el penal, también en el centro de la tormenta (en el primer momento, cuando la fueron a buscar, no sabíamos si era por él o por mí), con los dos nenes chicos, yendo a reclamarla y pidiéndole por favor a todos ellos que lo dejen a él detenido si necesitan a alguien de la familia, en lugar de mamá. Tengo que seguir repasando las cosas a mi favor, no vaya a ser cosa que me atrape la pálida. Está todo tan desierto que tengo total tranquilidad de que no me siguen. Sé que no me puedo quedar, pero hasta hace unas horas fantaseaba con arreglar de alguna forma para no tener que irme, abandonando a todos: los que quedan clandestinos, a los saltos de un escondite a otro; los que están todavía desaparecidos; los presos de siempre... Dicen que el lobo que cae en una trampa es capaz de desgarrarse la pata para escapar. Yo no tengo coraje como para eso, pero al huir de esta trampa que es Uruguay estoy dejando buena parte de mí misma. No podría decir cuál, pero me aterra el que sea la mejor. Ahí está Jorge ¿por qué tan inquieto?: *"M'hija, sos una boluda, podías haber llegado antes. Tenía miedo de que te perdieras el ómnibus, ya es casi la hora".*

IV Lejos

Tengo que bajar en Les Halles, hacer la conexión con la dirección Vincennes. Está todo tan lleno de gente que no sé cómo harían los resistentes para saber si los seguían. ¿Hasta cuándo voy a estar mirando para atrás todo el tiempo, como cuando era necesario? Siempre la misma desubicada... Espero que alguien tenga noticias de allá. Y sobre todo, que se encuentre rápido la forma de mandar plata. Hace tres días que me llegó la carta de Jorge, diciendo que necesitaban que enviáramos urgente lo que se pudiera, y todavía no se resolvió cómo. Me dan ganas de mandar a lo bruto, en un sobre, por correo común, y al mismo tiem-

po tengo miedo de cometer una torpeza y comprometerlos. ¡Qué impotencia, y al mismo tiempo, cuántas posibilidades! Porque fui a caer en un país rico (es cierto que se enriqueció a costa de nosotros, los países dependientes), lleno de gente solidaria. Si oyen "Uruguay", que es como decir "Chile" o "Sudáfrica", se conmueven y quieren ayudar. Claro que eso tiene una explicación. Basta dar una vuelta por la superficie para que cada piedra te hable de siglos de historia de luchas populares, que fueron construyendo esta tierra de asilo. Tendría que hacer un esfuerzo por acercarme a los franceses, en lugar de estar todo el tiempo con uruguayos. Aunque claro, hay tanto que hacer... Me da bronca, porque por más que trabajemos, después viene un pedido así, urgente, de allá, y estamos días sin dar respuesta. No sé con qué cara voy a mirarlos, cuando vuelva. Ni qué escribirle ahora a Jorge... Bueno, tengo que tener confianza que algo se va a resolver pronto. Plata hay (tengo que saberlo, trabajando en finanzas desde que llegué), y para algo se estuvo organizando el exilio durante todos estos años... El metro es siempre terrible a esta hora. Espero que la reunión de hoy no termine a las mil y quinientas, si no mañana voy a andar durmiéndome (sigo despertándome de noche, como siempre allá, creyendo que me vinieron a buscar) en los metros y en el trabajo. Pensar que no me costó nada conseguir trabajo, y hasta en mi profesión (aun antes de que me mandara Esteban el título, sólo con mi declaración y una colega uruguaya avalándola). Cierto es que cuando aterricé, aunque anímicamente estaba destrozada, tenía todo a mi favor para una integración rápida al medio: conocimiento del idioma, pasaporte de un país del Mercado Común, un título fácil de revalidar, el apoyo para todo de papá, que hace tanto que está "anclado en París", y ayudando a tantos que van llegando, que ya se las sabe todas. La única contra es subjetiva: si no me preocupo por alquilar algo mejor, o comprarme muebles, o relacionarme con la gente, interesarme más por los asuntos franceses... es porque pienso que en cualquier momento voy a poder volver, y entonces junto la ropa en un bolso, compro el pasaje, y al paisito conmigo, cerrando este paréntesis parisino.

Mecha

UNA SEMILLA DE ROSA EN EL CORAZÓN

Armar la memoria colectiva es como formar un círculo humano alrededor del fuego para exorcizar los miedos del silencio.

Es compartir vivencias con los jóvenes, con la sana intención de entregarles un eslabón perdido de la historia que nos pertenece a todos.

Es atrapar confusiones oscuras y convertirlas en fueguitos que iluminen ese camino que nos toca construir junto a ellos.

Quiero entregar mi experiencia como un simple aporte para reconstruir nuestra memoria colectiva, porque además necesito romper mis silencios y cerrar mis propios círculos, porque creo que muchos necesitan lo que yo, porque es sano para todos.

Yo era chica, 12, 13 años. Estaba en el liceo y tuve la suerte de conocer gente que valía la pena y que me enseñó a creer en que se puede construir un mundo más justo, desde los ideales, desde la lucha, la voluntad, la entrega, la solidaridad y la organización. Conocí gente que valía la pena, gente que me enseñó a sentir lo importante que es jugársela por lo que se cree.

Cuando dieron el golpe de Estado fue como si nos dieran un golpe en el alma.

Mis compañeros y yo junto a muchos más sentíamos como si la oscuridad hubiera aplastado las calles, las casas, los liceos. Se terminó la alegría de compartir con los demás todo aquello que sentíamos y queríamos, ya no podíamos reunirnos para charlar sobre nada, ni para leer ni para cantar.

Qué injusto.

Por las calles no se podía caminar tranquilos porque siempre aparecía el cuco poniéndonos con las manos en alto sobre la pared, pidiéndonos los documentos y empujándonos, insultándonos si teníamos el pelo largo, o "pinta de revolucionarios".

Qué bronca.

Entraban en nuestras casas y revisaban todo, nos vaciaban los rope-

ros y las bibliotecas, nos quemaban los libros y los discos que ellos habían prohibido.

Prohibieron las palabras libertad, paloma, cielo, lucha, victoria y todas aquellas que tuvieran el color de la vida.

Qué impotencia.

Nos sentíamos solos, desorientados, la desconfianza y el miedo se instalaron durante todos nuestros años jóvenes. Nuestros referentes habían desaparecido, ya no sabíamos en quién confiar porque siempre alguien te vigilaba.

Qué desconfianza.

Cuando oía por la radio los comunicados con aquella marcha militar donde decían los nombres de las personas requeridas se me apretaba el corazón y me encerraba a llorar en el baño porque si no tenía líos con mis padres.

Qué dolor.

Qué bronca tan grande que mis viejos nunca quisieron sentir lo que yo sentía. Qué furia me daba su miedo a comprometerse, qué lejos me quedé de ellos por tanto tiempo.

Qué lejos.

Por suerte estaban mis amigos de siempre, de la infancia, y compartimos todo aquello. También tuve que descubrir quiénes ya no eran mis amigos, aquellos que de golpe se olvidaron de lo que habían dicho, aquellos que habían usado la militancia como una excusa para sentirse importantes o porque estaba de onda ser revolucionarios y usar camperas verdes.

Qué hipócritas.

Fueron muchos años de silencio, miedo y pérdidas y eso deja huecos y círculos sin cerrar que a una la dejan enredada y paralizada.

Pero el tiempo pasó y la emoción y la esperanza empezaron a revivir, las ausencias se llenaron con presencias viejas y nuevas, me reencontré con muchos amigos y compañeros que estuvieron presos o exiliados, pero con otros ya nunca me voy a encontrar.

Tuve la suerte de conocer a muchos más, viejos y jóvenes, que me enseñaron a ver que la esperanza no se había muerto sino que había quedado en una semilla de rosa.

Era hora de volver a regar la tierra.

Hoy la estamos regando, es difícil cuando la tierra fue arrasada y desecada por tanto tiempo, pero acá estamos junto a mis compañeros, junto a mis hijos y los hijos de nuestros hijos alimentando rosales de diferentes colores.

Arual

EL SOL BRILLA PARA TODOS... NO SIEMPRE

Se dice que el sol es el poncho de los pobres. Días nublados, lluviosos, ¿dónde está el sol? ¿Con qué poncho se abrigan los pobres? Tiritan sin abrigo y comida debajo de los techos de cartón. El astro rey ha perdido la esperanza de iluminar, avergonzado, ha desaparecido.

El 4 de setiembre de 1974 a las 7 de la mañana llamaron a mi puerta. Eran tres. Tres sujetos de las Fuerzas Conjuntas, ¿Qué querían? Buscaban a uno de mis hijos. La casa grande con una galería cerrada con muchos dormitorios, en uno de los últimos dormía ese hijo. Alguien dio el aviso; pudo escapar, saltar uno de los muros. Al ver que se les escapó la presa, enfurecidos, ordenaron a mi esposo, otro hijo y a mí que los acompañáramos. Salimos los tres delante de los tres, custodiados con metralleta en mano, sintiendo en la espalda un puntal. Éramos seis, tres criminales o algo así. ¿Los otros, qué? Subimos a una camioneta o ropero, no puedo recordar.

El sol brillaba, me sentía tal vez como los pobres sin poncho o desprotegida, en total oscuridad.

Llegamos a la Jefatura y al instante de pie y de cara a la pared. Preguntas, más preguntas, tras insultos y demás nos separaron a los tres. Cada uno a su celda, separadas por tabiques de madera. De pie, encapuchados, esposados, sin comprender, tratando de escuchar la actitud de cada cual.

El sol, el astro rey no sé dónde se ocultaba, reinaba mucho miedo y más oscuridad.

Pasaban los amargos días. Días interminables, cargados de angustia, rabia, incomprensión, sólo viviéndolos, si eso se puede llamar vivir. Se entra en una calesita de sentir, razonar y llegás increíblemente a la conclusión de que al fin eres una privilegiada.

Un día me permitieron ir al baño, había un latón con mucha agua de donde salía un reguero de sangre, ¡cuánto dolor!, había alguien que

sufría mucho más que yo. Sentía cuando los golpeaban a mi esposo e hijo ¡qué impotencia! Llorar, rezar, como dice Machado *"a veces de nada te sirve rezar"*, igual lo hacía, eso en parte me reconfortaba.

Por la mañana nos comunicábamos por medio de toses, primero tosía uno, luego el otro y el otro ¡qué alegría!, ¡qué insensibilidad sentir alegría en esa situación!, pero era verdadera, era, por lo menos allí en la oscuridad, sufriendo y de qué manera, sabíamos que estábamos los tres.

A los 11 días nos llamaron para darnos (haciéndonos un gran favor) la libertad. Podía regresar a mi hogar, podía al fin saber de mi hijo, pero cuánto quedaba atrás, ¿es verdadera la libertad?, ¿se puede ser libre?

El sol brillaba, era un hermoso día, enceguecida no veía ni sol, tenía grandes nubarrones.

Tengo 80 años y no olvido y sigo convencida de que el sol no brilla para todos.

Anciana

HACES DE LUZ EN MI MEMORIA

"Hay golpes en la vida tan fuertes", al decir de Vallejo... pero más fuertes que la pena y el olvido, no lo creo. Desde aquel 14 de diciembre de 1974, cuando escuché por Telerrotativo, Canal 3 de Paysandú, a un periodista: *"Anoche fueron encontrados en plena ruta en pueblo Soca cinco cuerpos sin vida, que vestían ropas y zapatillas argentinas. Según los lugareños, durante un buen lapso de tiempo un helicóptero sobrevoló la zona y del mismo se presume que fueron lanzados al vacío sin vida"*. El locutor comenzó a dar nombres de las presuntas víctimas, que serían subversivos buscados por la justicia militar uruguaya.

Al escuchar los nombres salté en mi sillón, respiré hondo, no podía creer lo que estaba escuchando. Una de la personas mencionadas, Graciela Estefanel, yo la conocía muy bien, se había criado en mi barrio; cuando pasan los años se van a estudiar y luego los vemos esporádicamente, ella se va a estudiar agronomía. Corrí al teléfono, llamé a un familiar para verificar la noticia. La señora me aseveró lo mismo, era una tía, a la que di los pésames, anunciándome que sería sepultada en Paysandú, que Marta, su madre, venía en el cortejo.

Yo no le encontraba sentido a lo que pasaba, si bien sabía por su madre que trabajaba en Buenos Aires.

Cuando la angustia llena el pecho, nos vienen a la memoria los recuerdos, los mejores... Cuando Graciela había empezado a manejar el viejo automóvil de su padre y lo dejaba a la sombra frente a casa, o compartíamos libros y revistas con su madre.

Después que falleció el esposo, Marta se paraba a conversar en la vereda... Ahora que compartía con ella la alegría de tener dos nietas escolares de otra hija que le llenaban la vida...

Volví a la realidad, a conversar conmigo, ¿cómo se puede soportar está ironía del destino?, pero era notorio, las Fuerzas Armadas habían comenzado a levantar duras murallas.

¿Acaso Graciela rompió con los esquemas familiares porque su padre perdió la empresa molinera-fideera?

Un desasosiego corría por mi cuerpo, mi marido trabajando, mis hijas en sus actividades y yo espiando el anochecer.

Corrí al teléfono, hablé con una o dos personas de mi amistad, pero lacónicamente me decían ¡qué barbaridad!, ¡oh, qué horrible!, pero colgaban enseguida, no deseaban hablar; entonces recordé que muchos temían por eso de los teléfonos "pinchados".

Al anochecer del día siguiente, su madre llegó acompañando los restos mortales de su hija. Instalaron el velatorio en la primera habitación a la izquierda, donde estaba la sala, su madre entre lágrimas llegó a decirme que había estado en Buenos Aires, que con un hábeas corpus en su mano la buscó días y noches, deambulando de una embajada otra, fue al Ministerio del Interior y recorrió cientos de comisarías. Con los pies deshechos, sin esperanza y perdidas sus fuerzas, en soledad regresó a Montevideo.

Como a tientas crucé a mi casa a preparar la cena; después que todos se acostaron, con mi esposo volvimos al velatorio. Yo había observado por las celosías desde lo alto de mi casa el movimiento de algunos hombres que se apostaban cercanos al domicilio, en las sombras de los árboles.

La casa amplia, con hermosos patios interiores y exteriores, resultó pequeña para compartir el dolor junto a su madre. Un silencio de profundo respeto, de voces apagadas se unía al humo de los cigarrillos. Ni se oía el transitar de las tacitas de café, mientras el mate daba vueltas de mano en mano en algún rincón.

No olvidemos, era diciembre, cuando los jazmines del cabo quedan nevados en los pequeños árboles; sentada en la sala recordé los días que las hijas salían con un ramo en la mano.

Ahora, los jazmines cubrían el féretro y toda la casa estaba impregnada con el dolor del perfume que emanaban. Con mis ojos recorrí la pequeña habitación y vi subir desde el manto floral una aterciopelada mariposa blanca que aleteando subió y se prendió en el nacimiento de una cortina, jugando con su mimetismo.

Mañana del cortejo al cementerio. Vi a Marta un poco más descansada, pero pálida, mustia su voz. Marcado el rostro por su habitual cabello blanco contrastando con sus grandes ojos negros, que parecían perdidos en el tiempo.

El cortejo no fue muy grande, tíos, primos, algunos amigos (nada

que ver con el del padre, medité). En el camino a su tumba, nos acompañábamos con el roce de la piel. Alguien dijo: *"La gente tiene terror por que la vean aquí; pero esto pasará a la historia"*. No imaginábamos todavía que ese aguijón de injusticias duraría tanto tiempo.

Cerrada la tumba, su madre con gran entereza depositó un pimpollo amarillo en un vaso, los predilectos de su hija, como solía decir. Y estábamos allí con lágrimas tragando, mirándonos perplejos, mientras noté que tres hombres con gafas se movían detrás de los cipreses.

¿Quién recuerda hoy a Graciela? ¿Por qué no se conoce aún el hecho con claridad? ¿Por qué fue elegida con esos compañeros para ser transformada en mártir el día del asesinato en Francia del coronel Trabal; hecho aún no aclarado y divulgado en forma ?

Sé que hubo un minuto de silencio, ¿alguien recuerda acaso tu destino?, hay un manto de olvido que se intenta dejar sobre el sepulcro de granito.

¿Quién deposita ahora perfumados pimpollos amarillos?, ¿a quién encomendó tu madre ese recuerdo tibio?

Miris

(La mamá de Graciela vive con sus dos nietas en Europa. Ante tanto dolor, nos mira y se informa a la distancia.

Nos acompañó en la formación del FA, creo que fue un gran gesto de amor a su hija haber facilitado a esta fuerza política la compra de su casona.)

LOS RAVIOLES... Y OTROS

Los ravioles estaban sobre la mesa, esparcidos para que no se pegaran. De pronto unos fuertes timbrazos, golpes en la puerta y gritos en la calle asustaron a la pareja de ancianos que tranquilamente esperaban al resto de la familia. Era domingo y su hija venía a almorzar con sus hijas y su esposo. La Policía entró abruptamente sin dar tiempo a que les abrieran la puerta, haciendo muchas preguntas. Miraban los ravioles y preguntaban cuántas personas vivían allí, a lo que se les contestó que sólo tres, ellos y su hijo.

Volvieron a mirar los ravioles y querían saber el paradero de su hijo.

Pasaron a registrar toda la casa abriendo puertas y cajones, roperos y cómodas revolviendo todo. Miraban especialmente los libros que fueron revisados hoja por hoja, incluso las *Labores* que había en la mesita de luz, allí encontraron un panfleto que resultó "peligroso", fue lo único que se llevaron, aparte de la duda sobre los ravioles.

Momentos antes el hijo, cuando volvía para su casa había pasado, aunque los pobres abuelos habían quedado muy nerviosos. Días más tarde recibieron el llamado de su yerno diciendo que "el barco había llegado" lo cual los tranquilizó un poco...

Los ravioles se comieron muy tarde ese día.

"Allons enfants de la patrie, le jour de glorie est arrivé"

Era el 14 de julio y yo iba cantando hacia la puerta donde acababan de tocar el timbre. Grande fue mi sorpresa cuando al abrir me encontré con tres policías armados con metralletas. Los hice pasar, mis hijitas estaban inocentemente jugando en el living y miraban sin decir nada. En casa a veces se hacían reuniones de bancarios al principio de la dictadura, mi esposo trabajaba en un banco.

Los policías pasaron a registrar el apartamento. Miraron todo y se llevaron una gaceta universitaria.

No volvieron.

...el marido saludó a su esposa con un beso yéndose a trabajar, ella quedó lavando los platos del almuerzo. Al poco rato recibe un llamado telefónico; era su esposo desde la oficina diciéndole que había muchos policías a dos cuadras de su casa y que tal vez fueran para allí. Casi le da un ataque, estaba con sus dos hijas pequeñas y tenía cerca un libro de los tupamaros que estaba leyendo. No sabía qué hacer con el libro, si lo ocultaba igual lo iban a encontrar. Del susto decidió romperlo, no era fácil, las hojas estaban bien sujetas, empezó luego a quemarlo, se quemó un dedo, los minutos iban pasando y se ponía más y más nerviosa, decidió tirarlo al *water* pues ya estaba bastante roto.

Esperó pero no vino nadie, en el ambiente quedó un fuerte olor a quemado.

Ana

GARRAS EN EL CORAZÓN

Pongo mi memoria a andar, sacando las cáscaras a los recuerdos, que brotan intactos a la vida.

Pues ellos están allí, en nuestras mentes, para ir saliendo como panes del horno. Y está muy bien esto del horno. Pues así será como nos sentiremos siempre.

Uno de nuestros puntos de reunión del dolor fue Santa Clara de Olimar. Allí fue donde se encontraba la gran familia: padres, hermanos, hijos, abuelos; allí fue donde aprendí que todos somos hermanos y que el dolor no tiene puertas ni ventanas para entrar. Y que el despotismo y la injusticia son como ríos crecidos cuando se apoderan del hombre.

Nosotros, desde afuera del portal apreciábamos un paisaje poco común, un mapa hecho con cercos interminables de piedras cargadas en carros que cinchaban nuestros queridos presos... sabiendo que tenían reptiles de todos los colores bajo losas de piedra que levantaban.

Las esperas para entrar a las visitas son duras cuando hay bebés, bajo la lluvia, o se tiene edad avanzada.

¡Qué diferencia cuando se ama al prójimo a cuando se le odia!

Después, el regreso tenía su mezcla de dolor por lo que se deja pero un fiero coraje para el mañana.

Viajes hechos en destartalados ómnibus, que llevábamos nosotros en vez de ellos a nosotros. Recuerdo muchos viajes, pero uno fue especial. Pensábamos que llegaríamos ese mismo día a nuestro hogar, si lográbamos alcanzar en la estación de Cerro Chato el tren que nos servía de conexión para el tren que llegaba a Treinta y Tres.

Cuando llegamos allí, ya había pasado y nosotros con nuestros niños chiquitos tuvimos que esperar 24 horas el próximo tren. Hicimos cama redonda en la boletería de la estación con la ropa sucia de nuestros presos, y allí pernoctamos.

Olimareña soy, mi amigo y compañero también lo era. No había placer más grande que intentar su pesca en el río Olimar, o en el arroyo Yerbal, donde de niño pescaba con su padre. Allí enseñó a nuestra hija

a nadar y también la bautizó simbólicamente! Se llamó Guyunusa. ¡Qué torbellino, sí señor!

¡Qué lindo fue mi hogar!

Hasta que cierta mañana entraron a nuestra casa varios hombres con ropas verdes, cascos brillantes y botas negras. Y tenían cuchillos en los ojos y fuerza de tornado en el grupo.

¡Qué triste quedaban nuestros hogares! ¡Qué angustia no saber si algún día volveríamos a verlos!

No había fibra de tu cuerpo que no fuera sacudida por el terror, ¿quién podía asegurar que no vendrían ese día mismo, esa noche misma o al otro día a terminar con ese hogar devastado? Se dormía como el caballo, con un ojo cerrado y el otro abierto, escuchando todos los ruidos de afuera, apretando tu hijo contra el pecho, pensando que tal vez era la última noche que lo tenías contigo y cuál sería su fin. Al venir el día poníamos la coraza. Para salir y afrontar ese gran público que era la vecindad. Y empieza uno a sentirse como diferente a los otros. Unos te miran con odio, los otros "no te ven", los que miran para un lado y otro para tenderte la mano, o saludarte. La familia empieza a verse muy "ocupada". Los "grandes amigos" desaparecen y el objetivo se cumple. Cada día que pasa se vive minuto a minuto, pues cada minuto vive su historia nueva. Paralizarnos con el terror no alcanzaba, de tanto en tanto nos hacían zapatear con los "bolazos": Podíamos pasar de la esperanza a la desesperanza total, de la furia a la impotencia. Yo diría que era como quien templa acero, ¿no?

Vivíamos en un barrio muy apegado a sus tradiciones, y en aquellos tiempos el terror entró como el viento en todos los rincones, estuvieran del lado que estuvieran. Reconozco lo difícil que debió ser para aquellos que sintieron lo inhumano de esos seres tan parecidos a nosotros, ¡pero qué diferentes a la vez!

En ese barrio, Cruz Alta, el día que esos mismos hombres pidieron a la gente una pala para destruir el piso de mi vecina mientras le allanaban su hogar, nadie accedió a dársela. ¡Con manos expertas no dejaban ni los potes de la yerba sin tocar!

Alquilábamos una casa cuyo dueño simpatizaba con el régimen y trabajó con ahínco para asemejárseles. En ese entonces yo trabajaba como peluquera a puertas cerradas, pues lo que ganaba no me permitía pa-

gar impuestos. Gran sorpresa tuve yo el día que descubrí que nada de saneamiento funcionaba en casa. Cómo explicar el sentimiento de acorralamiento, desesperanza, humillación, ultraje que sentía. Después de deambular largo tiempo por la inspección de higiene, me dijeron no poder hacer nada, y yo no podía tirar aguas servidas a la calle. Aprendí a manejarme con el agua como si estuviera en el desierto, juntaba el excremento de mi hija, el mío y el de mis pocas clientas, ya que no a todas podía contar lo que me pasaba. Y con esa carga atravesaba mi pueblo todos los días para tirarla en el baño de la casa de mi madre. De la luz y el agua pagaba el derecho al contador, porque los contadores estaban en casa del dueño y no permitía la toma de consumo. ¡Tres años guardé la misma cantidad de dinero que mi vecina pagaba de luz y agua! Ella consumía mucho por tener a su madre enferma. Por las noches me alumbraba con velas, pues no es fácil saber que uno debe tres años de luz y que mi trabajo dependía de consumirla. Tampoco era posible atender todo cliente que viniera, pues también en eso el dueño había logrado hacer su trabajo destructivo: yo afrontaba un juicio, pues él había mandado clientes para después actuar como testigos de que yo sí tenía un negocio de peluquería, por lo tanto tendría que pagarle alquiler mucho más alto. Muchas veces no tenía ni para la leche de mi hija y aun teniendo el cliente, el miedo me hacía rechazarlo.

Los que teníamos más de un familiar encerrado, teníamos la cabeza siempre en la preparación del viaje siguiente, porque nunca estaban cerca uno del otro. Y cuando contás cada día los pesitos para el cotidiano, no es fácil conciliar el sueño. Es de destacar el heroísmo y el ingenio de nuestros queridos presos, que desde aquellas cuatro paredes, hacían de la nada cosas bellísimas para que al venderlas llegara a la familia el boleto del viaje para verlos. Así conocimos varias cárceles del país.

Para nosotros la libertad (y perdón a los presos) era también estar presos. Porque estaba en libertad nuestro cuerpo, pero nuestra mente vivía y estaba allí donde ellos. Tratando de no decirles nada que pudiera causarles penas mayores de las que llevaban a cuestas. Todo lo que hacíamos era pensando en ellos. Y siempre, con la última imagen de las visitas...

Tendremos calma en el espíritu, pero jamás olvido.

Llamarada

LA HERENCIA

Era miércoles, completamente rutinario. Deseando irme a casa (terminadas mis ocho horas), prendí un cigarro y gritando un ¡hasta mañana! me dirigí a la parada de ómnibus.

Fue entonces que escuché que alguien pronunciaba mi nombre. Después de mirar para todos lados la veo; ¡Susana!, mi amiga y compañera de adolescencia. Luego del asombro de encontrarnos, después de tantos años, nos estrechamos en un abrazo. La alegría del encuentro provocó que acosara a mi amiga con preguntas.

Nuestra conversación era una mezcla de pasado, presente y futuro.

—Susana, contame, ¿y tus viejos cómo están?

—Bien, muy bien, trabajando como siempre y cuidando las plantas y el jardín. Hasta podría decirte que están más contentos de lo habitual, parece que se ensancha el camino cuando llega la hora de la justicia, ¿verdad? –me dice en un tono vehemente.

Yo, en un total desconcierto, no podía entender a qué se refería cuando hablaba de justicia. Pocos minutos atrás me había contado de su casamiento con un buen hombre, del cual aún estaba muy enamorada. También me habló de sus mellizos: Gustavo y Matías, motivo por el cual había abandonado sus estudios. Contándome después que tras haber abandonado durante cuatro años, el año pasado retomó sus estudios de facultad, al ver a sus hijos más independientes para de esa manera cumplir su sueño: ser abogada.

La palabra justicia no concordaba ante ese panorama. Creo que la expresión de mi cara mostró mi total desconcierto, o quizá fue el silencio mientras pensaba en su actual vida.

Mirándome fijo a los ojos me habló:

—Laura, qué falta de memoria, recordás que tenemos una gran herencia que no debemos olvidar. Creo que sólo recordando podemos evitar su repetición y curar viejas heridas...

Y yo que no lograba entender todavía.

—...juicio y castigo a los culpables –me aclaró–. ¿Te acordás?

—Claro que recuerdo –le contesté– decís que tus viejos están contentos por la condena y prisión de Pinochet.

Yo también me alegré que, terminada la dictadura, gente como la maestra Elena Quinteros iban a volver vivos, no creía bajo ningún concepto que los mataran, como todos decían. ¡Qué ceguera la mía! Era tan idiotamente inocente que hubiera jurado que la justicia, algún día, le devolvería su hijo a Sara Méndez.

—La verdad, Laura, qué ceguera la tuya, dicen que no hay más ciego que el que no quiere ver. Porque cuando tu padre te explicó el motivo por el cual echó a tu tío de tu casa, tendrías que haber entendido cómo eran las cosas.

Susana tenía razón, años tardé en creer que quien cuando venía de visita nos llenaba de mimos y alegría era la misma persona que contaba a mi padre en forma jocosa cómo torturaban a los presos políticos. La última vez que fue a casa contó que los enterraban hasta el cuello y les ponían miel en la cara, para después echarles hormigas encima. ¿Qué clase de hombre era mi antes querido tío, capaz de gozar con el dolor de un ser humano? –pregunté a Susana.

—No lo sé –me contestó– sólo sé que ellos se creían inmunes, como si alguien les hubiera mostrado el futuro, donde por nada ni nadie serían juzgados. Y así estamos hoy, arriesgándonos a repetir historias como la sucedida a mi padre, a vos y a cientos de uruguayos.

Ahí recordé la primera vez que me contó la tragedia de su padre. Fue un jueves por la noche cerca de la 1 de la madrugada; fue entonces cuando golpearon la puerta... Pensé que era mi hermano que venía de visitar a la novia –así lo contaba Susana–. Entonces abrí la puerta, de un empujón me tiraron al suelo, me apuntaron con un arma y me hicieron una señal de silencio. Eran seis hombres, todos armados. Enseguida nos reunieron en el cuarto de mis padres, uno de ellos gritó: *"¡Todos al suelo, cabeza abajo! ¡Rápido!"*. Mi madre no obedeció... y alguien le gritó: *"¡Te ordené bajar la cabeza, puta de mierda!"*. Y tomándola del pelo la golpeó varias veces contra el piso. El ruido fue horrible, pensé que la había matado. La escuché llorar y me alegré: estaba viva. Sólo uno de ellos era quien daba las órdenes, mientras que dos nos vigilaban, otro cuidaba la puerta, como le ordenaron al entrar, y los dos restantes revolvieron todo. Desde abajo de la mesada, hasta la biblioteca del living, sacaron libro

por libro y luego los tiraron del placard, no quedó ni una sola de las camas tendidas, hasta las fundas de los colchones sacaron. ¡Aquello era una pesadilla!

Antonio, mi hermano menor, empezó a llorar. A pesar de sus 8 años seguía teniendo llanto de bebote, siempre fue el mimado de todos, pero de mi padre mucho más. Mi padre pudo soportar el llanto de mamá pero no el de Antoñito.

Como yo estaba a su lado, vi que intentó pararse.

—¡Quedate quieto! –le gritó el milico que estaba al lado, mientras le dio una patada en el estómago. No soporté más, me levanté mirando al milico, pregunté:

—¿Puedo abrazar a mi hermano, así se calla?

—Susana, "m'hija", acostate –me dijo mi padre en ese momento.

Pude comprobar que le habían pegado en el estómago cuando lo hizo por segunda vez, diciéndole después:

—Ahora no sos vos quien da las órdenes, idiota.

Yo seguía con la cabeza levantada, miré hacia donde venía la voz de quien mandaba, hasta verlo, y con voz temblorosa le pedí:

—Por favor, señor, ¿puedo abrazar a mi hermano? –Quizás el hecho de que mi hermano estuviera ahogado en llanto hasta lo molestaba a él.

—Sí, hacé que se calle –me contestó.

Mientras me acercaba a mi pequeño hermano, pensaba en lo que había visto recién, esos hombres armados, mis padres golpeados y todo tirado, aquello era un infierno. Ya no resistía más las ganas de llorar. Abrazando a Antonio, cerré los ojos y muy bajito le empecé a cantar. Duérmase mi niño, duérmase mi amor, duérmase pedazo de mi corazón. Los quejidos de mi padre, y esa voz tan chillona que le preguntaba su apellido me volvieron a la realidad.

—Sí; soy Pereyra, pero yo no hice nada malo –contestó mi padre. Pasó mucho para volver a escuchar la voz de mi padre. Se lo llevaron con ellos cuando se fueron.

En aquella época no podía creer la explicación que daba Susana.

Esa noche cuando se llevaron a mi viejo no era a él a quien buscaban, era a su hermano Oscar Pereyra. Mi tío vivía en un apartamento al fondo de casa, y antes de irse esa madrugada nos explicó:

—Soy uno de los responsables del sindicato, también el hecho de

que sea militante del Partido Comunista es razón suficiente para los militares buscarme y sabrá Dios qué hacen luego conmigo si me encuentran. Cuando interroguen a Néstor se van a dar cuenta que él no sabe nada de la izquierda y lo van a soltar.

Recuerdo que Susana tenía una triste expresión cada vez que contaba esta etapa de su vida y la única vez que la vi llorar me dijo:

—Esa noche me separaron de dos personas a las cuales amaba. Mi tío esa misma noche partió rumbo a Argentina, meses después se instaló en Francia donde vive hasta el día de hoy, y mi padre, quien fue encerrado durante muchos años en la cárcel de Libertad.

Y después de recordar que así me lo contó Susana muchos años atrás, volví al tema de conversación.

—Tenés razón, le contesté, cosas como la sucedida a tu padre no pueden pasar más.

Sin hablar y con sólo mirarla pude ver la picardía instalada en ella.

—¿Y ahora de qué te acordás? –pregunté. Podría jurar que era una mueca burlona cada vez más descarada. Insistí.

—Hablame, Susana, contá de qué te reís. Dale, no seas tan tonta, ¿qué es lo que te causa risa?

Sin dejar ya su constante risa, casi convertida en carcajada, contestó:

—De vos, no puedo olvidar cuando a solas o en reuniones de amigas, siempre que el tema fuera dictadura vos contabas tu traumática experiencia sufrida en un desfile de Carnaval. Lo contaste tantas veces que ya lo sabía de memoria.

Cuando apenas mencionó sobre el desfile de Carnaval entendí y justifiqué su sonrisa burlona.

Adhiriéndome a la situación, para después preguntarle:

—¿Querés que te la vuelva a contar por si algo olvidaste?

Supongo que nuestra risa se escuchaba a lo lejos, porque el tono era muy alto. Entre risas y anotaciones nos despedimos. Ya en el ómnibus, camino a casa, mucho más tarde de lo habitual, en mí persistían las ganas de reírme. ¿Cómo no iba a ser graciosa para mi querida amiga mi anécdota personal sobre la dictadura? Susana nunca me había contado su tragedia familiar, sin embargo ella tenía que escuchar mi reiterado relato, el cual siempre contaba así. Mirta, la vecina de al lado, pidió a mi madre ir con ella y su familia al desfile de Carnaval. No era fácil,

porque cuando mi madre se negaba, no había quien la hiciera cambiar de actitud; la paciencia, insistencia, más la constante promesa de cuidarme lograron lo imposible. Quería ir muy coqueta, mis 12 años lo exigían. Pero sabía que en el desfile, desde la reina hasta la viejita que mira sentada en su silla alquilada corrían el riesgo de irse completamente mojados; llevándose a sus casas los infaltable papelitos picados. Llegó la hora de la partida y aunque yo ya estaba arreglada hacía dos horas, corrí al espejo a darme la última aprobación.

Antes Carnaval era una fiesta en la cual todos de una forma u otra éramos protagonistas. Grandísimos carros alegóricos con personajes muy diversos, los tradicionales cabezudos, que parecían caer sobre la gente, mientras provocaban el llanto de algún pequeño, y a su vez la picardía de otros, quienes corrían con sus pomos a mojarlos. Las caretas simulando ser caras horrendas. Papelitos pegados en el suelo mojado, como también en el pelo de los allí presentes. Los adolescentes escogiendo alguna joven para mojarla todo cuanto pudieran, manera así de demostrar que allí era su preferida.

Era realmente una fiesta, el Carnaval. Mirta y Rodolfo, su esposo, no nos dejaban de mirar en ningún momento. Nos turnábamos sus hijas y yo para ir al baño del bar que estaba detrás nuestro. Estando ya dentro del baño, sacábamos los pomos que teníamos escondidos entre la ropa para recargarlos.

Hacía más de una hora del desfile y realmente no estaba tan mojada como yo hubiera querido. Hasta que una voz se oyó decir:

—¡Cuidado! Escondan los pomos que vienen los milicos.

—Dénmelos –dijo Mirta inmediatamente, y los guardó dentro de su bolso. Yo no entendía qué estaba pasando y dándole la espalda al desfile los miré pasar. Caminaban despacio, completamente secos, mirando casi detenidamente a cada uno de los allí presentes, como si entre la gente se encontrara alguien a quien ellos buscaban.

—Estos milicos de mierda ya ni Carnaval nos dejan en paz –comentó Rodolfo, cuando ya se habían alejado. Ese comentario bastó para que Mirta le empezara a hablar muy serenamente en medio de aquel bullicio.

—Tranquilizate amor, sabés que esta es la dictadura, ¿no?, y no necesitan ningún motivo para llevarte. Si querés nos vamos.

Airadamente, Rodolfo le contestó:

—No, claro que no, por culpa de estos tipos no me voy a ir.

Y dirigiéndose a nosotros explicó:

—Cuando vean que pasan los milicos escondan los pomos entre sus ropas.

Pasó el rato y cada vez había más gente y todo volvió a ser una fiesta. Menos la cara de Rodolfo, que junto a otro señor que estaba allí seguían insultando a los policías, diciendo cosas como éstas:

—Estos hijos de puta nos quieren sacar la poca alegría que nos queda, habría que matarlos a todos.

Pensé que eran unos atrevidos, los policías seguro estaban buscando gente mala, quizás algún ladrón. Y ellos son tan atrevidos que todavía los insultan. Pero la alegría del Carnaval me hizo olvidar a Rodolfo y los milicos. Seguíamos turnándonos a recargar los pomos y esa vez me tocaba a mí. Teniendo ya tres llenos salí con el cuarto en la mano, sin darme cuenta. Salía del bar cuando los veo, eran cuatro policías, segura de que no estaba haciendo nada malo seguí caminando y quise pasar por detrás de ellos. Fue entonces cuando uno de ellos, tomándome del brazo me empujó contra la pared, luego se paró delante de mí y arrancándome el pomo de las manos, le hizo un tajo de arriba hasta abajo. La rapidez de sus manos no me permitió ver qué utilizó para cortarlo. Tiró con rabia el pomo al piso y después me preguntó:

—Che, ¿estás de graciosa, vos?

Sentí que el miedo no me permitía hablar, me sentía tan chiquita, al lado de unos gigantes. Sólo quería que en ese momento llegara mi mamá.

Otro de los canas, señalando a la altura de mi barriga preguntó:

—¿Viste qué gorda que está?

El pánico se apoderó de mí, bajé la cabeza mirando fijamente el piso. El mismo que momentos antes me puso contra la pared, metió la mano dentro de mi ropa y fue sacando uno a uno los pomos llenos de agua, dándoles igual destino que el primero.

—¿Tenés más? –inquirió, dejando caer el último.

Con movimientos de cabeza contesté que no varias veces.

—No te escucho bien –me dijo– mejor yo mismo te reviso –y volvió a meter sus manos bajo mis ropas.

—Sólo que esta vez fue directo a los senos y me apretó con sus asquerosas manos hasta provocarme mucho dolor.

Pensé en explicarle que me dolía y que no tenía nada escondido, que yo tenía senos muy grandes para mi edad, como mamá ayer me había explicado.

Imposible poder hablar, si el miedo era tan grande que juraría que no respiraba para no moverme.

En las clases de catecismo me habían enseñado a no pedir a Dios ningún capricho.

Sentí que las circunstancias eran dignas de hablar con Dios. Por favor, diosito, hacé que me deje de tocar y que se vayan, y nunca más te pido nada.

Creo que Dios me escuchó, porque uno de ellos dijo:

—Dejá esa gurisa, boludo, no ves que tiene 14 o 15 años.

Momentos después, al verlos partir di mis gracias a Dios.

Seguí recostada a la pared, inmóvil. Una señora se acercó y me dijo:

—Ya pasó, son unos hijos de puta. Si yo me metía sé que me la dan el doble que a vos. Vamos, mostrame dónde están tus papás.

¡Qué vivencia la mía! Esa noche de Carnaval fue muy traumática para mí. Claro que no era nada comparada a la de mi amiga. Ella siempre me decía:

—A vos te tocaron una vez; cuando yo iba a la cárcel a ver a papá los milicos decían que tenían que revisar todo antes de entrar. Con cara de babosos, a veces me tocaban hasta los labios de la vagina, eso sí es manoseo –agregaba Susana.

Si habría sufrido la pobre, que no le parecía tan horrible mi historia y por reiterada sonaba graciosa.

Cuánto nos dio y cuánto nos sacó la dictadura; o los militares, que me sacaron mi inocencia de niña.

La inocencia de creer en lo justo y lo injusto. Me mostraron el miedo, no sólo el mío, sino también el de mi pueblo, que guardó muchas veces silencio odiándolos por sus actitudes.

Y como dijo Rodolfo, también nos sacaron la alegría que nos correspondía.

¡Qué herencia nos dejó la dictadura! ¡Cuántos uruguayos viviremos con marcas internas de aquellos tiempos!

Pero peor aun, cuántos uruguayos ya no viven más, víctimas de esta maldita dictadura.

Desearía algún día poder volver a creer en la justicia como esencia del hombre.

De esa manera únicamente me aseguraría que dictadores como los que tuvo América Latina no volvieran a existir.

Laura Saenz

LA SEPARACIÓN

21 de octubre de 1975: en masa comenzaron a "desaparecer" amigos, compañeros, familiares, la mayoría miembros del Partido Comunista, de la CNT, que fueron a sumarse a los centenares que ya habitaban las cárceles, particularmente desde 1972, los tupamaros.

4 de febrero de 1976: Alcides, mi esposo, no volvió a casa. Lo esperé toda la noche levantada, la angustia crecía y crecía ante la certeza, mientras miraba dormir a los pequeños Federico, de 6 años, y Deivis, de 3.

17 de febrero de 1976. A las 2 de la madrugada golpean brutalmente a la puerta las Fuerzas Conjuntas. Lo común, dieron vuelta toda la casa buscando quién sabe qué...

Dijeron que dejarían a los niños tirados en la calle, ante lo que me puse a gritar con la esperanza de que los vecinos escucharan. Entonces cambiaron de parecer y me preguntaron con qué familiar los podrían dejar.

Nunca olvidaré la imagen de mi madre anciana y enferma abriendo la puerta a las cuatro de la mañana, después del escándalo que armaron ante su casa, mirando a dos pequeños nietos paraditos al lado de su bolso con ropa. Yo miraba desde la camioneta donde me llevaban, sin poder explicarle nada, ella no me vio. Yo tenía un revólver en la sien por si pronunciaba palabra...

La tortura

Llegué ya vendada al "300 Carlos", luego supe que era un cuartel, el "13" en la calle Instrucciones. Allí estuve cinco meses y medio, mi esposo seis meses. Plantones, submarino, caballete, colgadas, golpes, picana combinada con el caballete (mi esposo escuchando mis gritos, lo paraban cerca de mí para eso). No lo voy a detallar, ya se sabe cómo se aplicaron y cómo van destrozando físicamente a la persona. Yo quedé con los genitales destrozados, sangrando, perdiendo orina y materias fecales, por lo que me tuvieron que llevar al hospital militar, donde me mandaron reposo, que me fue retirado por un oficial porque acostada

veía por debajo de la venda. Por lo que el reposo horizontal se transformó en plantón sin moverme, desde la mañana a la noche. Las colgadas me dejaron para toda la vida dolores en los hombros. Y la tortura psicológica me dejó pesadillas por siempre. Mi esposo quedó con un temblor en el brazo derecho, por lo que para escribir debe ayudarse con el izquierdo.

Conviví con cientos de torturados durante esos eternos meses, vi, por debajo de la venda que me acompañó 10 meses, pasar al piso de arriba, macabro piso de arriba, oí gritos desgarradores día y noche, de hombres y mujeres sin nombre, con las manos atadas con alambre, con ojos tapados, con mugre eterna también.

Mi silencio, el silencio de casi todos fue la respuesta a la barbarie. Eso los desesperaba. Gritaban: "Por qué son así".

Al lado mío enloquecieron a Silvina Saldaña, y un día inolvidable, 31 de marzo de 1976, la bañaron y vistieron y se la llevaron, hablaba incoherencias... luego supe que nunca la volvieron a ver viva.

La solidaridad

Lo brutal, bestial, inhumano de esa vida en el centro de tortura tuvo su contracara: la solidaridad. Tengo recuerdos queridos de gente que no sé quién es, o si viven aún. Un preso debajo de su venda se ingenió para mirar al sector de las mujeres ubicado en el otro extremo del inmenso galpón donde estábamos. Yo estaba haciendo lo mismo, tosí, él tosió. Durante meses nos comunicamos así, a riesgo de muerte o golpiza. Fue como encontrar un hermano, un abrazo fraterno, allí...

Nos llevaban al baño en fila para no tropezar, éramos ciegos... Un día mi mano se fue del hombro de quien iba adelante a mi hombro, donde otra mano se apoyaba, a la que apreté con toda mi fuerza, con todo mi cariño. Recibí la respuesta. Era como renacer...

Nos vieron y nos golpearon, pero no dolió ante la maravilla de la comunicación con una compañera que nunca supe quién fue.

Cuando el número de alguno de nosotros sonaba para ser llevado del plantón al interrogatorio, tosíamos como forma de no sentir soledad. Nunca me sentí sola, a pesar del desgarre de todos los días, minutos, segundos de pensar en mis hijos, mis seres queridos.

El Penal de Punta de Rieles

Luego de los 165 días de tortura me llevaron por cuarteles, vendada, incomunicada, desaparecida para los familiares que nos buscaban desesperadamente. Fueron a reconocer cadáveres que habían aparecido en el mar.

Al fin llegué al penal. Allí estaba planificada otra tortura, sistemática, asesorada por especialistas, para destruirnos como personas. Ya es sabido que no lo lograron. Salvo nuestros queridos muertos y desaparecidos, la mayoría recompusimos nuestra vida. Los más afortunados vivimos en familia, con nuestra pareja e hijos, algunos hemos tenido más hijos. Muchos hemos estudiado, trabajamos, somos seres socialmente sanos y útiles. Nunca seremos iguales a quien no vivió lo mismo, pues las huellas quedan...

El penal fue trabajo forzado, comida grasienta, gritos, sanciones, pérdida de visitas, otro tipo de tortura. Todas nuestras horas vigilados hasta durmiendo. Nos estudiaban para destrozarnos. Recuerdo todo el daño que nos hicieron, que les hicieron a nuestros niños a los que les robaron su infancia, su adolescencia, a nuestros padres ancianos acortándoles su vida... Recuerdo cómo nos organizamos para sobrevivir dignamente. Todo lo positivo del ser humano puede multiplicarse en situaciones límites. Así fue. Compartir sentimientos, sueños, ideas, horas de canto y guitarra, teatro y lectura, manualidades para los familiares, levantar al que la angustia visitaba. Apoyar, siempre apoyar para seguir viviendo y creer que todo iba a terminar hacia una vida normal.

Hubo muchas personas que no volvieron a su hogar. Nadie volvió como entró. Que la memoria mantenga todo vivo para que nunca más el odio, la intolerancia, el rencor conviertan la vida en un infierno.

Beatriz

ELLOS ME HICIERON CLANDESTINA

Hoy estoy entresacando de mis recuerdos aquellos que como un pantallazo me retrotraen a otra época, hace algunos años. No tantos como para no tenerlos tan cerca en mis impresiones y en mis emociones. Aún hoy, al intentar este relato, se me escapan lágrimas, quizá contenidas durante largo tiempo.

Salí de mi país en tren, en un tren de pasajeros, hacia el norte. Cruzamos en lancha el río de los pájaros pintados, para llegar a Concepción del Uruguay, en la provincia de Entre Ríos.

Recuerdo que en el tren viajaban tres o cuatro soldados. Estaban sentados frente a mí. Uno de ellos me prestó el capote (era de noche y yo tenía frío, creo que por el susto). Yo viajaba de "incógnito" y me aterraba pensar que esos soldados podían darse cuenta de que yo había salido en la "cadena".

Nunca había sido detenida, nunca había salido muy lejos del Uruguay. Mi gran delito fue creer que en mi patria se podría decir lo que uno pensaba, tanto en lo político como en lo sindical.

Durante ese largo y para mí interminable viaje, hice un resumen de toda la lucha de todos los compañeros del Hospital de Clínicas; de mis camaradas del partido; del golpe de Estado, que fue un golpe al corazón de los orientales honestos; de la reciente huelga general, apoyada por nuestro pueblo trabajador.

El tren paraba en cada estación. Y algunos nombres me llevaban de la mano a los pacientes que provenían de allí y a los que muchas veces la asistente social tenía que entregarles el pasaje en ferrocarril para volver a sus pagos. Estaba muy fresca en mi memoria esa huelga donde hicimos nuestra primera experiencia de gobernar porque teníamos autodisciplina consciente y voluntaria. Nadie aflojó ni falló. A nuestro hospital venían los vecinos a traernos el paquete de fideos o de yerba. Así se expresaba la solidaridad. Se me representaban escenas de gente llegando a la amplia entrada.

Mi compañero y yo íbamos a cruzar la frontera. No sabíamos a ciencia cierta qué habría más adelante en nuestras vidas. Eso sí, ninguno de los dos obligó al otro a comenzar esta nueva etapa.

El exilio

Unos pasajeros bajaban y otros subían en ese viaje que no me propuse hacer. Es que tuve sólo cinco minutos para salir de mi casa. Estaba pasando la aspiradora cuando comienza la marcha militar y el comunicado en cadena de las Fuerzas Conjuntas. Vengo a enterarme que de una larguísima lista de detenidos que ellos empezaron a vomitar, nombres de compañeros y compañeras de una columna del Partido Comunista del Uruguay, yo, fulana de tal, era la última. La última de la lista y dada por detenida. No ya requerida. Mi familia viajó muchos quilómetros, llamó a los teléfonos, averiguó en donde pudo, creyó que estaba presa. Luego se supo que con mi compañero, con mi entrañable compañero, firme y claro en sus ideales, casi sin hablarnos, emprendimos ese doloroso camino del exilio. Fue en ese momento, en una fecha que no olvidé, el 7 de febrero de 1976, que "ellos" me hicieron clandestina.

Llegamos a Concepción del Uruguay el 9 de febrero. Atrás había quedado tanto. Lo material, los amigos, la lucha, la familia, el barrio, el trabajo. Y un 9 de febrero –recordado día de los comunicados 4 y 7 del año 1973– los "salvadores de la patria" me expulsaron prácticamente de esa "mi patria".

Con rabia pensaba en nombre de qué nos persiguieron. De qué subversión estábamos hablando. Recordé la pelea por el presupuesto universitario, que sentíamos como nuestra en tanto funcionarios del Hospital de Clínicas. Los paros para que el Ministerio de Economía a través de la Contaduría de General de la Nación librara el cheque a la Universidad, por el que cobraríamos nuestros sueldos (ya a 20 del mes siguiente). Al hospital no se le pagaba los duodécimos con los que hacer frente al presupuesto de funcionamiento. Y como siempre, miles de personas apoyándonos, firmando nuestros petitorios ante el Parlamento, miles de uruguayos valorando *su* hospital. Pacientes y familiares, vecinos, amas de casa y estudiantes, trabajadores y profesionales. De qué subversión podía hablarse cuando ayudamos a la creación de la Convención Nacional de Trabajadores, orgullo de una única central de los asa-

lariados. Claro que despertamos con la Revolución Cubana. Por eso me viene a la memoria en Concepción del Uruguay, donde frente a la pensión en que nos alojamos, una disquería pasaba "Hasta siempre, comandante" hasta que llegó allí también la dictadura. En el hospital formamos en el año 1959 uno de los primeros comités de apoyo a la Revolución Cubana. Financiábamos ese apoyo vendiendo fotos de Fidel Castro que imprimía un compañero fotógrafo. Y fuimos delegados a COFE. Y participamos del Congreso del Pueblo. Y pasito a paso fuimos haciendo la rica experiencia sindical y política que nos ayudó a soportar el exilio. Recordé las interminables horas de intervención quirúrgica a nuestro querido Líber Arce y el hospital todo quedó súbitamente en silencio, un silencio ensordecedor, cuando bajó la noticia de que pese a todos los esfuerzos no lo pudieron salvar. Y el 26 de marzo en la explanada municipal, cuando se realizó el acto del Frente Amplio recientemente creado. Y el día que vino Fidel. Y el día que mataron a Arbelio Ramírez, cuando la bala estaba preparada para matar al Che.

Luego de cruzar el río Uruguay, viene una etapa de nueve años. Nueve años en los que teníamos que hacer una nueva vida. Aunque siempre mirando hacia el paisito. Rehacer todo, desde lo económico para poder subsistir, hasta lo afectivo, lo familiar, el entorno. Toda mi familia, una compleja familia –mi padre, don Aureliano– con sus 17 hijos, había creado una red de sobrinos, yernos, nueras, que como un haz se movió acá para resolver asuntos que habían quedado pendientes. La casa, los enseres, ropa, documentos.

Te sentías doblemente presa

Otra vez estoy en un tren. Esta vez hacia el sur. Estamos en 1984. Vengo a votar en forma semiclandestina porque todavía estoy requerida. Venía a votar y sabía que había proscriptos, muchos compañeros que hubiese deseado que estuvieran ocupando sus merecidos lugares en la conducción del país no estaban en las listas, porque todavía eran ciudadanos de "segunda". Por eso, luego de sufragar, me volví para continuar la tarea de denuncia que hacíamos por radio y prensa, por medio de volantes. También trabajamos en la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos. Recogimos firmas que en marzo de 1985 entre-

gamos a la Presidencia de la República solicitando amnistía general e irrestricta. Allí nos apoyaron los concejales locales y personalidades de la cultura. Cuando cae la dictadura argentina formamos con los argentinos un comité de apoyo a la lucha del pueblo uruguayo contra la dictadura. Mientras iba llegando a Montevideo los recuerdos iban para nuestra experiencia más reciente, en esa ciudad litoraleña que tan bien nos acogió. Desde la radio L T 11 –que se captaba en todo el litoral uruguayo– iniciábamos con "Esto es Pueblo Oriental", audición del Comité de Solidaridad con el Pueblo Uruguayo. Y luego *"No tengo más enemigos que los que se oponen a la pública felicidad. José Artigas"*. Continuábamos: *"Este espacio ha sido cedido gentilmente por L T 11, a solicitud del honorable consejo deliberante de Concepción del Uruguay"*. Quizá alguno de los que escuchaba recuerde mi voz. Allí denunciamos que al profesor Jorge Bouton no se le permitió ingresar al país para votar. Un lujo de científico y ser humano (tal vez por ser comunista). Este médico por allá por la década del 50 fue uno de los profesionales que ayudó a salvarle la vida a un estudiante de apellido Porta, oriundo de Bella Unión. Era un caso difícil y Bouton un reconocido clínico. Durante la dictadura a Porta lo detuvieron y "se les fue la mano", como decía Germán, y lo mataron.

En Argentina, debido al golpe de marzo de 1976, sólo se podía hablar sobre cosas intrascendentes. Hicimos también allí amigos. Buena gente y solidaria. Otra vez el mismo aire de peligros y recelos. Estábamos viviendo a 30 cuadras del Centro en una casita que nosotros mismos construimos. Antes de eso pusimos un boliche, bar y comidas. Yo era el mozo y la cocinera. Teníamos clientes que venían de Buenos Aires y conversaban con nosotros de temas varios. En una oportunidad un profesor de música me dijo que yo debería ser música, porque mi comida era una armonía, a lo que respondí: ¿usted no cree que la vida debiera ser una armonía?

La otra vuelta

Estos recuerdos van y vienen. Pretenden dar una visión de las vicisitudes que pasamos, pero no quiero dramatizar. No somos el ombligo de la resistencia en el exterior. Me sonrío cuando recuerdo que en la audición del 12 de febrero de 1985, decíamos: *"Ante la renuncia del gene-*

ral Gregorio Álvarez a su cargo de presidente, el pueblo uruguayo celebra la misma con una caceroleada y posterior manifestación en todas las ciudades del país, en el día de hoy".

Tengo una superposición de impresiones. Mi vuelta al trabajo en el Clínicas, del que modestamente fui parte del personal que lo inauguró en 1953. Había gente nueva y viejos compañeros. Fue muy emocionante. Y muy lindo.

Simbólicamente, y por casualidad, llegamos por segunda vez y ahora con documentación uruguaya el sábado 19 de abril de 1985. Menudo desembarco, pero ya no en tren. A los dos días ya estaba trabajando.

Debido a que en el año 74 me habían sumariado y en el 75 estábamos destituidas del hospital intervenido, concursé en el CASMU y allí ingresé hasta que me hicieron clandestina y tuve que irme.

Esto que hemos vivido, hasta nuestra reincorporación al trabajo, a la actividad, a la vida en el Uruguay, quisiera que los jóvenes que no lo vivieron nos lean estos testimonios para que nunca, nunca más nos suceda.

Una reflexión me cruza por la cabeza: Cuando finalizó el período dictatorial, los trabajadores ganábamos 50% menos que antes. Creo que los explotadores estaban bien cómodos con la represión. O dicho de otro modo: ¿Era para eso que hubo la tal represión? ¿Para engrosar sus márgenes de ganancia?

Cuando vine a votar me enteré que el Numa Moraes había estado exiliado. Como somos del mismo pueblo, lo encontré y lo felicité por ser de Curtina, un pueblo bárbaro allí en Tacuarembó. Un pueblo sin iglesia ni cura. Es que el fundador le puso San Máximo Curtina pero no tenía religión, no dejó lugar para la iglesia. Me enteré que Curtina siempre tiene mil habitantes, porque cada vez que nace un gurí, desaparece el padre.

Esto de Curtina viene al caso porque resulta que recuerdo la biblioteca de la escuela. Maravillosa, completa, donde me perdía entre tanta cosa linda: biografías de sabios, pintores, escritores, poetas. Al cabo de un tiempo la maestra tomó nota de que era la primera alumna que se había leído todos los libros. La Comisión de Fomento resolvió darme un premio: *La cabaña del tío Tom*. Creo que estas lecturas me ayudaron a comprender que el hombre debe ser hermano del hombre.

Desde aquel exilio, aquella mujer que nunca había salido lejos hoy

viaja, trata de ver otros mundos, otras realidades. Cuba, España, Chile. Hace un año estuve en el Museo del Prado. Allí pude ver aquellos cuadros cuyas reproducciones me fascinaban cuando niña. Pude asombrarme con tanta belleza creada por los hombres.

Antes de cerrar este testimonio, estoy recordando un poema que leímos en nuestras audiciones radiales en Concepción del Uruguay:

"He llegado a saber
Que nada muere
Que permanece el hombre y la alegría
Que la noche más negra
Nunca hiere de muerte al claro día."

Alar

FEBRERO 1974

Mi odisea comienza por el año 1972, casi a fin de año. No recuerdo bien la fecha. Pero más o menos. Yo recuerdo que estaba cursando sexto año de liceo en la ciudad de Mercedes, aclaro que ésta fue mi primera detención, por un novio que tenía en la ciudad de Fray Bentos. Cuando me detienen en mi casa me piden que los tengo que acompañar porque me tienen que hacer unas preguntas sobre esa persona. Me tienen en averiguaciones cuatro horas, vinieron gente de particular, me interrogaron y cuando me van a dar la libertad me dicen que no puedo salir de Mercedes, y si lo hago les tengo que venir a "pedir permiso" a ellos; la primera vez que voy y les "pido permiso" me dicen que lo tengo que hacer por escrito, dirigida al jefe de ese momento en el cuartel. Voy a mi casa, hago la carta solicitando el permiso correspondiente y a dónde iba y qué iba a hacer. Me presento nuevamente, me tienen una hora más o menos bajo el sol, del lado de la plaza Artigas. Yo esperando que a ellos se les ocurriera autorizarme, hasta que aparece un soldado y me dice que tengo que presentarme al cuartel o seccional de Policía. Y siempre que deseaba salir de Mercedes tenía que hacer lo mismo, esto lo tuve que hacer durante un año. Cuando voy a solicitar mi permiso apareció un soldado y me dijo que no lo hiciera más; había quedado muy contenta, que no se lo imaginan.

En febrero de 1974 me van a buscar a mi casa, me sacan encapuchada y ahí sí me llevan nuevamente ya esposada y en sus vehículos de ellos, con esposas también, dan unas vueltas muy largas, pero sé que me vuelven a llevar al cuartel de Mercedes. Me bajan y me llevan a tomar los datos y dejar todas mis pertenencias. Luego soy trasladada a una sala que tenía unas luces que yo no podía ver hacia el otro lado donde se encontraban los que me interrogaban, uno era Gustavo Criado, lo reconocí por la voz, ya que lo conocía personalmente porque era sobrino de mi madrina, con la cual yo vivía. En ese cuarto que me llevaron había un olor a piel quemada, y también mucha agua por el piso. Me hacen pasar a una especie de sala de interrogatorio separada con mantas del

Ejército, ahí estaban las luces hacia donde yo estaba; luego de preguntarme cómo me llamaba comentan entre ellos que soy mayor de edad y que ahora sí me pueden dar, y ahí comienza mi odisea por todo tipo de tortura, comienzan a decirme que me desnude y comencé a negarme; para qué, comenzaron los gritos, los improperios, y comenzaron a sacarme la ropa. Primeramente me sentaron a caballo en una silla, me tiraron agua y a continuación con los toques eléctricos por todo el cuerpo. No bastó con ese tipo de tortura, que luego soy trasladada a unos pasos más lejos y me agarran y me ponen sobre un tablón que había allí sostenido por cajones de botellas de leche; ahí comienza mi experiencia nueva con otra de las torturas, el famoso "sumario" acompañado con picana eléctrica, eso sí había señores con túnica que me tomaban el pulso en las muñecas y en los pies, los cuales los tenía esposados hacia atrás si estaba boca abajo, y si estaba boca arriba hacia abajo. Entonces en mi desesperación por sobrevivir y respirar les grito que estoy embarazada, entonces me dejan por ese día. Mientras tanto me hacen vestir y me llevan encapuchada y esposada a pararme en la cancha de pelotas o frontón, se imaginarán el calor que se padecía en ese lugar. En medio de torturas y demás me sacan fotos de frente y de perfil, yo dije para mis adentros dentro de unos días estoy procesada, pero no fue así, por suerte.

Cuando estoy de plantón pido para ir al baño y ahí aprovecho para tomar agua del *water* porque no había otra forma de hacerlo; si pedía no me traían, así por lo menos no me deshidrataba.

En ese lugar había señores que se caían desmayados por los golpes, por el calor, en una palabra por su mal estado de salud debido a su situación que estaban pasando. Bueno, esa noche recuerdo que cambia de guardia y vienen unas personas que me dejan sentar y me regalan una tableta de chocolate, es como sucede en todos lados, milicos buenos alternados con los malos. Al otro día me llevan al médico y me revisan toda y también ginecológicamente y confirman lo que yo había dicho de mi embarazo, entonces se encargan de repartir por todo la ciudad lo que me pasaba y le dicen a mi familia que yo me encontraba en el cuartel no en ningún otro sitio. Después de una semana de tortura y de lastimarme los pies que se veía hasta el hueso de los dos dedos gordos de los pies, deciden llevarme a un calabozo precario hecho con ticholos y un colchón en el suelo, me curan los pies y ahí me comentan

que voy a comer y me van a hacer bañar para hacerme cambiar de ropa que me había traído mi familia, pero estas prendas no aparecen nunca, al igual que un colchón y una frazada que nunca aparecieron, pero unas compañeras que estaban detenidas y ya procesadas me prestaron todo hasta jabón de tocador y champú. Cuando regreso de mi primer baño encuentro un colchón en el suelo y los pies levantados con ticholos y me dicen que me puedo quedar acostada todo el tiempo que quiera y si me gusta así o que yo me lo arregle como me quede más cómodo.

Así pasa un día y medio, cuando estoy tratando de pescar un poco de sueño me sacan y me llevan a la sala de torturas nuevamente y ahí me tienen hasta el amanecer y vengo toda mojada, y uno de los guardias me pregunta qué me hicieron y yo entre sollozos le digo que me estaban torturando, y él me contesta que eso no se hace en Mercedes, entonces le digo con mucha bronca qué era todo esto y por qué vengo toda mojada, entonces él se pone mal y sale corriendo y regresa casi enseguida con ropa y una toalla para que me seque y me cambie. Luego de ese día ya no me hicieron más interrogatorios, los cuales yo los esperaba todas las noches, no podía caminar, me hacían sillita entre dos para llevarme al baño; cuando se cumplían los 15 días de detención me vienen a buscar, y yo pensé otra vez comienzan las torturas, pero no, era para comunicarme que como no me habían comprobado nada me iban a dejar en libertad, pero si yo contaba todo lo que me habían hecho me volvían a traer y me mataban.

Así termina mi odisea en el cuartel de la ciudad de Mercedes.

Planta

...Y LAS FLORES ESPERAN

A Avelina

La conocí cuando ella tenía 12 años, yo noviaba con su primo.

Pequeñita, morocha, callada y con unos ojos como carbones, brillante estudiante, digna hija de una maestra rural.

Acomodaba sus horarios de estudiante para ayudar a mamá maestra a corregir deberes de otros niños como ella, de su misma edad. Y cocinaba cada sábado para proveer la heladera de aquella cocinita pequeña. Allí compartimos mates y bizcochos fritos con sus padres, siempre estudiando algo, siempre leyendo, metida en cosas de adultos, en temas "serios". Ambas seguimos viéndonos en los cumpleaños familiares, en los velorios y otros eventos familiares, aportaba ese aire ausente, que en todas las familias algún integrante tiene. Rara vez, para sus 13 o 14, pocas fiestas, muchos estudios y aires intelectuales la separaban un poco de sus primas. Pasaron los años, ella ingresó a la facultad, llegaron mis hijos, el poco tiempo libre que me dejaban lo utilizaba para leer, acompañar fiestas escolares y empezar a sentir ese aire de impotencia frente a comunicados oficiales, previa marchita; ella seguía estudiando y militando. Nos encontrábamos cada vez menos, yo criaba hijos, ella noviaba con un morochito tan callado y tímido que compensaba la pareja. De pronto mamá maestra sufre los reveses del golpe, el hijo preso, los nietos mayores sufriendo la dureza de la situación, saliendo casi a escondidas, sacados del país a las corridas, llegando a las nieves de un país del norte que los recibió, unos niños que se hicieron grandes en una noche. Y ella, de pronto presionada, sorprendida y tal vez muy, muy asustada cruzando este río color de león que nos separaba tan poco del dolor, mis hijos crecían, ella andaba casi casada, estudiando y militando con todo el fervor que se tiene a los 20. Una tarde hirviente de enero en Buenos Aires, nos encontramos. Yo viajaba a menudo de paseo, a visitar a mi familia allí establecida, y ella, como una mariposa, se posaba en el teléfono de la casa para convidarme a un café. En una confitería de avenida Santa Fe, que sería para siempre nues-

tra confitería, nos encontramos esa maravillosa primera vez. Ella no era ya la jovencita callada y serena, ni yo la mamá tranquila y con confianza en mi país. Las dos bien mujeres comprometidas, con un jugo de por medio, nos pasamos información, cuentos, chismes, pero sobre todo compartimos el sentimiento de complicidad que nos acompañaría siempre, aun ahora que pasaron tantas cosas. Alguna vez me atreví a contárselo a mamá maestra, nos veíamos al menos dos veces en el año, yo llevaba fotos, papeles, me amparaban mis hijos, mi cara de "yo no fui" y tal vez la suerte, pero cada registro en la aduana, sobre todo en Colonia, me ponía muy nerviosa, aun con mi cara de ángel.

Aquella nochecita húmeda de julio nos encontramos como siempre en la confitería, se había casado, estaba radiante y asustada a la vez, sabía de las desapariciones de amigos, mandaba cartas a mamá maestra y cumplía con sus encargues de chocolates o cremas para aquellas manos cargadas de artritis y de calificaciones y caricias en una perdida escuelita del campo. Y yo iba y venía, y llevaba y traía, y no sólo cremas y dulces, datos, nombres, teléfonos y dolor, darme cuenta de su miedo, mirando sus manos retorcidas con un aro de oro, me llenaba de pánico y de ánimo para seguir adelante.

Siempre guardamos la fórmula de no pasarnos ni un solo dato no confirmado, nos ahorrábamos el dolor que sabíamos sufrían tantos otros. Y una tarde después de su llamado me fui a la confitería, ocupé una mesa y pedí el té de siempre, pero ella no llegó. El rumor del lugar, el ajetreo de los mozos me demoró bastante, por esperarla se hizo de noche; aunque sabía que no debía hacerlo, llamé a su casa y nadie contestó; ella desapareció sin rastros como otros. Papá y mamá viajaron a Buenos Aires, vieron abogados, volvieron derrotados y solos, y más adelante, cuando perdido todo rastro mamá maestra recibía raros llamados perturbadores, yo no volví a sentarme en la confitería con ella, sino en la cocina con mamá maestra. Llenaba esa cocina con mis hijos, y ella, mamá, aún guardaba regalos para su regreso. Trataba de acordarse de anécdotas familiares para contarse cuando se encontrasen, mate por medio y bizcochos fritos, y algunos muñecos de ella diseminados por el patio me daban a entender que mamá maestra nunca, nunca dejaría de esperarla, se volvió más vieja, sus ojos dejaron de brillar con esperanza, para llenarse del horror de darse cuenta. Y pasaron los años

y descubrimos cosas, todos los que estábamos vivos, los que lloramos por alguien querido desaparecido, masacrado o ¿quién sabe? Inventamos historias, les cantamos, y muchos, como yo cada martes me paseaba por alguna plaza cartel en mano, y nada, nada se parece más a la desesperanza que eso: pasearse y esperar. Y yo espero, mamá maestra ya no está para esperar, del hermano lejano sé poco o nada, pero yo levanto la bandera de la esperanza, sostengo la flor que nunca pude darle y sostengo aún en mis ojos los ojitos brillantes de Beatriz.

Mimí

ESCRITOS (PRIMERA PARTE)

Hilda

En mis primeras experiencias en la militancia política conocí a Hilda Delacroix. Recuerdo con cariño aquella época. Amiga de amigos, Hilda se integró muchas veces a nuestras reuniones de fin de semana y aportó su alegría. Nos dio en el trabajo político su ejemplo de militante abnegada y seria. Hilda era una mujer excelente en todos los aspectos: como compañera, como madre, como amiga y como militante.

Estuvimos algún tiempo sin vernos cuando llegó la dictadura. A mediados de agosto del 76 llegaron al penal de Punta de Rieles, al sector C, algunas compañeras que venían del 5º de Artillería, entre ellas, Rita Ibarburu. Al día siguiente me internaron en el hospital militar y Rita me informó que Hilda estaba allí en grave estado. Cuando llegué a la sala de detenidas la encontré en un estado deplorable, irreconocible, pero con la misma dulzura de siempre. Le había llevado muchos regalos de las compañeras del 5º, entre ellos un bolso azul bellísimo con un sol estilizado bordado y la frase tan usada por los presos: *"Después de la tormenta siempre sale el sol"*. Conversamos mucho y me contó que se encontraba con mi familia en el Prado cuando iba en busca de su compañero. Después le tocó caer a ella.

Las presas políticas que estuvieron con Hilda en el 5º señalan su optimismo, sus esfuerzos por ayudar a mantener en alto la moral de todas, incitaba a las compañeras a arreglarse para las visitas, a maquillarse.

Empezó a tener brutales diarreas y le suministraron medicamentos específicos. Su estado de salud empeoró rápidamente pero sin embargo no se le hizo ningún estudio. Las compañeras presionaron para que se la internara. Sólo le quedaban algunos días de vida. En el hospital, en esos días, nos dio el mejor ejemplo de dignidad y firmeza. Recuerdo que venía a verla muy seguido el oficial de la sala y con cara de odio le preguntaba cómo estaba y ella invariablemente le respondía: *"Muy bien"*.

Un día se abrió la reja y entró, rodeado de militares, su compañero; al poco rato de salir él, trajeron a sus hijos. Fue una tarde muy llena de emociones. Nadie dudaba de que aquella sería la última vez que se verían.

Las compañeras que estábamos internadas la ayudamos de todas las formas posibles, con mucho cariño y todo el respeto que ella se había ganado. Dejamos de lado nuestros problemas y nos dedicamos a Hilda. De noche hacíamos guardia cada hora y hasta María Elena Curbelo, que no podía levantarse de su cama, también la cuidaba.

Hilda ya casi no podía hablar cuando una noche, al empezar su guardia Mirta González, la "Pochocla", le dijo: *"Ahora me toca a mí cuidarla, señora, ¿estamos? ¿Estamos con Martini?"*. Hilda, con un hilo de voz le contestó: *"Punto rojo"*. Fueron las últimas palabras que dijo aquella admirable mujer.

El 1° de setiembre nos despertó el ruido de la reja. La compañera que estaba de guardia se había dormido; en realidad nos habíamos dormido todas, agotadas por tantas noches de vigilia. Yo estaba al lado de Hilda y extendí mi mano para tomarle el pulso, le controlé la respiración y, llena de dolor, le dije a la médica que entró: *"Está muerta"*. Ella me contestó: *"Si está muerta, se entierra"*. Así conocimos a la doctora Iribarne, una mujer cuyo nombre no debe ser olvidado y que con el correr del tiempo nos demostraría su odio cuantas veces pudiera.

Hilda fue amortajada fríamente en medio de las bromas de los enfermeros, sin la menor consideración por el dolor que sentíamos las presas que estábamos allí.

Desde su detención, pasando por su tortura, su vuelta al Infierno, y su traslado al 5° de Artillería, habían pasado sólo siete delirantes meses.

Norma

Cuando en el cuartel de Infantería del quilómetro 14 nos permitieron sacar la venda vi a una mujer extraña: mirada ausente y los tacos de sus zapatos sin forro. La recuerdo más que a los otros presos –12 mujeres y 31 hombres– con quienes compartí aquel galpón del cuartel, todos sentados en el suelo, incomunicados, con una guardia armada a guerra.

Éramos 44 comunistas que veníamos del Infierno, del 300 Carlos, de la tortura, y no teníamos más que lo puesto.

Esa mujer extraña con quien me pondrían siempre, hasta que logró suicidarse, era Norma Cedrés.

¿Qué pasó con Norma Cedrés? ¿Por qué se desequilibró? No lo sé.

El 26 de diciembre de 1975 nos separaron de los compañeros y nos

trasladaron a un lugar al que ellos llamaban "la ex cantina", una pieza de 15 por cinco con piso de baldosas rojas, ventanas pintadas de marrón, puerta de reja. Allí hicimos nuestra primera experiencia de presas, 22 mujeres, acostadas en el piso, incomunicadas, con diarrea, sin baño, con terror. No era un lugar seguro, como no lo fue ninguno, ni el penal. De allí nos sacaron de nuevo al Infierno a casi todas.

En ese medio deambulaba Norma. Le asignaron su lugar al lado mío. Norma era viuda y tenía un hijo chico, Pepe, al que adoraba. Hablaba siempre de los hijos de su marido, de su familia y de sus vecinos. Era una mujer que hacía sus cuentos con gracia, que tenía inquietudes culturales, que había viajado, que había trabajado en *El Popular* y que amaba a su patria. Pero caía en profundos pozos depresivos de los que todas la ayudábamos a salir.

Cuando nos trasladaron al penal a ella le dieron el número 261. Por un tiempo mejoró: hacía manualidades, leía, trabajaba en las tareas obligatorias, hacía fajina, conversaba con las compañeras.

Pero un día la sacaron y la llevaron al juzgado. ¿Qué pasó? No lo sabemos, pero fue el principio del fin de Norma. A partir de allí entró en un franco deterioro acentuado por el especial tratamiento que le daban. Había una cabo, Vicenta Fernández, a quien le decíamos "la Ceru", cuya tarea más importante era empujar a Norma al suicidio. La persiguió de todas formas posibles. Era, sin duda, la mano ejecutora del comando y cargará siempre con su muerte.

Estando en el sector C, Norma intentó suicidarse varias veces. Recuerdo que recorría el sector llamando a Pepe y mirando hacia las ventanas. Todas la cuidábamos día y noche.

Estaba muy mal.

Una noche, después del "silencio", se abrió la reja y entró el teniente Mendoza con una soldado. La obligaron a levantarse y prepararse para salir. Norma estaba con un camisón blanco, largo. Cuando se arrodilló a buscar sus cosas debajo de la cucheta el oficial le dijo: *"Levantate, che, apurate"*. Ella se irguió con aquel camisón blanco largo y le contestó: *"Sepa que nunca estaré de rodillas ante usted, traidor a la patria"*. Quedamos heladas. La llevaron al calabozo, arriba, entre los sectores D y E. Todavía no estaba la "casita", pero ya se tenía la idea de que lo mejor para los desequilibrios psíquicos era el calabozo. Cuando volvió, lo único

que contó fue que había hecho una locución de 24 horas por la paz mundial. Las compañeras de los sectores D y E son testigos de que fue agredida noche y día por la guardia.

Nos trasladaron a la barraca. Allí era más difícil cuidarla, era un lugar abierto y con mucho movimiento.

El 1° de diciembre de 1977 de mañana estaba muy mal, hablamos y le dije que la iba a ayudar otra vez a salir del pozo. Quedamos en que cuando volviera de Odontología íbamos a caminar y conversar. Esa mañana se colgó de la cadena de la ventanilla del baño. Las compañeras la sacaron con vida y fue internada en el hospital militar. Recuerdo que en medio de nuestro dolor nos hicieron formar y entonces el mayor Vázquez, a quien acuso de ser el cerebro de toda la maniobra que llevó a Norma al suicidio, nos acusó de no haber actuado rápidamente en auxiliar a Norma. Ese día el mayor Vázquez había mejorado su imitación de Hitler para aumentar el terror.

No supimos más de Norma.

El 21 de diciembre me internaron en el hospital militar y pensamos que tal vez la encontraría allí, que no hubiera muerto.

Sí, estaba allí; en estado de vida vegetativa y se hallaba cubierta de tubos. Entonces ocurrió lo más brutal, creo, que viví estando presa: se instaló en la sala de detenidas el juzgado militar y, actuando como testigos los enfermeros, le dieron la libertad, fijándole como residencia el hospital Saint Bois.

Yo no podía parar de llorar, era demasiado.

El 16 de enero de 1978 el corazón de Norma dejó de latir.

El fascismo se había cobrado otra vida joven, capaz, en su escalada de muerte.

Inti

POR RAZONES DE MEJOR SERVICIO

Abril de 1976

—Tenemos información sobre usted, de la jefatura de Canelones.

La voz del capitán de caballería Elbio Villanera resuena en la pequeña oficina de Rincón 690, sede del Consejo de Educación Secundaria de Uruguay.

—¿Qué tipo de información? –me escucho preguntar dos tonos más debajo de mi habitual agudo y amistoso tono de voz.

Él empieza a abrir y cerrar cajones del escritorio al cual está sentado.

(¿Qué busca? ¿Un arma, no? Si no, ¿para qué está el soldado uniformado y armado a guerra a nuestras espaldas?)

—Debe haber algún error –interviene mi tía Nelly, corajuda y firme, pero no irrespetuosa–. Mi sobrina es una persona de bien, de familias arraigadas en Canelones.

"Embromate", había dicho mamá. *"Eso te pasa por dejarte llevar por tu marido y andar con esos comunistas."*

El capitán sigue abriendo y cerrando cajones; los mismos, una y otra vez.

"No es de los peores, el tal Villanera. Conozco a otros docentes que han ido a hablar con él", señalaba un destituido bancario conocido. *"Nosotros nos vamos, ya tenemos los pasajes a Venezuela. ¿Por qué no te vas vos también? Mirá que esto recién empieza."*

—Pero no se preocupe. En estos casos así, se va a iniciar un sumario. Ya va a tener noticias nuestras...

—¿El inspector de mi asignatura está al tanto de esto?

Informe de Inspección al docente. Fecha: julio de 1975. Libro del profesor: *"Al día y en forma. Trabajos escritos: se han realizado cuatro pruebas mensuales, bien planteadas, corregidas y calificadas. Opinión sobre el profesor: la señorara Susana Vidal de Tazzi es alumna de cuarto año del* IPA, *lo cual garantiza su preparación pedagógica* (...) *Toma además iniciativas interesantes para motivar a los alumnos, quienes demuestran interés* (...) *Sólo le*

hago una pequeña sugerencia..."

—Y... estará. No sé decirle.

"Susana, te llamaron urgente del liceo, que vayas enseguida que llegues. Debe ser por las horas que quedan libres. Estoy segura de que te las van a ofrecer."

—Buenas tardes. Me avisó mi madre que pasara por acá.

—Hola. Sí, pasá a la Dirección.

(¿Por qué están todos en Secretaría tan serios?)

—Ah... estimada señora profesora... Pase, pase... No sé cómo voy a decirle esto... Bueno, lo primero que tengo que comunicarle es que no puedo permitirle traer un testigo a presenciar esta conversación, ni que sea grabada, ni que se labre un acta ante escribano público.

—No entiendo. ¿Por qué me está diciendo todo esto?

—Hace unas horas recibí una llamada telefónica de arriba... Debo comunicarle que usted queda cesada en su cargo docente por razones de mejor servicio. Ay, señora, no sé dónde vamos a ir a parar.

Yo pregunté:

—¿Por qué?

—Le pregunto a usted, ahora, ¿por qué? ¿Usted está afiliada a algún partido proscripto? ¿Está realizando alguna actividad que pudiera considerarse subversiva?

(No te voy a contestar eso, falluto.)

—Debo comunicarle también que tiene prohibido el ingreso a cualquier centro donde se imparta enseñanza.

—¿Cómo? Entonces, cuando mi hija tenga edad de ir al jardín de infantes, ¿ni siquiera voy a poder ir a inscribirla?

—Usted sabrá. Hasta me preguntaron si éramos parientes. Aclaré que tenemos el mismo apellido pero ningún lazo de parentesco.

(Claro, no sea cosa que te saquen del medio a vos también.)

El capitán Villanera deja de abrir y cerrar cajones.

—Es todo lo que puedo decirle. No encuentro la información. Debería estar por acá. Ya sabe cómo son estas cosas.

—No. ¿Cómo?

—No puedo darle más información.

—¿Quién puede?

—Y... debe haber alguien, sí, que pueda... No sé... El coronel

Martínez, tal vez... o el teniente Rodríguez...

—Quiero hablar con él.

—Ahora no se encuentra.

—¿Cuándo puedo encontrarlo?

—No le sé decir...

—¿Y al otro, a Rodríguez?

—No sé.

Por primera vez miro a mi tía. *"No hay nada que hacer acá, no perdamos más el tiempo"*, me trasmite con su límpida y triste mirada.

—Ahora voy a ir a la Inspección, esto no puede quedar así. Y también voy a consultar a Matilde, la abogada amiga de mamá. Te das cuenta, tía, que ni siquiera voy a poder terminar el IPA.

Mi verborragia es aplacada porque tía Nelly no responde, sumida en su angustiosa conciencia de la realidad.

Descendemos las escaleras hacia la salida. Caminamos en silencio por Rincón.

Mi futuro... el futuro inmediato de mi país es una oscura certeza.

Susana

DESDE ESTE RINCÓN

Mientras estoy sentada aquí, en fallido intento de descongelar mis dedos con un tazón de caldo caliente entre las manos, veo pasar a esos despreocupados estudiantes que van al liceo número 2 de Las Piedras. Cuán diferentes ellos, con sus vaqueros rasgados en las rodillas y remeras con las costuras a la vista, puestas del revés, a nuestros atildados uniformes azul marino, con medias hasta las rodillas y zapatos negros. El cabello sin tocar el borde del cuello los varones, y las chicas atado. Corbata bien ajustada al último botón superior, irremediablemente abrochado, de la camisa.

Caminan despacio, irresponsables hacia el futuro, embarrando los cordones desatados, arrastrando adolescencia con gesto irrespetuoso del pasado. Ignorantes del fue, ajenos al será, porque sólo en cada archivo y proyecto de los que, de un modo u otro nos tocó vivir allí, está bien tallada cada vivencia. Se parecen bastante a aquellos otros varones que bajaban las escalinatas del IAVA por la calle Rodó, con sus cabellos largos, aunque no tanto como ahora; y a aquellas chicas que, en lugar de los actuales vaqueros símil viejo, llevaban minifaldas escocesas y el cabello brillante de laqué. Pero debajo de las hábiles pinceladas del maquillaje que entonces se estilaba, y detrás de cada cigarrillo fumado a escondidas de los padres, palpitaban los mismos latidos alborotados que en estas cabecitas que ahora veo pasar.

Tengo 10 años. Desde mis cuatro abriles vivo con mis padres y mi hermana mayor en una casa de altos que compraron a medias con el patrón de papá, juntando peso sobre peso, en el año 1966. Es viejísima. Papá leyó en unos planos azules que se comenzó a construir por el 1890. Las largas tablas de los pisos de pinotea, que ahora brillan gracias a las laboriosas manos de mamá que aplican con esmero la cera color roble oscuro, le dan un aire de majestuosa residencia. Está ahí, entre los bordes del Barrio Sur y Cordón. Por las noches, dependiendo de hacia dónde apunta la veleta que papá instaló en la azotea del inquilino del fondo, se puede oír el bullicio de 18 de Julio o el redoblar tristón que sube de la calle Alsina.

Hoy no tengo deberes domiciliarios, pues alrededor de las 9 de la mañana hubo un aviso de bomba en la escuela. Es la Cervantes, de mañana. Las maestras, estrujando su propio susto, tratan de mantener la calma y, de algún modo, se las arreglan para repartirnos a todos a nuestras casas. La mayoría vivimos a unas pocas cuadras, y a los que viven lejos los lleva la directora, que tiene auto. Abnegadas mujeres, que más allá de sus ideales tienen que enfrentarse a las preguntas atropelladas de nuestros padres al vernos llegar antes de hora, y contestar a todos los angustiados porqué, cómo y el qué va a pasar ahora.

Camino a casa podemos oler el aroma dulzón de la compota de manzanas que sube desde las cocinas del colegio María Auxiliadora y se escapa por entre las enrejadas ventanas a ras de la vereda. Nunca perdemos la oportunidad de entreparar y asomarnos para observar a esas monjas en su eterna labor. Mamá siempre nos tironea la manga de la túnica y nos dice, en suave reto, que eso no se hace; es feo estar fisgoneando, dice. Pero hoy la maestra no parece preocuparse por ese pequeño detalle de malas costumbres. Somos ya las últimas dos alumnas que tiene que acompañar y vamos caminando despacio. Hasta se diría que ella también dejara regalar sus anchas caderas con ese olorcito delicioso.

Desde mi escondite debajo de la cama (estoy ahí porque me porté mal y ése es el único lugar donde mamá no puede meterse para castigarme) la veo, distante unos seis metros que nos separan del patio de baldosas andaluzas, inclinada sobre la vieja máquina de coser. Dale pedal y pedal, mientras la tela se desliza con ritmo suave y parejo entre sus dedos, y el carretel revolotea incansable en el devanador. Podría compararse con ese redoblar lejano de lonjas nocturno que trae enredado el viento del mar. Papá no está. Trabaja en casa por las mañanas y, de tarde en un consultorio dental. Es protésico. La piel de sus manos siempre está reseca por el uso del yeso, y muy a menudo se queja de dolores en el cuello. Entonces, se acomoda en el viejo sofá hamaca, que valientemente desafía el transcurso de los años, con un retapizado rojo que le hizo mamá, debajo de la altísima reina de la noche, y, con mis confiados deditos, intento una suerte de masaje para aliviarlo. Mamá escucha el radioteatro de la tarde: creo que es "Juan Manuel de Rosas". De tanto en tanto levanta los ojos de ese dobladillo ruleté que le está llevando la vista, mira la radio y dice: *"Pero, no te quedes callada, contestale, pavota"*.

Cuando termina, desconforme con los sucesos de ese día, ya que si ella fuera la protagonista le hubiera dicho esto y lo otro, abandona amorosamente la costura sobre la tabla, avisa que está llena de alfileres, y va, con su caminar ágil, a preparar la merienda. Ya puedo salir, a mamá se le pasó la rabieta. Además, tengo que hacer las paces, pues hoy es jueves y mañana de tarde viene la tía Irene a tomar mate y pedir permiso para llevarnos a pasar el fin de semana con ella. Para lograr el tan ansiado permiso, mi hermana y yo debemos cumplir un estricto ritual. Nos portamos mal hasta el miércoles, el jueves bien, y el viernes somos dos santas. Para cuando llega la tía Irene, mamá ya se olvidó de nuestras travesuras.

—Bueno, nos vamos cantando bajito –dice entonces la tía, dando las gracias con el último mate–. No me quiero ir muy tarde con las nenas.

El temor que ronda las miradas cruza la habitación. Temor al incógnito que se esconde en las horas nocturnas. Las desgracias nunca ocurren a plena luz, opina mamá.

En casa casi no se escucha música, salvo alguna zarzuela que papá disfruta a medias dormido, con la radio sobre las rodillas, mientras pellizca una siestecita en el sofá hamaca, después de almorzar. Hay discos de Carbajal, Zitarrosa y Los Olimareños, pero desde que una tarde dieron el aviso del golpe de Estado en la radio, están cuidadosamente archivados, bien envueltos en una sábana vieja, en el fondo de un ropero vencido de cachivaches. Los únicos que puedo sacar a lucir de tarde en tarde en el antiguo tocadiscos que papá mismo fabricó, son los valses de Viena, ópera marina y un puñado de pasodobles.

—Pero ponelos bajito –dice mamá–, que los vecinos no escuchen.

A mí me gusta bailotear con la música mientras mamá toma su religioso mate amargo con una galleta marina, siempre que sea de la panadería Montevideana, que son las mejores. Y entre chupadas ruidosas a fondo, deja vagar la mirada por la ventana del comedor. Se ve el departamento de la calle Maldonado, el del último piso, donde agarraron a la hija del carnicero, la que estudiaba abogacía. Desde ese día está cerrado, absolutamente cerrado. ¿Sabés cómo debe estar todo eso ahí adentro? –dice a veces mamá.

Charlamos mucho. Papá suele contarnos acerca de su infancia en la calle Trabajo, cómo mezclaba la escuela con el reparto del almacén. Por-

que papá trabaja desde que tenía 8 años para ayudar en su casa, ya que el abuelo había tenido tifus y sólo cobraba una pensión. Su mamá era lavandera. Yo no tengo abuelos. Todos murieron mucho antes de que mis padres tan siquiera se casaran. Bueno, casi, sólo me queda la abuela Teodora, pero se puede decir que no la conozco. Ella vive en Durazno y sólo la vi un par de veces. Aquí dentro se siente como la madre de mamá. Cuando hablan del marido, que es el padrastro de mamá, y la mala vida que le hace pasar a "mi pobrecita vieja", yo me pregunto qué clase de persona permite que castiguen a sus hijos y tal vez a sí misma, sin tratar de corregir esa situación. ¿Qué clase de persona es aquella que presencia la aplicación de la violencia y, pudiendo evitarlo, no hace nada? No es sólo ladrón el que presta sus manos para robar, ni sólo asesino el que jala el gatillo, sino también el que ve y gira la cabeza. También hay un montón de historias del campo, algunas son divertidas, pero la mayoría me resultan tristes pues están cargadas de malos tratos y bastante pobreza. Me gusta más escuchar a papá relatar las mentiras de la tía Rosita a las amigas ricas de la escuela Brasil, para hacerles creer que sus meriendas no eran de butifarras, sino de paté. Veraz, para ese entonces ya existían algunas diferencias sociales.

Nunca hablamos de política. Papá escucha el informe rural a mediodía, al doctor Corso, pero de tanto en tanto el programa no sale al aire y, sin mediar palabra, apaga la radio y sigue comiendo, pensativo. En su boca se dibuja una fina sonrisa y menea la cabeza entre bocado y bocado. Todos permanecemos en silencio comprensivo hacia esa extraña comunión de hombre y tenedor. Si alguien le pregunta a quién votó, se limita a contestar que el voto es secreto y si alguien protesta por el gobierno que tenemos, sólo dice que no vino solo, que alguno lo votó. ¿Qué es votar un presidente, papá? –pregunto–. Con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca, busca las palabras adecuadas para explicar algo tan complejo como el concepto de la existencia de Dios. ¿Cómo hacer comprender el funcionamiento de instituciones que no existen, hablar de lo que no se puede, mostrar lo que no está? Mi hermana y yo sabemos que no debemos hablar fuerte, pues los vecinos no tienen por qué enterarse de lo que se dice en casa, y mucho menos hablar de temas caseros fuera de la casa. No podemos entender qué es eso tan importante de lo que está prohibido hablar. En casa todo es legal, de

esa rara especie de ciudadano prolijo y puntual, porque papá no quiere tener problemas. Se pagan los impuestos y facturas a rajatabla, ni un solo día después del vencimiento. Hasta el trasmisor de radio que se enciende un ratito de noche para chamuyar con don Gilberto, otros dos devotos de la pesca, "reeles", pejerreyes y mochuelos, como papá, tiene sus papeles en perfecto orden.

Aun así, una noche de sábado, mientras mamá y tía Amanda hacían churros en la cocina, vinieron. Eran un montón; algunos subieron las escaleras de mármol en franco atropello cual manada de elefantes y otros quedaron custodiando la puerta de calle. De espaldas a la baranda, uno nos apuntaba con su ametralladora a tía Amanda, a mi hermana y a mí, como si desconfiara un sorpresivo ataque. Papá estaba enfermo, en la cama, así que mamá, a punta de bayoneta, tuvo que recorrer toda la casa, abrir puertas de roperos, levantar colchones, hasta la cortina de la duchera hicieron descorrer. Al llegar al taller y encontrar el trasmisor, exigieron ver los documentos, cosa que sobradamente estaban en conocimiento de tener el permiso correspondiente. Y, como además el arma más peligrosa que teníamos era la cuchilla Tramontina en su vaina de cuero lustroso, siempre bien guardada en el cajoncito de las servilletas, simplemente, se fueron. Mi hermana y yo seguíamos paradas, una a cada lado de la tía Amanda, frente a la puerta de vidrios con visillos del comedor diario, con los ojos muy abiertos y los labios pegados, como quien viera desaparecer escaleras abajo al mismísimo diablo. Hasta que, con el golpecito seco del cerrojo Yale siempre bien aceitado, todos soltamos un suspiro de alivio.

Ahora, todos los días, cuando casi son la ocho de la noche, ya tendimos la mesa y los churrascos de aguja de primera que Don Araújo le reserva a mamá porque sabe que tiene dos niñas chicas, esperan pacientemente sobre el mármol negro de la cocina a que la plancha esté bien caliente.

—Pobre don Araújo –dice mamá– tiene la hija en la cárcel. Eso lo está matando.

Y se va al balcón de su dormitorio, el más amplio, escondido de las luces amarillentas de la calle por el inmenso plátano que parece abrazar la casa en un acto de protección. Cuando ve aparecer a papá cruzando la esquina de Canelones y Yaro, entra, pasa cautelosamente la

falleba, y, mientras atraviesa el helado patio con claraboya, murmura muy bajito, un *"Gracias a Dios, papá ya está en casa"*.

El caldo se ha enfriado sin lograr cumplir su cometido. Tiene ahora una lámina viscosa que lo cubre. Apoyo el tazón sobre la mesa y regreso. Puedo ir hasta allí siempre que quiera, porque sé exactamente dónde queda, como resta de una herida, por indicador, la cicatriz. Nada, al parecer, ha cambiado. El sol sigue saliendo por oriente cada mañana, dijera mamá.

Marina Conde

VIVENCIAS DE NUESTROS NIÑOS

Lo que intento acá es rescatar sentimientos de nuestros hijos. Rupturas, carencias, ausencias que sufrieron por una opción de vida nuestra. Vivencias, interpretaciones, defensas que se creaban en su inocencia ante una realidad que no entendían y a la cual querían acomodar sus pensamientos, sus vidas.

1. J supo lo que era la prisión antes de nacer. Yo estaba en el quinto mes de embarazo cuando mi compañero fue detenido y procesado. No pensé que ya entonces guardara vivencias de las visitas que hacíamos juntas al penal. El médico me explicó unos años después que no sólo les trasmitimos nuestras vivencias, sino que tienen también las propias.

Ya liberado mi compañero, vivíamos cerca del zoológico. J tenía 2 años cuando una tarde la llevé. Se quedó durita ante las jaulas y me dijo mirando un "bambi" detrás del tejido de alambre: *"Qué cara triste tiene, porque está encerrado"*. Nunca más quiso ir al zoológico. Pasaron 30 años, yo había casi olvidado el episodio. Ella no. La invité una tarde a llevar a su hija al zoológico. *"Estás loca* –me contestó– *cómo la voy a llevar a ver animales encerrados, en todo caso vamos un día al parque Lecocq, o a la reserva de Piriápolis"*.

2. J tenía 4 años cuando nos tuvimos que ir a Buenos Aires.

Mi compañero, que se había ido primero, nos fue a buscar al puerto. Caminábamos por una calle céntrica; de repente al llegar a una esquina, con voz mezcla de asombro y angustia me dice: *"Mirá, una mujer policía!"*. "Sí –le digo, sin realmente interpretar su asombro–, *son policía de tránsito*", y seguimos conversando. En la esquina siguiente, y en la otra y en la otra... con asombro creciente, sigue repitiendo: *"Mirá, otra mujer policía!"*. No sabíamos ya qué explicar, y tampoco entendíamos mucho su asombro, hasta que luego de varias cuadras, pregunta: *"Y, ¿también pueden ser mamás?"*. Para ella la represión, los uniformes sólo podían ser hombres...

3. D siempre fue un niño eminentemente práctico. Tenía 4 años cuando yo fui detenida en Buenos Aires. Quedan los dos con el padre, en

una situación de caos generalizado. Cambios continuos de una a otra casa de compañeros, sin poderles explicar mi ausencia... Para eso evidentemente no encontró la solución. Sí para el permanente cambio de casa. Un día le dice al padre: *"Y si compramos una casa rodante, y cuando llegan los milicos, brum, brum, arrancamos y los jorobamos"*. Con espíritu de caracol, encontró la solución para no separarse, y la casa la llevaban siempre con ellos...

4. Nos volvimos a reunir los cuatro nuevamente en Europa. Un día les pregunto: *"¿Se acuerdan de...?"* y sin que termine la frase me responden al unísono, "No". "Pero si todavía no les pregunté..." Una pregunta sin terminar, una respuesta inmediata que reflejaba la voluntad inconsciente de no recordar. No sabían qué o a quién mi pregunta traería de un pasado que intentaban borrar.

5. A los 10 años J planteó el deseo de venir a Uruguay. "¡Se dan cuenta que llevo más de la mitad de mi vida lejos de mi país!" Nostalgia que englobaba en la abuela, así como nosotros en la falta de sol. Y vino. Reconstruyó la familia grande, conoció tíos y primos, que allá sustituía por nuestros amigos y sus hijos; construyó un paisaje que en realidad no conocía. Al volver, en el aeropuerto, nos dijo: *"Ahora sé,* por mí, *lo que es extrañar al paisito, no lo que extrañan ustedes..."*.

Elena

RELATO TESTIMONIAL

Recuerdo que íbamos con Santiago en ONDA desde la ciudad de Durazno, 200 quilómetros, más o menos, y desde el centro de Montevideo hasta Punta de Rieles en un 4, un troleibús, que los domingos, por pocos pasajeros, iba como un expreso.

Estos "trólei" eran eléctricos y algunos tenían dos partes unidas por un círculo giratorio, también con asientos, que representaban en comodidad y tamaño dos ómnibus actuales.

Era lindo viajar en ellos, la parte de atrás era la que más gustaba a los niños, para mirar por la ventanilla, hincaditos y sin molestias; la parte de adelante y la parte giratoria todas eran buenas y más hacia donde nos llevaban: al penal; donde deseábamos llegar a tiempo.

Bajábamos en Punta de Rieles y teníamos que seguir muchos quilómetros a pie.

Cuando era primavera era un placer mirar aquella campiña cubierta de viñedos en plena producción y a los costados del camino plantas silvestres con flores amarillas que nos arrancaban a cada paso un "*¡Qué hermosura!*", contando los ranchitos entre las chilcas que eran un paisaje.

Llegábamos, y si no había perros se hacían llevaderos los intercambios de cartas y bolsas para estar prontos a la conducción a la visita; en esta espera a veces los niños aún chiquitos se acostaban en el suelo cavilando sobre la utilidad o no de la madre: ¿Para qué sirve la madre?... Y cantaban por lo bajo aquella estrofa de un cantar infantil: "*Los pollitos dicen, pío, pío, pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío./ La gallina busca el maíz y el trigo, les da la comida y les presta abrigo./Bajo sus dos alas, acurrucaditos, hasta el otro día duermen los pollitos*".

Si había perros, el niño asustado se subía escalando por la corbata, los brazos, el cuello, hasta el hombro de la persona que lo llevaba o traía, esta vez el abuelo.

Y así se pasaba el tiempo, y en el regreso había mucho que pensar, caminando por aquel camino largo, un pensar preocupado y pesaroso, sin olvidar aquella especie de teatro tan complicado que nos presenta-

ban nuestros semejantes, que uno no acertaba a comprender.

Y un día de estos fui madurando un poema que salió así, detallando así el sentir de cada uno:

Decir mamita es decir domingo, camino largo,
pena, cuándo y por qué.

Decir mi niño es decir abrazo, cielo, caramelo
y flor.

Decir mamita es decir horario, puerta cerrada,
no vino, nos olvidamos de darle un beso,
tantos cuentos y también cuentas de años,
de días y no.

Decir mi hijo es decir buen día, alegría,
feliz viaje y adiós.

Santiago, a pesar de la edad (3 años), era tan compañero de su padre, Alberto, y lo imitaba en todos sus hábitos: silbar como él, que era muy característico y nada común; como él era ordenado, muy simpático, muy compañerito.

Cuando su padre faltó de este mundo, sufrió ostensiblemente.

Aún no lo sabíamos nosotros y ese día fuimos testigos de un fenómeno que sólo interpretamos después.

...a las tres de la tarde, arrimó con trabajo una silla a la pared donde estaba colgada aquella foto tan linda de su padre y señalándola comenzó a llorar de forma incomprensible gritando: *"Ése no, ése no, mi papá, el que camina"*. Repetía esa frase una y otra vez, no lo podíamos calmar, así pasó largo rato, muy colorado, como en un ataque, luego, entre grandes suspiros y sollozos se durmió.

Al otro día nos avisaron a los familiares que fueran a reconocer el cuerpo de Alberto.

Lo entregaron en el hospital militar, con la orden de no abrir el cajón. Una orden destinada al fracaso; su mamá besó y acarició su hermosa cara, sus hermanas, amigos y compañeros velamos a aquel hombre de 27 años reflexionando en silencio sobre el verdadero sentido de la vida que había vivido, comprometido con el amor y la justicia social, solida-

rio con todos, alegre con sus amigos, amoroso con su familia.

...Eran las tres de la tarde del día 26 de abril de 1974, en la calle Inca y Blandengues.

Los testigos que vieron decían: *"Mataron a un muchacho porque decían que llevaba armas, y eran manzanas"*. Cuando cayó, de un portafolio abierto que llevaba en el brazo se desparramaron las manzanas en la calle.

Perla con alas

DE SANTIAGO

Estoy en el cyber y acabo de leer el testimonio, el cual inmediatamente mandé al Ale.

Sinceramente, como me pidieron que respondiera, y como uno de los protagonistas de la historia, hay algo que me genera una contradicción.

El poema me encanta de verdad, muestra de una forma muy linda, a través de la poesía, las alegrías y las tristezas de aquellos viajes, ahí veo que estos dos sentimientos están contemplados de igual a igual, es decir, dentro de la tristeza y el dolor convivía efímeramente el placer, la alegría de encontrarnos y la ilusión de que "ese teatro", como dice la abuela, terminara algún día.

Sin embargo, en la primera parte de la historia, siento que toma demasiada relevancia la belleza del paisaje y una visión muy romántica de "esos paseos", y no digo que esa belleza no estuviera, sí que estaba, y comparto o creo compartir la idea de rescatar siempre las cosas lindas de la vida, pero mi parte de dolor de esta nuestra vida se me queja un poco por ese momento de tanto protagonismo de la belleza.

El resto me gusta mucho, no sé, es la sensación que me dio, sin pensarlo mucho, lo que sentí, y espero no ser muy duro.

Lamentablemente se me acaba el tiempo del cyber y tengo que mandarla, un beso grande, mamá, contestame qué te parece, los quiero, ¿a vos que te parece, abue?

LA CAMPAÑA DE ALFABETIZACIÓN DE 1982 EN LA PRENSA DE LA ÉPOCA

Graciela Barrios y Pilar Asencio***

En este artículo se analizan algunos aspectos relacionados con las repercusiones que tuvo, en la prensa escrita, la Campaña Nacional de Alfabetización que se llevó a cabo en Uruguay en 1982.[1]

La política lingüística correspondiente al período de dictadura militar en Uruguay refleja, como no podía ser de otra manera, la ideología del momento histórico en que fue implementada: Nacionalismo, xenofobia, patriotismo, afirmación de la autoridad y preservación de la moral y las buenas costumbres tienen su correlato en diversas acciones de planificación lingüística. Además de la campaña de alfabetización que reseñamos en este artículo, se realizó una aguerrida campaña de lucha contra el portugués, y una campaña purista que apuntaba a un uso "correcto" de la lengua española. El discurso que acompañó a estas campañas no ahorró alusiones a la estrecha relación existente entre el buen uso del idioma, los valores de la nación y la moral del individuo.

1. Actividades desarrolladas en el marco de la Campaña Nacional de Alfabetización

La Campaña Nacional de Alfabetización de 1982 fue puesta en marcha por el gobierno militar de la época con el objetivo de *"eliminar el analfabetismo del territorio nacional"* (*El País*, 12-IX-82).

Antes del inicio de cursos, se realizó un entrenamiento a los maestros que participaron en la experiencia, y se distribuyó material didáctico en diferentes centros de estudio. Los cursos se llevaron a cabo entre el 10-V-82 y el 8-IX-82; en Montevideo hubo más de 12 mil alumnos inscriptos, 10 mil de los cuales

* Licenciada en letras por la UDELAR, doctora en letras por la Universidad de Bahía Blanca y directora del Departamento de Psico y Sociolingüística de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

** Licenciada en lingüística por la UDELAR.

1 Este trabajo forma parte de los proyectos "Lengua estándar y prescripción idiomática en el Uruguay: un problema de actitudes, identidad y políticas lingüísticas", y "Situación sociolingüística de la frontera uruguayo-brasileña: aportes para una propuesta de planificación lingüística", ambos con financiación de la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República. Una versión preliminar de este artículo aparece en Barrios, Fernández y Pugliese (inédito).

culminaron los cursos. De acuerdo a lo planificado, se anunciaba que *"las personas que asistan regularmente a los cursos (...) aprenderán a leer, escribir y comprender lo que leen en un período de cuatro meses"* (*El Día*, 10-V-82).

Con una finalidad claramente propagandística, las autoridades de la época enfatizaron, en distintos eventos internacionales, que el costo de la campaña sería casi nulo:

> *"El mundo entero, y muy especialmente América Latina y el Caribe, se sorprendieron en los cónclaves educativos de México y Santa Lucía cuando la ministra Lombardo de De Betolaza en la capital azteca y el subsecretario López Estremadouro en la isla caribeña, declararon ante sus pares del continente que la Campaña Nacional de Alfabetización no aparejaría prácticamente costo alguno al Uruguay.*
>
> *Un silencio sobrecogedor, según informaciones trascendidas de la propia* UNESCO, *rodeó las palabras de los jerarcas uruguayos. Un sentimiento de estupor y curiosidad llevó a los ministros de Cultura de todo el mundo y a los funcionarios docentes de distintos países a interiorizarse agudamente sobre las realizaciones uruguayas en ese sentido.*
>
> *La explicación vendría enseguida. Primaria abarca con su infraestructura todo el territorio nacional –no existe paraje donde no se levante una escuela pública– y además los maestros que ejecutaron la campaña donaron a su pueblo las 200 mil horas de clase que permitieron que 10 mil nuevos ciudadanos aprendiesen a leer y escribir"* (*El País*, 12-IX-82).

La instrumentación de la campaña estuvo a cargo del Consejo de Educación Primaria y comprendió diversos puntos del territorio nacional. En Montevideo había 24 Seccionales Educativas y 450 maestros distribuidos en 92 Centros de Alfabetización. En las restantes capitales departamentales se constituyó una Comisión Departamental de Alfabetización (conformada por el jefe de Policía, el intendente municipal, el jefe de la unidad militar y un maestro) y varias seccionales; 1.850 maestros se encargaron del dictado de los cursos.

El 8 de setiembre de 1982, coincidiendo con la conmemoración del Día Mundial de la Alfabetización, se realizaron los actos de clausura de cursos de lo que se definió como una primera etapa de la campaña. Estos actos contaron con la presencia de autoridades departamentales, maestros y alumnos. De acuerdo al plan de la campaña, los ex alumnos seguirían recibiendo apoyo a través de los Centros de Adultos, donde recibirían textos y materiales didácticos *"para su perfeccionamiento, de modo que no vuelvan a ser analfabetos por desuso"* (*El Día*, 7-VIII-82).

2. Alfabetización, estandarización y nacionalismo

La eliminación del analfabetismo constituye un acto de planificación lingüística que responde a una decisión de política lingüística: la de ampliar el acceso a

la lengua escrita en la población. El crecimiento del nivel de alfabetización, legitimado mediante un discurso nacionalista, hace posible que la lengua estándar actúe más eficazmente como instrumento unificador de la comunidad.

La profusión de referencias de tono patriótico con que se informó y comentó en la prensa de la época todo lo relativo a la Campaña de Alfabetización, constituye un doble testimonio; por un lado, el tema pasa a ocupar un lugar destacado en la construcción del discurso nacionalista dominante en ese período. Por otro, se confirma el papel que desempeñan los medios de comunicación en la reproducción y afianzamiento de los discursos prevalecientes en la comunidad (en este caso, los de corte estrictamente oficial).

2.1. Los símbolos patrios

El discurso oficial de la época (reproducido por una prensa básicamente oficialista) establece un estrecho vínculo entre alfabetización y distintos referentes de caracter patriótico:

> "*Asistirán* (al acto de clausura de la campaña) *con las personas recién alfabetizadas el cuerpo de maestros, se cantará el Himno Nacional, y luego se continuará con la programación*" (*El País*, 7-VIII-82).
>
> "*Inmediatamente después de la celebración en el Cine Plaza, los noveles alfabetos, familiares y maestros se dirigirán por la avenida 18 de Julio hacia la Plaza Independencia para depositar una ofrenda floral al pie del Monumento a Artigas. Cada alumno de los Centros de Alfabetización depositará su flor ante el Prócer*" (*El País*, 2-IX-82).
>
> "*El Plan Nacional de Alfabetización* (...) *se inscribe entre las ideas fundamentales con que gobernantes de nuestro país han tratado de atender la superación material y espiritual de nuestro pueblo y él continúa una línea que tiene muy dignos y honrosos orígenes como que la misma entronca con la personalidad de Artigas*" (*El País*, 8-IX-82).
>
> "*Sin duda alguna, esa preocupación por superar el nivel cultural del pueblo nos llega del fondo de la Historia. Entre los designios civilizadores de nuestro Prócer mayor, está aquel que cifra en la coexistencia de la ilustración y la valentía, el ideal del ciudadano oriental*" (declaraciones de la ministra de Educación y Cultura, *El País*, 8-IX-82).

Se manifiesta, de esta forma, un componente característico de los nacionalismos: su contacto con el pasado de la nación, del que generalmente se pretende extraer una fuerza unificadora orientada al futuro. El nacionalismo busca y cultiva el mantenimiento de ciertas representaciones del pasado, con el objeto de encontrar allí pureza, autenticidad y, particularmente, grandeza. Es esa grandeza, fundada en la autenticidad, la que puede convocar a las masas a realizar nuevos esfuerzos y enfrentar nuevos peligros (Fishman, 1989). La mirada hacia el pasado resulta, entonces, en estos casos, una forma estratégica de proyectarse hacia el futuro.

2.2. Índice de alfabetización y orgullo

La actitud de orgullo hacia la lengua estándar (Garvin y Mathiot, 1974) se traduce claramente en varias referencias a los altos índices de alfabetización que ostenta el Uruguay de la época:

> *"La campaña de alfabetización que se está cumpliendo en el Uruguay pone de manifiesto un loable propósito de alcanzar la perfección, poniendo al tope de la escala mundial en la materia, a un país cuyo índice de analfabetismo figura entre los más bajos del orbe"* (*El País*, 2-VI-82).
>
> *"no nos alcanza con saber que somos el país con menor índice de analfabetos en América. Simplemente, no queremos analfabetos"* (*El País*, 12-IX-82).

2.3. El tono emotivo

Apelar a un tono emotivo y exaltado es, probablemente, una de las estrategias discursivas más efectivas para lograr que los integrantes de una comunidad se identifiquen con una determinada acción pública, de modo de promover su movilización en torno a la misma (Fishman, 1989); esto, a su vez, permite una capitalización política de la acción pública en cuestión.

Ese componente emocional está fuertemente acentuado en los artículos de la prensa de la época, tanto en aquellos que transcriben el discurso oficial, como en los editoriales y artículos de opinión:

> *"la empresa cuya instancia inaugural arroja el más halagador de los resultados, constituye un auténtico motivo de orgullo para el gobierno y para la ciudadanía y lo celebramos con la alegría que corresponde"* (*El País*, 9-IX-82).
>
> "(el acto de clausura tiene un) *profundo contenido emocional, patriótico y cívico"* (*El País*, 9-IX-82).
>
> *"jornada memorable, que tuvo mucho que ver con la espontaneidad de la ceremonia"* (*El País*, 9-IX-82).
>
> *"la participación patriótica del Maestro como Alfabetizador en la Campaña Nacional de Alfabetización"* (*El País*, 2-IX-82).
>
> *"Contenido emotivo –resaltó* (el intendente municipal de Durazno)– *por el marco de juventud que rodea a estos hombres y mujeres orientales; buenos orientales"* (*El País*, 14-IX-82).

El tono emotivo y exaltado se manifiesta en la elección de ciertas expresiones: *resultados halagadores, motivo de orgullo, celebrar con alegría, profundo contenido emocional, patriótico y cívico, jornada memorable, participación patriótica*, etcétera.

3. El alcance nacional de la campaña y la "penetración idiomática" del portugués

El discurso de la prensa en relación con esta Campaña de Alfabetización se

ocupa de insistir, asimismo, en el hecho de que la misma tiene un alcance nacional:

> *"Miles de personas aprendieron a leer y escribir, y hasta un lejano punto del departamento fronterizo llegó sin previo aviso este corresponsal, para hurgar en los centros de alfabetización y en humildes viviendas donde, a través de la radio, llega para pequeños de cinco años los beneficios de la Educación Preescolar a Distancia en el Medio Rural"* (*El País*, 15-VIII-82).

Este es otro de los mecanismos a través de los cuales se manifiesta la voluntad de unificación nacional que subyace a este emprendimiento, que se vincula estrechamente con otras acciones de planificación lingüística, especialmente aquellas emprendidas contra el uso del portugués en territorio uruguayo.

En este sentido, no puede sorprender que, en el mismo período en que se está desarrollando la campaña de alfabetización, las autoridades del gobierno de facto recorran el país anunciando los *"buenos resultados de la lucha contra la penetración idiomática"*. En un artículo de *El País* titulado: "Buenos resultados de la lucha contra penetración idiomática", podemos leer:

> *"Dijo el general Medina que 'son muy fructíferas las visitas gubernamentales al interior de la República (...). En Bernabé Rivera hemos visto a toda la población y a una juventud dinámica en la interpretación del Pericón, que es nacionalista, y son precisamente éstos los símbolos que buscamos nosotros'"* (*El País*, 14-IX-82).

Y a continuación, en el mismo artículo:

> *"la doctora Raquel Lombardo de De Betolaza fue interrogada en torno a la labor que cumplen las autoridades de la enseñanza para evitar la penetración idiomática en regiones lindantes con Brasil.*
> *Sobre este tema anunció 'buenos resultados' de la campaña. 'Venimos cumpliendo varias realizaciones', destacó (...). 'Hay móviles con material didáctico diverso, maestros dedicados a esta actividad y conjuntos folklóricos de coros y bailes quienes así tratan de contrarrestar la invasión idiomática extranjera'"* (*El País*, 14-IX-82).

De este modo, en una nueva manifestación del grado de exaltación del nacionalismo imperante, que adquiere en este caso un carácter fuertemente xenofóbico, la prensa de la época conecta al Pericón y los *"conjuntos folklóricos de coros y bailes"* con la lucha contra *"la invasión idiomática extranjera"*.

Este discurso xenófobo y nacionalista, que apunta a la unificación lingüística del territorio nacional, exacerba los objetivos de la tradicional política lingüística del Estado uruguayo, que tiene su punto de partida y referencia en la Ley de Educación Común de 1877.

4. Alfabetización, moral y espiritualidad

La campaña de alfabetización masiva enfatizó también la estrecha relación existente entre el buen uso del idioma y las buenas costumbres del individuo. El discurso de la época identificó de un modo recurrente "alfabetización" y "superación personal". En uno de sus editoriales, el inspector Adolfo Rodríguez Mallarini señalaba:

> *"Paralelamente al cultivo del intelecto, debe proporcionarse un aleccionamiento espiritual condigno. Sin duda alguna, la suma de conocimientos, por más vasta que devenga, no logra el desiderátum de la superación personal"* (*El País*, 15-VIII-82).

En ese mismo artículo concluía que *"el éxito total de la empresa alfabetizadora"* se obtendría si se lograba *"plasmar hombres letrados y dignos"*. Se establece, de este modo, el imperativo ético de relacionar "alfabetización" con "aleccionamiento espiritual", "superación personal" y "dignidad".

La asociación entre usos lingüísticos y moral se realiza a partir de los elementos puristas que suelen formar parte del discurso legitimador de la lengua estándar. Esta vinculación con lo ético trae aparejado que se califique a aquellos que hacen un "buen uso" de la lengua como poseedores de una suerte de superioridad moral respecto a quienes no cumplen con esta condición.

Las referencias a valores éticos se acompañan con referencias a valores estéticos. Se esperaba, como resultado de esta campaña, *"un acercamiento cordial a las diversas manifestaciones de la verdad y la belleza"* (*El País*, 15-VIII-82).

La lengua se representa como un "instrumento poderoso" en la medida en que aprender a leer y escribir permite el acceso a otras dimensiones de la vida. En este sentido, la afirmación de la ministra de Educación es categórica: *"leer y escribir: dos palabras que dan una nueva dimensión a la vida"* (*El País*, 9-IX-82).

La Unión Patriótica Femenina manifestaba, por su parte, la necesidad de que acciones de este tipo pudieran continuarse para que *"todos, paso a paso, y a medida que avanzaran en sus lecturas, mejoraran y ampliaran su horizonte espiritual"* (*El País*, 15-VIII-82).

En un editorial de *El País* se establece un nexo entre la cultura y el libro, *"vehículo fundamental de difusión de la cultura"* y se manifiesta preocupación por el descenso observado en la compra de libros y en el nivel de edición de obras de autores nacionales. A partir de esa situación, se propone *"encarar firmemente una política que permita una mayor difusión del libro, para que quienes saben leer, 'puedan' leer"* (*El País*, 15-VII-82).

En una dirección confluyente con estas declaraciones se orientan otras afirmaciones, también referidas a la Campaña de Alfabetización, en las que se postula una diferencia que podría llegar a ser muy radical, entre "pueblos alfabetizados" y "pueblos cultos":

"Conviene no confundir alfabetización con cultura. Puede un pueblo muy alfabetizado ser también muy inculto" (*El País*, 15-VII-82).

Afirmaciones de esta índole sugieren una tendencia a subordinar el valor de la alfabetización a otros valores; la alfabetización tendría una significación verdaderamente relevante sólo si nos permite "elevarnos" hacia la "cultura". No resulta nuevo, en el contexto cultural uruguayo, el carácter fuertemente idealista y en cierto modo elitista de declaraciones de este tipo, donde se exaltan los valores de aquellos que, trascendido el mero nivel de alfabetización, logran ser "cultos" y ampliar su "horizonte espiritual". En efecto, es posible rastrear este discurso con aquel consagrado en la sociedad uruguaya del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y que se origina en la intelectualidad autóctona de ese período.

Todo ello nos lleva a reflexionar acerca de los factores que se tienen en cuenta para calificar a ciertos grupos o individuos como *conservadores;* si el grado en que éstos *conservan* los discursos fundacionales de la comunidad fuera un factor decisivo para realizar dicha caracterización, no cabe duda de que ese adjetivo describiría de modo adecuado a los autores de los textos que aquí analizamos.

Tampoco cabe duda de que la continuidad discursiva que se revela en estos textos facilita y fundamenta, desde la historia de la construcción narrativa de la nación, la exaltación patriótica que se busca inducir en la población.

No parece coincidencia que sea precisamente en este período de dictadura militar cuando se realiza este esfuerzo por utilizar y exaltar los sentimientos patrióticos de los uruguayos, de modo de movilizar a la población en torno a una propuesta oficial. A través de una campaña que implique objetivos loables cuasi por definición, el gobierno de facto intenta construir una imagen política favorable que le otorgue algún tipo de legitimidad.

La mera existencia de una campaña idiomática nos recuerda que somos partícipes de una comunidad que comparte una lengua que debe ser preservada; que esta lengua es un patrimonio invalorable de nuestra nacionalidad; que existen instituciones que velan por su conservación y difusión; que estas instituciones (encarnadas en el gobierno de turno) se preocupan por las buenas costumbres, cumpliendo un rol eminentemente paternalista, al facilitar el acceso a ese valioso patrimonio que es la lengua en su versión más prestigiosa (en este caso, la escrita).

La afirmación de la autoridad es un objetivo primordial para un gobierno como el del período estudiado; la asunción de un rol paternalista en el uso del lenguaje traduce, obviamente, la aspiración de un reconocimiento de un rol similar en otros comportamientos sociales y políticos.

La exaltación del nacionalismo es un instrumento poderoso para gobiernos que apuntan a la unificación de una comunidad en torno a acciones y comportamientos por ellos propuestos. Muchas campañas idiomáticas llevadas adelante por gobiernos de corte autoritario esperan obtener, de este modo, una legitima-

ción de su autoridad, a través de la concreción de acciones que, por su naturaleza, sean culturalmente interpretables como positivas y dignas de apoyo.

Referencias bibliográficas

Barrios, G., A. Fernández y L. Pugliese (inédito) "La campaña de alfabetización de 1982". En: G. Barrios (responsable). Informe del proyecto "Lengua estándar y prescripción idiomática en el Uruguay: un problema de actitudes, identidad y políticas lingüísticas".

Fishman, J. (1989) *Language and ethnicity in minority sociolinguistic perspective.* Philadelphia, Multilingual Matters Ltd.

Garvin, P. y M. Mathiot (1974) "La urbanización del idioma guaraní. Problema de lengua y cultura". En P. Garvin y Y. Lastra (eds.) *Antología de estudios de etnolingüística y sociolingüística.* México, UNAM. 303-313.

SOMBRAS SOBRE EL MAPA

Hoy es un día como cualquiera, y como cualquier día aquí estoy dispuesta a comenzar una jornada. Ya abrí la ducha, el vapor empaña todo, en este estado de complaciente humedad, la bruma propicia el encuentro con los recuerdos, y en mi desnudez me reencuentro celosamente con el pasado. No hay lugar para el olvido ni para el engaño y mientras la espuma se desliza dejo que esta especie de ensoñación me vaya tomando, cierro los ojos y entonces recuerdo aquella carta.

Mamá la guardaba celosamente. Un día la descubrí junto con algunas fotos, un álbum y un mechón de mi pelo. En esa carta él decía cómo me habían estado esperando y la impresión que se llevó la primera vez que me tomó entre sus brazos: "¡Eras tan chiquita!".

El jabón se me escurre entre las manos, con los ojos cerrados estiro el brazo para alcanzar el champú. Ahora mi cabeza enmarañada entre tanta espuma y mis dedos frotando el cuero cabelludo instigan imágenes.

Cuando tuvo que irse, yo le escribí una carta a la cual agregué aquella otra, creí que era un buen gesto de mi parte, era como unir mi llegada y su ausencia. Nunca más hablamos de ese asunto.

Alguien me golpea la puerta, los apuros de la mañana, los horarios, el desayuno que se enfría, el olor que viene de la cocina anuncia las tostadas y el café, todas esas sensaciones me inundan los sentidos.

Era otoño, el sol todavía calentaba. En el patio de casa, que era todo luz, el calor rebotaba en los ladrillos. Esa sensación tan agradable hizo que decidiera hacer los deberes ahí. Acomodé una silla y un banquito. En la libreta decía: "Dibuja el contorno del Uruguay y marca sus límites". Recuerdo lo que disfrutaba deslizando la punta del lápiz por el borde del contorno. Después con el sacapuntas le sacaba viruta al lápiz de color y con un algodoncito lo esparcía, para que quedara prolijo. Marroncito por dentro, azul por afuera. Estaba afanada en la tarea cuando una sombra alargada se posó sobre mi mapa. Levanté la vista para ver de dónde provenía. Entonces vi que lo que proyectaba aquella sombra era el cañón de una metralla; detrás un hombre joven con uniforme

militar me miraba. No sentí nada de miedo. Mientras veía cómo revolvían todo, escuché que hacían muchas preguntas. Por suerte él ya no estaba. Cuando se fueron yo también me llené de preguntas. Ese día no fui a la escuela y el mapa terminó en una papelera.

No encuentro las llaves y el ómnibus no espera, todavía tengo que dejar una esquelita: *"La comida está en el horno, no me esperen, vuelvo tarde"*. Las medias me quedaron torcidas, bajo corriendo la escalera, al salir saludo a mi vecino y como de costumbre tengo la sensación de que me olvido de algo.

El año 75 fue el "Año de la Orientalidad", yo volvía caminando del liceo, fines de noviembre, el calor hacía que mis pasos fueran lentos. Cuando llegué a la esquina de casa, lo vi parado en la puerta, y venciendo el cansancio corrí para adelantar el beso y el abrazo. Él se rió de mí, me dijo que ese uniforme me quedaba feo. Tenía razón, esa larga falda gris y las medias sport azules recalcaban aun más mis horribles piernas flacas. Esa vez no me enojé por sus comentarios. Cuando lo vi sentí como que nunca se hubiera ido. Yo sólo lo miraba en silencio. Su visita fue fugaz, me asalta la imagen de que al otro día ya no estaba. Después hubo otra carta donde nos decía que estaba bien y todo lo que nos extrañaba.

Hoy al llegar al trabajo me entero que el hijo de una compañera ha decidido emigrar, se le llenan los ojos de lágrimas mientras me lo cuenta. Ella cree que es lo mejor para él, pero igual sufre. Yo quedo muda, sin saber qué decir, sin poderle poner nombre a tanta ausencia.

Cuando volvió la democracia y él pudo volver para quedarse, recorrimos juntos algunas calles. Las mismas de siempre, las de su militancia de los 70, las mías del grito casi silencioso de los 80, las nuestras cada nuevo 20 de mayo por los que ya no están con nosotros.

Pongo la radio, Uruguay perdió con Dinamarca, los comentaristas hacen cuentas y el presidente anuncia nuevas medidas económicas.

Ski/e-soi-de

HERMANO DANIEL/ COMPAÑERO FELIPE

Con qué profundo dolor buceo en mi memoria.

Lo que diariamente está presente, tu presencia, no es lo que intento que asome.

Cuesta tanto destapar lo que durante años aprendimos duramente a esconder.

¡Qué pecado cometieron los hombres que impusieron el silencio!

¿Es que no sabe nadie que lo que se esconde no quiere luego salir?

¿Es que no se sabe ya que al salir arranca los pedazos de nuestro corazón? El mismo corazón que, mes tras mes, mantenía la Spica prendida bajo la almohada de papá y mamá.

Estos corazones "rotos pero enteros" que aprendieron a vivir lo anormal como normal.

Que aprendieron a no hablar ni en la intimidad por miedo al sacudón que esto provocaba.

Qué daño sufre una familia que festeja cumpleaños, casamientos y nacimientos con el alma en un hilo esperando un cartero o una llamada que no llega.

¿Quién me puede contar cómo se vive sin compartir la pena?

Y cuando todo parece volver a la normalidad. Y cuando muchos vuelven o salen de pozos y de exilios, esta misma familia vuelve a empezar...

Contra todo, este hermano cree que es preciso, que es su obligación moral continuar. Cree que sus muertos, sus compañeros y amigos, "sus hermanitos" como les llama, le obligan a no quedarse en su casa junto a sus hijos, su compañera, su madre y su padre...

Piensa que hay luchas no terminadas y que él no tiene el derecho a vivir sin darlas.

Y todo vuelve a empezar. Las cartas de lugares desconocidos traen al seno de esta familia paisajes humanos, dolores humanos que la conmueven, y nuevamente emprendemos el camino del silencio. Porque no todos comprenden –como antes– este camino del hermano Daniel.

En este camino sucumbe primero el padre. Los corazones rotos ya

no pueden soportar esta etapa. No se trata ahora del informativo de las 19 horas, ni de la radio en la noche...

Los destinos lejanos agrandan la angustia de no saber o de no poder dar una mano a ese hijo que había emprendido, una vez más, "el camino que nunca se desanda".

Y así, con uno menos, continuamos viviendo y festejando cumpleaños, bodas, nacimientos, como si todo estuviera bien...

Hermano Daniel:

La vida continúa pero se veía cercano el final.

Ya no tenías 18, 20, 23.

Tu comentada habilidad, las mil historias de tu increíble suerte –tu "lolita", como le decías–, esa que te había permitido salir ileso, estaba perdiendo fuerza y tú lo sabías.

Te has llevado parte del secreto, hermanito. Tenemos retazos de tus últimas horas, aquellas para las que te venías preparando...

"Caían como lágrimas las estrellas.
Esparcían tus ayes últimos."

¿Quién los habrá recogido, si es que los hubo?

"Zumbantes vientos de las andinas sierras
Y ondas saltarinas en clamor,
Llegadas de la platense ribera."

Sin duda desde aquí nuestros corazones latían con el tuyo hasta el final.

Sabemos que una doctora se atrevió a escribir la verdad sobre la causa de tu muerte en ese país, alargado y fino como la pena que nos recorre.

Sabemos que en un dispensario estuviste, y que de él te retiraron para devolverte, horas después, muerto.

Recorriste, sin duda,

"El camino que nunca se desanda,
el sendero sin fin...
¡Hermano Daniel!
(...)
Contaban en el arenal que te fueras
Con serenidad por la llana vereda..."

Y que por veredas anduviste o te llevaron, cuentan los diarios chilenos y amigos que nos lo dijeron.

Que saliste –o te salieron– dando tu nombre a gritos y denunciando el hecho de sacar un herido para interrogar, también sabemos.

Lo que no sabemos son tus últimos ayes, hermanito. Tus pensamientos y palabras últimas están allá y allá quedan.

"Bramaban las ramas un responso
(...)
*en velatorio de honra a tu recuerdo."**

Y por tu recuerdo, por tu memoria –y la nuestra– van estas palabras.

No puede un hombre que amó tanto perderse en el mar de los muertos anónimos de ese país.

Por eso mi testimonio, por ti y por todos, por ellos, tus hermanitos muertos aquí y por nosotros los que acompañamos tu vida en el inicio.

Los que compartimos las primeras preocupaciones sobre el mundo y sus injusticias.

Por mamá que te enseñó a leer persiguiéndote hasta debajo de la mesa.

Por tus hijos que no te tienen pero que deben tener tu memoria.

Por tus sobrinos, los que te conocieron y los que no llegaste a conocer.

Por nosotras, las hermanas y las amigas-hermanas.

Las/los que recordamos con nostalgia tus charlas, tu mano solidaria y tu sensibilidad para nuestra vida sin demasiada aventura.

¡Ay, hermano! Cuánto queda por hablar y escribir aún...

Te fuiste cuando aún no terminábamos de empezar.

Debo/debemos escribir todo lo que queda de aquí en más. Hay que destapar, sacar tanto, días, meses, años en que uno y todos callamos.

Con lentitud debemos aprender a hablar. Es preciso.

Un día se abrió la puerta y un muchacho de 18 años entró a casa.

---

* *"¡Hermano Daniel! En la muerte de Castelao"*, del casete en gallego de Cristina Fernández.

La persona que lo recibió, ya vieja, exclamó: *"¡Estás herido, Daniel! ¿Qué te pasó?"*.

Daniel, riendo, desenvolvió de su cuerpo una bandera con una franja roja y dijo: *"No te asustes, mi viejita linda, es una bandera"*.

Empezó así una historia, aunque no lo supiéramos, que acabaría el 15 de enero de 1987.

Viajando en un 183, siento una mano en mi hombro y al mirar veo unos ojos dulces que ríen ante mi sorpresa.

En el invierno del 72, el más crudo de mi vida, eran frecuentes los encuentros mudos donde un apretón de aquellas manos frías me calentaba el corazón para todo el día.

Daniel se ocupaba de encontrarnos a uno y a otro proporcionando así un poco de tranquilidad.

Las calles de Montevideo pueden brindar muchas cosas pero esos años oscuros de luz y de ánimo, mi papá las recorría en la esperanza de encontrar al hijo. ¿Habría muchos haciendo lo mismo? Nunca se me había ocurrido preguntarle a alguien: *"¿Usted está paseando o busca a su hijo, o quizás a su hija?"*.

Nuestras bocas estaban cerradas, ¿seguirán así?

Juana la Loca

¿CUÁNDO LO SUPISTE?

Dedico estas remembranzas a mi abuela, que me despabiló más de lo que pudo.

A María, que silenciosamente enseñó a mi infancia que "dignidad" no es sólo una palabra. Sea su nombre excusa para el homenaje a los que anónimamente apuntalaron con certeza situaciones tan dolorosas, tan desgarradoras.

—¿Cuándo?, ¿cuándo lo supiste?

Aún tengo presente la pregunta de Martha, querida compañera de trabajo que vivió con ingenua indiferencia y ahora ávido interés los años amargos de la dictadura.

Café de por medio, típico bar montevideano, mi amiga –unos cuantos años mayor que yo– provocó una vorágine de recuerdos en mí.

—¿Cuándo?, ¿cuándo supiste que se torturaba en las cárceles de la dictadura...?

Sería con la abuela –pensé– y hurgando en la memoria recordé el afán que ponía aquella vieja en sintonizar cada medianoche, en onda corta, la BBC de Londres o Radio Berlín Internacional, en el dormitorio que con ella compartía en su casa, allá en Treinta y Tres.

(Podría tararear hoy, treinta años más tarde, la cortina musical que acompañaba los programas que para "oyentes uruguayos y sus amigos" se emitían en el exterior.)

—A las doce no se escucha bien –me explicaba– porque los milicos hacen interferencia, pero repiten el programa a las cuatro de la mañana. (¿Será por eso que hoy soy noctámbula?)

—Ni se te ocurra comentar esto en la escuela, ¿eh? –Y mientras eso decía, yo procedía a incorporarme en mi cama, colchón ondulante, gracias a parte de la discografía de Los Olimareños que allí se ocultaba.

(¿Habría hogar treintaitresino sin ella?) Ni a mi mejor amiga le conté que para saber lo que pasaba acá adentro, había que escuchar lo que nos decían desde allá afuera. (¡Sí que puede, una niña de 9 años, guar-

dar un secreto!)

Sin embargo...No. Fue antes...

Allí pude escuchar que los matemáticos del mundo pedían la libertad de Massera... (Es un profesor muy inteligente –acotaba la abuela con admiración, desde su tercer año de escuela rural.)

Pude saber que denunciaban la situación –entre otros– de un señor con nombre de mujer: Rosario Pietraroia, que seguramente registré por lo curioso que resultó para mis años...

Pero... no. No fue allí que escuché por primera vez sobre el horror... No.

Recordé entonces a Irma, amiga montevideana de la abuela, quien subrepticia y esporádicamente aparecía por el pueblo, siempre acompañada por su pequeñísimo nieto (¿Marcos, se llamaba?) de 3 años...

—Jugá con él, pobrecito... no tiene padres –oigo aún el ruego, frente a mi espanto, causado por la (hoy comprensible) hiperactividad que caracterizaba a aquel niño, frente a mi permanente estado de retraimiento.

Irma buscaba infatigablemente a sus dos hijas, presas en alguna parte, en el terrible cuartel de Treinta y Tres o por donde fuese; asistí a parte de ese peregrinar doloroso: la abuela la recibía con afecto.

Pero no.

Tampoco fue ella la primera que habló del horror, tratando de ser discreta frente a mis cortos años: yo ya sabía...

No fue por ella que lo supe, amiga, y aún debo una respuesta a tu pregunta.

Evoqué también con nostalgia a Horacio, pequeñito y querido amigo, taciturno, rulos negros, carita triste...

Él vivía con su abuela y otros familiares.

Horacio desaparecía los fines de semana.

—¿Adónde estuviste?

—Fui a ver a mi padre...

—¿Y por qué no viene él, mejor?

—No, él no puede venir... tengo que ir yo a verlo... Porque él vive en un palacio muy grande y tiene muchas cosas importantes que hacer.

Y yo me quedaba fantaseando con que tenía un amigo príncipe, pues si su padre habitaba en un palacio, seguramente debía ser rey. Y así lo comunicaba en mi casa.

—Sí, claro –era el lacónico comentario.

Tarde supe que el "palacio" de mi amigo Horacio era el execrable penal de Libertad.

Al final, recordé, rescaté *y hace poco tiempo* una de las peores imágenes de mi infancia (sepultadas como defensa mental; ¿será que tengo que creer, nomás, en los psicólogos?).

La pude divisar nítidamente en mi memoria: era María.

María, aquella mujer menuda, frágil, entrañable, solidaria, amiga de la familia.

A su hijo lo habían llevado en abril de 1975 (lo recuerdo muy bien: yo cursaba cuarto año de escuela y cada día de mi vida debí escribir: *"Año de la Orientalidad"* en cada cuaderno que usara y como encabezamiento preceptivo de toda tarea a emprender).

(¿Qué significa eso de "orientalidad", maestra, que tenemos que poner todos los días?)

Y contestando a tu pregunta, la del principio, evoco un recuerdo indeleble:

Frente a mis 9 años, la figura querida, pequeña, de María, mujer sencilla, manos callosas, se inclinaba, en una aparente actividad doméstica de rutina, sobre la pileta (¿contaré a los hijos que aún no he tenido que mi infancia fue sin lavarropas?).

¿Me pareció, o... ella... lloraba, mientras lo hacía? Eso fue lo que llamó mi atención de niña. Lloraba en silencio. Y *"ella vio que yo la vi,"* como dice la vieja canción de Canoura.

Lloraba mientras lavaba la ropa ensangrentada de su hijo preso.

La que le habían entregado en el cuartel, a cambio de la muda de ropa limpia, con calor y fragancia de madre.

Yo, a esa altura de mi vida, no sabía de submarinos, de picanas, de plantones, ni de otras patologías humanas, de las que luego tuve que enterarme, lamentablemente. Así que, en ese momento, rememoré alguna palmada de mi madre (mi mundo conocido) e imaginé, ingenuamente, otras, bastante más fuertes que aquéllas. Ese día supe que al Tato le pegaban hasta hacerlo sangrar. Nadie me lo dijo. Y yo no pregunté.

Han pasado treinta años ya.

María murió hace años. La abuela va a hacer dos años que no está.

De Irma no sé nada, sólo que una de sus hijas integra esa mierda de lista de desaparecidos, junto a su compañero.

A Horacio no logro imaginarlo adulto; no lo vi crecer, es ciudadano francés. Así que lo recuerdo siempre con sus 4 o 5 años, delantalito jardinero, rulos negros, carita triste...

El Tato vive en París, hace tiempo que no tengo noticias de él... Y yo continúo armando el rompecabezas, mientras conservo la costumbre –rarísima para los demás– de sintonizar onda corta, cosa que heredé de la abuela, por supuesto (*"¿No conocés lo que es Internet, vos?"* –¡qué manía!).

Ya transito los treinta y pico y hoy, 27 de junio, a treinta años de la infamia, Montevideo, gris y bucólica, se despertó con una intensa lluvia (lluvia con connotaciones; lágrimas de tantos, lágrimas de María...).

Pocos niños vinieron hoy a mi clase de cuarto año, en el barrio de La Teja, lo que ya es mucho decir... Los observo. Son niños de 9 años, como yo aquél día, con María quebrada, abatida, frente a la pileta.

Me recuerdan a la que fui y me voy lejos... cronológica y hasta casi geográficamente... (¿Hablaron algo con sus padres, hoy...?)

—...

—¿Saben 30 años de qué hecho se recuerda hoy?

Alguno levantó la vista de la manualidad casi obligada de un día de lluvia.

—No sé, maestra. ¡No embromes!

Fue todo lo que obtuve por respuesta.

Abril

YO ACUSO

Son las 23 horas de una noche calurosa de principios de enero de 1975, estoy aprontando el paquete para llevarle a mi compañero detenido en el penal de Libertad como preso político; mis padres y mi hijo Marcelo están durmiendo, de repente la puerta de calle pareció estallar con fuertes golpes. *"¡Abran!"*, y seguían los golpes. *"¿Quién es?"* –pregunté. Pero ya lo sabía, me venían a buscar las Fuerzas Conjuntas. Las estaba esperando desde que desaparecieron varios familiares jóvenes de presos políticos. *"Está detenida* –me dijeron–, *tiene que venir con nosotros, ¡póngase esto!"* Era una capucha mugrienta, maloliente, que anula, aísla, ahoga y tortura.

Me hicieron subir a una camioneta, había otros detenidos, ¿quiénes serán? –pensé. Mi mente iba a mil por hora, sentí una mano amiga que intentaba comunicarse por medio de señas de letras en mi brazo, ¡era la Peti!

Mientras la camioneta arrancaba lentamente, nos topamos de frente con una caravana que festejaba con gritos y bocinazos que el cuadro de básquetbol del barrio había salido campeón. Nos hicieron tirar al piso de la camioneta para que no nos vieran. Pensé, ¡si supieran! Hoy, aunque han pasado más de veinte años, recuerdo lo que sentí en esos momentos, sentí rabia, impotencia, dolor ante tanta violencia, prepotencia e injusticia encerrados en una pequeña camioneta y cuánta alegría afuera, sólo por un campeonato.

Contradicciones de una cruel y cruenta dictadura.

Seguimos nuestra marcha en silencio total; ellos no hablaban, a nosotros nos lo prohibían, casi pegada a mi nuca empecé a sentir una fuerte respiración agitada; la petisa desesperada seguía intentando comunicarse con señas en mi brazo. ¡No te muevas, es un perro! ¡Te puede atacar! Inmóviles, encapuchadas y después de más de media hora de viaje que pareció medio siglo, llegamos a nuestro lugar de destino, un cuartel (Artillería 1, "La Paloma", en el Cerro), que sería por casi un año el lugar donde tendríamos que sobrevivir.

Nos hicieron bajar, con el tiempo supe que en la camioneta estaba

Peto, un querido amigo. La petisa y Peto fueron salvajemente torturados, al extremo que Peto se tenía que arrastrar por el piso para ir al baño, al no poder pararse de tantas patadas en los testículos. Nuestro delito, ser jóvenes, familiares de presos políticos y ser de izquierda. Peligrosos, muy peligrosos.

El cuartel, por aquella época, estaba abarrotado de presos, detenidos en represalia por la muerte del coronel Trabal en Francia, a fines de diciembre de 1974. Nos hicieron subir por una escalera, era aproximadamente medianoche, inmediatamente me invadió un fuerte olor a orines y materias fecales todo mezclado. ¡Repugnante! Como las celdas estaban todas ocupadas nos dejaron de plantón a tres en el pasillo y a dos en otro, enfrente. ¡No se muevan ni hablen!, nos dijo el guardia. En el silencio de la noche sólo se escuchaban afuera los grillos, adentro respiraciones temerosas y quejidos.

A las 7 de la mañana, y después de permanecer inmóvil y parada por más de seis horas, me hicieron bajar la escalera, pensé estoy frita, era exactamente debajo de los calabozos en que estábamos detenidos, era la sala de torturas. Me hicieron sacar la capucha, por primera vez, en muchas horas, estaba en un recinto grande, cuadrado, con poca luz; miré a mi alrededor, con miedo de no poder captar todo para poder trasmitir lo que allí había. Como una gran contradicción, en una de las paredes una foto del comandante Che Guevara, respiré hondo, por lo menos un compañero, no estaba sola.

Estaban en ese recinto todas las "herramientas de trabajo" de los oficiales, "el tacho", un mugriento medio tanque lleno de agua podrida y orines con sus bordes forrados de arpillera, otra contradicción, ¿para que los torturados no se lastimaran con el borde cuando le hacían el submarino?; el "caballo de madera", un caballete de madera de más de un metro de altura, con una viga de diez centímetros de ancho, filosa en sus bordes, con otra viga clavada en un extremo, "el cuello", donde había en la parte superior una cuerda para atarle las manos al torturado, inmovilizándolo. Este sistema de tortura le provoca a la víctima graves desgarramientos en las ingles después de estar sentado desnudo en "el caballo" por varias horas. "La picana", un aparato con dos cables y en sus extremos dos polos conectados a la corriente eléctrica, lo tenían sobre una mesa que estaba a su vez dentro de una construcción o

pequeña habitación dentro de ese recinto, en una de sus paredes tenía una abertura de aproximadamente un metro y medio de ancho con un tejido de malla de plástico, detrás de ella se sentaban los oficiales para practicar el interrogatorio. Dentro, una silla, la mesa, la picana y en la pared encima del tejido tres focos de auto, ¡para verte mejor! Volví al pasillo después de varias horas, había transcurrido mucho tiempo, no recuerdo cuánto, el sueño me vencía, de repente alguien me pateó y me dijo: *"¡Parate!, así que vos sos la mujer del 'Comandante', ¿sabés por qué no te torturé anoche? Porque me fui enfermo de tanto que torturé a tu amigo"*. ¿Quién es este loco? –pensé–. *"Sacate la capucha y mirame!"*

Tenía ante mí a un oficial al que nunca había visto, de estatura mediana, enjuto, cabello castaño, ojos marrones chicos, duros, sin alma, no le tuve miedo nunca; tenía ante mí al hoy coronel de artillería Jorge Silveira, alias "Chimichurri", alias "Pajarito", responsable, junto al hoy retirado coronel Gavazzo y otros oficiales del cuartel, del centro de torturas que allí existía. Este oficial acusado de torturar a cientos de uruguayos es nombrado para ocupar un puesto de confianza en el estado mayor personal del comandante en jefe del Ejército. Varias noches, ese hombre concurría a mi calabozo, tratando de convencerme de que era un "amigo", él hablaba, yo escuchaba y lo observaba; esto me permitió ver a un ser traumado, lleno de complejos y de odio, violento con el débil en el afán de demostrar su poder. Este oficial que justificaba su tortura, invocando como tantos otros defender a su patria, a la de Artigas, no hacía otra cosa que transformarla en una gran cárcel, donde todos los derechos estaban conculcados, todo lo contrario de lo que hizo Artigas.

A su lado un equipo de esquizofrénicos, "los especiales", soldados entrenados para torturar y reprimir a los detenidos, que dependían del S 2 (inteligencia militar).

En casi un año de detención arbitraria podía contar miles de detenciones y anécdotas terribles y otras no tanto, otras de solidaridad, de compañerismo, de valentía, de heroísmo, de luchas a brazo partido por la vida y la conciencia, defendiendo ideas, de fraternidad de compañeros de alma y adversidad, con algunos ni siquiera nos conocíamos; hoy los recuerdo a todos con mucho cariño: Peti, Ale, el Gordo Carlitos, la Maestra, Bigote, Hepatítico, Jorge, el Soldado, el Profe, la Enferma, el Viejo, Mario el albañil, Cabecita, Raba, el Sindicalista, Víctor y todos los

compañeros que traían al cuartel para torturar.

En abril vivimos una situación muy particular, querían saber dónde estaba escondida la bandera de los 33 Orientales, el cuartel se llenó de detenidos que fueron salvajemente torturados, cuando nos llevaban al baño de la enfermería pudimos ver compañeras jóvenes, desnudas y tapadas solamente con frazadas duras de sangre seca.

Hubo otros casos, como el de Víctor, a quien en la tortura le volcaron un frasco de ácido en los testículos y lo sacaron del cuartel semi muerto, donde los propios soldados se manifestaban asombrados de que volviera vivo y recuperado, eso sí, te recuperaban para volverte a torturar.

El Gordo Carlitos, cinco días consecutivos en la tortura y no dijo nada, no pudieron con él, pero lo hicieron rebajar a prepo como 50 quilos, se le caía el pantalón. Mario, el albañil, que un día me dijo con ojos llenos de lágrimas: *"Elena, no pude aguantar la tortura más que tres días"*, pobre Mario, murió de cáncer al páncreas a raíz de las torturas, según los médicos.

Todos los compañeros que traían del penal de Libertad, ya procesados, para volver a torturar, puestos de a dos en un calabozo de un metro de ancho por dos de largo, durante varios días, tenían que turnarse, mientras uno estaba parado, el otro se sentaba y dormía. ¡Qué forma tan sutil de tortura!

A este personaje, el coronel Silveira, responsable de todo esto y mucho más, agente del imperialismo, agente de la oligarquía, agente del horror, torturador de mujeres y hombres de su patria; uno de los principales responsables de las desapariciones de mujeres, hombres y niños uruguayos en la Argentina, ahora, yo acuso.

Leni

¿LA DICTADURA MILITAR?

¿La dictadura militar?... no puedo hablar mucho de ese tiempo: me agarró con mala salud.

Ya mucho antes tenía que tomar no sé cuántas pastillas por día, para seguir viviendo "normal" y tengo toda aquella época muy confusa. No recuerdo bien la fecha del golpe, ni la huelga general... para mí todo había empezado mucho antes.

Creo que me puso mal la llegada de los camiones llenos de bancarios... y después empezaron los jeeps trayendo encapuchados... iban y venían, a toda hora, a veces eran hombres, otras mujeres... algo difícil de creer que fuera así, pero imposible de no ver, de no oír, de no sentir, viviendo frente a un cuartel.

Las reglas en el barrio habían cambiado: No podíamos pisar la vereda del cuartel, no debíamos acercarnos por la calle de enfrente, ni por la de atrás... en fin, todo era distinto de lo que había aprendido a conocer desde niña, cuando eran los vecinos amigos de enfrente. Ahora habían apilado montones de bolsas de arena al frente, como si se hubieran atrincherado...

—¿Para qué? –preguntaba yo.

—Para defenderse del enemigo –explicaban.

Y sería cierto, porque se entrenaban todos los días, corriendo y coreando por las calles... no recuerdo bien qué, algo que les enseñaban, un cantito parecido al de las películas de guerra, algo así como: "*Somos del Florida, somos los mejores... y lará lará larái*". Era imposible no verlos... y mucho menos no oírlos.

Habían colocado una especie de tranquera para parar el tráfico, que tenía un sonido insoportable. Aunque quisiera olvidarme, el chirriar de los metales ante la llegada de cualquier vehículo me crispaba de día y despertaba de noche, a pesar de las pastillas para dormir.

Veía todo ese espectáculo con dolor, no sé bien qué era que sentía en el estómago, y solamente un líquido que me habian recetado me aliviaba...

Pensándolo bien, sería porque para mí, los copetudos del Florida eran un orgullo nacional... y no había nada más estimulante que cuando salía la banda de música a practicar por las calles del puertito del Buceo.

...allá salíamos disparados a la vereda, sonriéndoles, contentos... los gurises marchaban al lado de ellos haciendo payasadas... conocíamos las voces de mando de memoria y estábamos a la espera de que alguno se equivocara para reírnos.

Las muchachas más grandes, que ya eran señoritas, soñaban con esos uniformes... y las que llegaron a casarse habían conseguido un buen partido, por lo menos era lo que se creía, en una época en que el novio ideal, si no era bancario, tenía que ser militar.

Recuerdo que tenían una mascota, un perrito blanco que siempre iba adelante cuando los desfiles... que una vez los de la perrera se lo quisieron llevar y se armó la tal trifulca... es claro que fue antes de que hubieran cortado el tránsito... cuando los pobres venían con ollas, dos veces por día, a buscar la comida que sobraba de la tropa... cuando si uno se accidentaba corría a que le prestaran los primeros auxilios... cuando podíamos hasta prestar el teléfono en caso de urgencia... cuando en ausencia del jefe de cuerpo hacían travesuras porque se aburrían... la época en que el único sonido que salía del cuartel era el de las mulas.

Todo aquello había quedado muy atrás. No solamente para nosotros, sino también para ellos, que andaban con cara de perro y todo les molestaba.

Recuerdo una tarde de domingo en que los muchachos jugaban al fútbol en la placita, como siempre lo habían hecho, y el teniente de guardia mandó decir:

—¡Dice el teniente de guardia que se dejen de joder! –gritó el soldado que vino al trote hasta la plaza... y los muchachos se quedaron pensando, desconcertados, agacharon la cabeza y se fueron sin protestar... algo raro en ellos, que discutían y vivían peleándose, sin miedos.

Parecía que ya, aparte de ser dueños del cuartel, habían conquistado la plaza de enfrente.

Posiblemente era así, porque de a poco la comisión de vecinos que la cuidaba se distanció.

Y aunque no fuera así, era lo que se sentía...

Otra tarde de sol, con muchos vecinos reunidos en la plaza, tomando mate y charlando, salieron del cuartel tres soldados de particular con una guitarra, dispuestos a animar... era tan evidente que los habían mandado a hacer contacto... pero la gente ni los miró y como quien no quiere la cosa se fue yendo de a poco y los dejaron solos, cantando... algo triste de ver, comparado con otros tiempos, por supuesto.

Lo que pasaba era que los allanamientos llamados de rutina, a cualquier hora, frente a cualquier llamado telefónico, ante cualquier movimiento en una casa que les pareciera sospechoso, ya tenían harto a todo el mundo. Porque no se trataba de que entraran y miraran, sino que por ahí se les hinchaba la paranoia y rompían las cosas.

A nosotros nos levantaran el piso del comedor y el living recién puesto para ver qué había debajo y tuvimos que pagar al albañil para que lo colocara de vuelta.

Otra vez, volví del trabajo y encontré que habían roto el techo del garaje, ¡buscando armas!

Era cosa de locos, aunque la que estaba mal era yo.

Los vecinos no sabíamos bien qué pasaba adentro del cuartel, con toda esa gente que traían... pero los aullidos de dolor nos despertaban en medio de la noche y, por lo menos yo, después no podía volver a dormir.

Cuando amanecía, lloraba sin saber por qué.

Una tarde, estaba en la cocina cuando escuché que llegaban varios autos y salí al portón a mirar: algo grave pasaba porque había jeeps, autos de la Policía, militares y milicos de particular hablando a los gritos en la puerta; no entendía lo que decían, pero me dió ese algo y los miraba llorando. Al rato, partieron un par de camiones llenos de soldados, detrás de los autos. Cuando pasó la caravana, temblaba de pies a cabeza, sin saber por qué y entré a tomarme una pastilla.

Me diagnosticaron una enfermedad rara, posiblemente congénita e incurable, algo así como para ponerme dentro de un frasco y dejarme vegetando el resto de mi vida. A raíz de esto, no podía participar nada más que de reuniones alegres y estaba casi prohibido hablar de algún tema serio en mi presencia.

Cuando pedí explicaciones me dijeron que era una crisis de identidad, un conflicto entre lo que era y lo que quería ser y pensé que tenían razón:

ya no era la misma, ni quería ser lo que los otros querían que fuera.

La dictadura militar había empezado para el pueblo, pero para mí había empezado mucho antes... a veces pensaba que yo había vivido en una dictadura desde que era niña, cuando solamente por mi sexo no debía hacer ni decir esto o lo otro.

Algo que no cambió por más que creciera, tuviera novio, trabajara, me casara, fuera madre: siempre había prohibiciones nuevas esperándome.

Pero estos pensamientos eran de loca, decían... y debía estar agradecida que el médico acertó el diagnóstico y con un buen tratamiento, aunque peligroso y largo, lograría hacer desaparecer de mi cabeza todo lo que pensaba.

Si en algun momento me ponía nerviosa, mi familia ya sabía que había un buen lugar para mí, esperándome, donde me dejarían como nueva, sonriente y tranquila, igualita a lo que todos habían soñado que yo debería ser como esposa, como madre, como ciudadana uruguaya, en una palabra, como mujer.

Por esto, lo único que puedo decir sobre la dictadura militar es que fue después de las pastillas y duró casi el mismo tiempo que mi enfermedad.

Abrojo

¡NO FOTOGRAFIARÁS!

Estaba friendo milanesas y en mi casa había un pueblo: los tíos, mis hijos, mi marido, Aída.

Sonaron unos timbrazos y al dar entrada por el interfono, irrumpieron en el apartamento ocho muchachos (vaqueros, algunas melenas, carteritas abultadas) que se identificaron como "de Investigaciones".

Se me aflojaron las rodillas. Pensé vertiginosamente por quién vendrían: hijos adolescentes, estudiantes, marido ingeniero y profesor universitario, tío socialista reconocido, todos "de izquierda"... pero era por mí.

Después de las preguntas de rigor, empezaron las raras: ¿Qué hacía el día tal a la hora? ¿Quién vive en tal calle?

Fui a buscar mi agenda para hurgar en los pasados dos meses, que parecían preocuparles. Mis respuestas eran tan prosaicas como precisas: iba a sacar fotos de los niños de la familia; recibía como miembro que era de la directiva del Foto Club, a un conocido fotógrafo argentino; entregaba trabajos.

Poco a poco fue quedando en evidencia que había algo sospechoso en mi actividad de fotógrafa. Se me ocurrió entonces, antes que lo descubrieran, llevarlos a mi laboratorio de fotografía que estaba en el subsuelo y ofrecerles revisar mi archivo. Allí cayó entonces, la pregunta inquietante: ¿Qué hacía usted el día tal, sacando fotos en la calle Charrúa casi Bulevar Artigas?

Ante mi respuesta y a la vista de los negativos, el que parecía comandar la operación me pidió un teléfono, discó y dijo: "xx" para avisar que el "hjkl" no era sino un "opqr".

Una psicóloga amiga me había encargado una foto de una callecita montevideana en la que no se reconocieran detalles puntuales, para colgar en su consultorio "cosas". Y yo pensé en la luz de la tarde filtrándose a través de los árboles y haciendo brillar los adoquines de la calle Charrúa. No tuve en cuenta que allí daban los fondos del Supremo Militar.

Una vecina había tomado nota de la matrícula de mi Fiat y la había comunicado a las Fuerzas Conjuntas.

Me habían estado siguiendo durante dos meses, a toda hora.

De estos detalles me enteré cuando los mismos "tiras" vinieron a devolverme los negativos que se habían llevado en investigación: estacionaron en la puerta de casa, esperaron a que volviera de la feria, me entregaron los negativos y me contaron la historia.

Catalina

EL SOLDADO

Estaba yo dando clase en una de las escuelas de la Universidad del Trabajo, cuando una de mis compañeras administrativas golpea el vidrio del salón y hace señas de que me llaman por teléfono. Era una vecina de mi casa que me avisaba que a mi marido se lo habían llevado detenido y que mis hijos estaban solos, asustados.

Dejé todo en el salón de clase y al llegar a mi casa me entero de más detalles pero no supe a dónde se lo habían llevado.

Por la noche pude comunicarme con el director del servicio donde trabajaba mi esposo y me explica, muy nerviosamente y también él asustado, que se enteraron de que Gualberto le mandaba "naco" a un amigo nuestro, ingeniero y también militar, que estaba preso en el penal de Libertad, y que el Servicio de Inteligencia suponía que además de naco pasaría también información. Que del Comando lo llevaron a un cuartel y que no sabía más nada. Que me quedara con mis hijos y que no podía recibir a nadie en mi casa.

Al otro día me dediqué a "peinar" cuarteles. Desde chica los frecuentaba porque mi padre era militar y nos llevaba a mis hermanas y a mí para que jugáramos en los patios de los cuarteles de Flores y San José.

Pasé 14 días desde el Batallón Florida hasta el 13 de Infantería, donde en dos oportunidades me atendió un sujeto envuelto en su bufanda, que apenas podía ver sus ojos y que se mantuvo así, aun en su despacho. Después me enteré que era Aguerrondo, quien me dijo que nada sabía, que preguntara en otro lado.

Después de ambular por varios días en estos establecimientos, presentí que allí estaba mi compañero, que el hombre de la bufanda lo tenía tapado.

Era un viernes por la mañana. A diferencia de otros días en que fui, ese viernes el cuartel estaba desierto. Sólo un capitán al que me delegaron para que me aguantara y un soldado gordito que estaba encerando las baldosas con una enceradora grande de un solo cepillo.

Yo estaba llorando, pero de rabia, y creo que también grité. Me oí

diciendo a todo pulmón *"parece mentira, con lo breve de la vida estar poniéndose presos unos a otros".*

"Señora –me dijo el capitán– *si yo no lo hago, otros lo hacen conmigo"* y se fue. Grité por última vez que de allí no me iría hasta que viera a mi compañero y que yo sabía que él estaba en ese cuartel.

El soldado de la enceradora seguía encerando muy cerca de mí. Yo estaba sentada en un banco muy largo de madera. Me fui corriendo fastidiada, porque cada vez que lo hacía, la enceradora parecía perseguirme, hasta que por un momento dejé de llorar y rabiar porque toda la bronca la descargué en la mirada con la que enfrenté a aquel soldado que en un gesto de querer empujar la enceradora, inclinándose hacia mí, me dice por lo bajo: "Él está bien"... girando se alejó.

No sé si lo habrá percibido, pero pasé del temor y la rabia a querer abrazarlo.

Allí quedé muda hasta la noche en la que me permitieron verlo: Él estaba bien.

Vaya este breve relato como homenaje a aquel soldado.

BedelaQu

Docum. 1/4
F.3

COPIA DE ASIENTOS DE ANOTACIONES PERSONALES

Anotación Nº	COPIA DE LOS ASIENTOS DE LAS LIBRETAS DE ANOTACIONES PERSONALES Nº 4260 perteneciente al Sr.Cnel Ben Edison R.Mila, respecto del Sr.Arqto.(Equip.a Cap.)Gualberto Molas.
1	En la fecha el que anota por intermedio de informes obtenidos por la Dirección Nacional de Inteligencia y Servicio de Información de Defensa, ha constatado que el Señor Arquitecto (Equiparado a Capitán) GUALBERTO MOLAS había suscripto nóminas de apoyo contra las Medidas de Seguridad, y al Frente Amplio, evidenciando en ambas oportunidades compartir los ideales que se enarbolaban, demostrando absoluta falta de concepto en el desempeño de sus obligaciones como funcionario del Ministerio de Defensa Nacional.

Montevideo, 5 de setiembre de 1978.
El Director del Servicio de Ingeniería y Arquitectura Militar
Coronel EDISON R. MILA.

(Sello: SERVICIO DE INGENIERIA Y ARQUITECTURA MILITAR — REPUBLICA O. DEL URUGUAY)

Montevideo, 5 de Octubre de 1978.
NOTIFICADO Conforme
Arqte(Equip/a Cap) GUALBERTO MOLAS.

Pero resistimos



AMUCHÁNDONOS

A Daniel, Juan Pablo y Gabriela, cuyo cariño me ayudó a soportar esos terribles años y con quienes, amuchándonos con familiares, amigos, vecinos y pueblo en general, pudimos mantener el sentimiento de estar vivos y la esperanza en la recuperación democrática.

Mucho se ha escrito sobre la tortura, la cárcel y el exilio. Lo han hecho compañeros que padecieron el horror de la tortura y la cárcel o el desgarramiento, marcante de por vida, del destierro.

Pero poco o nada se ha escrito sobre la experiencia de los que quedamos aparentemente libres en el Uruguay, en el inxilio, como solíamos llamarlo entonces.

En parte como elaboración y en parte como rescate es que trataré de balbucear sobre otras cosas que vivimos en esos oscuros años, pequeñas-grandes formas de la lucha y la resistencia cotidiana, que hoy, a la distancia, podemos valorar dentro de lo terrible, como un montón de cosas positivas, que nos permitieron mantener el sentimiento de estar vivos, en medio de tanto horror y tantas pérdidas.

Tomaré como punto de partida el año 76, aunque ya hacía más de dos años que estábamos bajo el régimen militar y muchos más desde que había comenzado la represión política en el Uruguay, a consecuencia de la cual el movimiento tupamaro había sido desarticulado, sus militantes muertos, encarcelados o en el exilio y habíamos tenido nuestros primeros mártires estudiantiles.

¿Por qué, entonces, ese año? Ese momento, para mí, significó un quiebre en la continuidad de vida, una ruptura de lazos con seres entrañables con los que nos unían muchas cosas compartidas: en la amistad, el cariño, la militancia gremial y política, el estudio, lo familiar, etcétera. En un lapso corto de tiempo, nuestra generación de compañeros y amigos fue bruscamente escindida: algunos fueron a la cárcel, otros se fueron al exilio y otros nos quedamos aparentemente libres acá. Nos sentíamos como desvalidos en medio del horror de la tortura

y la muerte de unos y el destierro de otros, tratando de inventar qué hacer para sobrevivir a tanto dolor. Porque a pesar de todo, la vida continuaba. Teníamos que seguir viviendo; nuestros hijos, niños y adolescentes, necesitaban aferrarse a algo vital en medio de tanta destrucción; los compañeros presos necesitaban una esperanza en el afuera de la cárcel, que les permitiera sobrellevar el sufrimiento; los compañeros del exilio necesitaban saber qué pasaba en el paisito y en qué forma íbamos resistiendo, para mantener viva la esperanza del retorno.

¿Qué hacer, entonces? Los primeros momentos fueron muy duros. Teníamos que enfrentarnos a nuestra propia depresión y al sentimiento de que nada se podía hacer, mientras íbamos elaborando nuestros duelos por los familiares, compañeros y amigos que perdíamos. Todo esto enmarcado en la amenaza constante del poder despótico, que se materializaba a diario en las acciones y comunicados de las Fuerzas Armadas, que hacían que la convivencia estuviera marcada por la desconfianza, la soledad, la inseguridad, la incertidumbre y el miedo. ¿Cómo hacer para hacer algo coherente con nuestro proyecto vital, sin poner en peligro nuestra propia vida? El no hacer nada (el "no te metás") nos protegía, pero anulaba la continuidad de dicho proyecto.

¿Cómo trasmitirles a nuestros hijos los valores éticos y morales, y lo que habían sido nuestros mitos e ideales, si estábamos inmersos en una sociedad donde lo que imperaba era un poder despótico que trataba por todos los medios de aniquilar nuestra libertad de pensar y de actuar?

El miedo, al comienzo fenómeno subjetivo a escala individual, ya hacía tiempo se había transformado en un fenómeno masivo, que adquiría relevancia insospechada en la interacción social cotidiana. Por eso instintivamente hicimos un movimiento de repliegue hacia el adentro familiar y de los pocos amigos que quedaban, aparentemente en libertad, como nosotros. Recuerdo el día que llegó Bernardo a casa y nos dijo, con lágrimas en los ojos: "¡Son los únicos amigos que me quedan!".

Trataré de contar cómo fuimos revirtiendo esta situación y qué nos fue ayudando a salir de todo esto, rescatando la parte de vida, que en medio de la tristeza, el miedo, el dolor y la muerte, formó parte también y muy importante de nuestra vida cotidiana.

Desde el golpe de Estado, nuestras casas se fueron convirtiendo,

poco a poco, en verdaderos centros de protesta, núcleos fermentales de democracia y de vida.

Los adolescentes se reunían a escuchar a Zitarrosa, Viglietti, Los Olimareños, Joan Manuel Serrat, las canciones de la guerra civil española y tantos más, entonces prohibidos por la dictadura. Aprendían sus letras y las cantaban acompañados de guitarra con sus amigos y los niños que también participaban. Intercambiaban los discos y casetes que se habían salvado de los saqueos producidos en los allanamientos que hacían los militares y que llevaban escondidos o camuflados. Como es natural, la contrapartida de la represión es el desafío y la rebelión. Para ellos estas reuniones se convertían en verdaderas escuelas de formación para la vida. Los mayores les contábamos lo que había sido el Uruguay antes de la dictadura y nuestros sueños y luchas para que en el mundo se erradicara la injusticia social. Se intercambiaban libros, también prohibidos, de autores uruguayos y latinoamericanos. Incluso se reunían a estudiar a Marx, Engels, etcétera. Y todo lo hacían con un fervor que era envidiable y también con un cuidado extremo. Ellos, que crecieron en la dictadura, sabían más que nadie que no podían descuidarse en lo referente a medidas de seguridad. Muchas veces eran ellos los que nos señalaban que hacer o decir tal cosa era peligroso. Cuando se reunían a estudiar, además de los libros prohibidos, siempre tenían a mano textos de matemáticas, física, química, etcétera, pues si venían a allanar, unos eran sustituidos por otros y la reunión pasaba a ser una inocente reunión de tres o cuatro estudiantes que preparaban sus materias para el día siguiente en el liceo.

Hablamos de los jóvenes estudiantes porque eran los que teníamos cerca, compañeros y amigos de nuestros hijos, todos cursando la enseñanza primaria o secundaria en ese momento. Era admirable ver las mil y una artimañas que inventaban, con una creatividad sin límites, para burlarse o enfrentar a la autoridad despótica, representada para ellos por los directores, subdirectores, secretarios, adscriptos, porteros, etcétera de las escuelas y liceos del Estado a los que concurrían. Éstos, en su inmensa mayoría, eran colaboradores de la dictadura. Muchos eran militares retirados o esposas de militares en actividad. Actuaban en los centros de enseñanza con el mismo despotismo y arbitrariedad

que se vivía en el ámbito de toda la sociedad: tenían que hacer cumplir las normas porque sí, porque el poder despótico así lo imponía. Recordemos que una de las medidas que habían tomado los militares inmediatamente al golpe de Estado, fue destituir a los directores y adjuntos a la dirección, tanto en la enseñanza primaria, como secundaria, que no apoyaran al régimen. También fueron destituidos una inmensa cantidad de profesores, que en su mayoría eran los mejores docentes. Esto pasó también en el ámbito universitario. La enseñanza, salvo honrosas excepciones, quedó en manos cómplices del régimen.

Los liceos se convirtieron en verdaderos centros de vigilancia y represión, y el uniforme liceal, que hasta ese momento no existía en la enseñanza pública y que impusieron los militares, pasó a ser el emergente de esta situación. Tal era la exigencia respecto al mismo, que era casi igual que en el Ejército con el uniforme militar.

Entre otras cosas, los jóvenes debían llevar el cabello corto (su largo no debía sobrepasar el borde superior del cuello de la camisa), las jovencitas debían usar las polleras por debajo de la rodilla (aunque la moda del momento era llevarlas cortas). El uniforme debía estar completo y el color de los zapatos, camisa, *sweater*, pollera, pantalón y chaqueta tenían que ser los indicados. Tenían que llevar siempre la insignia correspondiente a cada liceo. Todo esto so pena de no poder ingresar al liceo. Muchas fueron las acciones que periódicamente hacían nuestros muchachos para burlar el autoritarismo como forma de resistencia. Algunos se las ingeniaban para disimular su pelo largo, recogiéndoselo con ondulines. Hasta que eran descubiertos. Algunas jóvenes para que sus polleras tuvieran el largo exigido, antes de entrar al liceo, se las bajaban lo necesario, prendiéndoselas con alfileres, ocultando esto bajo el *sweater* o chaqueta. Unas y otras cosas en algún momento eran descubiertas. Entonces se les impedía la entrada al liceo hasta que cumplieran con las normas. Pero siempre se las ingeniaban para crear nuevas situaciones y así tener en jaque a porteros y autoridades. Quizá hoy todo esto se vea como juegos o cosas sin importancia. Pero para ellos, en aquellos duros años, eran verdaderas acciones de resistencia contra la arbitrariedad y el despotismo de las autoridades liceales. Y al mismo tiempo, iban aprendiendo ingenua y lúdicamente a defender su libertad y sus derechos.

Recuerdo un episodio que pasó en el año 79, con una compañera de nuestro hijo. Tenía 17 años y estaba cursando quinto año científico en el IAVA. Era invierno, hacía días que llovía y a Teresa se le habían roto los zapatos del uniforme. Con otros se fue al IAVA pues tenía escrito de matemáticas y para ella era imprescindible hacerlo. El portero le impide la entrada por no tener el uniforme correcto. Pide para hablar con la directora quien, en su función vigilante de las normas que le imponía el poder despótico, le niega también el permiso a entrar. Ella insiste y pide que se le permita entrar sólo para hacer el escrito. Pero todo en vano. Decide ir al CONAE y hablar con el director general, quien por el cargo que tenía era persona de confianza de la dictadura. Sabía a lo que se exponía. Podían incluso suspenderla en su condición de estudiante por osar ir a discutir la aplicación de una norma ante la máxima autoridad. Era tal la indignación por lo que consideraba una injusticia, que el miedo, que estaba en todos, dejó paso a una entereza admirable. Sólo quería entrar al liceo y hacer su escrito de matemáticas. Esto quizá tocó en sus fibras más íntimas al director. Delante de ella llamó por teléfono al IAVA, ordenándole a su directora que permitiera entrar a la alumna. Y así fue como ésta, orgullosa y triunfante, pudo hacer su escrito de matemáticas, a pesar de que llevaba puestos los zapatos beige. Hoy, a la distancia, y después de tantos horrores vividos o escuchados, este episodio pueda parecer ingenuo. Pero en el año 79 las cosas eran muy difíciles y fue un verdadero acto de resistencia y un ejemplo para todos.

Los jóvenes encontraron otros ámbitos donde podían formarse y conocer cosas que les estaban vedadas. Uno de ellos, que cumplió un papel fundamental, fue Cinemateca Uruguaya, donde se pasaron ciclos completos de películas de la Primera y Segunda Guerra Mundial, de la guerra civil española, etcétera. En ellas se mostraba en sus aspectos más crueles al fascismo, y la lucha y resistencia de los pueblos para terminar con él.

Otros lugares fueron los teatros independientes, que arriesgándose llevaban a escena obras que hacían referencia a situaciones de represión y persecución. Recuerdo una: *Fahrenheit 451*, la obra de Bradbury, llevada al teatro por Horacio Buscaglia. Fuimos a verla con nuestros hijos. A diferencia de *Fahrenheit*, hacía poco tiempo, ante la inminencia de un allanamiento, fuimos nosotros que tuvimos que quemar algunos

de nuestros libros que nos podían comprometer, y así alejar la posibilidad de caer presos. Lo hicimos en el fondo de nuestra casa, acompañados por ellos. Al quemarse, los libros se abrían en abanico y a la luz de las llamas podíamos leer por última vez algunas de sus frases. *"Esto lo tenemos que hacer por culpa del fascismo. ¡No lo olviden!"*, les dijo Daniel a nuestros hijos. ¡Nunca, mientras viva, olvidaré ese momento!

Un rol fundamental lo jugaron también algunos diarios, semanarios y radios.

Los diarios y semanarios eran clausurados frecuentemente y al poco tiempo volvían a salir, los mismos u otros nuevos. Queremos recordar la revista *La Plaza* de Las Piedras, que fue fundada en noviembre del 79 y dirigida por un viejo militante colorado de Canelones, Felisberto Carámbula, acompañado de sus dos hijos: Marcos y Gonzalo. Fue considerada la primera publicación opositora a la dictadura. En ella escribieron: Luis Hierro Gambardela, Alberto Zumarán, Luis Pérez Aguirre, Juan Martín Posadas, entre otros. Era una publicación mensual. También el semanario *Opinar*, que bajo la dirección del doctor Enrique Tarigo, salió por primera vez en noviembre del 80, poco antes del plebiscito; los semanarios *Aquí*, *Ya* y tantos otros. De ellos no hablaré, pues se haría muy largo este trabajo. Pero como reconocimiento a los que lucharon en la resistencia a la dictadura, se tendría que hacer un relevamiento de todos, para que queden en la memoria colectiva.

Algunas radios también jugaron un rol muy importante en la resistencia al régimen y en la formación de nuestros jóvenes. Entre otras, CX 36 y CX 30, que fueron clausuradas en diferentes oportunidades, aunque sus voces renacían siempre combativas. Recuerdo una audición que se llamaba "Diario 30", que sacaba al mediodía, todos los días menos los domingos, Germán Araújo. Su grabación se repetía en la noche. En ella comentaba, cuando podía, cosas actuales, o si no, lo hacía de cosas del pasado o de otros países, que servían como ejemplo alusivo. Esto le valió varias clausuras de la radio. Recuerdo sobre todo las audiciones de Navidad y Año Nuevo, que eran mensajes de esperanza velados para los compañeros presos y en el exilio.

Hace rato que hablo sobre los niños y los jóvenes. Lo seguiría haciendo. Pero también quiero rescatar lo que hacíamos los adultos. Fueron los jóvenes, sobre todo, los que nos ayudaron a mantenernos firmes

en la lucha, por su cariño, su alegría, su entusiasmo, su creatividad y su entereza. ¡Eran como la vida que renacía!

Los adultos, al comienzo, nos replegamos en nuestras casas. Como ya dijimos, a veces compartiendo las reuniones con los niños y jóvenes, pero otras con nuestros amigos, con quienes tratábamos de inventar nuevas situaciones para mantenernos pensando, estudiando y actuando. ¡Ya nos habían estafado y robado demasiadas cosas! Organizábamos grupos de lectura y discusión sobre diferentes tópicos, que se hacían en nuestras propias casas. Fueron momentos imborrables que quedaron marcados a fuego en mi memoria. Compartíamos con los amigos algo que *nunca* nos pudieron quitar, a pesar de que fue uno de los objetivos del poder despótico: ¡la capacidad para seguir pensando y actuando!

Al comienzo de la dictadura habíamos organizado medidas colectivas, como forma de resistencia, pero todavía desde el refugio de nuestros hogares.

Así fue como se hicieron los apagones de protesta. Éstos consistían en que, frente a determinadas medidas que imponían las Fuerzas Armadas, la consigna era apagar las luces de nuestras casas a determinada hora y durante cierto tiempo. La difusión de estas medidas se hacía en el boca a boca. Era muy emocionante ver a la hora señalada apagarse las luces. Al principio pocas, luego fueron más y más.

Otra forma colectiva de protesta fueron las caceroleadas. Si bien en su origen había sido una protesta contra la carestía, que se manifestaba golpeando cacerolas vacías, en el Uruguay se tomó el hacer ruido como forma de protesta. Primero fueron cacerolas, luego se golpeaba cualquier objeto metálico. La cuestión era hacer mucho ruido y que se oyera en toda la cuidad. A veces se organizaban con anterioridad y por el boca a boca se trasmitía la consigna: A tal hora, coincidiendo con la aparición en la cadena de televisión del presidente del gobierno cívico militar de turno, o algunos de sus representantes y mientras durara la misma, debíamos hacer sonar las cacerolas. Al comienzo lo hacíamos tímidamente, con miedo, adentro o en los fondos de nuestras casas; más adelante nos fuimos animando a hacerlo hacia el frente; hasta que llegamos a cacerolear en plena calle, junto a los vecinos del barrio, que iban acompañando cada vez más y más estas medidas. Otras veces, frente a determinadas situaciones o comunicados de las Fuerzas Arma-

das, de las que nos enterábamos en general por los noticieros de televisión, espontáneamente se comenzaba un caceroleo y la ciudad toda se llenaba de sonidos de bronca y de protesta, que sustituían las manifestaciones que no nos permitían o el silencio al que estábamos sometidos. Lo interesante era que a veces, cuando no nos enterábamos de las noticias por no estar viendo la televisión en ese momento, al escuchar a nuestros vecinos golpear sus cacerolas, hacíamos lo mismo con las nuestras. *"Por algo la familia Díaz está caceroleando, hay que acompañar."*

En nuestra práctica profesional, tanto en el ámbito hospitalario como privado, siempre prestamos asistencia a los familiares de los compañeros presos, en el exilio, o directamente a los que estaban en la clandestinidad. Esto último les valió a algunos compañeros ir presos por "asociación para delinquir". Pero, a pesar de eso, nunca dejamos de hacerlo. Algo increíble fue que tuvimos que hacer certificados para llevar a los penales, donde debíamos aconsejar lo fundamental que era para los niños poder ver a su padre o a su madre, por lo menos una vez por semana. (!!!) Por estas acciones, nuestros nombres quedaban registrados como favoreciendo a la sedición. Aunque en determinado momento pudiera llegar a ser riesgoso, el miedo no apagó nunca la llama de la solidaridad. Compañeros de otras profesiones también hicieron lo suyo.

Desde el comienzo de la represión política, a fines de los años 60 y comienzos del 70, se formaron grupos de familiares de presos y desaparecidos que, a todo nivel, tanto nacional como internacional, hacían lo indecible para conseguir el apoyo necesario para saber el paradero de sus seres queridos, para pedir por la liberación de los mismos o hacerles menos cruel su prisión. Los organismos de derechos humanos internacionales jugaron un rol fundamental en esto.

Otra actividad que para nosotros era casi una tarea militante fue, durante todos esos años, el intercambio epistolar, de fotos y casetes, etcétera, con los compañeros del exilio. Su militancia en el exterior se basaba sobre todo en la denuncia del horror de la cárcel y la tortura. Pero sentíamos que teníamos que trasmitirles y compartir con ellos que, además del terror que imperaba en nuestra sociedad, había otras cosas que también formaban parte de nuestra vida cotidiana: Las formas de la resistencia, la solidaridad, el canto popular, etcétera, con sus logros, que, aunque parecieran menores, eran logros, y nos daban la posibili-

dad de sobrevivir, en medio del dolor, con algo de entusiasmo o alegría y nos permitían mantener la esperanza en el cambio y la posibilidad de su retorno.

En el 80 las Fuerzas Armadas buscaron obtener la legitimación del proyecto militar a través de la convocatoria a un plebiscito para reformar la Constitución. Tenían el ejemplo de la consulta similar y exitosa de la dictadura chilena en los años 77 y 78.

El voto en el plebiscito del 80 fue un voto político. Las opciones eran muy claras: el Sí era un voto a favor del régimen, el No un voto por la democracia.

Muchos dirigentes de los partidos políticos tradicionales apoyaron el No y, como podían, hacían propaganda. La izquierda, con tantos militantes en el exilio o en la cárcel, también hizo lo que pudo. Infinidad de compañeros dieron charlas en parroquias, clubes deportivos, centros sociales, o en casas de familias a favor del No. No disponíamos de los medios de comunicación, salvo algunas pocas apariciones televisivas o radiales, como lo fue aquel inolvidable debate en televisión, el 14 de noviembre, con el doctor Enrique Viana Reyes y el coronel doctor Néstor Bolentini, ambos consejeros de Estado, a favor del Sí, y el doctor Enrique Tarigo (Partido Colorado) y Eduardo Pons Etcheverri (Partido Nacional) a favor del No.

De lo que sí disponíamos era de la combatividad y creatividad de nuestro pueblo que inventó mil formas diferentes de propaganda por el No. Recuerdo una de ellas. En cualquier momento y aunque fuera un día de sol radiante, los limpiaparabrisas de los autos comenzarían a funcionar y sus movimientos, como si fueran los dedos de las manos, parecían decir: No, No... No, No... No, No... Cuando alguien comenzaba a hacerlo, muchos ponían a funcionar los suyos y la calle se llenaba de cientos de: ¡No a la dictadura militar! Y hubo muchísimas cosas más por el estilo.

La propaganda por el Sí, en cambio, contó con casi la totalidad de los medios de comunicación: televisión, radios, diarios, etcétera.

Así llegamos al 30 de noviembre, donde bajo rumores de fraude, todos concurrimos a votar en forma masiva, pacífica y silenciosa. La militancia de ese día fue algo extraordinario. ¡Era como si se nos fuera la vida en la pelea del voto a voto!

Votó más del 85% de los uruguayos. De éstos, por el No lo hicieron el 57% y por el Sí el 42%. Si bien no fue una derrota aplastante, tuvo una enorme trascendencia política, que sorprendió a todos y a la opinión mundial. Nunca, en ningún lugar, la oposición había ganado un plebiscito que se hiciera bajo un régimen dictatorial. Todo esto promovió la movilización popular. A partir del triunfo del No, tomamos más coraje y nos animamos a salir más al descubierto. ¡Ya habíamos ganado parte del terreno!

Por ese entonces había comenzado a darse un fenómeno muy uruguayo y que tuvo una importancia fundamental como resistencia a la dictadura. Me refiero al canto popular.

Primero fueron algunos conjuntos o cantores individuales que ejecutaban y cantaban música popular: tango, milonga, candombe, murga, etcétera, y que actuaban en lugares pequeños. Sus canciones decían todo, sin decir nada prohibido. Se usaba un lenguaje metafórico donde las palabras prohibidas no aparecían, o se hacía referencia a situaciones que aparentemente nada tenían que ver con la represión o los militares, pero donde todo quedaba insinuado. Lo increíble fue que, a veces, eran poemas o canciones que habían sido escritos muchos años antes y realmente nada tenían que ver con la dictadura. ¡Pero eran tantas las ganas que se tenían de decir o de escuchar determinadas cosas, que muchas veces desde el público se interpretaba o se daban nuevos significados.

Recuerdo una vez en el año 81 que, en el Club Trouville, Juan Peyrou cantó un tango de los años 20 que se llama "Vieja viola". En determinado momento la letra dice: *"cuántas noches bajo el frío de la lluvia, con el brazo de la zurda te tapé"*. El autor se refería a alguien que llevaba la guitarra bajo el brazo izquierdo para protegerla de la lluvia. Cuando se escuchó la palabra zurda (que refería a la izquierda), el estadio irrumpió en un aplauso tan vibrante, que el mismo Peyrou se sorprendió, pues no entendía el motivo del mismo.

Las letras de las canciones y los artistas que actuaban tenían que pasar por la censura policial, quien determinaba qué canciones se podían cantar, o quiénes podían actuar.

Poco a poco se fueron multiplicando cantores, conjuntos, festivales y público hasta que llegaron a ser multitudinarios recitales que llenaron enormes estadios o teatros. Eran verdaderos actos de protesta y de

militancia política. Sobre todo para nuestros jóvenes, que se sintieron protagonistas de la resistencia. El canto popular fue una luz de vida y esperanza en medio del horror y de la muerte, por la capacidad de convocatoria, la combatividad, la creatividad, la protesta, el entusiasmo, el humor y la alegría.

Por el año 82 los estudiantes de la Facultad de Arquitectura formaron una murga que llamaron Contra la Fachada. El nombre era totalmente inocente. Como propaganda, se fotografiaron recostados contra la fachada de una casa. Como estudiantes de arquitectura que eran, todo bien. Pero todos sabíamos que "fachada" remitía a "facho" y esto a fascismo. Sus canciones, cuya música y letra las hacían ellos mismos, tenían una creatividad y un humor extraordinarios, plenas de combatividad, denuncias veladas y esperanza. Actuaron en el ámbito universitario y en festivales de canto popular. Simultáneamente otras facultades formaron también su murga.

Me viene otro hermoso recuerdo: La marcha de la sonrisa. Un 27 de junio, como forma de lucha y como mensaje de esperanza, la consigna fue ir a la avenida 18 de Julio y a las 17 horas sonreírnos todos, unos a los otros, mientras caminábamos por las veredas. ¡Fuimos muchos y nuestra principal avenida se llenó de cientos de sonrisas de vida y esperanza!

El año 82 fue decisivo. Tras el fracaso del plebiscito los militares decidieron elaborar un nuevo plan político: dar prioridad a la discusión del "estatuto de los partidos políticos". Querían lograr un cierto consenso de la población civil buscando la mediación de los partidos políticos, pero dejando marginada a la izquierda.

En noviembre de ese año se realizaron las elecciones internas de los mismos y fue nuevamente un triunfo contra el régimen, ya que ganaron los grupos más opositores y democráticos dentro de los lemas tradicionales. La izquierda, excluida, votó dividida: algunos, como lo sugirió el general Seregni desde la cárcel, votaron en blanco para marcar presencia, y otros votaron a los grupos que consideraron más opuestos a la dictadura. Votó el 60 % de los uruguayos. A partir de esto se legitimó a la oposición política como interlocutor.

Los partidos políticos comenzaron a actuar y, concomitantemente, también las organizaciones sociales que iban renaciendo. En ese año

resurgieron los sindicatos reunidos en el PIT y los estudiantes universitarios crearon la ASCEEP.

Así llegamos al 83, al que podríamos llamar el año de las grandes movilizaciones populares.

El 1° de mayo de ese año fue la primera vez, después del golpe militar, que se permitió conmemorar el Día de los Trabajadores. Se realizó una concentración gigantesca en la explanada del Palacio Legislativo. Estaba prohibido llevar carteles y sólo se permitían banderas uruguayas. Se debía guardar el más absoluto silencio. Habría una pequeña parte oratoria e inmediatamente nos debíamos dispersar en orden.

Miles y miles de banderas uruguayas flamearon al viento ese día. En el silencio imaginábamos oír los gritos de protesta, de dolor, de solidaridad y de alegría también, de los que estábamos ahí, de los que estaban en las cárceles y de los miles de uruguayos en el exilio. Era muy impactante ver aquella multitud silenciosa, que, luego de 10 años reconquistaba nuevamente la calle. ¡Fue un día inolvidable!

En setiembre se realizó la Semana de los Estudiantes. Durante una semana se reunieron a discutir medidas para volver a democratizar la enseñanza. El último día hicieron una vibrante marcha que recorrió gran parte de nuestra ciudad y culminó en el parque Rodó, con un festival de canto popular multitudinario y entusiasta. ¡Los estudiantes también iban recuperando sus espacios!

El 27 de noviembre, último domingo del mes, se realizó un gigantesco acto organizado por los partidos políticos de la oposición. El motivo era celebrar la fecha en que tradicionalmente se realizaban las elecciones nacionales y además, comprometernos todos a seguir peleando para volver a ejercer el derecho al voto y para que hubiera elecciones libres el último domingo de noviembre del 84. De ahí en adelante, la izquierda quedó integrada al frente opositor y legalizada de hecho, pese a que permanecía la proscripción impuesta por el régimen.

El acto se efectuó en la avenida central del parque de los Aliados. El enorme estrado, que se había levantado delante del Obelisco tenía a sus espaldas un gran cartel que decía: *"Por un Uruguay democrático y sin exclusiones"*.

Desde muy temprano llegaron al lugar largas columnas del PIT, ASCEEP y FUCVAM, junto a una inmensa cantidad de personas, todos entonando

cantos y consignas, en medio de un entusiasmo increíble. ¡Sentíamos que la calle era nuestra nuevamente! Se veían banderas de los diferentes grupos políticos de la oposición; la bandera roja, azul y blanca del FA y las de sus grupos políticos; las de los gremios y muchísimos carteles con leyendas alusivas. A las cinco y media de la tarde, en medio de un silencio conmovedor, el actor de la Comedia Nacional Alberto Candeau leyó con su voz grave, en forma pausada y emocionada, la proclama escrita por los organizadores.

Fue un acto inolvidable y la manifestación nunca vista en la historia política del país. José Plá, fotógrafo del semanario *Aquí*, tomó una foto histórica que llamó "Un río de libertad", que quedó como un símbolo del espíritu y de la realidad del acto.

En diciembre, la venida de los niños, hijos del exilio uruguayo en Europa, fue un hito fundamental. Fue el primer indicio de que el retorno era posible. Tuvo todo un valor simbólico que fueran los niños y adolescentes los primeros en volver. En poco menos de un mes organizamos dicha venida.

El día de la llegada, el pueblo uruguayo se volcó a la rambla a esperar el paso de la caravana de ómnibus que los transportaban, con banderas y carteles de bienvenida que, entre otros, decían: ¡Bienvenidos al paisito! ¡Acá los queremos! ¡Acá los necesitamos!, etcétera.

¡Fue otro día memorable! El espacio que íbamos ganando era cada vez más y más importante.

La magnitud de la participación y combatividad de nuestro pueblo en todas las manifestaciones populares de ese año 83 pesó en forma decisiva en la relación de los partidos políticos con los militares.

En el 84, luego de los dos fracasos sufridos en las urnas, los militares, cada vez más solos, no tuvieron otra salida que comenzar a negociar con las fuerzas políticas.

Lo que obstaculizaba esta negociación era la proscripción y amenaza de prisión de Wilson Ferreira Aldunate, y la proscripción, aunque no de hecho pero sí de forma, de los partidos de izquierda y sus dirigentes.

El 16 de junio Wilson decide volver. Se sabía que los militares lo iban a apresar apenas tocara suelo uruguayo. Se había prohibido toda manifestación de apoyo. Pero se resolvió que todos, solidarios y combativamente, sin tener en cuenta banderías políticas, iríamos a un

tramo de la avenida Agraciada, cantaríamos el himno y nos dispersaríamos. Éramos miles en la calle, entusiastas y, por qué no decirlo, ¡aterrados! Sabíamos que las Fuerzas Armadas habían sacado los tanques a la calle. ¡Pero ahí estuvimos!

La detención de Wilson Ferreira creó problemas en el frente opositor, ya que los blancos se negaron a negociar con su líder preso. A pesar de esto, la Multipartidaria hizo saber a las Fuerzas Armadas su decisión de negociar. En las primeras entrevistas, aparte de otras cosas, se aceptó la desproscripción parcial del Frente Amplio y en julio comenzaron las negociaciones en el ESMACO, con delegados del Partido Colorado, Unión Cívica y Frente Amplio. El Partido Nacional quedó así fuera de las negociaciones y más tarde del pacto del Club Naval, que se firmó el 25 de setiembre, donde además de otras consideraciones se ratificaba la fecha del 25 de noviembre para la convocatoria a elecciones.

El Partido Nacional se pronunció en contra del pacto del Club Naval. Poco tiempo después, con el consentimiento de Ferreira Aldunate, decidió presentarse a las elecciones con una fórmula sustitutiva.

La tan ansiada salida de la dictadura estaba ahí, a un paso. Pero la ausencia del Partido Nacional empañó algo que había sido una constante durante todos esos años: amucharnos para pelear todos juntos a fin de derrocar a los militares.

Por aquí voy terminando mi testimonio. Estábamos muy cerca de noviembre del 84, donde, luego de 13 años, los uruguayos volveríamos a las urnas para elegir libremente a nuestros gobernantes.

Muchos compañeros ya habían sido liberados y otros habían vuelto al paisito. Pero había todavía compañeros presos y en el exilio. Nos quedaba, pues, una meta aún: lograr la libertad de *todos* y que los compañeros del exilio tuvieran la posibilidad de decidir o no su retorno.

¡Amuchándonos... habíamos reconquistado la casi totalidad de los espacios!

Bachín

A SALVO

A muchos uruguayos nos tocó vivir una adolescencia comprometida. Algunos estamos hoy para recordarlo. Otros ya no están. Algunas pudimos conocer a nuestros hijos. A otras se los arrancaron de los brazos.

Ana fue madre a los 18 años. Ella pudo criar a su hija. No todas tuvieron su suerte.

Por eso quiero recordar a todas las mujeres que fueron madres durante la dictadura, a las que parieron en prisión y a las que estando embarazadas fueron sádicamente torturadas.

Yo no soy adolescente; ya no me llaman Ana, pero estoy aquí para contar una de las tantas historias que no debemos olvidar.

Sucedió en el invierno de 1972. Era el mes de junio.

Ana y Maneco eran una pareja de estudiantes, con ideales firmes y sangre caliente.

¿Qué más se necesitaba para ser un buen militante?

Luchaban juntos en la calle; apedreaban milicos, compartían las ollas populares en las fábricas ocupadas, hacían volanteadas y todo lo que fuera necesario para defender sus ideas.

Salían todos los días sin saber si sería el último.

No les importaba morir. Cuando se es tan joven no se teme a la muerte. Poco a poco se fueron comprometiendo cada vez más. Ya no eran simples militantes estudiantiles. De repartir volantes pasaron a transportar armas, a entreverarse para usarlas, e incluso convirtieron su casa en un pequeño arsenal. Además de utilizarla para hacer reuniones clandestinas.

Estaban dispuestos a dar sus vidas. Pero cuando Ana se enteró de su embarazo, tomó conciencia de que estaba arriesgando también la vida de su hijo.

Eso no impidió que siguiera militando, pero sí hizo que nacieran en ella los temores lógicos de una madre.

La obsesionaba pensar en las torturas, porque no sólo no iban a respetar su panza, sino que la haría más vulnerable. La sobresaltaban las

sirenas de los "roperos" y las "chanchitas", que continuamente sembraban el pánico por las calles. La atemorizaban los golpes en la puerta, esperando un allanamiento a cualquier hora del día o de la noche. No era fácil vivir así. La vida de Ana se había convertido en una sucesión de emociones y riesgos.

Todo eso sumado a lo estrictamente cotidiano, que era trabajar de día, envasando miel que luego Maneco vendía en el Mercado Modelo. Por la noche ir al liceo, donde cursaba segundo año de preparatorios de abogacía. Tratar de comer todos los días y controlar su embarazo en el Hospital de Clínicas por falta de recursos económicos.

Cuando quiso acordar, en medio de ese vértigo, ya llevaba ocho meses de embarazo.

Y ahí fue cuando se rompió la rutina.

Todo empezó cuando una pareja de compañeros faltó a dos reuniones consecutivas sin aviso y sin dar señales de ningún tipo. En esos tiempos la puntualidad y la asistencia eran muy estrictas. Por lo tanto era fácil deducir que una ausencia significaba problemas.

Había que investigar. Ana y Maneco, tomando las precauciones del caso, se dirigieron a Lagomar, donde vivían los Lamode.

Era de noche y hacía mucho frío. El balneario era oscuro y solitario. Tanto que se podía escuchar el silencio.

Caminaron por el medio de la calle, simulando un paseo de enamorados que disfrutan de una romántica noche invernal.

A medida que se acercaban a la cabaña de sus compañeros, más seguros estaban de que algo andaba mal. Las luces estaban apagadas, no se veía ningún movimiento y había un camión escondido entre las sombras.

Se miraron sin hablar y siguieron caminando. No podían dar marcha atrás, si alguien los estaba observando quedarían en evidencia.

Pero ya no tenían dudas, sus sospechas no eran infundadas.

Ninguno de los dos se atrevía a hacer comentarios, pero los dos sentían en el aire el suave aroma de los pinos mezclado con un alarmante olor a peligro.

El frío y el miedo se apoderaron de sus cuerpos. El temblor era incontrolable.

Estaban cada vez más cerca. Sabían que iban a caer en una "ratonera".

Instintivamente desviaron sus pasos hacia la vereda de enfrente.

Maneco tocó timbre en la casa de un vecino. Afortunadamente, la puerta se abrió y apareció un hombre, que al ver sus caras no tardó en deducir cuál era la situación y simulando alegría por su llegada los saludó efusivamente. Sin hacerlos pasar, susurró rápidamente que se habían llevado a los Lamode con sus tres hijos y que la cabaña estaba custodiada por milicos.

Luego los despidió amablemente, cerrando la puerta.

Ana se sintió desnuda en medio de la helada noche.

Maneco la tomó de la mano y comenzaron a caminar. Había que alejarse lo más rápido posible.

Sus piernas querían correr, pero no podían delatarse.

Tenían que conservar la calma y regresar como si nada estuviera pasando.

No podían mirar hacia atrás, pero sentían que alguien los seguía. Creían escuchar pasos... O tal vez eran voces. ¿O era el cañón de un arma apuntándoles en la nuca?

No hablaban, solamente apretaban sus manos fuertemente entrelazadas, mientras ella se cubría la enorme panza, como queriendo protegerla.

Seguían caminando con la sensación de no avanzar.

Por fin lograron llegar a la esquina y desaparecer. Habían recorrido solamente una cuadra, pero les pareció eterna. Sin duda fue la más larga que recorrieron jamás.

Habían burlado a los milicos, seguían estando en libertad. ¿Pero hasta cuándo? Si habían caído los Lamode, probablemente los próximos serían ellos.

Dado lo avanzado del embarazo de Ana, no podían correr riesgos. Por lo tanto descartaron la posibilidad de volver a su casa. Ya podían estar buscándolos.

Tomaron un ómnibus cualquiera y viajaron hasta llegar al destino. Caminaron unas cuadras y luego tomaron otro. Y después otro. Hasta que amaneció. Y así siguieron todo el día, deteniéndose en algún bar para que Ana tomara un cortado con dos bizcochos, que era lo único que podían pagar. Ella en su estado tenía que alimentarse. Maneco podía resistir sin comer.

Pero se acercaba la noche y había que buscar un lugar donde dormir.

Afortunadamente, él tenía una familia numerosa. Y ése era el mejor momento para visitarla. ¿Qué tía que se digne de serlo no los invitaría a cenar?

Llegaron a lo de Clotilde, que justamente cocinaba para sus hijos, quien les ofreció compartir la mesa con ellos.

El siguiente paso era hacer tiempo, hasta que alguien dijera la frase esperada.

—Ya que se hizo tan tarde, ¿por qué no se quedan a dormir?

Los dos se miraron con alivio y fingiendo sorpresa por lo inesperado de la invitación, aceptaron rápidamente.

Por lo menos había pasado una noche. Recién una noche. ¿ Cuántas más faltarían?

Fueron unas cuantas.

Ana y Maneco se pusieron al día con las visitas familiares y conocieron el destino de alguna que otra línea del transporte colectivo de la ciudad.

Se mantenían comunicados telefónicamente con sus contactos, que los tenían al tanto de cómo iban las cosas y les pedían tiempo para solucionar su situación.

Pero no era fácil dormir todas las noches en un lugar diferente. Cualquier ruido los sobresaltaba.

La oscuridad y el silencio no eran los mismos a los que estaban acostumbrados en su pequeño apartamento de dos ambientes y empinada escalera.

El sonido del ascensor en lo de Clotilde, los pasos en el corredor de tía Oscarina, la llave en la puerta del vecino de Elsa, el espeso silencio en casa de la solitaria tía Dora.

Todo era desconocido, todo era distinto.

Ana soñaba despierta, creyendo escuchar corridas de botas desordenadas acercándose por los pasillos. Y se quedaba alerta, con los ojos muy abiertos, casi sin respirar, esperando los golpes en la puerta que seguramente la llevarían al infierno.

Hasta que por fin amanecía y se daba cuenta de que todavía estaban allí y habían logrado pasar una noche más a salvo.

Todo era como un mal sueño. Como cuando creemos haber tenido una pesadilla y al despertar todo ese horror es la realidad que estamos viviendo.

No recuerdo cuántos días pasaron en esas condiciones, pudieron haber sido cinco o diez, pero para ellos fueron interminables.

Y llegó el momento de viajar. Había que irse del país.

Estaba todo arreglado, sólo faltaba recuperar algo de ropa, principalmente la del bebé, que iba a nacer en cualquier momento.

Pero no podían acercarse a su casa. Sabían que estaba vigilada.

Ni ellos ni ninguna otra persona podía hacerlo.

Había que encontrar la manera de sacar el equipaje sin pasar por la puerta de entrada.

La única forma era pasar por las azoteas y sacarlo por otro edificio.

Y así lo hicieron. Alguien lo hizo por ellos.

El padre de Ana fue el encargado de entregárselos en el puerto, donde ella y su compañero lo esperaban prontos para partir.

Juan los despidió en silencio, con la mirada húmeda y desconcertada.

¿Volvería a ver a Ana? ¿Conocería algún día a su nieta?

Tábata nació cuatro días después de que sus padres llegaran a destino.

Hoy tiene 28 años y va a ser mamá por primera vez.

Zafiro

MUTANTE

Hace pocos años descubrí que para resumir mi niñez existía una palabra: "mutante". Sí, soy una mutante. Este concepto se utiliza para señalar el cambio cultural de una generación en relación a sus progenitores. Así de sencillo... para el sociólogo que analiza estadísticamente los logros académicos y nada más. Mutante.

Claro, para mí la cosa de "mutar" fue un poquito más complicada y dolorosa que para el sociólogo estamparme el sello. Resumiendo: una madre adolescente que fue doméstica rural desde su infancia, un milico rubio, de ojos celestes, muy mujeriego, que se convirtió en mi padre biológico (y pará de contar), una emigración a Montevideo de la joven y su feto, ahora en la condición de empleada con cama. Claro... debiera decirse "con cama, con exceso de trabajo, con una limosna de sueldo" pero... parece que todo eso no cabe en el aviso clasificado, así que lo resumen al término "con cama". Para empeorar las cosas, aunque pareciera que eso ya es difícil, cuando yo ya había sobrevivido más de tres años entre casas de familia, pensiones y niñeras subempleadas, llegó mi hermanita, otra pobre víctima de las promesas de amor y arrepentimiento del mismo padre biológico. ¿Recuerdan aquello de *"el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra"*? Bua, tal cual lo dice el refrán ocurrió, y para ser coherente con su comportamiento anterior, el padre biológico volvió a desaparecer.

De todos estos males, uno se convirtió en mi tabla de salvación: mi hermana. Fue primero mi juguete, a quien aprendí a cuidar, y lentamente fue convirtiéndose en una entrañable compañera de juegos. Debemos tener un récord de horas de payana, elaboración de "comiditas" (hechas con pasto, agua y tierra, en unas ollitas de aluminio que eran nuestro tesoro más cuidado), y en nuestras fantasías ella era "la doctora" y yo era "la maestra". Claro, también estaba el aspecto triste de ser pobres en el barrio Piria, que era tan pobre como nosotras: no teníamos ni saneamiento ni agua potable. Así que, antes de ser mutante, fui

aguatera. La tarea consistía en ir a la parroquia Mater Admirabilis (que tenía una canilla en el patio) con damajuanas de cinco litros o dos baldes colgando de un palo de escoba y un niño en cada extremo del palo. Será porque lo viví que tanto me emociona la canción del Sabalero que dice: *"Chocan los baldes, en la carrera... catalán, catalán, catalán, talán, talán..."*. Cabe aclarar que hoy me emociona y me trae vivos recuerdos, pero maldita la gracia que me hacía en aquel momento: era uno de los símbolos de la pobreza y lo viví con mucha vergüenza durante toda mi niñez. Eso y tener que mentirle a las maestras diciéndoles que sí cuando nos aconsejaban que había que bañarse todos los días... Si ellas supieran qué trabajo daba lavarse en una palangana, zona por zona del cuerpo. Todo esto me hizo vivir la pobreza con un sentimiento de vergüenza que me llevó muchos años de sufrimiento porque no tenía elementos de análisis para darme cuenta de que yo era una víctima de la pobreza y no la responsable de ella.

Me sabía pobre y sucia, y tal vez por eso me escondía en una terrible timidez y me refugiaba en la ávida lectura de todos los libros que las maestras me prestaban los viernes. Lentamente, y con la aparición de un padrastro muy trabajador que nos aseguró la posibilidad de poder seguir estudiando, obtuve la denominación de "mutante". Pude ingresar a Magisterio y ahí sí que sufría mi carácter de pobre, de falta de formación y de información. ¿Cómo reconocer en público que nunca había entrado a un teatro, o que en mi casa la más culta era yo, o que hacía menos de cinco años que había aprendido lo que era una ducha o una cisterna?

¡Todo eso era muy fuerte!

Ni hablar de lo que sentía cuando iba a las asambleas de estudiantes: me fascinaba tanta información y tanta discusión y también me superaba el nivel de formación política que tenían mis compañeros. Me limitaba a acatar las resoluciones de las asambleas y a tratar de entender toda la argumentación de las mismas.

Con mucho esfuerzo, muchísimas horas de permanencia en las bibliotecas y escasas horas de sueño, obtuve mi título de maestra, cuando corría el primer año de dictadura militar. ¡Qué ironía! ¡Tanto nadar para morir en la orilla!

Lea que te lea todo lo que se me cruzaba para poder adquirir algo de

información general que me permitiera desenvolverme como docente, y de pronto la dictadura nos cubrió con un manto de oscurantismo: desaparecieron libros, discos, teatros, compañeros.

Los compañeros detenidos o destituidos fueron suplantados por "cargos de confianza" ocupados por otro tipo de pobres: los pobres de integridad, pobres de sentimientos, pobres de escrúpulos. Parecía mentira pero se instaló en muchas escuelas una psicosis persecutoria que llevó al extremo de instalar en los salones sistemas de intercomunicadores, mediante los cuales se escuchaban las clases que se impartían. Como yo trabajaba en una escuela de un barrio pobre, cuyos recursos no permitían esas sofisticaciones, la táctica era obligarnos a trabajar con las puertas abiertas durante las clases de historia, especialmente si en ellas se iba a hablar de Artigas. Semejante subversivo ese tal Artigas.

Y para qué recordar todos los autores que estaban prohibidos. Y no sólo autores o cantantes. No. Recuerdo casi con hilaridad un alboroto que se armó con una maestra de primer año que tenía entre los libros de cuentos de sus alumnos uno en el cual aparecía en la contratapa un sellito de un centímetro cuadrado con un martillo y una hoz porque la editorial era soviética. ¡Cómo no se había dado cuenta la maestra que eso era una propaganda subliminal, de alto peligro para un niño de 6 años!

En medio de tanta demencia y tanta mediocridad, tanto cargo de confianza y tanto intercomunicador, lo que estos pobres seres no pudieron percibir fue la capacidad que muchos maestros teníamos para ir detectando a aquellos niños excesivamente angustiados o inquietos, o aquellas personitas apagadas, con las miradas perdidas en medio de un gran dolor.

Tal vez fuera el mismo sentimiento que me unió a mi hermana durante tantas horas de payana lo que me permitió tender puentes a través de una caricia, una mirada o una pregunta, mientras compartíamos el "banco Varela". Esos gestos los intercomunicadores no captaban.

Alcanzaba con eso para llegar a la confesión temerosa de que algún ser querido ahora "no estaba en casa". Comenzaba entonces un ir y venir cómplice de saludos, la compra de artículos manufacturados, primorosamente y, a veces, algunos "boniatos". Conservo como reliquias algunos regalos que son verdaderas obras de arte en miniatura, fruto de muchas horas de llenar soledades y distancias, y que eran la forma

de darme las gracias por esos puentes tendidos a pesar de tanto control. El violar tanto control, además de tener la amenaza de pérdida del cargo, tenía el atractivo del desafío. Para una mutante, después de vencer lentamente el complejo de pobreza, era casi una obligación ayudar a otros a ser también mutantes. Y si esos mutantes además eran seres sensibles, solidarios y reflexivos, la misión estaba cumplida y en parte compensaba mi sentimiento de frustración por no haber sido capaz de hacer algo más comprometido.

De forma que el planificar las actividades a desarrollar en clase, introduciendo temas y autores proscriptos era todo un compromiso. Nunca olvidaré aquel día, durante una visita de inspección, a cargo de una energúmena secundada por una directora enferma de odio hacia la izquierda, en la cual se había instalado un clima enrarecido de desconfianza hacia mi selección literaria y el enfoque histórico dado al curso. Me habían paseado por todos los temas más áridos de gramática, por el modo subjuntivo, las áreas de los octógonos, la clasificación de los poliedros y la mar en coche... cuando de pronto un exquisito y aplicado alumno asoció la gramática al texto que habíamos estudiado en días anteriores y me interrumpe, visiblemente contento y me dice: "*¿Viste, maestra, que al que escribió 'Relato de un náufrago' le dieron el premio Nobel de la paz?*" (se refería a Gabriel García Márquez, que había ganado el premio Nobel de literatura).

Nunca supe qué me alegró más: que mi alumno fuera capaz de recoger esa información y trasmitírmela con cómplice alegría, que se hubiera reconocido el valor literario de García Márquez, o el ataque de odio que sufrieron quienes me estaban inspeccionando. Para qué les voy a contar las amenazas, advertencias y amonestaciones que me largaron como latigazos.

Pero no fue la única ocasión de censura que debí afrontar. Otra de las más significativas fue en ocasión de estar trabajando, en un sexto año, con la grabación de un programa sobre vida y obra de Artigas, realizado por CX 30, La Radio, y en el cual personificaba a Artigas nada más ni nada menos que Alberto Candeau. No sé si me agarraron con la guardia baja, si "me quemaron", lo cierto es que fue como si hubiera estado repartiendo armas y municiones a los subversivos. No había argumentos que aplacaran el odio y el rechazo, no importaba que este

programa no hubiera sido censurado y que fuera históricamente fiel. Había temas que no se daban y punto, y la razón era porque no y punto. La cosa es que me las ingenié para trabajar sobre la audición de los 12 capítulos íntegros y punto, y porque sí y punto.

Modestamente fui participando en las reuniones que dieron origen a ADEMU y modestamente fui sintiéndome mutante en otros aspectos en los cuales no había tenido posibilidades antes de actuar.

Mutante, sí... lentamente... dolorosamente... pero con el convencimiento de que siempre se pueden lograr cambios, en uno y en los demás.

Cronopia

TESTIGOS DESDE LA ARENA

Todos, o casi todos nos hemos maravillado con la fibra optimista de *La vida es bella*, de Benigni, donde el más terrible de los genocidios de la humanidad es visto como un juego de niños. Esa pequeña y casi invisible línea que separa todo lo grotesco y horrendo de la humanidad, tornándolo en parodia risueña, aun en las más dolorosas instancias que nos toca vivir.

Y gracias a ese minimizar del dolor que nos enseñaron nuestros padres es que pude, a través de mi vida, afrontar hechos personales que quizá con otra formación hubiese sido imposible superar.

Todo el Uruguay sabía que la mano venía brava, era difícil suponer que éramos un pueblo feliz cuando veías las interminables caravanas de camiones y tanques circulando en el eterno ir y buscar "sediciosos" por todos los rincones del país.

Nosotros vivíamos lejos de todo centro poblado, sobre la ruta Interbalnearia, rodeados de árboles frondosos y arenas blancas eternamente pacíficas y paradisíacas. Era fácil levantarse y ser optimista en aquel rincón del planeta y era fácil también que todos los habitantes locales supieran lo que hacían los vecinos, lo que pensaban y hasta lo que votaban, y esa es la piedra fundamental de este recuerdo:

Sabía cada uno de nuestros vecinos que éramos de izquierda, o mejor dicho, que mis padres eran de izquierda, y como las ideologías políticas son contagiosas (sobre todo las malas), por ende mis hermanas y yo éramos "pichones de comunistas".

Los meses de verano eran fantásticos; nuestro balneario tenía dos características extremas: los turistas eran coroneles, tenientes, etcétera, o eran de izquierda, de esa izquierda combativa y fuerte que todos conocemos. Estaban muy marcadas las diferencias políticas, cosa que en realidad no molestaba demasiado, porque los militares venían realmente de vacaciones y "soportaban nuestra existencia" y hasta podíamos jugar algún partido de vóleibol. De algunos coroneles guardo gratos recuerdos porque eran realmente buena gente, al menos con nosotros.

Los meses duros eran los de invierno, porque éramos los únicos a quienes cuidar.

El síndrome persecutorio es un estigma que nos dejó la dictadura, quizás incurable, como en mi caso: si de noche escucho el ronronear de un motor cruzar el silencio, quedo alerta, mis sentidos se agudizan y algo se inquieta en mi psiquis dormida; es el recuerdo.

Papá era el rematador de la zona, conocido frenteamplista, y antes de la 1001, y antes de todos los tiempos batllista; mamá más tímida para expresar su ideología se limitaba a votar y acompañar los mitines con los tamboriles pintados de rojo, azul y blanco.

Nos parábamos en la ruta bandera en mano, mis padres, mis hermanas y yo, casi niñas, y el primer ómnibus o camión que pasaba hacia el lugar de los acontecimientos políticos nos levantaban; vieron, niñas, esto es ser compañeros.

Difícil sería creer que en aquellos tiempos nos dejaran en la ruta, en medio de la nada, a una familia íntegra, con los colores y el fanatismo a flor de piel.

Inolvidable aquel acto en Maldonado donde cientos de antorchas reflejaban luces en los fríos escudos de acrílico, los milicos uno al lado del otro, como en las películas de los nazis, escudo y casco, casco y escudo y las botas impecables que emergían de aquellos uniformes. No recuerdo qué edad tenía, era niña y mamá me abrazaba con miedo y orgullo, mis hermanas ya más grandecitas miraban con desprecio y odio al milicaje, y yo ahí sabiendo que pertenecía a lo que llaman pueblo, rodeada de antorchas, sin miedo, sin orgullo, sólo ahí porque ése era el inicio de mis orígenes.

La lucha por la supervivencia fue brutal, tener unos papás comunistas en aquel tiempo era igual a "morite por pichi".

Cuando una persona interesada en realizar un remate aparecía en el balneario, algún buen vecino (siempre hay alguno) advertía: *"¡Ah!, va para la casa de los tupamaros"*, y el horror se pintaba en los rostros de los desprevenidos visitantes que huían en busca de otro martillero menos conflictivo; así que hubo que agudizar el ingenio, ese amigo inseparable de todos aquellos a quienes por una u otra razón se los limita.

Teníamos "la poderosa", una escopeta de dos caños, bastante vetusta pero eficiente, y la magnificencia de la naturaleza en completa armo-

nía a nuestro alrededor, así que cuando llegaba la primavera comenzaba la diversión, al menos para nosotras las más jóvenes, y simple, real, instinto por la supervivencia de sus crías, de nuestros progenitores, así que ¡a cazar! Jaureguiberry era una extensa faja de pinos con enormes lagunas, cada una de ellas bautizada por nosotras; la más grande, rodeada de blanquísimas arenas, "Carapé", por nuestro enorme perro blanco, las pequeñas unidas entre sí, "Coffe" y "Pillín", los geniales perros realizadores de grandes hazañas domésticas.

Ensordecía el aire el golpe seco del gatillo, el olor a pólvora surcaba el espacio, y en un remolino de agua, alas, graznidos, quedaban allí algunos patos silvestres, nunca sabíamos cuántos; las primeras veces papá entraba en el agua a recoger las infortunadas aves, después de un tiempo Coffe (el perro), comprendiendo lo limitados que somos los seres humanos, que tenemos que sacarnos las botas, remangar pantalones, etcétera, en un gesto de humanidad perruna comenzó a tirarse él a buscar las presas; iba y venía entre aplausos y gritos de alegría familiar.

Ya en casa, mamá, experta maga hacedora de milagros culinarios, en la cocina a leña que tenía ese gustito a criollo, a humildad, a amor, revolvía, mezclaba, aceitaba y en ese mejunje fantástico que llamaban cocinar (aún hoy desconocido por mí) nos deleitaba con los platos más ricos que comí en mi vida; pato, no importaba cómo, siempre eran exquisitos.

Ese ambiente silvestre sirvió para una reidora anécdota familiar. Para mi raciocinio infantil, todo lo que estaba en la laguna en el fondo de la casa se podía cazar, así que un día corrí maravillada a buscar a papá: *"Traé la escopeta, rápido, la escopeta"*. Él pensó en una enorme bandada de patos, y grande fue su sorpresa cuando se encontró con una vaca enorme, seguramente de "el Toto", vecino que suministraba la leche a todo el balneario. Pero es una vaca, no puedo matarla. *"Dale papi, está en nuestra laguna, así que es nuestra, qué rico para chuparle las costillitas."* El hecho quedó en el álbum del recuerdo, por supuesto la vaca se salvó de mi instinto asesino.

El peor golpe o uno de los más dolorosos porque fue el primero, ocurrió en días de secundaria, yo llegaba estrenando mi adolescencia con el uniforme azul, cuando mamá con los ojos bañados en lágrimas me abrazó y me dijo: *"Se llevaron a Beatriz, la llevaron presa"*. No puedo describir el desconcierto; Beatriz era una institución en la zona, ella había

desaznado a varias generaciones de niños costeros, incluyéndome, ella era la única e irrepetible maestra, la más grandiosa de todas las maestras, mezcla de madre, sargento (sí que nos rezongaba), de incansable todo. Si un niño tenía problemas de salud, ella solucionaba el traslado, la operación de Iris, los dientes de Horacio, las lombrices de aquella niña morocha y alta cuyo nombre no recuerdo, la rebeldía de Beto, las travesuras de Mario y mis delirios de niñita mimada, todo lo manejaba con sabiduría, ternura o decisión. Su sueldo no era de ella, era para la escuela; su entrega total. Era del partido, sí, y todos lo sabíamos.

La explicación que me dieron me dejó absorta en meditaciones de injusticia.

¿Té acordás de la bandera? Los jirones viejos, sucios, que ya no se sabía qué era –reconstruía en mi mente–, que cuando yo estaba en cuarto año intentó cambiarla y no mandaron otra, dicen que los quemó. Quemó, ¿qué quemó? Esa bandera.

Un padre la denunció. Denunciar estaba de moda. Pero a Beatriz no, no es posible, no es justo, no debe estar presa. Lloré y lloré todo el llanto que puede tenerse a los 12 años; sentí y lo recuerdo bien, un vacío doloroso por dentro, un algo inexplicable que después se hizo un sentimiento casi cotidiano, el dolor de la injusticia, de la impotencia, que creció junto, que desde ese día maduró conmigo y aún hoy lo siento cuando miro el informativo; cuando veo mi Uruguay temo envejecer con el retorno constante de ese dolor.

Las "grandiosas" Fuerzas Armadas, orgullosas de su omnipotencia se hicieron presentes. Allanamiento. Recordamos las advertencias de papá: ¡Ojo! ¡Son brutos, chorros y te plantan cosas! Días antes asistí al funeral (por suerte) más curioso de mi vida. Mamá con su instinto de protegernos tomó por la fuerza a la biblioteca, ante las desgarradoras lágrimas de Elizabeth, fanática de los libros, las protestas, los intentos de las tres de salvar el único y grandioso póster del Che (como ése, ningún otro tendrá el poder de aquel baluarte cuco; los que entraban en nuestro cuarto y eran de derecha se encontraban con esos ojos negros ocupando todo el espacio en un grito de: ¡Las ideas no se matan! Lo incómodos que se sentían, las toses molestas. Los niños producto de hogares tradicionalistas, con la continua pregunta, ¿quién es? ¡Ah! Es un cantante de moda, ¿no lo conocés?... Y nuestras risas. No quiero otros

Ches en mi vida, hoy hay uno en el cuarto de mi hija con grandiosas firmas en su reverso, pero no es el mismo cómplice compañero de mi juventud. Libro por libro fue examinando hojas, recortes, los diarios *El Popular*, *Marcha*, *La Unión Soviética*, el fantástico y nunca leído por mí, *Libro Rojo* de Mao, *El capital*, y no sé cuántos otros títulos, autores, poetas, cancioneros; sí, todo estaba prohibido, sobre todo la cultura; el simple hecho de tener una biblioteca ya te convertía en sospechoso, sospechoso de tener cerebro, una idea, un pensamiento; la ignorancia es la mejor arma de los gobiernos. Papá con desgano y bronca colaboró con el funeral, muchos, muchos libros fueron enterrados bajo una acacia, muy empaquetados, envueltos en nailon. *"Esto va a durar poco, después los sacamos"*, consolaron a Elizabeth. ¡11 años! Cambió el arenal, las acacias, los árboles permanecen allí, en algún lugar nunca más encontrados, mudos testigos de la intolerancia para las generaciones futuras, algún día encontrarán nuestros restos ideológicos y sabrán por qué y en qué tiempo se es uruguayo.

Moto con *sidecar* (aún se ríe papá, "como en la guerra").

Camiones, metralletas, fusiles. En segundos, la blanca arena cubierta de cascos y cuerpos temerosos empuñando armas, deseosos de matar, de ser fuertes; un hombre y tres jóvenes. Mamá no estaba, y el consabido tirar todo, manosear, hurgar en los rincones, en la intimidad del hogar, olor indescriptible a violación, a odio; nosotras inquisidoras, también, *"Che, nena, qué mirás"*, dice un verde que no recuerdo el rostro, mi respuesta pronta e impensada *"Que no me robes nada"*. Silencio y los ojos de papá alerta, una sonrisa grasosa, un mirarse entre ellos con las manos metidas entre los calzones de jovencitas sospechosas.

"Aquí un libro de Cuba", dice otro con el trofeo en las manos hacia el oficial que papá (hábil conversador) intentaba convencer de que no se llevara la escopeta (sin guía, sin propiedad). ¿Un libro de Cuba? –quedamos tensos–, ¿cómo se nos pasó?, ¿cómo se escapó del ojo inquisidor y agudo de mamá? Nervios; el oficial se ríe con desprecio *"Esto es arte"*. Y la carátula del libro mostraba líneas rojas, amarillas, negras, y en grandes letras geométricas... *El cubismo*. El pobre miliquito creo que nunca entendió de qué se trataba. Así cada espacio interno del ranchito fue escrutado, manoseado, revuelto, no hubo violencia, ¿no la hubo?... Entonces ¿por qué ese sentimiento tan conocido dentro de mí?

Un vecino del balneario denunció que aquí "escondían tupamaros". El oficial deja la escopeta en brazos de papá, *"Regularice esto"*. Ganamos, la poderosa se queda en casa.

La rebeldía familiar se instauró como medida de tortura a nuestros perseguidores, descubrimos primero con temor que todas las noches en la ruta paraba una chanchita y dejaba milicos que nos vigilaban. Cuando nos acostábamos, al rato sentíamos arrancar el vehículo; así sin planearlo todos los cinco entramos en el aguante. ¿Querés vigilar? ¡Genial!

Abríamos las cortinas y nos sentábamos junto a la cocina que papá alimentaba con leña sin cesar. La una de la madrugada, las dos, las tres, llegamos a batir récord las noches más heladas, más gélidas, las cuatro, las cinco, los perros ya ni les ladraban a los milicos, casi de la familia eran, horas y horas allí, torturados por nosotros, indefensos frenteamplistas, vengativos de los plantones de compañeros en los cuarteles; sufran, los perros cerca del fuego, útero de la casa y ellos allí entre las acacias que en agosto se vestían de amarillo, tiritando; papá llegó a salir y tirarles la yerba del mate encima y ellos allí odiándonos, creyéndose invisibles bajos los arbustos, y de tantas horas leyendo, riendo, inventando, nos hicimos artesanos. Todo, absolutamente todo tiene su lado bueno, como en *La vida es bella.* Nos unimos tanto, pasamos tantas necesidades juntos que el ingenio, como yo dije antes, vino a salvarnos y nuestras manos, manos enriquecidas por la rebeldía, aprendieron todo, todo lo que se puede hacer con ellas además de acariciar; cosimos, bordamos, dibujamos, tallamos madera, huesos, diseñamos collares, caravanas, esculturas y hoy somos ricos de habilidades gracias a aquellos años de aguante nocturno; mientras ellos esperaban violencia, armas, nosotros nos inventamos un maravilloso legado de artesanías y amor filial.

A los 18 años un coronel, prefiero olvidar el nombre, me quiso hacer entrar en el Palacio Legislativo: *"Aprovechá* –me dijo–, *yo sé que sos zurda, pero si no fueron presos será que no están metidos en nada, quedás de por vida ahí, ganás un buen sueldo y te salvás"*. Ni siquiera lo consulté con mis padres. Dije no, un no desconcertante para un hombre que creía que era pobre, y sí, no teníamos dinero, descosíamos ropa y hacíamos prendas únicas e irrepetibles, novedosas, que lucíamos sin prejuicios; no tenía dinero, pero sí tenía algo que aún mantengo: dignidad, y se hacía impo-

sible aceptar trabajo de la mano que sospechaba (luego se confirmó) torturaba mujeres en la cárcel, mujeres como mi Beatriz, la maestra única, admirable.

No, y a veces cuando miro el hoy y mis manos que no paran de inventar (tuvimos que dejar los estudios) pongo en la balanza del recuerdo esa oferta y dudo si fue lo correcto, pero en el espacio sin nombre que tenemos ahí dentro de nosotros algo se regocija y me reconforta.

En esos días en mi casa se compartió todo lo que teníamos con caminantes que pasaban por la ruta. Papá los hacía entrar y sentarse a la mesa, era habitual tener un desconocido compartiendo la magia culinaria de mamá: donde comen dos comen tres, es verdad; dimos vivienda a gente desconocida, *hippies* pacíficos, familias íntegras, primos, vecinos, una supuesta princesa gitana, se sucedían en los años sin cesar. Se trata de igual a igual; a un abogado como a un pordiosero. Aquí lo único que miramos es si respetan la casa y si son buenos con nosotros, era y es el lema familiar. Si tratábamos de protestar por tanta gente diversa que invadía el ranchito, nuestros padres decían: *"Estamos en guerra y es el pueblo que tiene que ayudarse"*.

Hubo días de verdadero, profundo e insospechado dolor cuando Laura murió; la última vez que la vi fue en el club junto a su novio, discutiendo sus ideales ante un grupo de jóvenes que no la entendían. Cuando Héctor, el papá de Lucía, desapareció en Buenos Aires; recuerdo lo buen mozo que era, sus hermosos ojos heredados por su hija, niña que yo adoraba, peinaba sus rulos recogidos, por horas en la playa y ella con aquella mirada de candor indefinido, gris-azul-verde, me devolvía una sonrisa. El tiempo y el dolor los separó de Jaure.

Cuando al primo Jorge, el querido primo, en medio de una manifestación de maestros un soldado le disparó y le cortó media oreja, dimos gracias a Dios que estaba vivo; la confusión cuando en la radio dijeron el maestro Jorge y por las dudas papá, con los últimos pesos que teníamos, se largó a Montevideo, ¿y si era él? Aunque no es maestro.

Los comunicados interminables, los rostros de todos los requeridos, de todos los prohibidos; la maldición de la dictadura, el reconocer la intolerancia, aprender desde la trinchera de una idea el olor que tiene el poder de la fuerza, el sentir hoy, después de tanto tiempo, que ellos aún creen que "salvaron la patria".

La patria, señores, somos todos, cada uno de los habitantes que ocupa este pequeño espacio de América, aun fuera de esta tierra, en el exilio, o muertos, enterrados, aun somos patria, Uruguay, país, todos y cada uno de nosotros y aun ellos, los que tanto dolor causaron son parte nuestra y de nuestra historia, inseparables ya, aunque nos pese llevarlos con nosotros.

Mi formación me hace decir presente aún hoy en cada movida política y vemos hijos y nietos de los que nos señalaban y denunciaban, con banderas reclamando igualdad, soñando con un tiempo electoral y a pesar de ser nada, de ser anónimos, de ser una minúscula parte de este pueblo combativo, nos sonreímos y recordamos cuando Jaure era un enorme monte con lagunas y sobrevivimos gracias al amor, a la creación y a la terquedad de los que eligen un ideal y saben esperar. Y seguiremos esperando porque quiero creer en la justicia y algún día dejaré de sentir ese extraño sentimiento que me acompaña desde hace treinta años, que tiene gusto a impunidad, a impotencia, a dolor contenido, a abismo interior: ese extraño sentimiento producto de aquellos años brutales que no olvidamos.

Jaureana

LA RESISTENCIA DE LOS SOLOS

Yo tenía 16 años. Repetía mi primer año de preparatorios. Y no sabía muchas cosas.

Repartía mi vida entre la militancia, los exámenes, de vez en cuando algún baile y por sobre todas las cosas me enamoraba muy seguido.

Sufría por amor mientras leía el *Libro Rojo* de Mao y el arquetipo del "hombre nuevo".

La vida era siempre compartimentada entre lo que se debía hacer y lo que no. Entre aprender la fecha exacta de aquella batalla de Napoleón y vivir el alegre riesgo de manifestar por Montevideo con volantes y *molotov.*

Sabía, por ejemplo, que algo más estaba pasando en ese otoño del 72.

Los compañeros susurraban las malas nuevas y los pasos a seguir. El informativo en la tele gritaba cosas que no podíamos creer. (Habían mentido tantas veces...)

Al Flaco, mi amigo, lo estaban buscando. Ya se habían llevado a otros, así que quedábamos sólo los que poco podíamos hacer.

Busqué dónde esconderlo. Y en una noche de invierno decidí faltar a las dos primeras materias para ubicarlo en algún lugar.

Encontré una pieza oscura, al lado de la vía, cedida por uno de esos que nosotros llamábamos lumpen y que fue el único que nos dio una mano, porque la cana y el miedo habían hecho sus estragos.

En aquellos días en el pueblo las cosas más terribles transcurrían lentamente, como quien se levanta una mañana, se lava los dientes, sale a la calle y saluda al vecino. Así uno iba a la esquina de siempre en la plaza, donde estaban los pibes lindos que había que mirar al pasar... y resultaba que allí no estaban y ahí no más te enterabas que no se podía ir por la casa a buscarlos porque era peligroso.

Que las ventanas cerradas y la ropa colgando en la cuerda en la casa del compañero con el que preparabas el examen del lunes sería una señal inequívoca de que ya no estarían, de que habían desaparecido en la madrugada con rumbo desconocido.

Y así llegó el invierno del 73. Yo tenía algunos previas del año anterior y el rezongo de mi vieja que no quería que siguiera estudiando porque tenía miedo de que me pasara algo.

¿Algo –decía yo– en el liceo... que era como mi casa?

Así que arremetí con mi segundo año de abogacía.

A esa altura quedábamos pocos y nos sentíamos con algo de culpa. Para decir la verdad, culpables y extraños, entre gente que no conocíamos, nuevos estudiantes y profesores puestos a dedo, o mejor dicho a venias.

¿Quiénes éramos nosotros, ahora?

Con un general de director liceal. Peleando contra las primeras circulares que hablaban de pelo corto y uniforme. Si en los cuarteles los compañeros y compañeras se volvían amnésicos, amnésicos y locos.

¿Y la revolución... y el *Diario del Che* que habíamos tenido que enterrar?

¿En qué espejo nos reflejaríamos ahora?

A las ocho de la noche de cada día la perplejidad se apoderaba de todos.

Es que los inquisidores de uniforme nos mostraban por TV a los amigos, los familiares, al vecino de enfrente.

Nunca tanto como a nosotros mismos.

Los 17 años nos permitían varias cosas... llorar por los que no estaban y por lo que sospechábamos les estaba pasando. Cuidar nuestro pellejo en los momentos de lucidez y enamorarnos una vez más como nunca.

Había sido ya el golpe de Estado, la huelga general, la manifestación en 18.

Campeaba la censura, como todo el mundo la conocía. Aunque en un alarde de creatividad "los muchachos" habían inventado la censura previa. *Papillon* era comunista, besarse en público era inmoral y un general de cuarta, un tal Latorre, se convertía en héroe nacional.

En la TV, que siempre hace los deberes, nos enseñaban que "el silencio es salud", que se dice "la ministra" y no "la ministro".

No le dimos bolilla a las lecciones y formamos en cambio una comisión de fomento en el barrio para construir una parada de ómnibus, porque en invierno la espera en la cuchilla se hacía dura.

En la comisaría nos dijeron que en la lista de integrantes que había que presentar para que nos dieran los permisos no podía figurar "el Tano", aquel vecino de toda la vida que tocaba la Internacional en el

piano de mi casa. La verdad, tenían razón, había sido una desprolijidad de parte nuestra. Le mandamos otra lista y el día que comenzó la construcción el Tano fue quien colocó el primer ladrillo.

Había pasado un año ya del golpe y en la barra diezmada, pero barra al fin, cumplimos los 18 años.

Inocentes y desafiantes marchamos a Canelones, a la Corte Electoral sí, y todos, todos nos sacamos la credencial.

También estaban las navidades, los fin de año, y los cumpleaños de 15.

A pesar de los permisos que nuestros mayores debían sacar para reuniones de más de tres personas, siempre estaba el momento del brindis para recordar a los que no estaban.

Ceremonia que cumplimos disciplinadamente cada 31 de diciembre durante todos los años de la dictadura.

Yo me había vuelto a enamorar y conocer a otras personas y a esa altura me había quedado con las ganas de estudiar en el IPA filosofía, porque bueno... lo habían cerrado y yo no sabía cómo seguir con esto del estudio y la resistencia.

Me enamoré tanto esa vez que tuve un hijo, justo en el año del plebiscito.

Ese año parí ¡y estrené la credencial!

Nos habíamos comprado el JVC y los extraños sonidos de la onda corta llenaban mi cuarto y acunando a mi bebé aparecía la voz de Zitarrosa o Los Olima, que desde Moscú u Holanda nos traían noticias de aquí nomás.

A esa cita no se podía faltar.

Íbamos a Buenos Aires a visitar amigos y en sus plazas por las noches comparábamos nuestro cielo con el de ellos, más apagado y con menos estrellas.

No se hablaba de pozos, pero las frenadas de los autos nos ponían nerviosos. Fue a los pocos meses que me enteré qué era ACNUR y sus hoteles.

Porque Luis, un viejo amigo, vino a despedirse, se iba no se sabía bien si a Francia o Suecia, porque su mujer estaba requerida y se había pasado todo el embarazo encerrada en una pieza, con miedo de salir a hacer los mandados y no volver.

Nos pareció todo muy dramático. Como todavía las gentes se despedían en los puertos, allá fuimos con mucho dolor y sin pañuelos con

que agitarlo y espantarlo de nuestro pecho.

Lo vimos subir al Vapor de la Carrera, la primera escala del exilio.

Cada casa de los solos escondía algo, en cada habitación había un conspirador que soñaba despierto.

Por eso cuando a "los muchachos" se les ocurrió cortar los árboles centenarios de las avenidas del pueblo, para nosotros se transformó en la gran causa... y aunque efectivamente los cortaron y en su lugar plantaron una ignominiosas palmeritas, les cruzamos por arriba con cara de peatón distraído todas las veces que fuera necesario, así como no respetábamos los ridículos semáforos que también habían colocado. ¿Semáforos en el pueblo?

Fue tal la indiferencia militante aplicada que un día simplemente se murieron y dejaron de funcionar.

Era difícil mantener la antorcha, así que a través de "no asambleas plenarias" y las inexistentes "mesas ejecutivas" hubo que ensayar miradas cómplices en los lugares públicos, llorar a solas, no mostrar las flaquezas. Hablarle a mi hijo de "lobitos buenos" y "corderos malos" antes de que supiera que de verdad había lobos malos y corderos efectivamente buenos.

Subvertir el orden se había transformado casi en una obsesión, tanto que me enamoré nuevamente, justo cuando no debía. Y fue ahí que aprendí que había amores reaccionarios y otros gozosamente liberadores.

A todo esto ya había usado la credencial más de una vez. Y había aprendido una nueva manera de usar las cacerolas.

Se daban fuerte golpes con tapas, cucharones, ollas... o lo que tuvieras a mano, se hacía un prudente silencio en el medio y cuando ya estabas al borde de la decepción ... aparecía de la oscura noche del pueblo otra cacerola sonando a lo lejos, diciendo aquí estoy. Esas noches eran mágicas.

De todas maneras a la mañana siguiente no se podía poner en palabras el lenguaje de las ollas. Y había que callar disimulando.

No sé por qué un día empecé a querer más a los viejos... al que corría junto a mí para alcanzar el ómnibus y a Pablo, que ya sabíamos que no lo íbamos a ver más. Incluso a los que ignoraban lo que estaba sucediendo.

Inmediatamente asocié este estado a la lógica solidaridad que debe tener todo militante. Pero no... en ese momento aprendí que esto me venía del alma y que no necesitaba de argumentos ideológicos. Algo que había

sentido desde siempre y que había nombrado con otros nombres.

Ese afecto que mi pudor no podía llamar amor... y que también lo sentía por la patria, por aquellas fronteras de las cuales había renegado tanto.

Nunca perdoné las rejas que rodearon al liceo. Nunca.

Así que me dio vergüenza ajena cuando les dimos la bienvenida a los profesores destituidos o presos que volvían a intentar recuperar su lugar.

Quería pedirles perdón por no habérselo cuidado como correspondía.

Pero... es que así fue la resistencia de los solos.

Alagua

ESCRIBIENDO CONTRA EL OLVIDO

"A la muerte física, los verdugos agregaron la segunda muerte del olvido y el anonimato."

Luis Sepúlveda

13 de enero de 1974

Nada nos hacía pensar todo lo que a partir de ese momento viviríamos por años, ni las consecuencias que quedarían en nuestras vidas, en las de nuestros hijos, en nuestra tierra.

Domingo de mañana, caluroso, hermoso, Carmelo, 7.30 de la mañana; dormíamos porque nos habíamos acostado tarde y era justamente domingo. Nos despertaron los golpes y los gritos en la puerta. Mi marido saltó de la cama y fue a abrir. Casi lo voltean; entraron corriendo, nos apuntaron con las metralletas. Golpearon muebles, tiraron cajones, revisaron estantes, arrojaron al suelo ropa. Todo era desorden y nerviosismo.

Pero lo más traumático fue el despertar de nuestros hijos. Los golpes y los gritos los sacaron del sueño: José Luis, 12 años y Carlitos, 11 años, fueron arrancados bruscamente de sus camas, sentados en sendas sillas, y allí, en su habitación, vigilados por un guardia que les apuntaba con su metralleta. El procedimiento llevó algo más de una hora.

Mi inexperiencia o ignorancia no me hicieron pensar que ése era el principio de un penoso período que viviríamos, o mejor dicho padeceríamos. Tampoco pensé que se llevarían a mi marido. Todavía era la época en que uno creía que "si no has hecho nada, nada te puede pasar".

No vivimos el saqueo que le tocó a otra gente; sobre la cómoda había dinero, que el día anterior habíamos ordenado para pagar cuentas el lunes. No lo tocaron.

Así comenzó esta nueva historia de nuestras vidas. Se llevaron a mi marido, aún hoy cierro los ojos y veo los suyos muy abiertos, perplejos, mirándome. Me parecía que me pedían ayuda. Nos dejaron desolados, angustiados, llenos de miedo y rencor. No pude llorar, porque mis hijos me miraban buscando apoyo, consuelo y también explicación. Ese día no me dieron las fuerzas para ordenar la casa.

Sabíamos que las Fuerzas Conjuntas andaban haciendo procedimientos, llevándose gente para "indagarla", pero no se nos ocurrió que llegarían a nosotros. Y no se nos ocurrió porque nuestros códigos no eran los suyos. Mi marido era militante del Frente Amplio, del Partido Socialista y edil departamental. Yo también tenía militancia y era presidenta de la Asociación de Maestros de Carmelo. Pero, desde junio de 1973, habíamos dejado todo, por lo tanto no habíamos infrigido ninguna ley. Y repito, en esa época todavía creíamos que si no habíamos hecho nada, nada nos podía pasar.

Pero la dictadura nos enseñó que primero se es culpable y después se debe demostrar lo contrario. O intentar demostrarlo.

El después

Comenzaron los días de incertidumbre, desasosiego, dolor. No sabíamos qué hacer. *"Se llevaron a José Luis"*, era todo lo que repetía a compañeros, vecinos, por teléfono, a su madre, a mi familia.

Pasaron los días. Me levantaba a las 6 de la mañana y me sentaba en la vereda, mirando, esperando; ¡qué ilusa!, creía que en cualquier momento vería desembocar por la calle 19 de Abril a José Luis y que todo sería un mal sueño; estaba convencida de que no podía ser real lo que estaba viviendo.

De aquí en adelante lo mío no fue vida, yo lo calificaría como sobrevida, con heridas todos los días, cada vez más profundas, más difíciles de curar. Muchas de ellas aún están latentes; tengo la esperanza que el poder contar mis vivencias me ayude a liberarme de muchas de ellas.

La espera la hice por semanas, pero ya se ocupó el tiempo de aclararme que íbamos a vivir el drama de nuestras vidas; la amarga experiencia que nos marcó como personas y como pareja, pero –lo más lamentable– cómo marcó a nuestros hijos.

Yo estaba de vacaciones, así que me dediqué a preguntar, buscar, ir a la comisaría, allí lo habían llevado, luego al cuartel de Colonia. José Luis, como otros compañeros, "no estaban en ningún lado".

A este dolor se agregó uno más: el diario *El País* publicó una historia armada por militares y civiles, seguramente carmelitanos, *"todos los detenidos formaban una banda extremista que, entre sus objetivos tenía la vola-*

dura del puente que cruza el arroyo de Las Vacas, pondrían bombas en distintos comercios y en el molino harinero". Según el diario, traían armas de la Argentina, poseían botes, etcétera, etcétera.

Al llegar el diario a la agencia de ONDA, una multitud estaba esperando, gente que se peleó por un ejemplar, empujones e insultos y el diario que no llegó a los puestos de ventas; se agotó allí mismo.

Mucha gente empezó a cambiar. Ya no eran los vecinos con los que todos los días nos saludábamos. En los comercios me trataban con indiferencia y desprecio. ¿Miedo?

En algunos momentos pensaba que había terror y en otros pensaba que la propaganda, junto a las visitas que cada dos días hacían las Fuerzas Conjuntas para llevarse más gente, estaban dando resultado.

Y no sólo hablo de ese momento; la propaganda contra la izquierda venía de mucho antes, y estoy convencida –ahora que vivo en Montevideo– que en el interior cala más hondo y que ésa era la oportunidad para demostrar que nosotros éramos los enemigos de la patria, de las instituciones, de la democracia. También era una buena oportunidad para destruirnos, aniquilarnos. Hoy creo que las dos hipótesis son valederas, fueron y serán para siempre.

La escuela

En el trabajo mis compañeras me trataron como siempre; sin tocar el tema, no sé si para no comprometerse o tal vez consideraban que el silencio era la mejor manera de dejar correr las cosas.

Tuve, tengo y tendré una gran vocación por la enseñanza, así que entrar todos los días a la escuela me sacaba del drama, volvía a los problemas comunes, a los niños, a la vida. Y al salir de ella, el peso de la incertidumbre, de la soledad y de la angustia se instalaba otra vez.

Mis hijos

Suerte que mis hijos me acompañaron tanto y los tres formamos una unidad acorazada que nadie pudo vencer. Hasta el día que se llevaron a su papá, la relación entre hermanos era la común de dos niños casi de la misma edad que discuten, se pelean y a veces se ignoran. Pero ese hecho los marcó tanto que, a partir de ese día, jamás pelearon, todo lo

contrario, parecían uno solo. No estoy diciendo que eso fue malo o bueno, solamente que así ocurrió. Siempre fueron muy responsables, pero a partir de ahora se convirtieron en dos jóvenes maduros, dispuestos a afrontar la vida. Estremecido estaba el país, estremecidos estaban ellos, pero convencidos como sus padres que iban por el camino correcto.

Y, como dice Galeano, sus padres les trasmitieron siempre, con su conducta, que la utopía sirve para caminar. Y así debe ser y así lo hicieron.

Una anécdota sobre Carlitos: al llegar a tercer año de liceo, le tocaba la bandera uruguaya, ya que sus notas de todos los años así lo ameritaban. El director del liceo, obsecuente de la dictadura y aprovechando que el día de cambio de banderas Carlitos estaba en Montevideo dando un examen de inglés, lo "olvidó", lo pasó por alto y le entregó la bandera a otro alumno. Cuando regresó de dar su examen, se presentó a la dirección del liceo a reclamar "su bandera" y –a pesar de que no le fue nada fácil– no cejó hasta que se la entregaron.

Trabajaron, estudiaron, y jamás me pidieron nada, ni un *jean* de marca o un par de calzado deportivo que ya empezaba a ser moda entre los jóvenes.

Afrontaron la situación con gran entereza, pero sus heridas fueron muy profundas: vivieron el momento traumático de la separación de su padre; la misma inestabilidad que viví fue la de ellos; la reacción negativa de parte de la sociedad la palparon día a día. Pero por suerte los jóvenes reaccionan rápidamente y están rodeados de otros jóvenes, abiertos, solidarios, amistosos, que no hacen las diferencias de los adultos.

Cada vez que íbamos al penal de Libertad, a José Luis, mi hijo mayor, se le ensombrecía el rostro, no hablaba y era casi seguro que a la vuelta llegara a casa con fuertes dolores de estómago y sin poder ingerir alimentos por varias horas. Pasaron muchos años, ya su papá en casa, y tanto él como su hermano seguían diciendo que cuando veían un vehículo de las Fuerzas Conjuntas, tenían que dar vuelta la cabeza y les dolía el estómago.

Como los niños iban una vez al mes, llevaban, orgullosos, los carnés escolares para que su padre se los firmara. Pero, por conversaciones con otros familiares, comprobamos que las notas eran satisfacción también para el preso; por lo tanto al poco tiempo el permiso para firmar fue denegado. Una perla más para completar el collar de represalias del sistema, que incluía también a los niños.

La vida sigue

Y aunque es muy cierto que *"mientras uno come, respira, disfruta del sol, del canto de los pájaros; da vergüenza..."*, sí, da vergüenza que uno pueda trabajar, comer, descansar, vivir y saber que nuestro compañero está en constante presión psicológica, encerrado, viendo pasar el tiempo, sin ser partícipe del mundo y de la familia.

Tuvimos que luchar mucho, enfrentarnos a mil inconvenientes, pero no se dieron cuenta que todo eso nos afirmó más en nuestras convicciones.

Un mes después de aquel 13 de enero nos hicieron saber que era el cuartel de Colonia el lugar donde estaban nuestros seres queridos. Nos empezaron a pedir ropa, cigarrillos, etcétera. Después con el tiempo supimos que la mayoría de lo que pedían no llegaba a los destinatarios. Eso sí, nos entregaban pantalones para lavar, con sangre, duros, con materias fecales, así podíamos imaginar lo que allí adentro pasaba.

Por intermedio del abogado y el juez de instrucción logré una visita. Cuando trajeron a mi compañero me costó reconocerlo. Totalmente pelado, con una profunda cicatriz encima de una de sus cejas, con hematomas de diversos colores; el azul, negro y amarillo adornaban su rostro. Miraba sin ver y no pude ni siquiera abrazarlo. A pesar de mis preguntas no pude sacarle nada. (Después supe que había sido amenazado si abría la boca.) Parecía un *zombie*, un desconocido, indiferente a mi voz, a mis ojos, a mis deseos de querer trasmitirle todo mi amor y mi angustia. La tortura hacía su efecto.

Como la mayoría de los matrimonios, en esa época, trabajando los dos, teníamos nuestra casa y un auto. No les alcanzó con arrancar a José Luis de nuestro lado; también embargaron la casa y se llevaron el coche. Me habían aconsejado que lo tuviera en el taller, para evitar que se lo llevaran. Un día llegaron y directamente me dijeron: ustedes tienen un Fiat que está en un taller; dígale al mecánico que lo arme que mañana lo pasamos a buscar. Y así fue. Se lo llevaron y para Navidad recibí un comunicado del Banco de Seguros exhortándome a que me presentara a notificarme del choque que había tenido nuestro auto y que nosotros debíamos hacernos cargo del pago. En el banco, cuando expliqué la situación, no podían creer tal descaro.

Así como hubo gente que se portó muy mal conmigo, inclusive familiares, hubo otra de la cual jamás olvidaré su solidaridad manifiesta

en los actos de todos los días. Mis padres, en especial mi padre, acompañándome todos los días; Teresita, la prima de mi marido, y su hermano Nené, llenos de bondad, amor y comprensión; amigas de toda la vida, algunas de trabajo, otras nuevas, unidas por el mismo problema y los mismos pesares. Las cartas, tarjetas y encuentros con el doctor José Pedro Cardoso, que tanto aliento me dio con sus sabias palabras; las entrevistas con el doctor José Korzeniak, que más que abogado de mi marido fue un hombre que me ayudó a encarar la realidad, a vivir con esperanza y a resolver problemas que a mí me parecían insolubles.

La vida en un pueblo es muy difícil y más aun porque la gente de izquierda era considerada excluida, sin derechos, como una casta que había que aislar. Y en parte lo lograron, pero nuestra convicción de ideas y la defensa de nuestros ideales, que creíamos, creemos y creeremos son los correctos, nos llevó a seguir adelante sin pausas. A eso, en mi caso particular, debo agregar la cercanía de mis dos hijos, que se hicieron hombres siendo niños, de un día para el otro; que supieron enfrentar la situación con convicción y que, siendo atacados, sabían que su padre no había cometido delito alguno. Así se criaron, educaron y hoy en la vida siguen el mismo camino de rectitud y hombría que su padre les mostró con su conducta.

Con la casa embargada, el abogado defensor de oficio me avisó: *"No la vaya a vender, ahora no es suya; de aquí se pagarán muchas deudas"*. Mi compañero preso, la casa embargada, el auto en sus manos, sin la asignación familiar de mis hijos, lo único que me quedaba para afrontar la situación era mi sueldo de maestra. No creo ser materialista ni tener la fiebre del consumismo, pero en realidad me las vi muy feas. La mayoría de las noches, leche y pan era nuestra cena.

No todas las personas nos ignoraron; el verdulero de muchos años –sin pensar como nosotros– seguía viniendo con su carro y dejando verdura y fruta sobre la mesada de la cocina, sin preguntarme nunca si tenía o no para pagarle. Llegó gente con huevos o uvas o tomates; mi madre juntaba paquetitos de cocoa y azúcar y aparecía dejándolos sobre la mesa. Carmen, en su tienda, que también tenía su compañero preso, me ayudó para que no nos faltara lo esencial, y una amiga, Nelly, compañera de banco en mis años escolares, que tenía bazar y papelería puso a mi disposición una cuenta para que mis chiquilines se abastecie-

ran con los útiles para el liceo. Al igual que Salim, amigo de la familia y sin ninguna afinidad política con nosotros, que permitió que –incondicionalmente– hiciéramos uso de una cuenta en su zapatería.

Ellos debían ir con uniforme obligatorio de saco azul, camisa celeste o blanca (según la clase), corbata roja, pantalón gris y zapatos negros. ¡Cuánto costaba eso! Y más teniendo en cuenta lo rápido que crecen los muchachos en esa edad.

Mi hijo menor, Carlitos, llevó un tiempo calzado totalmente negro pero deportivo; un día fue "descubierto", lo llamaron a la dirección y le dieron el utimátum: o se compraba zapatos o no entraba.

Así fueron nuestros días: perseguidos la mayoría de las veces pero matizados con gestos nobles.

Pero a la dictadura nada le bastaba: me expulsaron de la escuela. Un día salí de ella escuchando el rumor de mi destitución y al llegar a mi casa tenía la citación para presentarme en Colonia al otro día de mañana. Allí fui informada de que no pertenecía más a Primaria.

Fueron muchos los malos momentos, pero ése para mí fue trágico; mi vocación son los niños y a eso debía agregarle que al entrar al recinto escolar me olvidaba de todos los problemas y mi mente descansaba. A esa expulsión agreguemos que, económicamente, quedaba "en la calle". Pero parece que siempre hay una salida y si bien en años anteriores muchas veces tuve algún alumno particular, a partir de ese momento los alumnos "llovieron". Todo el día lo ocupaba dando clases en casa. En una oportunidad, preparando escritos para secundaria, dije a un grupo de alumnos que ese día tenía 33 alumnos. Uno de ellos me puso Lavalleja.

El penal de Libertad

¡Qué ironía!, ¿de Libertad? Seguramente era la libertad de nuestras ideas, muy guardadas y cada día más firmes y con el orgullo de ver que nuestros hijos crecían con los mismos ideales, con la misma firmeza, viendo a su padre entero y a su madre luchando, para que ellos siguieran adelante, esperando un país mejor, un futuro sin represión, cargado de utopías pero posible, pues como dice la canción de Serrat : "*Sin utopía la vida sería un ensayo para la muerte*"; que esa palabra, libertad, no nos dolía; nos ayudaba a ver un mañana juntos. Esa situación nos ense-

ñó que nos pueden quitar muchas cosas, pero no los ideales. Sí que nos hirieron, heridas que cicatrizaron, pero ahí están, diciéndonos lo que pasó, como pruebas permanentes de tanta violencia y tanto odio por la discrepancia.

Cada vez que pienso en estas cosas, que me siguen doliendo, recuerdo a todos los que sufrieron más que yo, que vivieron tragedias irreversibles, que tuvieron y tienen exiliados, que tuvieron y tienen muertos, que tuvieron y tienen desaparecidos.

El penal era el símbolo de una dictadura presente, cruel, despiadada y concreta. Desde el levantarse en la madrugada, sacar a los niños con grandes heladas, o a mi suegra, ya entrada en años, con inviernos bajo cero, hasta pasar bajo soles abrasadores, ya era indicio, para nosotros, que estábamos en tiempos de dictadura. Después de recorrer 200 quilómetros, debíamos estar allí a las 8 horas, recibir un trato rígido y muchas veces indignante, esperar nerviosas –a veces más de dos horas– para terminar en 45 minutos de visita, repartidos entre todos los familiares que ese día habían ido.

La visita de niños

Todo un drama. Una vez al mes. ¡Una vez al mes! Escasa una hora los hijos se podían encontrar con sus padres, Todo rápido, nervios de las dos partes. Muchas veces costaba que uno de ellos abrazara fuertemente a su padre. Eran demasiadas las presiones en un ambiente extraño, duro, hostil, hecho para separar y no para unir; pero peores eran aun las visitas de fin de año. Una crueldad para el preso y su familia, una angustia clavada en el pecho del que quedaba y de los que se iban. Una lluvia de palabras nerviosas, hablando todos juntos y pensando que la hora ya se terminaba; esperando al guardia anunciando la terminación de esa hora. Todo pensado y maquinado por psicólogos que sabían muy bien lo que estaban haciendo: angustiar, destruir, aniquilar. Incertidumbre días antes de esa famosa visita; nervios durante ella y mucha, mucha angustia por varios días después como consecuencia de haber vivido tanta tensión.

Otro bochorno: la revisación a la que éramos sometidos los familiares, niños inclusive, la humillación de sentir los dedos entre las piernas para saber si con el higiénico podíamos pasar "algo"; la inspección a los niños,

avergonzándolos muchas veces; nunca se sabía si en esa visita seguían las mismas reglas de la visita anterior, si alguno de los guardias había agregado –de su propia cosecha– alguna nueva orden, totalmente contradictoria con la anterior; o si era preparada para tensionar aun más. Pero no importaba. Lo único que se pretendía era crear un clima tenso, nervioso, incierto, para que llegáramos al encuentro hechos pedazos.

Mis sentimientos

Poder escribir sobre mis sentimientos es lo más difícil de este relato testimonial. Realmente aún hoy no puedo analizar y entender todo lo que pasó por lo más profundo de mi ser. A medida que iba transcurriendo el tiempo y se sucedían los hechos sentí amor, indiferencia, odio, rencor, ternura, compasión; las contradicciones me destrozaban como mujer y no me dejaron ver claras muchas cosas que hoy sí me parece que las tengo. Solamente las mujeres que vivimos la dictadura y enfrentamos presiones de todo tipo, desde familiares hasta sociales, todo imbuido en el clima dictatorial, podemos comprender muchos de los sentimientos que pasaron por nosotras.

Tampoco lo sé hoy si todo eso se debió a que no estaba preparada para vivir tal situación, si fue mucho el tiempo que la viví, si mi forma de ser me llevó a decisiones erróneas, pero la realidad es que aún hoy conservo heridas que muchas veces me hacen difícil la convivencia.

Cambió también, debido a esto, mi concepto sobre muchas personas; desilusionada de algunos, agradecida de otros, odiando y queriendo, con rencor un día, con indiferencia otro; cuando volvía del penal no sabía qué pensar muchas veces, quería creer que todo seguía igual, buscaba detalles para comprender. ¡Qué difícil escribirlo, pero más difícil vivirlo!

La esperanza

Las entrevistas con el doctor Korzeniak me traían mucha esperanza, aunque él jamás me ilusionó, pero sí me alentaba a seguir y así se convirtió en un referente necesario para mi compañero y para mí. Por lo tanto, y como él me decía: *"Venga todas las veces que sea necesario y que usted quiera"*. Y yo, cuando podía, seguía visitándolo.

Una anécdota con él que me sirvió mucho para entender la situación

que estábamos viviendo. En nuestras conversaciones, en las que yo siempre le preguntaba por lo que estaba pasando en el país –ya que él residía en Montevideo, hasta que tuvo que irse, y yo en Carmelo, donde el aislamiento era mayor– él me contestaba: *"Usted siempre piense que está ocurriendo lo contrario de lo que dicen los comunicados y noticias que se emiten"*. Y eso me sirvió para descifrar muchas noticias, de la misma forma que después escuchar a Germán Araújo me enseñó a leer entrelíneas.

Y pasaron cuatro años, ocho meses y siete días cuando nos volvimos a encontrar con mi compañero, lejanos, lastimados y dispuestos a empezar de nuevo, como dos personas distintas, pero con una historia junta de muchos años que finalmente ganó terreno y hoy, 23 años después, puedo contar, ojalá sea para sanar heridas, para demostrar que soy vulnerable a muchas cosas, pero que también tengo poder que me da mi condición de mujer y me hace seguir adelante.

Este aferrarse a la palabra es un arma contra el olvido, y aunque comprenda a veces que lo mío no fue nada ante lo que vivieron otras mujeres, no son hechos olvidables para las que los vivimos.

Hay una frase famosa en una piedra de un campo de concentración nazi que dice: *"Yo estuve aquí y nadie contará mi historia"*; por suerte, aquí y hoy no se cumple, porque yo viví esos años de dictadura y puedo contarlo.

Hortensia

DEL PENAL ADENTRO (PRIMERA PARTE)

Prólogo e historia inicial

En el 76, Punta de Rieles ya tenía una larga historia. Comenzó a ser penal con los muchachos, en el 72, y contaban las mujeres que habían llegado en el 73 que habían encontrado el calor de lo recién dejado por hermanos. Existió en esa época un primer penal, liberal, en el que el correo traía cartas, en el que se deambulaba libremente por sus instalaciones, en el que no existían ni hora de llamada ni hora de silencio, en el que se trabajaba en talleres produciendo manualidades que los familiares recibían y vendían. Para nosotras, las que comenzamos a llegar en agosto del 76, un penal de fantasía. Es que no fue, ni podía serlo, un fenómeno en sí mismo, aunque sí tuviera su lógica interna. Por eso, en la medida en que lo íbamos comprendiendo, pensábamos y hablábamos cada vez más en términos "del afuera adentro" y "del adentro afuera".

Teatro

Era la flauta de Lía saliendo en *off* por detrás de una frazada colgada, gris y vertical, desde dos camas altas de cuchetas. Eran Lorca y su Sevilla sugerida en la escenografía con una falsa urdimbre de telar construida de papeles plateados, celofanes transparentes e hilos de seda, vertiendo su torrente acuoso sobre un espejo prohibido. Era Alberti y su urgencia. Picasso con su *Guernica* dibujado a carbón sobre una sábana. El toro, la mujer, el grito, el quinqué, el caballo, la ventana. Era "Aceituneros" cantada por Mariene. Era el arrastrarse entre miserias burocráticas de la obra de Alberti interpretada. Y era también "la Colorada" irrumpiendo como tanque en medio de todo, cuando ya llegábamos al fin, nos dispersábamos, introducíamos en la preparada jabonada de la palangana grande la sábana dibujada y, al verla, con total y consciente indiferencia al disparate, comenzábamos a comentar en voz

alta con Ángeles las cualidades de la absurda urdimbre que pendía del peine de mi telar colgado entre dos puertas abiertas de lóquer, desaparecido ya el espejo debajo de una manta. Gran prisma octogonal en medio del fluir nuestro, con su túnica azul de emergentes pantalones verdes y botas de soldado, la Colorada simplemente no entendía. Algo extraño había en el ambiente, pero qué decir de qué, si sólo sabía que su gran nariz montada arriba de todo su cuerpo percibía un algo extraño.

...Esa fue una obra del teatro de urgencia de Alberti, representada sobre fines de 1983 o ya en el 84, según nuestro sentir de sus propios espacio, tiempo y sistema de ideas. Por eso Lorca, *Guernica*, la flauta y "Aceituneros".

Antes, en los años primeros, cuando para salir de la celda había que pedir permiso y estaba prohibido estar en otra que no fuera la asignada, el miedo a superar no era por el contenido de la obra, la escenografía, o por no tener el uniforme puesto, sino simplemente por estar en una celda "ajena".

—En la cinco, después del té de la tarde –se susurraba la invitación cual contraseña. Era que para comer podíamos juntarnos las 48 en el ancho corredor y sentarnos todas, las de las cuatro celdas, en los largos bancos junto a las tres mesas de caballetes, con lo cual se disimulaba mejor la posterior entrada al lugar donde se haría la representación. De las cuatro celdas, la cinco, en la punta del corredor más cercana a la reja detrás de la que sentadas como ante un escritorio estaban las soldados, abría su propia reja de forma tal que obligaba a sobrepasarla y entrar recién entonces, y como viniendo desde la guardia. Pero quienes estábamos allí no nos quedábamos por eso atrás en organizar dentro de ella el disfrute de las representaciones teatrales.

Para entrar había estilos diferentes. Había quienes pasaban agachadas por entre los caballetes de las mesas aún ocupadas, quienes se paraban ostensiblemente frente a la reja de la celda pidiendo algo como una lana o un vaso, miraban de reojo a la guardia y se escurrían hacia adentro en un ágil movimiento, quienes buscaban la seguridad caminando "escondidas" tras alguna de nosotras, las "locatarias", quienes actuaban coordinadamente armando dispersión en el otro extremo del corredor. Por 1978 preparamos con Sara en la cinco un libreto de un cuento para niños basado en la aparición, en un día de lluvia y dentro

de un viejo baúl, de un auténtico farolero. Era un homenaje a Delia en el día que su hijo cumplía 9 años. Por prevención, nunca entrábamos todas al lugar de la representación, sino que la misma se reiteraba tantas veces como fuera necesario. Durante una de las veces que estábamos representando el farolero sonó, como desinflando hasta el fin su redondo cuerpo, la voz de "la Chopito" gritando "¡¡Atención!!". Sonó y resonó con un "ción" tan fuerte que ninguna de nosotras dudó, y en un instante estábamos todas en actitud normal, tejiendo, leyendo, cosiendo. Sólo que teníamos tres compañeras "clandestinamente" adentro, y que quienes llegaban a recorrer eran Barrabino y su séquito. En el momento mismo en que abrieron la reja para entrar, en un rápido y preciso movimiento, se escurrió Ivonne hacia el corredor a sus espaldas. Nos quedaban dos.

Sobre un cajón había quedado abandonada una vieja pipa, herencia del penal liberal previo a 1974, y el comandante la vio. Sin inmutarse, Delia, gran estilo, dos apellidos y rancio abolengo que la hacían particularmente aborrecida por los altos mandos, la tomó amorosamente entre las manos murmurando: *"El recuerdo de mi abuelo"...*

Algo sonó extraño y nos contaron, pero como más dos y menos dos se anulan, nos salvaron las matemáticas: había una compañera de la celda en el calabozo y otra internada en el hospital.

El conteo militar dio 12 mujeres apacibles, con su mejor "cara de nada", que luego de pararse al grito de "¡Firmes!" retomaban sus quehaceres entre diálogos banales.

Teatro fueron también, entre otros, *La madre*, de Gorki, rescatado desde nuestras memorias, la representación de Makarenco que nos legó el "No gemir", *El Fantasma de Canterville*, cuyos audaces gritos alertaron a la guardia arruinando su segunda función, *La zapatera prodigiosa*, de donde quedó bautizada Marta Pirrongelli como "Penacho de catalineta", tal como con "Todo di oro" quedó Yolanda luego de representar *El herrero y la muerte*, y como quedó fijada como colonizadora, en el acto de clavar la espada en tierra y emitir solemne juramento, Sonia, por una historia del descubrimiento de América con un Colón estudiado previamente en un libro de H D.

El teatro, las murgas, los coros, las dramatizaciones, diferentes formas de expresión que conformaban parte de la lucha por preservar nuestra identidad, en parte consciente y en parte no.

Úrsula y su nido

Por 1977 todavía se podía abrir y cerrar las ventanas de las celdas y sus banderolas de arriba. Por esa fecha, en la siete, las compañeras guardaban los restos de lanas en una caja puesta encima de los lóquers.

Fue imprudente aquella pajarita en entrar por la ventana, y nos dejamos llevar por una ilusión nosotras al permitirlo. Entró, salió, trabajó entre los trozos de lanas. Luego trajo a su compañero y juntos aprendieron los recorridos internos. Entraban por la cinco, volaban por el corredor, llegaban a la siete... Desafiaban a la guardia. Cuando advertíamos peligro los hacíamos salir hacia el campo y cerrábamos las ventanas.

Entonces Úrsula empezó a empollar sus cuatro huevos y él entraba, salía, pasaba. Al fin nacieron los pichones. Dos o tres días después, una mañana a eso de las once, entró "la Ceru" (también llamada por su aspecto "la Calavera") rápido y directo a la siete. Estaba consagrando un triunfo del S 2, la seguridad del penal, un galardón de los entrenamientos en Panamá y el Sinaí. Inteligencia pesquisante para lucir con sus sargentos –la cabo– sus tenientes, capitanes y mayores. "Sus" de ella, ¡qué ironía!

Úrsula huyó por la ventana abierta, y la cabo se llevó ufana su trofeo de guerra: caja-nido con cuatro piquitos abiertos y piando.

Sueño

Aquél no era un sueño con nombre propio, todas lo teníamos en diferentes momentos y bajo diferentes formas, pero era el mismo y se reiteraba.

Ella había ido a su propia casa con un algo como permiso o licencia especial. Pero debía, indefectiblemente, volver. Aunque no se sabía por qué, no existía la posibilidad de evasión, es algo que no se pensaba, que se negaba en el sueño. La angustia de tener que volver, y con hora prefijada, apretaba, perseguía. Por eso ella, alguien, corrió calles, trenes, vagones, autos, y yo dejé a mis niñas en la escuela, y en mi casa las tareas domésticas sin terminar.

Reforma agraria oficial de 1977

En la quinta, bajo el sol del verano, las soldados nos marcaban cuer-

po a cuerpo entre insultos y amenazas por nuestra "falta de voluntad en el trabajo". Cada una de ellas frente a una de nosotras, vestidas con nuestro uniforme grueso, sin sombrero y con las mangas sin remangar, en una distancia nunca superior a los 20 centímetros, provocando constantemente con sus palabras, violando permanentemente nuestro espacio propio, y todo esto durante cuatro o cinco horas seguidas, y a veces otro tanto luego de un breve descanso. En eso estábamos una tarde cuando, por el camino, pasó un auto con oficiales adentro que, sacando sus cabezas para afuera gritaron entre risotadas: *"¡La reforma agraria!"*. Las palas y tridentes que empuñábamos ese día daban vuelta los mismos montículos de tierra donde poco tiempo antes nos habían hecho plantar zanahorias y cebollas. Como ya habían nacido las pequeñas plantas, por eso, precisamente, querían que las enterráramos.

Hacía ya mucho tiempo que no comíamos un vegetal crudo, y al menor descuido de la guardia nos tragábamos una de esas pequeñas zanahorias del tamaño de un meñique, apenas desembarrada contra los propios pantalones.

En este clima, alguna vez una compañera, superada, levantó una azada, la reboleó y, reaccionando, no la tiró sobre la soldado que tenía enfrente, sino por el aire hacia la tierra. Evidentemente confiaban mucho en nuestro autocontrol, lo que no podía evitar que uno a veces, puesta en esas situaciones límites, no fantaseara diciéndose: *"Y si agarrara ese cuchillo y acá no más se lo tirara encima, ¿qué pasaría?"*.

Visita del embajador yanqui al Sector C en 1980

(Esta visita estaba enmarcada en una visita de varios embajadores, que fueron llevados a los diferentes sectores. Que al C de ese momento, donde se nos había juntado a todas las comunistas, fuera precisamente el embajador norteamericano acompañado por el propio director, reflejaba más el lugar en que se nos quería colocar que el concepto de peligrosidad en que se nos tuviera.)

La vieja capilla del seminario estaba habilitada como barracón dentro del edifico del celdario. Las familias nos habían hecho llegar rumores de que vendrían visitas importantes, y pronto percibimos las señales: Con un pequeño tractor cortaron todo el césped en torno al penal, y

vino uno de esos ataques de construcción de imagen por los que ordenaban desde encerar los pisos hasta que todo artículo de uso corriente permaneciera oculto. Querían mostrar su ideal de penal y de reclusas: penal esterilizado con gente doblegada, despersonalizada, muerta en vida.

Un día, al fin, llegó la orden de sacar las toallas de los baños y de que ninguna prenda de vestir, aunque estuviera mojada, podía estar fuera del lóquer. Era, sin duda, "el día D".

Decidimos aceptar el desafío desde la caricatura, llevando todo a extremos. Ninguna manualidad sobre las mesas. Ningún libro. Las camas tendidas con sus frazadas grises sin ningún almohadón de color.

Sólo quedaban a la vista las largas mesas vacías y nosotras, sentadas en medio de la nada en los bancos a sus lados.

El señor embajador de Carter entró con el director del penal y su séquito sin más, sin ningún militar grito de "Atención".

Más allá de sus propias órdenes, no debía ser su idea encontrar tan árida escenografía...

Nosotras, al oír abrir la puerta, corrimos cada cual al pie de su propia cucheta adoptando en el lugar la posición de firmes. Esa era, en realidad, la solemne orden genérica para entrada de jefes y toques de bandera.

Una orden que nunca acatábamos sino en medio de tan largos remolineos, de sentarnos a los pies de la cama, estar en el lugar que no correspondía, que se nos ocurriera calzarnos o ir al baño, de forma que, en definitiva, ya el toque había terminado o el oficial se había retirado y nosotras podíamos seguir con lo nuestro tranquilamente.

Pero allí estábamos ese día, paradas cada cual en su lugar conformando una U según la correlativa posición de las cuchetas, dispuestas a lo largo de las paredes laterales y en la tarima de lo que fuera el altar, con nuestros rotos uniformes cuidadosamente remendados y planchados.

Los visitantes quedaron en la boca de esa U. En el centro, las mesas y los bancos desiertos, estériles, asépticos.

El yanqui, rubio, grandote, colorado de cara, miró un tanto desconcertado. Era claro que no era ésa la escena que le habían anunciado cuando, al fin, balbuceó un saludo que contestamos prolijamente en coro.

El coronel, molesto, dio al mayor la orden de "continuar", lo que quería decir que saliéramos de nuestra estricta formación. El mayor se

la dio al teniente. El teniente se la dio al alférez. El alférez se la dio a la cabo. La cabo a la soldado y la soldado a nosotras, que si bien aflojamos la rigidez del cuerpo, seguimos en nuestros sitios.

—Ustedes parecen que están muy bien –dijo con dificultad el embajador. Y como si hubiera accionado un resorte, sonó a lo largo de la U una sonora carcajada. Le creció el desconcierto al yanqui. Entre nuestros ojos se cruzaron con mucha fuerza nuestras tensas miradas. Veloces luces. Yo, situada en el extremo izquierdo de la U, casi al lado de la comitiva, recibí el reflejo de mi propia mirada en el espejo de todos los ojos, mientras sentía que espejaba en los míos a todas las otras miradas, de cada una y de todas y, con el corazón golpeándome en el pecho, comencé a hablar, y a ser hablada, sobre los objetivos de la dictadura para los presos, sobre su intento de hacernos perder nuestra identidad.

—¿Que quieren a ustedes hacer perder la identidad? –preguntó en su mal español el norteamericano.

Entonces la denuncia se generalizó, hablaba Luz, hablaba María, hablaban todas y él avanzó hacia el centro de la U.

El coronel no lo pudo soportar. Se prendió del brazo derecho del embajador y lo tironeó sin miramientos.

—Ella quiere hablarme a mí –protestaba éste forcejeando. Pero sin atender sus razones se lo llevaron afuera, literalmente a rastras.

De adentro

ESCRITOS (SEGUNDA PARTE)

Sector C

El 26 de julio de 1976 llegamos a Punta de Rieles las primeras cuatro presas comunistas. Una de esas presas no iba a salir de allí, del campo de concentración de Punta de Rieles. Una moriría víctima de la feroz represión que sobre ella se desató. Su nombre era Norma Cedrés.

Cuando uno se pregunta qué es la libertad no tiene una idea muy clara de qué es realmente. La primera sensación de estar presa es de perplejidad, de no ubicarse, de no poder creer que no se puede decidir sobre casi todos los aspectos de la propia vida. La libertad es poder encender la luz, ir al baño, mirar el cielo, salir a la calle, decidir. Al preso político le está negado todo. Es un número que debe obedecer órdenes. Pero hay aspectos en los que el preso político es libre, hay zonas a las que el fascismo trata de erosionar por todos los medios sin poder lograrlo. No puede destruir lo mejor del hombre: la dignidad, la solidaridad, la ternura, la entrega, las ideas, la alegría de vivir, los sueños; no puede destruir su posición ante la vida. Y este es el gran fracaso del fascismo.

En los primeros 13 meses me ubicaron en un sector grande, en lo que había sido la capilla de un antiguo monasterio, piso de mármol, ventanas altas. Éramos 42 presas de todos los grupos políticos encerradas allí todo el día menos el escaso tiempo del recreo. Allí formamos un haz de presas con un enemigo único, allí nacieron amistades forjadas en esa dureza extrema, amistades firmes frente al enemigo, tiernas de mano tendida. Cada una daba lo mejor de sí a las otras: sus conocimientos, sus vivencias, su sensibilidad. Ese era un sector bastante especial; estaba al lado de la guardia, había un espejo de "manyamiento" y una enorme reja por la que se controlaban todos nuestros movimientos, pero que a nosotras nos permitía conocer el movimiento del penal: quién salía a trabajar, quién iba a las visitas, quién al médico.

La presa política debía mirar siempre a la pared; cuando esto era imposible la ponían de espaldas. Pero siempre encontrábamos algún

modo de comunicarnos, así sabíamos quién salía en libertad, quién estaba enferma, quién cumplía años y dónde estaba cada una.

En esas condiciones de vida se desarrollaban los sentidos de tal manera que el gigantesco trabajo que se hacía procurando la incomunicación entre nosotras no daba todo el resultado previsto.

De mi vida en el sector C voy a recordar algunos aspectos. Éramos casi todas presas nuevas. Iniciábamos juntas una experiencia que no sabíamos cuánto duraría pero debíamos prever claramente qué hacer en cada situación. Esa etapa tuvo puntos altos de dureza: la enfermedad de Norma, la hambruna, el encerramiento de viernes, sábados y domingos –cuando al aumentar el número de presas aumentaron los días de visita y entonces no se salía al recreo–, el hostigamiento permanente, la inseguridad, la pérdida de visitas.

La llegada al penal como encargados de detenidas de los mismos militares que dirigían la tortura: Echeverría, Vázquez, Silveira, Parisi, el entorno de que se rodearon, las distintas técnicas que emplearon para transformarnos en objetos manejables a su antojo, en seres desmoralizados, muertos en su voluntad, había que enfrentarlo. Y esto se hacía individual y colectivamente.

La claridad política fue determinante para no caer en ese juego. El apoyo colectivo, la solidaridad entre las compañeras, fueron también factores fundamentales. Éramos dos fuerzas enfrentadas, éramos la vida y la muerte y la vida siempre gana... pero hay que luchar para que así sea.

Allí se grabaron para siempre en mi alma las voces chiquitas de los niños en las visitas a sus mamás. Las ventanas altas y cerradas dejaban pasar el murmullo de sus vocecitas. A la hora del grito *"Se terminó la visita"*, el murmullo se diluía y llegaban las últimas voces, los *"Chau mamá"* casi gritados. Nunca lo podré olvidar.

Tampoco olvidaré las salidas a tender la ropa, me gustaba hacerlo, aunque fuera siempre bajo el continuo hostigamiento de *"No mire"*, *"Camine ligero"*, *"Apúrese"*, *"Está sancionada"*. En medio de las cuerdas que se iban llenando, le ganaba a la soldado un instante de felicidad. Miraba al cielo, al maravilloso cielo azul de mi patria y era feliz. Si en ese instante pasaba una gaviota veía en ella la imagen de la vida y la libertad y era feliz.

No debo olvidarme de un cartel que había pegado en la puerta frente a la que nos parábamos cuando íbamos a salir del sector. Un cartel con instrucciones para cuando hubiera alarma, lleno de disparates, de errores, de los que recuerdo esta frase: *"Las actividades se dirigirán a paso ligero"*.

Realmente es difícil acostumbrarse al mundo de los militares.

A los 13 meses me llevaron abajo. Eso significaba ir a hablar con alguien del comando. Me tocó hablar con quien me había detenido: el mayor Vázquez, una de cuyas técnicas de duro hostigamiento eran las constantes preguntas sobre el funcionamiento del Partido Comunista en el penal. A los pocos días me trasladaron a la barraca: empezaba entonces otra etapa de mi vida de presa.

La barraca

El penal de Punta de Rieles estaba ubicado en un predio grande; no había árboles pero sí torres de hormigón donde estaban los soldados armados. En el horizonte, al este, veíamos un perfil de pinos; más allá estaba la pista del aeropuerto de Carrasco. Hacia el sur, una extensión pelada que se perdía a lo lejos. En el oeste, muy distante, alguna casita y al norte la entrada del penal.

En primavera el campo se cubría de mariamol y entonces parecía pintado de amarillo. Los alrededores del penal y el penal mismo eran hermosos y podían dar la mejor impresión, pero adentro todo era represión.

El penal era un feudo. Allí se veían los caballos más hermosos, un burro, chivos, ciervos, vacas, ovejas, cerdos. Había cancha de polo donde jugaban los oficiales, un frontón, una piscina donde iban las familias de los militares, desfilaban autos con mujeres en salida de baño. Un día llegó a la piscina un ómnibus lleno de niños escolares. Muchachitos jóvenes, hijos y amigos de los hijos de los oficiales andaban a caballo, como en *Pan y chocolate*.

Algunas veces las presas teníamos que formar porque en el recorrido del feudo que hacían los familiares y amigos de los oficiales, después de ver las maravillas que nombré, tenían que ver otra atracción: las presas.

En la barraca teníamos un régimen de puertas abiertas, desde el toque de bandera de la mañana hasta el de la tarde, a la caída del sol. En el caso de no estar sancionadas –lo que sucedía hasta por las causas más inverosímiles– estábamos afuera.

La barraca era un lugar distinto: el mejor porque nos permitía estar al aire libre; el peor porque estábamos permanentemente controladas. Sólo sentándose en el *water* se perdía la mirada de la soldado. También era distinto y peor porque allí estaban concentradas las colaboradoras, que fueron pocas si consideramos la cantidad de presas: eran mujeres quebradas por ellos y las usaban para desestabilizar y para que pasaran información de otras detenidas. Eran excelentes en el trabajo; se deslomaban por hacer méritos ante las autoridades, méritos que no les significaban una hora menos de pena.

Allí ponían también a las compañeras con desequilibrio psíquico, a quienes medicaban con somníferos a las seis de la tarde y la hora del silencio era a las nueve...

También estaban allí los bebés nacidos en el penal, con todos los inconvenientes imaginables para la madre y el hijo. Cuando pasaban lista y nos numerábamos, la soldado decía: *"Hay 48 presas y un civil"*, éste era el bebé.

Las barracas tenían dos alas, A y B, a veces con pasaje libre entre ambas. Otras, con prohibición de arrimarse a la alambrada. Se sancionaba en forma totalmente arbitraria. Por ejemplo, un día estábamos haciendo manualidades de cuero con una compañera, hubo una recorrida de oficiales y la sancionaron por estar en la B siendo de la A, aunque en ese momento no había prohibición de pasar de un ala a la otra. A partir de ese momento se estableció la prohibición, pero la sanción ya había sido puesta.

Las sanciones corrían como agua. Una noche nos sancionaron a muchas por dormir destapadas, era verano y hacía mucho calor.

Teníamos que "hacer atención" cuando pasaban los oficiales, pero a veces no advertíamos que lo eran porque pasaban en *short* o "adidas" y entonces se nos sancionaba; no había escapatoria, había que pararse a su paso.

Cuento la más ridícula sanción que conozco: se privó de la visita a una compañera por "robar huevos de pava" de una quinta que jamás había pisado ya que estaba eximida de realizar tareas de quinta.

Todas las presas fuimos víctimas de sanciones arbitrarias que aplicaban procurando destruirnos. Se nos sancionaba con la pérdida de visita, o del recreo, o con calabozo, pero no consiguieron destruirnos.

Desde la barraca veíamos mes a mes el cambio de guardia externa: la llegada del convoy de camiones con las luces encendidas y tocando bocina, el alboroto de los soldados que llegaban y de los que se iban. Era *Combate* en vivo. Se sucedían las tres armas –caballería, infantería y artillería– y allí hacían maniobras: zafarrancho de combate contra ese enemigo que estaba tras las rejas vestido de gris con un enorme número en la espalda y que sólo les podía ganar, y les ganaba, en dignidad.

A la llegada tocaban la alarma en un momento cualquiera y había que ponerse "cuerpo a tierra" ("reclusa, cuerpo a tierra", como decía un cartel) y estar así hasta que sonara la sirena indicando que el juego de la guerra terminaba.

Un día hubo una alarma enorme, era de mañana y estábamos trabajando en Odontología. Cuando empezó a sonar la sirena las soldados custodias llevaron, con muchos nervios, a cada una a su sector y a nosotras a la barraca. Como no terminaba de llegar el sargento llavero, que nos abría el portón, vi por única vez qué pasaba en la alarma. La corrida enloquecida de los soldados armados a guerra, la sirena ululante, todo el penal gris y vacío y aquella demencia de gritos y órdenes. Todo eso era ajeno a nosotras y no teníamos miedo. Tiradas en el piso nos hacíamos morisquetas, algunas cuchicheaban y la soldado gritaba y nos miraba con desprecio. Ellos estaban allí y nosotras acá; ellos eran nuestros enemigos y los enemigos de nuestro pueblo: no había duda posible.

Si la presa política debía ser sacada de su sector o barraca iba vigilada por una soldado armada con un palo (tolete) y por un guardia con fusil, pero si era sacada del calabozo –donde de pronto había pasado semanas o meses siempre, día y noche, con la luz de una lámpara de 500 bujías y por lo tanto el choque con la luz natural la enceguecía y entonces caminaba insegura– esa guardia aumentaba a cuatro soldados con fusil y una o dos PMF (policía militar femenina) porque, claro, esa presa era "tremendamente peligrosa".

Usaron todos los métodos posibles para destrozarnos física, psíquica y moralmente y no lo lograron; olvidaron que históricamente siempre quisimos ser libres.

Las requisas empezaban con un movimiento inusual de soldados y oficiales. Nos sacaban de la barraca o sector al patio, de plantón, al sol o al frío, durante el tiempo que les llevara el destrozo y así esperábamos

para enfrentarnos luego al caos más brutal. Desde los *lockers* donde estaba nuestra ropa hasta las cajas con materiales de labores; desde los alimentos hasta debajo del colchón o adentro de las almohadas, desde nuestros cuadernos de poesías hasta los jabones –que encontrábamos cortados al medio–, todo era revisado, todo era sospechoso. Nos quitaban las pocas fotos que a veces nos permitían tener, la carta entregada ayer, la manualidad del momento, el libro pedido a la biblioteca, la intimidad. Rehacíamos el orden entre la rabia y la impotencia; volvíamos a empezar dándonos la mano y diciéndonos: *"Vamos arriba, chiquilinas. Estos fachos no nos van a ganar".*

Un día nos hicieron formar y nos llevaron a la enfermería. Allí nos hicieron llenar una ficha donde se nos preguntaba si éramos vírgenes y, si no lo éramos, cuándo habíamos perdido la virginidad. Había una escala de años para señalarlo que iba desde los 12 años en adelante. También se nos preguntaba con cuántos hombres habíamos tenido relaciones sexuales, si habíamos tenido abortos y, en caso afirmativo, si éstos habían sido provocados o espontáneos. Causó tal repulsión que cada una eludió como pudo las respuestas. Era otra forma de querer violar nuestra intimidad.

Nunca vi tanta gente apasionada por la lectura como en el penal. Se explica porque había un nivel intelectual alto en general y porque esa afición se contagia a gente menos informada, así aparecen las inquietudes por saber. Era, además, una productiva distracción. En general leíamos colectivamente, pocas veces a solas. Leer colectivamente enriquecía: mientras una leía otras hacían manualidades y algunas cebaban mate. Leer sin mate no tenía gracia. Leíamos literatura, historia, antropología, arte, nunca política, porque no había libros de política. Como nos gustaba leer, sacarnos los libros iba a ser una represión sentida fuertemente, y lo hicieron durante seis meses seguidos; volvieron a aparecer durante un mes o menos y nos los volvieron a quitar por otros tres meses. El tiempo sin libros lo empleábamos en charlar a fondo sobre todo lo que nos interesaba; cada una aportaba experiencia y conocimientos. Al cabo de esos meses aparecieron los del EMR 2 (Establecimiento Militar de Reclusión), libros fascistas de donde a veces podíamos sacar elementos políticos. No nos quebraron tampoco con eso. El preso político tiene una capacidad infinita de recuperación, porque sabe lo que quiere.

Debido a las condiciones físicas, en la barraca era casi imposible hacer teatro, pero cantábamos. Había compañeras que tocaban la guitarra y nos reuníamos para oír cantar en coro "de a una", como decían las soldados. Los coros estaban prohibidos pero a veces...

La barraca tenía trabajos especiales como limpiar los excrementos de los animales en la pradera donde se realizaba la visita de los niños, limpiar el lugar de recepción de los paquetes, limpiar lo que se encontrara en los caminos, hacer caminos, hacer hormigón, hasta hacer un Judas en la Navidad para la visita de los hijos de los soldados que estaban de guardia.

Todos eran trabajos humillantes donde se procuraba doblegarnos moralmente, pero tampoco lo lograron con esto, había una alegría de vivir capaz de superarlo todo.

Salí del penal en enero de 1980. Todavía se estaba en la etapa de maduración del enfrentamiento con el comando, después fueron épocas gloriosas.

Cuando el 31 de enero caminábamos hacia la libertad por aquel camino hecho por las compañeras, sabíamos que dentro del penal había alegría, como siempre que alguna compañera quedaba libre, lo habíamos vivido muchas veces. Una mezcla de sensaciones nos acompañaba, tristeza por las que se quedaban, alegría por estar libres y poder luchar para que no hubiera más presos políticos y para que nuestro país saliera de la noche del fascismo. No nos habían destruido.

Odontología

La salud bucal de las detenidas políticas era un desastre. Había muchachitas muy jóvenes que llevaban muchos años presas a quienes sólo se habían hecho extracciones. La alimentación deficiente, basada en glúcidos –arroz, fideos, pan– había hecho estragos en sus dientes.

Cuando llegamos al penal en el 76 iba un consultorio móvil dos veces por semana y en él se atendía a la tropa y a las soldados. Si quedaba tiempo, también a las detenidas.

Por ese entonces yo tenía la columna muy mal y por lo tanto no podía salir a realizar los trabajos de quinta o de albañilería a los que estábamos obligadas.

Así fue que me trasladaron a la barraca y empezaron a llevarme a

Odontología, que al principio funcionaba en un viejo consultorio que estaba en la enfermería. Después compraron un equipo nuevo y lo trasladaron al lado de la guardia.

¿Qué significaba trabajar en ese consultorio que estaba a cargo de una odontóloga militar? En un momento había dos compañeras como asistentes; fue cuando se llegó al mayor rendimiento. La odontóloga militar atendía preferentemente a la tropa y a algunas oficiales, yo me dedicaba a mis compañeras. Era el único trabajo del penal donde se justificaba un rendimiento al máximo. Había que resolver enorme cantidad de patologías: teníamos que hacerlo. Para el preso político no hay nada más seguro de que sea un compañero quien atienda su salud, porque además de darle un trato humano hace lo imposible por solucionar su problema.

El 78 fue el año del trabajo forzado, las compañeras trabajaban obligatoriamente en las tareas más duras e imaginables: desmontar tierra, hacer pozos para llenar de hormigón, hacer hormigón, construir caminos, atender la quinta. En esos trabajos se estaba ocho horas. Así enfermaron muchas detenidas y el comando se vio obligado a establecer un límite de edad para realizar esos trabajos. Se trabajaba en presencia de la soldado gritando y del guardia al lado. Fue la época de la carpida, se carpía todo, hasta el pasto del pedregullo y así, del humor de las presas surgió esta frase: *"Ladran Sancho, señal que no carpimos"*.

¿Qué papel jugábamos desde Odontología? Llamar a las compañeras para atenderse, obligar a la soldado a traerla. Así, además, descansaban.

Al estar incomunicados los sectores nos llevaban con guardia femenina que no se nos separaba. También iban con guardia las compañeras. Eran muy pocas las posibilidades de contacto pero era invalorable lo que lográbamos hacer. Allí nos enterábamos, por palabras robadas a la atención de la guardia o por pequeños comentarios entre las compañeras que esperaban ser atendidas, qué pasaba en cada sector, quién había ido al calabozo, qué sector estaba sancionado, quién había salido en libertad. Como se podía, se pasaba la información.

El 78 fue el año de la calificación del trabajo. Un día tuve de guardia a una de las pocas soldados de trato correcto, le decíamos la "Payasito", estábamos a solas y me dijo, mostrándome la planilla de calificación: *"¿Cómo puedo calificar su trabajo? Yo no sé nada de odontología"*. Allí vi

cuáles eran los criterios para la calificación del trabajo. Se basaban en la voluntad puesta por la detenida en la realización de aquellas inútiles y torturantes tareas. Iban desde "falta absoluta de voluntad" a "excelente voluntad". Le pedí que no me calificara de "excelente", de "muy bueno", le dije que con "bueno" bastaba. Las colaboradoras eran "excelentes".

Allí viví cosas insólitas. Una tarde vino a buscarme un soldado y me dijo: *"Doctora, la camioneta la espera"*. Cuando le dijeron que fuera a buscar a la doctora, seguramente se referían a la médica militar, vino a buscarme a mí. Le dije que no era yo, y debo confesar que experimenté una sensación muy rara: gracias a ese soldado confundido, por un momento me sentí un ser libre.

Hubo otra situación inolvidable por lo ridícula. Un día la odontóloga militar le dijo al comandante (al "Morrocollo") que había dejado un paraguas en el ómnibus que traía al personal militar desde Punta de Rieles al penal. Él llamó a la guardia y le dio la orden de traerlo. El soldado no lo encontró y el comandante lo obligó a buscarlo hasta el infinito. La doctora lo había dejado en su casa, pero órdenes son órdenes, y se cumplían contra viento y marea. Nunca supe si el soldado fue sancionado por no encontrar un paraguas que no existía, pero es posible.

Allí vi de cerca lo absurdo de la cosa militar, fascista, defensora acérrima de los privilegios de unos pocos contra las necesidades de la mayoría, la organización en pirámide en cuya base estábamos las presas y muy poco por encima de nosotras, la tropa; la autoridad absoluta de cada grado sobre lo que está por debajo; el verticalismo; la "infalibilidad", tanto mayor cuanto más alto es el grado.

La incomunicación con el exterior nunca nos hizo dudar que nada estaba perdido, que siempre, de algún modo, nuestro pueblo mantenía la lucha y que al final del camino "una luz puntual nos esperaba".

Inti

DEL PENAL ADENTRO (SEGUNDA PARTE)

Las ventanas de las celdas en los años

1976. Eran de dos hojas cada una y se abrían. Con las hojas abiertas se podía ver amplio el cielo, buscar constelaciones por la noche, contar historias de Orión y La Osa Mayor, ver pasar a Barrabino, viniendo de la piscina caminando en zigzag entre un alambrado y los muros del edificio, perdidamente borracho. Ver la hermosa piscina, las alegres sombrillas de colores, las reposeras, las mesitas rodantes con bebidas y picadas, las mallas de las mujeres de los oficiales, sus niños, los cajones de whisky, cómo se tiraban todos desde los altos trampolines. Y sentir el olor a sudor de verano entre la música de la tarde cayente cuando, antes de irse a dormir a la casa rodante estacionada debajo de nuestras ventanas, los hijos de Barrabino corrían sobre caballos militares en el disfrute de sus vacaciones.

Los sábados de tarde y los domingos de invierno se les podía ver también a todos, un poco más lejos, jugando al polo.

Pero los días de semana a quienes veíamos eran a Ji Jaus, el burrito, llamando a su amada, a las ovejas y sus corderos juguetones, a los chiqueros y a los perros, y también a las compañeras de otros sectores, trabajando.

Por esas ventanas de la cinco vimos construir la panadería que se demolió un año después, el coqueto edificio techado de tejas donde iban a instalarse los calabozos, la construcción del local para las PMF, y veíamos también a las ratas saliendo por las zanjas del casino de oficiales, grandes y bien comidas.

Desde la ocho el paisaje era diferente, desde allí podía verse el ingreso de oficiales al penal y reconocer a los torturadores de los diferentes "infiernos", asiduos visitantes.

Por esas ventanas abiertas silbábamos, apenas, las despedidas para quienes se iban en libertad...

1979-1980. Las ventanas de la capilla, altas, como correspondía a la arquitectura original, se abrían parcialmente y permitían mirar lejos parándose en alguna cucheta.

En ese momento, en la capilla estaba el sector C, y las que habían reunido allí, sin proponérnoslo, encabezábamos un proceso de cambio.

El trabajo a desgano había ido cobrando franca y decidida tendencia a la nada. Discutíamos si el llegar a cero era algo del orden de lo cuantitativo. Observábamos a las compañeras de otros sectores, analizábamos.

En venganza por nuestra actitud ante el embajador yanqui, y seguramente estudiando ellos también nuestro proceso y queriendo abortarlo, los mandos inventaron que nos negábamos a trabajar y crearon simultáneamente el mayor de los "wear is de naif".

Sacadas del sector, paradas al frío de la noche mientras ellos hacían la requisa más salvaje, encontramos al volver que todas nuestras pertenencias estaban revolcadas por el piso, entreveradas con miel, yerba y papeles higiénicos sucios. Lanas, hilos y algunas ropas atadas entre diferentes puntos de nuestras cuchetas creaban una tupida malla que sólo permitía el acceso arrastrándose por el suelo. Calaboceadas ocho de nosotras, incomunicadas todas, todas sancionadas a rigor, durante días nos vimos obligadas a comer sin cubiertos, ya que no podíamos aceptar firmar nuestra responsabilidad sobre cada cuchillo.

Un día de esos nos hicieron bajar, nos formaron entre las fotos de sus héroes y nos rodearon de soldados portando armas largas con las que nos apuntaban. Así enmarcadas, oímos claras amenazas de reprocesamientos y un tanto menos claras amenazas de interrogatorios fuera del penal, en el terreno de su total impunidad.

Yo era cabeza de lista, por lo que tuve que encabezar las respuestas a cada planteo. Hubo un momento en que introdujeron una variante que no entendí, pero sí sentí que algo había en la atmósfera, algo me dijo desde el silencio mi sintonía con mis compañeras y, respondiendo exclusivamente a esa percepción, acepté los cubiertos.

Después, cansadas, nos sentamos todas alrededor de las mesas, y pedí que me explicaran...

Cuando una tarde instalaron un parlante y lo conectaron con un noticiero que no podíamos entender en su contenido pero tampoco en

sus palabras de un ritmo muy rápido para nosotras, al otro día, entró la Cruz Roja, "los Cruzados", a los que recibimos con cantos trepadas en racimos en las ventanas y que luego, cada día, entraban buscando allí arriba caras ya conocidas.

1980-1981. Los mosquiteros colocados poco antes habían sido ya una forma de entorpecer la visual. Las nuevas chapas de acrílico verde en las ventanas quedaron apretadas entre éstos, los vidrios y las rejas, en el estrecho espacio del vano.

El aire casi no pasaba por los costados y la luz había enfermado gravemente, dándonos rostros de máscaras violetas a los que sólo el análisis espectral y el razonamiento sobre la luz y los colores complementarios podían hacer concluir que, en realidad, eran los nuestros de siempre.

Simultáneamente cambiaron las bombillas de luz y quedaron pendientes en las sombras unas pequeñas luces mínimas. Sanciones individuales, pero de todas, con supresión de recreos, suprimieron diez más diez, más cinco, más quince, más veinte, más... días de ver luz.

Desde el D se comenzó a hablar sin ver junto a las ventanas abiertas y desde el A, abajo, a contestar en temas inocentes para oídos enemigos.

Al grito de "Botelleerooo", proferido desde el patio de recreo, una mancha oscura tras las mamparas del E nos decía que Ofelia nos estaba escuchando.

En las visitas nos dijeron que emisoras de radios internacionales decían cada día que continuaban tapiadas las ventanas del penal de Punta de Rieles.

1982 y más. Hubo un momento de ilusión cuando fueron una mañana a sacar las mamparas. El cielo seguía estando allí y la luz que emitía seguía siendo blanca.

Pero sólo era la sustitución de las mamparas verdes por otras también de acrílico, aunque rayado y blanco, que estaban montadas sobre un marco a unos cinco centímetros más afuera de las rejas. Si bien rebasaban las dimensiones del vano, con forcejeos de palanca se podía lograr visiones tangenciales.

Las alejábamos cuidadosa, lentamente, en ese esfuerzo por la visión y por la luz que veníamos trayendo desde los recintos de tortura, cuan-

do forcejeábamos con nariz y frente para lograr, en la venda que nos cegaba, un punto luminoso junto al ángulo interno del ojo.

De forma igualmente empecinada venían a re colocarlas, como antes a atar más fuerte la venda o a sustituirla por la capucha.

Fuimos perfeccionando nuestros lugares para ver, no pretendiendo abarcar todo desde un mismo lado. Dos celdas y un baño cubrían los calabozos, otras dos y otro baño cubrían la barrera de entrada y la pradera chica.

Cuando del calabozo nos desaparecieron a Blanca en una madrugada, nos dijimos que "nunca más" y organizamos cuidadosas y ordenadas guardias nocturnas.

Aprendimos a pasar la cabeza entre las rejas y a gritar avisos contra el viento. Y manejamos también lenguajes de silencio con las manos armando, tras la señal de "va mensaje" dada por una canción acordada como clave, el idioma mudo del diccionario en el alféizar de una ventana sita en una pared cuyo ángulo con la pared con ventana del sector vecino permitía suficiente visual.

Paradas junto a las ventanas practicábamos casi ritos solidarios con cantos hacia los calabozos, saludos hacia el patio de recreo, saludos a las visitas, a los abogados, a todo lo que era amigo.

Magia de voces invisibles gritando ¡Hola Azucena! ¡Hola Elisa! a una abogada o a una visita, voces con cantos precisos dedicados a una persona y una situación, y todo el penal desatado en saludos ante cada libertad. La comunicación estaba llevada al rango de principio vital. A veces eclosiva, gritada a pulmón pleno, a veces callada, clandestina, exclusivamente nuestra. Es que ya era mucho más que el desenvolvimiento de la solidaridad, era la aprehensión de la ley de la supervivencia colectiva.

La carta

Era a fines del 83 o ya en el 84. Como fruto de la política de diferenciación de sectores, el A recibía prensa, pero nosotras, en el D, en el piso superior y exactamente arriba celda a celda y ventana a ventana, no la recibíamos.

Por eso, día a día, luego de un silbido que reproducía la característica de la Radio Nacional, detrás de las ventanas tapiadas, alguien desde abajo leía y arriba, según turnos, alguien tomaba nota.

Las chiquilinas de la caída del 83, en palabras trasladadas con cuidadosa precisión habían dicho que decía el partido que estaban dadas las condiciones para derrotar la dictadura, y habían hablado de las espinas del fascismo como posible recidiva a quedar si.

Una mañana cantó como tantas otras el silbido y, ya en rutina, alguien se situó en la entrada del baño, alguien se instaló con un libro en el corredor más adelante, alguien se colocó con un telar en la mesa y alguien más se le acercó con una bolsa de lanas. La encargada de la despensa por esa semana comenzó el arreglo y selección de la fruta entre los cajones del fondo, junto a la reja de la tres.

Se ajustó el sonido de las voces, que ni tanto ruido ni tan poco y se mantuvo, en movimientos lentos, el corredor alerta.

Apenas empezó el dictado, desde la tres, donde se le estaba recibiendo, comenzó a salir un clima extraño.

Un susurro empezó a correr por el corredor y penetrar en las otras celdas, ¡lo que se estaba leyendo era una carta de Wilson Ferreira!

Se violaron las rutinas y las medidas precautorias y el sector entero se agolpó en la tres.

Ojos con ojos con lágrimas corriendo, hombros con hombros fuertemente abrazados, brazos apretados contra el propio pecho, un solo puñado según cada cual. Sentíamos que estaba unido lo unible. Por la luz y la vida. Contra el fascismo. Por la democracia. Porque aquella carta decía que si un soldado va corriendo en la batalla, no le pregunta a quien corre a su lado ni religión, ni raza, ni ideología. Y se felicitaba de un hijo que entonces andaba caminos de pueblo. Decía disposición de lucha y que la dictadura caería como producto de la fuerza de la conducta humana, decía que eran hombres los hombres, y lo serían por siempre. Aquella carta olía a flores y a campos frescos, a fin de torturas, a triunfo de la gota cotidiana nuestra, de adentro o afuera; pero nuestra.

Y sin embargo, es cierto que es la base material quien determina, las clases, en definitiva las clases, y todo acaba por ocupar su lugar...

La libertad en general

Las barracas fueron siempre otro penal. Nucleamientos diferentes, políticas diferenciadas. Rostro de la demagogia para la mejor aplicación del terror.

Sin embargo, contradicciones de una búsqueda de destrucción infructuosa, también a y desde barraca se producían traslados, cuyo significado para nosotras estaba dicho por una de nuestras murgas:

—De allí para acá, de acá para allá.

—Que sigan entreverando, así afirmamos la unidad.

Sobre nuestros dolores, levantándose el fruto nuestro. Sobre el dolor de la separación que implicaba un traslado de sector, porque no valía el esquema de "compañeras" como palabra abstracta, porque cada cual era su manera, cada corazón nido diferente, y empezar vida en terreno desconocido era siempre una tarea exigente a resolver desde una importante cuota de soledad.

Los coros que desde la barraca se hicieron informativos a la distancia atravesando las casi dos cuadras desde allí hasta el patio de recreo fueron, en buena parte, resultantes de estos intercambios, de la presencia allí de gente que había vivido en el celdario, y por otra, de la confianza a priori de quienes sólo sabían de nosotras y nuestra vida pinceladas sueltas, difíciles de comprender en un contexto particular diferente.

Un día las oímos gritar desde la barraca a las piletas de lavar ropa, apretadas en chiquito y agitando los brazos:

—¡Li-be-ra-ron-ge-ne-ral!, ¡li-be-ra-ron-ge-ne-ral!

Nuestra incredulidad nos hacía mirarnos y murmurar: *"¿General?, ¿dijeron general?, ¿dijeron liberaron?"*.

La emoción, el miedo a equivocarnos, seguimos circulando por el patio buscando confirmar. Y ronda a ronda caminante escuchábamos la misma algarabía deletreada, veíamos los mismos saltos con Adriana sobresaliendo, exuberante como era, los mismos brazos en alto.

Entonces nos paramos frente a las piletas, respondimos con la misma consigna, y gritamos besos.

Por una vez, la presurosa finalización del recreo fue bienvenida. Ya arriba, en el sector, con cautela, comenzamos a circular avisos y

propuestas. Desde la normalidad aparente comenzaron a funcionar las comunicaciones más seguras, los breves telegramas directos.

¿Quién arrancó con la primera estrofa del Himno Nacional justo al mediodía? ¿Quién empezó en las ventanas y quién en los corredores? ¿El A ?, ¿ nosotras?, ¿el C? Sin que le hubiéramos podido avisar nada, el B captó el suceso en el aire y se sumó.

Se movían las paredes, titilaban. Las soldados, tras un breve esbozo de burla, desaparecieron luego de asegurar los candados.

El Himno Nacional, abrazado, taladraba el aire con la fuerza de todas nuestras voces. Del otro lado de las rejas nadie se atrevía a recordar su existencia y tampoco después cuando, haciendo saltar los cubiertos sobre las mesas, comenzamos a corear golpeando las tablas con las manos la consigna del 71:"Seregni-Crottogini, Crottogini-Villar, Seregni-Crottogini, Crottogini-Villar".

La calle
(vista en agosto de 1984)

La pensé antes, en horas quietas de la madrugada. Horas de conversarme a mí misma, de poner orden por dentro. Entonces fue que vi que casi no se podía pensar. El vacío de experiencias estaba demasiado grande. Carente de posibles concreciones abarcables, me quedé con sólo un paquete de verdaderas certidumbres:

• Estos años, estos triunfos, los hicieron los de afuera.

• El rol, entonces, es ubicarse en el apoyo a lo que están haciendo.

• La libertad tiene olor de tinta de periódicos y micrófonos abiertos. Deberemos usarlos para decir todo aquello que no pueden los compañeros que permanecen clandestinos; reclamar la legitimación del Frente y del partido, reclamar la libertad de hasta el último preso, reclamar por los desaparecidos, denunciar a la dictadura testimonialmente.

• La gran fuerza democrática con todos sus colores es nuestro lugar y merece nuestro abrazo.

• Cada uno de nosotros deberá ocupar un sitio más en ese gran conglomerado. Sin chapas ni credenciales de presentación, sin títulos, sin nada más que el propio ser, por suerte bastante conocido y por ende

autogobernable a esas alturas.

Tomadas estas conclusiones en mis manos, las desplegué en voz alta, una a una, extendidas sobre la tapa de madera de la vieja máquina de coser vacía. Ya Anuar, amigo y abogado, me había dicho que mi libertad estaba firmada.

Allí empecé a tratar de no estar en actitud de espera, como necesidad de cuidar de mí misma y, pidiendo restos de lana a las otras compañeras, tejí una gruesa manta a todo telar para Albita, que había devuelto a su familia todos sus abrigos en atención a lo precario de su situación, y la estaba necesitando.

El tiempo justo de terminarla y verla puesta en su cucheta, como que precisamente de eso se tratara, y tronó el "*Dos setenta, baje*" desde la reja de acceso al sector, a las dos de la tarde.

Con el recelo de bromas carceleras de mal gusto me negué, con una rápida salida, a la despedida que brotando de las celdas poblaba el corredor detrás de mí de cantos, abrazos y gente.

Encerrada en planta baja en una piecita de la enfermería durante siete horas, me mantuve comunicada a gritos con mis compañeras en otro piso y en la otra ala del edificio. Ellas me avisaron que habían pedido mis cosas. Yo les dije que me habían devuelto mi reloj pulsera, pero no mi alianza de matrimonio ni otro anillo que tenía puesto en el momento de mi detención, ellas cantaban, yo respondía que seguía allí, sin otra novedad.

Luego trajeron un papel para firmar, un pantalón vaquero y un saco que reconocí como de Gabriela, mi hija de 13 años.

En el hall de entrada estaba la "cucaracha" abierta, pronta a llevarme hasta la salida.

El penal en absoluta oscuridad. Habían apagado todas las luces. Grité "*¡A la calle, que ya es hora!*" como despedida a quienes allí pasaban a ser para mí algo diferente. Una cierta propia despedida en tránsito, en el momento de la apuesta a seguir siendo yo misma. En medio de la noche, desde el hueco negro del penal, "La Varsoviana" atravesaba el aire frío cuando pasé a pie la barrera vieja.

Gabriela y Silvia me esperaban junto a un abuelo de otros nietos, judío y comunista polaco, que conocía de persecuciones y campos de concentración.

Al llegar a la loma le pedí que parara el auto junto al cartel de señalización. Ese era el lugar de mejor visión desde los "vichaderos", y estaba segura que allá en el penal aún oscuro muchos ojos me buscaban.

Bajé y enarbolé por unos minutos la bandera del Frente que, sin olvidar mi pedido, mis hijas me habían llevado. Cubriendo la distancia, desde el silencio de la noche, me respondieron las estrofas de "La Internacional".

La libertad resultaba ser lo más normal de lo que me había pasado en los últimos casi nueve años.

De adentro

VIOLENCIA, CONCIENCIA Y MEMORIA: LOS RESTOS DE LA DICTADURA

*Susana Mallo**

Dice Hannah Arendt: *"La terrible originalidad del totalitarismo no se debe a que alguna idea 'nueva' haya entrado en el mundo, sino en el hecho de que sus acciones rompen con todas nuestras tradiciones, han pulverizado literalmente nuestras categorías de pensamiento político y nuestros criterios de juicio moral".*

Esta destrucción quizás sea la más profunda ruptura que produjo el golpe de Estado de 1973, lo que se tradujo en una sutil vivencia del horror que trasladada a la cotidianidad se convirtió en una normalidad que ocultaba la latencia permanente del miedo y la muerte. El concepto de guerra justificó las detenciones arbitrarias, la tortura y esa figura siniestra que pasó a denominarse "desaparecidos". Fue el aniquilamiento de todos los sectores progresistas, desde lo cultural a lo sindical.

En este marco social aparecieron los asépticos, los que niegan, los que nada saben, pero también los cómplices, los que desconocen a un "otro distinto". En la práctica se intentó una de las formas más devastadoras para despojar a los seres humanos "condenados" de sus últimos restos de humanidad. Se los aisló, se los condenó al desarraigo, a la cárcel, o en el mejor de los casos al olvido. Es ésta, sin duda, una forma de pérdida de pertenencia, entendida como la conformación de una identidad social construida en un proceso histórico que relaciona al individuo con sus diversos entornos, consigo mismo y con su propia historia. La ruptura de los lazos constituidos a lo largo de la historia de nuestra sociedad significó la pérdida de relaciones sociales (amigos, parientes, vecinos), de identificaciones con libertades públicas y privadas, y el intento de desplazar la idea de ciudadanía con sus derechos civiles y políticos que habían sido columna vertebral de las instituciones políticas y sociales del país.

Esto produjo la pérdida de certidumbres, de la racionalidad, de la confianza, asociada a sentimientos de inseguridad, dando lugar a la irrupción de la amenaza y el paso desde el peligro potencial al peligro concreto, real. Esto significó la fragmentación de lazos sociales y la dispersión afectiva, física, vital.

El diagnóstico que realizó la dictadura ubica a gran parte de la sociedad en lo que denominó "el enemigo infinito", por lo que toda manifestación, aun la más pequeña, la más mínima, fue objeto de castigo. Se instala la discriminación, el desprecio, la negación y la mentira. Y, quizás lo más terrible, el virus de

* Socióloga y profesora titular de la Facultad de Ciencias Sociales de la UDELAR.

la desunión de un pueblo que había basado su historia en la unidad y la continuidad de una identidad construida en la aceptación de un ideal republicano.

Aquel que era señalado como el "otro" significaba la subversión, o sea todo lo que atentaba contra el estilo de vida "occidental". Gran parte de la sociedad pasó a ser indefinible y por consiguiente representaba el mal absoluto, la "subversión" podía ser cualquiera y también cualquier cosa.

Una de las características del terrorismo de Estado es la a-tipificación del delito. Nadie sabe qué lo puede convertir en culpable, o en sospechoso, qué amigo, qué gesto, qué saludo le puede significar pasar a la lista de ser el "otro". La arbitrariedad es por definición exclusividad de los estados terroristas. Arendt, cuando define a Eichmann, afirma que es un burócrata y un buen padre de familia. El mal es burocrático, el culpable de la muerte de cientos de miles de hombres en el campo de concentración, que sólo cumplió órdenes de sus superiores, no es consciente de sus responsabilidades, es lo que la autora denominó "la banalización del mal". Hoy seguimos escuchando las mismas explicaciones. ¿La historia de los sufrimientos de la humanidad nos ha enseñado tan poco?

La demonización del otro es explicada por el estado de "guerra interna". Si hubo guerra, todo lo demás se justifica de inmediato porque en toda lucha los excesos son "entendibles", mueren inocentes, y mucho más si se trata de una guerra no convencional o "sucia", es decir ni siquiera sometida a las leyes elementales de una guerra convencional que por lo menos respete ciertos derechos.

Para estos sectores, el "otro" es, entonces, el paria, el que está afuera de la sociedad regulada: el que se encuentra en la cárcel, en el exilio o en el inxilio.[1] El paria, dice Arendt, es mucho más que un apátrida, es un desarraigado, un *outsider*, el que está afuera o no está, no existe. El silencio lo cubre todo. Por tanto las promesas de la modernidad, de la filosofía de la Ilustración, es decir la construcción de un mundo racional, más justo y solidario, en el que los principios de la Revolución Francesa de igualdad, libertad y fraternidad dejaran de ser un sueño y se transformaran en las premisas de convivencia de los hombres del futuro, se derrumbaron en nuestras naciones.

El disciplinamiento de toda la sociedad tiene como base la cultura del miedo. En estos años se habría consumado el silencio y la impunidad. Así lo creyeron los dictadores de turno y actuaron con la soberbia del caso. Habían llegado para quedarse, por eso proyectaron para el largo plazo, intentaron transformar los fundamentos de la sociedad uruguaya, la educación, la salud, los principios de igualdad social, la cultura y –más aun– la estructura económica, lo que constituyó los cimientos de la creciente desigualdad que vivimos en estos tiempos. Pero no fue así, la resistencia pequeña, latente primero, comenzó a

---

1 Figura que habla del exilio interno, es decir, de aquellos que permanecieron en el país, sin posibilidad siquiera de la palabra.

aparecer. La protesta a veces velada se fue haciendo cada vez más abierta y se fue abriendo paso en la sociedad. Ciertos principios organizadores de la sociedad latían en la memoria de una gran parte de la población. Una forma de poder alternativo se fue haciendo cada más tangible. El poder corresponde a la capacidad humana de actuar concretamente, nunca es propiedad de un individuo, pertenece a un grupo y sigue existiendo mientras el grupo siga unido. Eso fue lo que recordó la sociedad uruguaya, que el poder podía recuperarse y lo logró mediante el voto.

El otro, el denominado paria, fue construyendo un sí mismo social. Esto es, estableció relaciones que lo sacaran de su propia y defensiva individualidad, de su pequeño mundo reducido a lo cotidiano y comenzó a interactuar, a relacionarse con otros a través de la música, la pintura, el teatro, la literatura que hicieron eclosión, cualquier cosa sirvió en la imaginación popular para manifestar su enojo, su repudio, pero también su proyecto democrático.

Ocurre también que los derechos humanos se dejan de percibir como una falsa universalidad en el sentido de derechos generales que sólo servían para una minoría, mientras una mayoría era silenciada, y son aplicados en el marco nacional, comienzan a ser temas concretos reconocidos por los miembros de la comunidad. La "normalidad" pierde su rostro unívoco que aceptaba una visión del mundo donde lo natural era el silencio y el miedo. Los espacios se agrandan y se distribuyen en intereses cotidianos, una resistencia creativa, imaginativa, aflora en toda su dimensión.

La hora de la esperanza y la desesperanza

La democracia llega en 1984 con un doble rostro, como Jano, el dios griego. Por un lado, el discurso de la inclusión, la participación, el espacio donde los ciudadanos reaparecen, el momento de la refundación de la política, donde los hombres actúan y juzgan. Pero el otro rostro es el de la persistencia de las tradiciones más autoritarias, más excluyentes y en la que permanecen enquistados núcleos de corrupción económica y política y las premisas éticas de un ciudadano responsable se van desvaneciendo ante una razón instrumental y una creciente colonización sistémica, lo que significó procesos de empobrecimiento de la sociedad ante la falta de sensibilidad de los gobiernos y un sistema económico cada vez más expulsivo. Todos estos elementos van creando un creciente escepticismo y decepción de los ciudadanos y una pérdida acentuada de las esperanzas depositadas en el proceso democrático. Los temas más instrumentales, en los que el medio no importa para la consecución de fines políticos, de intereses particulares, van acentuando la distancia entre el ciudadano y ciertos sectores de la clase política.

Lo real es que en 30 años el proceso democrático no ha cumplido con las expectativas que habíamos depositado en él, no sólo no nos dio de comer, sa-

lud, ni nos educó, sino que "un otro" está acá, presente otra vez, aunque con distinto rostro: es el excluido, el marginado, el nuevo pobre. Eufemismo para designar a una nueva forma de negación y de violencia. Las maneras de ignorar han tomado distinta forma. Se manifiesta mediante la invisibilidad de los grupos marginados y un "otro" que no está, no existe, que no se ve. Negación cuando ciertos sectores privilegiados de la sociedad desconocen los problemas de las mayorías crecientemente pauperizadas. Cómo explicar, si no, la desproporcionada reacción ante la película *Aparte*, de Mario Handler, en la que se hace visible la marginación. Esto no significa de ninguna manera la negación de los logros de vivir en democracia, pero sin duda se hace necesario dar voz y semblante a amplios sectores de la sociedad que son desconocidos o minimizados por los sectores "bien pensantes". Negación que pasa por la molestia de los "niños de la calle" o por el hurgador, eso que denominamos una forma terrible de violencia, que en nuestros días se ha transformado en cotidiana.

Pero otra vez aparece la idea de "resistencia"; ahora resistir es romper el silencio, mostrar una idea republicana de ciudadanía. Esto significa admitir que la diversidad existe, que hay una gran variedad de prácticas culturales y que éstas no están necesariamente asociadas a lo público estatal. No existe una "cultura oficial", una única visión, los ciudadanos han aprendido a dar respuestas diversas. Lo concreto es que estamos en una sociedad más escindida, con intereses y necesidades muy distintas; por lo tanto, la diversificación y la fragmentación aparecen como las dos caras de una misma moneda y las demandas adquieren formas diversas. Las protestas tienen particularidades distintas a las conocidas y por ello adquieren formas muy concretas.

Es necesario no asustarnos, los países conviven con diferencias de identidades y con una distinta densidad cultural. Los jóvenes demandan formas de autoafirmación o identidad que antes eran competencia exclusiva de ámbitos públicos y que hoy son mucho más privados; la referencia es hacia adentro, el consumo material y el consumo cultural está diferenciado no sólo por el estatus, sino también por tribus. Esta palabra tan utilizada cuando analizamos las distintas manifestaciones culturales y políticas de los jóvenes alejadas de las formas tradicionales, en las que la identificación pasa por sus gustos musicales, su pertenencia a clubes y distintas identidades, en la que lo político ha perdido centralidad, sin que por ello haya desaparecido. También en este caso se dan formas originales de adhesión político partidaria. Hoy nos encontramos en las prácticas políticas con formas de autoafirmación cultural o construcciones alternativas de identidad. Dichas formas, que pasaron durante muchos años por la idea de nación, del trabajo y la educación, bases constitutivas de la modernidad, hoy conllevan profundos cambios que han producido distancias a veces difíciles de entender y recorrer. Pareciera que las definiciones de los sujetos colectivos se encuentran de manera más obvia en la defensa de derechos y compromisos, en las que las diferencias de género, de etnias, el trabajo de las

ONG y la defensa de la naturaleza convocan los mayores esfuerzos participativos de la juventud.

Construyendo un futuro

¿Dónde dejamos la nueva política? Se hace necesario, creo, romper con formas tradicionales de viejos discursos y prácticas consideradas obsoletas.

Romper con esa idea decisionista de una democracia delegativa, de expertos, de aquellos que todavía creen en la homogeneidad del pensamiento, que no pudieron o no quisieron descubrir que la dictadura de pensamiento y acción es imposible. Los años oscuros no lograron hacer desaparecer los rasgos más profundos de la cultura política del país, porque siempre la lucha por la libertad está a la vuelta de la esquina. Como decía Marx, *"Todo lo sólido se desvanece en el aire"*.

Se hace necesario ahora construir una democracia participativa, donde las tribus tengan espacios y manifestaciones propias. No quisiera que se entendiera esto como una cultura de la nostalgia, o como el nihilismo del todo vale, por el contrario, retomando un concepto de Hugo Achugar sobre la territorialización quisiera expandir este concepto hacia la memoria, y hablar de una territorialización de la memoria, donde convivamos creativamente las generaciones. Que la memoria funcione como un dispositivo fundacional, en un deseo de reconocimiento del otro y sin el daño que cualquier ser humano siente al ser ignorado, una territorialización de la memoria que nos permita construir la condición humana con dignidad, con voluntad, con acción y con juicio. Las fracturas de la memoria nos han dejado marcas, marcas en el cuerpo, marcas territoriales y en nuestra vida afectiva.

No es descreyendo en la democracia que borraremos esas marcas indelebles en nuestra memoria y en nuestros cuerpos, sino incluyendo al "otro" de acuerdo con la concepción del modelo republicano, para que los derechos sociales, la salud, el trabajo, los derechos de participación y los derechos llamados de tercera generación –la inclusión de las memorias, el género y la defensa ecológica– sean una realidad. Se hace necesario bucear, entonces, en los años de la dictadura, cuando la muerte esperaba agazapada en cualquier esquina y se luchaba por un ideal, es decir, repensar una época aún no resuelta, con recuerdos no resueltos, con muertes que no acaban de morir, y debemos hacerlo con el mismo fervor con que tratamos de construir nuestro destino individual y colectivo.

Olvidar es perder parte de nuestra condición humana, el olvido es una forma de empobrecimiento. El recuerdo –la memoria– no es tener ojos en la nuca sino estar alerta sobre el poder del terror, es recordar que la palabra no puede ser silenciada ni la verdad vuelta mentira.

HERIDAS CIUDADANAS: CAMINO

Testimonio ficcionado

Apenas si caían algunas gotas en aquella noche calurosa.

Había sido día de clásico. Nosotros compartíamos besos y opiniones en la vereda, cuando miré a la derecha y la vi.

Caminaba tambaleante, pero a su paso, con cara de alcanzar lo inalcanzable, repetía: *"Hace dos años que no salgo, no me dejan porque dicen que me puedo caer porque a veces todo gira, pero ahora camino. ¡Camino, camino!"*.

Yo le respondí con cierta tristeza: *"Me alegro. Pero cuidate, si los médicos lo dicen es por algo"*.

"Sí, sí", me dijo y siguió como quien busca desesperadamente llegar al final donde hay luz y esperanza.

Yo me di vuelta y los besos eran lo único que importaba en ese momento. Cuando intentaba acercarme a sus labios, sentí el golpe. Cuando giré a la izquierda estaba caída al lado de un árbol, boca abajo, gritando: *"Me caí"*.

Yo corrí, lo dejé y le gritaba: *"Voy en camino"*, como para que supiera que no estaba sola. Guillermo, un vecino adolescente que en ese momento entraba a su casa, también corrió para ayudarla. Cuando la dimos vuelta en la vereda tenía su cara ensangrentada. Los tres estábamos con ella, mirándonos y mirándola sin saber qué hacer. Ella nos miró y supongo que para sacarnos el susto nos dijo: *"No es nada, me golpeé la nariz y la sangre es de la boca"*, pero también tenía cortes en la frente y heridas profundas.

Yo le pedí a mi compañero y a mi vecino que la sentaran despacio en la vereda mientras iba a buscar a su esposo, en su casa, en la otra esquina de la cuadra. Él salió a los gritos y rezongándola. Con la silla de ruedas en la mano le gritaba: *"Por qué salís sola. No podés. No entendés, no podés dar ni dos pasos sin mí o sin la silla"*. Pero ella contestaba: *"Hace dos años que no salgo ni camino, hace dos años, dos años, dos años"*. Cuando ingresaban a la casa, los tres nos miramos con impotencia; aunque mi

vecino se fue, fue imposible recomponer el clima romántico aquella noche de noviembre, más aun cuando él preguntó: *"¿Qué le pasó a esa señora?"*. Yo le contesté: *"La torturaron"*. *"¿Cuándo?"*, volvió a preguntar. *"En la época de la dictadura, cuando más"*, contesté.

Nunca supe por qué la torturaron, solo sé que cuando la conocí, allá por el año 1984, todos en el barrio, que para mí era nuevo, le decían "la loca". Tenía marido e hija, vestía y hablaba raro y se relacionaba con poca gente.

Pintaba y puso en su garaje un taller de pintura para niños. Tuvo éxito, tenía muchos alumnos y era muy querida por los más chiquitos. Yo comencé a tratarla por la cercanía de las casas.

Un día me contó que aún no podía dormir de corrido y sin recuerdos si no se medicaba, y así lo hacía.

Pero así y todo a veces se despertaba sudando y preguntando qué había pasado. Varias veces lo dejó todo, con mucho valor, pero varias veces, alguien no quiso. Nos hicimos buenas vecinas aunque en momentos era difícil hablarle sin saber dónde estaba.

Con los niños nunca tuvo problemas, siempre les enseñó sin contaminarlos, pero ella, adentro de sí, nunca se pudo curar y a la pasada Navidad no llegó.

Juanele

UNA NAVIDAD ESPECIAL

Los primeros días de diciembre de 1977, como todos los años, empezaron los preparativos para la Navidad en el penal de Punta Rieles.

No es que nos pusiéramos a instalar pesebres o a decorar arbolitos, lo que hacíamos con total dedicación y a escondidas era el regalo que le entregaríamos a la "amiga invisible".

Estos regalos variaban según las habilidades de cada compañera y los materiales que hubiéramos podido conseguir en ese momento.

En los casos en que no había nada, una percha de madera pintada de mil colores y una cinta de seda se convertían en un invalorable obsequio.

Otras veces, milagros de hueso, cuero, hilo o cartón salían de las manos pacientes y maravillosas de las compañeras, que además ayudaban a las menos capacitadas.

Así transcurrían los días ese diciembre de 1977, que empezaba igual que tantos otros.

La fruta maduraba en lo profundo de las palanganas de lavar la ropa, condenada, también ella, a convertirse en alcohólico brindis navideño.

Los turrones los elaborábamos con leche condensada que reservábamos desde meses antes y tostadas de galleta de campaña que fabricábamos cuando íbamos a la cocina; si conseguíamos cocoa, también hacíamos turrón de chocolate.

En Punta Rieles tratábamos de combatir la melancolía y lo lográbamos bastante bien, tanto es así que a nosotras nos daba lástima nuestra familia y decíamos, pobres... pensar que ellos se creen que estamos tan mal.

En realidad bastante mal, pero ya no nos dábamos cuenta y sacábamos partido de todas las cosas grandes y chiquitas para mantener la moral alta y una alegría que no era fingida, sino simplemente otra forma de alegría.

En todo eso andábamos cuando el 22 de diciembre me fueron a buscar a la quinta donde estábamos en "trabajos voluntarios obligatorios" y, trámites de rutina por medio, me dejaron en libertad.

Esa Navidad fue increíble. La pasé en mi casa con mis padres, her-

manos, sobrinos, suegros, cantidades de amigos y vecinos que llegaron a saludarme.

Tuve regalos de verdad y auténtica comida navideña, hubo un pino verdadero, brindis y un ambiente de fiesta permanente.

Nunca disfruté tanto de mi familia y nunca extrañé tanto a nadie como a las compañeras que había dejado.

De alguna manera fue la mejor Navidad de mi vida, pero fue también la más triste.

Meche

Esperaba el "rancho" con mucha ansiedad, era larga la mañana. Para acortarla en aquella época solíamos leer, estabamos enfrascadas en la lectura de Zola y nos mostraba *El vientre de París*, su mercado.

El realismo nos transportaba y podíamos sentir aquellos olores, aquellos gritos, aquel ritmo, como si estuviéramos paseando entre ellos. Los fiambres colgados nos inundaban con su penetrante aroma, podíamos ver la fruta, sentir la áspera cáscara del durazno, los colores brillantes de las manzanas, el intenso perfume de las naranjas.

Más allá estaban los quesos, las carnes y nosotras interrumpíamos el paseo con nuestros sabores queridos: las tortas fritas, las *muzzarellas* del bar de todas las esquinas, el pan mojado en el huevo, las torrejas con miel y hasta un simple refuerzo de mortadela.

Mi estómago, implacable, reaccionaba segregando jugos y así iba llegando la hora del "rancho".

Claro que no teníamos tantas opciones, no olvidemos que nuestro penal era militar y los militares uniformes tenían un menú y se ajustaban a él estrictamente.

El tiempo ha borrado de mi memoria la secuencia con que se presentaban los platos en la mesa, pero no he olvidado sus particulares características.

Los tallarines colgaban como guirnaldas en las enormes bandejas, eran pálidos, pegajosos, escurridizos y en su trajinar desde la cocina solían perder el calor, nos acompañaban dos veces por semana, y a mí me gustaban.

El puchero tenía algún vínculo remoto con el plato que inspiraba su nombre, traía pedazos de garrón y verduras y algo que despertó mi curiosidad. Una masa gris de consistencia indefinida, no era sólido, más bien parecía gel, supe con el tiempo que estaba hecho con fariña y caldo y que se llamaba pirón, y a mí me gustaba.

El garrón algunos días se convertía en asado, lo acompañaba una guarnición de papas y boniatos hervisados, mitad hervidos, mitad asa-

dos. Era un plato bastante resistente al diente, pero a mí me gustaba.

La polenta era un plato que desafiaba la seguridad de las cocineras que como gondoleros remaban dentro de las ollas y trataban de esquivar las erupciones inevitables que la harina de maíz solía desatar. Este plato llegaba al sector con una salsita interesante, algo desabrida y poco consistente, pero a mí me gustaba.

El arroz con salsa era un plato y la salsa con arroz se disfrazaba de guiso.

Las proteínas a veces se veían incrementadas por la presencia de gorgojos.

Si uno no es conocedor puede confundirlos con el arroz, pero los gorgojos son más finos y más curvos y suelen flotar cuando se los cocina. De cualquier manera a mí me gustaban.

El resto de las opciones se llamaban guiso: de fideos, de mondongo, con porotos, con papas, con boniatos y hasta con carne. No imaginen que todos estos ingredientes se sumaban, simplemente se alternaban y solía haber errores de proporciones. Poca cebolla, poco tomate, poca zanahoria y casi siempre mucha agua, pero salvando el de mondongo con el que no pude, debo decir que a mí me gustaban.

Debo confesar que los recuerdos culinarios tienen un lugar especial en mi memoria, y aquí rindo homenaje a los sabores especiales, al pan, el más delicioso que yo haya comido, a aquella leche helada que tomábamos en la cocina, a la fortuita cosecha de ajos que nos permitió un quintero sin experiencia, a la albahaca de contrabando, a la zanahoria que pude comer en la quinta, y el más querido, aquel escabio que preparamos para brindar en Año Nuevo, durante semanas todas las cáscaras pasaban al depósito de fermentación clandestino. Cuando llegó la noche esperada, a pesar del silencio, levantamos nuestras "copas" en un brindis esperanzado. Ese fue uno de los momentos que solíamos robarle a la realidad, esos momentos en los que éramos vencedoras, en los que estábamos libres.

De cualquier manera, y a pesar de los 30 años pasados, siento la necesidad de mantener en secreto el lugar donde reposó el escabio durante su proceso. Por las dudas, ¿no?

La Sibarita

EL OPA

Se puede decir que el Opa* era arbitrario, repetitivo, hasta terco. Al principio, cuando recién llegamos, no estaba. Apareció después, al comienzo de la dictadura. Podía hablar de continuo días y noches, o quedarse mudo semanas enteras. Allí estaba, marrón, cuadrado, amenazante, colgado en la mitad del corredor del celdario.

Para el Opa, que solía pasar citas históricas, todo había pasado el 14 de abril de cualquier año. Parecía que Artigas hubiera pasado todos los 14 de abril de su vida escribiendo citas y pensamientos, y que prolijamente el Opa los hubiera recopilado. Y puntualmente nos los propinaba.

Tuvo sin embargo la gentileza de trasmitirnos el "Mundialito" y nos acarreó un sinfín de sanciones por no estar puntualmente de pie, firmes, cuando al comienzo de cada partido tocaban el Himno Nacional.

Creo que era un fanático perdido de todo tipo de cumbias que existían sobre la tierra. Y le gustaban a todo volumen. Se toleraba. Lo intolerable eran las marchas militares. Una noche a eso de las tres de la madrugada, cuando llevaba como ocho horas tocando a todo trapo la marcha de "Los tres árboles", me juré silenciarlo a cualquier precio...

No fui la única. A las seis abrieron las celdas para pasar al baño; me fui derecho a una escoba. Encontré dos compañeras más en lo mismo. Con unos pocos golpes cayó. Quedó torcido y mudo en el piso del corredor.

Vinieron a pasar lista, y nosotras esperando el castigo. Fue digno de Maquiavelo. En los otros Opas, los de los otros pisos y sectores, por única vez en todos esos años, pasaron a Los Olimareños.

Vino la guerra de las Malvinas, el Opa está motivado. Diariamente le cedía paso a CX 20. Comúnmente las informaciones estaban limitadas a algunas pildoritas de radio El Mundo, creo. En general nada trascendente. Con el tiempo incorporó un informativo interno de puño y

* Adjetivo (voz quechua) en Argentina, Bolivia y Uruguay. Tonto, retrasado mental.

letra: "Altas y bajas de reclusas", "Altas y bajas del hospital", algún comunicado amenazante, etcétera.

Llegó el 80. Fue aquel domingo memorable del voto contra la reforma constitucional. La visita terminó al mediodía. Toda la tarde el Opa se mantuvo callado, mudo, muerto, inexistente. Lo mismo el lunes de mañana.

Faginera, la querida Nená lavaba, sobre las dos de la tarde, el piso del corredor. Precedido de unos ruidos, el Opa habló: *"En el día de ayer, en perfecto orden, la ciudadanía concurrió a votar"*. Silencio. *"El resultado del plebiscito fue negativo."* Otro silencio, no cabíamos de alegría.

Otras grandes noticias de esos años: liberación de Vietnam, de Nicaragua, triunfo del PSOE, el primer 1º de mayo de esos tiempos, las internas, la vuelta de Wilson, las conversaciones del Club Naval, la vuelta al penal de los rehenes, etcétera, nos habían llegado con retraso por otros caminitos.

A la noche el Opa dio paso al coronel Núñez. Vino un período duro; el Opa habló mucho: represión en el penal de Libertad, en San Javier, Roslik, y más, bastante más. Empezaba lentamente su último estertor.

Un día, por ese tiempo –se me confunden los recuerdos en su orden– le jugamos una mala pasada. En cada fecha patria, el Opa pasaba el Himno Nacional. Formábamos en el corredor. Aquel día, no sé bien si un 18 de julio o un 25 de agosto, cantamos con él. Nos reprimieron. Después vimos que era una buena medida de resistencia; el himno era también nuestro. El Opa no lo pasó más, pero nosotras seguimos puntualmente cantándolo en cada fecha que se nos antojó.

Se acercaba marzo de 1985, quedábamos un puñado de presas. El Batallón Florida se había mudado a Punta de Rieles. El 1º de marzo salieron en camión, con los uniformes de época. El Opa trasmitió la inauguración de la legislatura y la instalación de la Asamblea General.

Todavía hoy resuena en mis oídos por encima de todos esos años de penuria, de soportar aquel parlante, la voz de Uruguay Tourné, que desde el mismo parlante hablaba por primera vez de ¡amnistía!

El tiempo del Opa se acababa...

Puebla

Y se fueron… ¿sí?



MISTERIOS I

Yo nuca supe nada.

Lo escucho como un cuento, te escucho a vos y escucho a otros... y me parece lejano, como de otro país.

Es un recuerdo imborrable... noviembre de 1974. Mi hermana y yo andamos en bicicleta en la vereda, un día de sol, como cualquiera... como un día de sol cualquiera, sí.

Un camión con zorra estaciona enfrente de mi casa. Suben todos los muebles, todo, hasta las bicicletas. Nosotros nos vamos al otro día en la ONDA.

Yo no entendí, quería volver... me dijeron *"esta es tu casa ahora"*.

Yo viví en el campo desde entonces y nunca supe nada.

Mucho después, hace un tiempo, mi madre me contó el pánico que sintió un 14 de agosto. El 15 de agosto cumple años mi hermano y ella fue a visitarlo a Montevideo. Había una manifestación; ese día mataron a Líber Arce. La gente estaba desbocada, desde el ómnibus no se entendía lo que pasaba afuera, sólo sentía cómo empujaban el ómnibus, que se mecía de un lado a otro. Se aterrorizó. Me lo contó ahora, después de tanto tiempo, yo antes no lo sabía; en casa no se hablaba de eso.

En el interior todo era diferente. Cuando las elecciones por el Sí y el No, me acuerdo que todo era jocoso. Mis abuelos decían: *"Es No para que no se vayan y Sí para que sí se queden"*.

Nunca llegó a mí el miedo o la opresión... y tal vez tenga que comprender a los que sí lo sufrieron... y ellos comprenderme a mí.

Al fin y al cabo, la memoria está fracturada... hay que empezar a armarla.

Mariela

DEL LADO DE LAS LUCES

A Jane, a mis amigas de la selva

Ya pasó mucho tiempo ahora. Nos fuimos de la cárcel de noche. Era de noche y atrás nuestro quedaba ese edificio vacío, mirando por sus ventanas ciegas, iluminadas ahora y abiertas, yermas.

Claro que habíamos sentido mucho miedo. Al miedo del final me refiero, no al otro. Éste era distinto. Creo que no le llamábamos así. No era por no nombrarlo; creo que no lo reconocimos. Eran días felices, como de ensayo. Nos probábamos ropa y decíamos que tendríamos que aprender a caminar distinto, de pollera, tal vez tacos, y sentarse bien, ir a la peluquería, todo eso. Tomar el ómnibus, no sé por qué le dábamos tantas vueltas al tema del ómnibus, había distintos boletos acá en Montevideo, la ciudad estaba dividida en zonas, qué sé yo. Pero eso no era lo que asustaba. Ahora pienso en la película y creo que era eso.

La película empezaba a eso de las seis o siete de la tarde. Fue un invento de Eli, no mío. Ella tiene esa voz de pito, preciosa, entonces iba de celda en celda –en ese entonces ya estaban abiertas y se podía entrar y salir– y avisaba que empezaba la película. Al principio casi nadie sabía de qué se trataba. La mayoría no daba bola, eso es lo cierto. Otras íbamos. Había que ir por supuesto al baño; bien se sabe que allí todo sucede en el baño, dónde si no.

La ventana del baño era grande, no una banderola, porque ese penal no había sido construido para cárcel. Antes de ir nosotras estaban los varones, presos. Pero antes estaban unos curas que no sé qué hacían allí, y los curas vivían bien, y por eso es cierto lo que se decía que las presas tenían piso de parqué. Teníamos parqué sí, y algunos baños –según qué sector– tenían una ventana grande.

Hacía tiempo que habían puesto las mamparas. Eran unas chapas de acrílico verde, al principio, que tapaban toda la ventana. Esa fue la época de la pecera. Decíamos la pecera porque daba el sol y todo quedaba verdoso, nosotras abríamos y cerrábamos la boca y nos hablábamos sin palabras y había que contestar siempre haciéndose el pescado. Lo rojo se veía marrón y todo así. Pero la época de la pecera pasó, porque

empezamos a empujar las mamparas y empezaron a quedar todas colgando, y nosotras de adentro viendo todo. Así que después pusieron unas nuevas, blancas. La cosa fue peor, porque a éstas las pusieron con tacos Fisher. Ahí aprendimos, algunas, lo que son los tacos Fisher: muy duros, no se salen. Estas mamparas blancas, además, eran distintas por dentro. Es decir, eran como el cartón corrugado, en capas, con unas canaletas adentro, sólo que no era cartón. El cigarro no las derretía, ni nada.

Pero la película empezó ahí. La intención no fue ver la película, sino simplemente ver. Quién venía, quién salía. Ver a los familiares que venían a la visita. Allá vienen las gordas, decíamos, y era nuestro reconocimiento a las madres, legión mayoritaria por lejos en el pelotón que los fines de semana remontaba el repecho hacia el celdario. También ver a los abogados, al final, cuando tuvimos abogados de verdad –jóvenes además–, con camisa celeste y cara con sonrisa. Ver también a las compañeras que se iban, cantarles, gritar muchísimo. (Ahí ensayamos nuestras voces de sobreprimo. Después lo supimos, éramos murguistas sin tablado, clamando por el nuestro, por un espacio nuestro.) Y ver de noche las luces. Se encendía camino Maldonado como si fuera el mundo, todo el mundo allí, cercano e intocable como la orilla de un sueño.

Nunca dijimos que teníamos miedo. Entonces éramos valientes. Rompimos las mamparas. No se podían tirar, como las otras, por los tacos Fisher. Pero las agujereamos. Los agujeros eran cuadrados, por eso de las canaletas que tenían adentro, o rectangulares. Ahí se ponía el ojo. Había que mirar de a una.

Al final de la tarde no había visita, ni abogados, ni –por lo general– libertades. La película era así: Elisa te llevaba al baño. Primero miraba ella. No había gritos, ni canto, nada de voz de pito. Miraba un rato ella sola. Después hacía una seña con la mano para las que estábamos esperando. Pasaba una y miraba, después todas, siempre de a una. El sol se ponía despacio. Rojo y lento, parecía llamarnos o avisar algo, no despedirse del día ni de nosotras.

Nunca más fue así el sol, ni las películas, ni nosotras.

Ahora no sabemos, yo no sé, qué nos quiso avisar; qué nos mostraba Eli en ese ojo cuadrado del cine.

Nos fuimos de noche y gritando, ahora estamos acá. Del lado de las luces.

Boy

RECORTES OTOÑALES

Eran muy jóvenes. Ella tenía 19 años y él 24.

Soñadores, utopistas, tiernos Quijotes convencidos al límite de la fortaleza que les infundían sus ideales.

En ese tiempo se estaban iniciando como pareja. Como tantos uruguayos, orgullosos de seguir caminando, viviendo, como dice la canción, cada segundo como nunca más.

El otoño del 74 llegó a la ciudad de manera distinta, impregnando de miedo, de tristeza, de desconfianza.

Caminaban con cautela, a cada instante miraban hacia atrás, hacia los costados. Alertas. Observando de reojo al que se sentaba a su lado en el ómnibus, aguzando el oído en las noches pobladas de sirenas y pasos apagados.

Esa tarde, aunque ya estaba comenzando el mes de mayo, hacía bastante calor.

Iban llegando al barrio y cuando pisaron el pasto de la vereda, a punto de empujar el portón, los paralizó el grito: *"¡Alto o disparo! Están todos rodeados!"*.

Pareció detenerse el tiempo. Los ruidos, las hojas de los árboles, todo quedó en suspenso. En silencio. Aunque en realidad, sólo fueron unos segundos.

Ella pensó ¿todos?, ¿quiénes son todos?

Al tiempo que él salía corriendo hacia la calle, ella, tal vez por aquel famoso instinto de conservación corrió agachada por detrás de un muro, las balas tal como cuentan las novelas policiales silbaban a su alrededor.

Él cayó herido, una bala lo dejó tendido sobre el pedregullo hasta la madrugada.

Otra vez el tiempo quedó inmóvil.

Ella, cuando se le terminó el muro chocó contra algo macizo, brutal, infranqueable.

Llevaba uniforme militar.

La metieron a la casa, la encapucharon y allí mismo empezó la "máquina".

Qué sensación extraña, como si la realidad se hubiera partido en dos.

Por un lado sus pensamientos tan claros y pasando como por una pantalla a toda velocidad: *"Tengo que aguantar, tengo que quedarme muda, tengo que concentrarme, tengo que ganarles..."*.

Y por otro lado todo lo que pasaba por fuera: los gritos, los golpes, las diversas "técnicas" que se iban sucediendo sobre aquel cuerpo que no parecía el suyo, como si estuviera anestesiado. Desdoblado.

Hasta que las dos paralelas comenzaron a mezclarse... lentamente...

Se acercaron los ruidos, las voces, los olores, el frío, la humedad.

Pero sobre todo aquella sensación de estar siempre parada al borde de un profundo abismo. Inmenso, negro, insondable.

Así era la sensación que daba la venda en los ojos.

El miedo a todo aquello que podía pasar y no se sabía qué podría ser, hasta qué extremos podrían llegar aquellos seres que tenían todo el tiempo, todo el espacio, todo el poder.

Entonces la vida y la muerte eran sólo palabras, jirones colgando de los alambres de púa.

Ellos eran sus dueños, genios poderosos y maléficos que con un solo grito podían decidir el final de cualquier historia.

Estaban convencidos de que aquel poder no les sería arrancado jamás.

Ella no.

Paradójicamente casi a los diez años de aquel otoño, en el 84, reaparecieron aquellas sensaciones: el estruendo, los golpes, los gritos, ese desdoblamiento ante el peligro que surge como defensa inmediata. Nuevamente la incertidumbre.

Qué ironía, esta vez la seguridad radicaba en la permanencia tras las rejas, el uniforme gris, la rutina carcelaria, la fauna y flora de aquel paraje ya conocido.

Ese espacio mínimo que nos contiene, el único refugio seguro: las compañeras.

Y apenas en un instante, aquel hábitat se agrieta, se resquebraja.

El grito invocando el número al unísono con la reja que se abre.

Ella hizo la pregunta de rutina, sabiendo de antemano que no iba a creer en lo que le respondieran.

Allí mismo, del otro lado de la reja comenzaba el territorio enemigo.

El límite era muy simple, muy nítido. De un lado nosotras, del otro ellos.

De gris nosotras, de verde ellos.

En el trayecto por escalera entre el sector y la enfermería iba pensando, descartando hipótesis. Tal vez una sanción, no se le ocurrían otras posibilidades.

En la enfermería estaba la médica militar encargada de controlar en qué estado se encontraba; como todas las órdenes que recibía, cumplió ésta con la mayor unción.

Le tomaron la presión, el pulso, la fiebre. *"Firme acá. ¿No va a firmaaar dos veinte?"*

Ella percibió que iba a pasar algo, que no se trataba de una ida al calabozo.

No eran ésos los movimientos, tampoco los de un cambio de sector. No se trataba de algo previsible, no había código ni patrón donde encajar aquella situación.

La encerraron en una celda de la enfermería. Una cabo y una soldado le ordenaron quitarse la camisa del uniforme. Comenzó a gritar, llamando a las compañeras para que ubicaran en qué parte del edificio estaba.

Entonces la inmovilizaron entre varias y la amordazaron.

Sintió la boca dormida y llena de sangre. Al no acatar la orden de sacarse la camisa, se la arrancaron a la fuerza.

En todo aquello transcurrieron dos o más horas. Horas de una lucha silenciosa, crispada.

Se sentía como un animal en una trampa, acorralada. Sin salida.

Mientras tanto en el sector ordenaban a las compañeras que entregaran todas sus pertenencias.

La sacaron de la celda y cuando se resistió a bajar esa escalera que obviamente no conducía al sector, la arrastraron hacia abajo. No tocaba los escalones, iba golpeándose contra ellos, rebotando, rodando en medio de un borbollón de uniformes y toletes.

Recuerda claramente los colores de los escalones, los bordes clavándose en su espalda, el sonido casi rítmico de las botas bajando con ella cual sombría catarata.

Tampoco ahí sintió el dolor. Toda su energía estaba concentrada en resistir aquello que solamente intuía, que tal vez podía ser el fin, no se sabía...

Al llegar fuera del edificio era de noche, ya había sonado el toque de silencio.

La tiraron dentro de la cucaracha y trajeron a Paula, que al parecer había corrido su misma suerte.

Arrancaron con las dos allí adentro, en aquel estado, nunca allí se sentirían tan desprotegidas, tan indefensas.

Ella notó que debía tener un aspecto terrible, la expresión de la cara de Paula fue su más fiel espejo. Tenía la boca lastimada, hinchada y la mordaza ensangrentada, las dos estaban esposadas, hablando a la vez, intercambiando rápidamente el sentimiento de pánico, todas las preguntas, los posible análisis que les explicaran aquella situación dantesca.

Pero a los pocos metros de recorrido la cucaracha se detuvo, se abrió la puerta y sacaron a Paula, quién quedó en la barrera. Continuaron la marcha con ella.

Esos momentos de intercambio con Paula le hicieron mucho bien, porque ahí reorganizó su pensamiento, desplazó la preocupación por sí misma, sus miedos dejaron de ser el centro, debía pensar en la compañera, buscar argumentos, trasmitir fuerzas, objetivar al máximo todo lo sucedido y prepararse lo mejor posible para lo que viniera.

Cuando detuvieron la marcha supo que llegaban al "Noveno", por el tiempo que tardaron en llegar y porque reconocía la zona.

Antes de entrar al cuartel la encapucharon, la llevaron a la enfermería donde un hombre de civil la miró y dijo no verle nada grave. De ahí la llevaron a un calabozo.

La primera vez que le permitieron ir al baño encontró en la papelera como de casualidad un trozo de diario donde informaban de la muerte de Vladimir Roslik.

La sensación de inseguridad no podía ser mayor, estaba sola en un cuartel y por lo visto seguían ocurriendo muertes, se las hacían saber.

Una semana después, tal vez más, recibió una visita de su familia, previo a la cual le advirtieron que debía decir que el trato allí era totalmente correcto.

También en esos días fue a entrevistarla un miembro de la Cruz Roja y nuevamente recibió la advertencia amenaza sobre el "buen trato".

Permaneció en el cuartel alrededor de tres semanas, en las que cada día llegaba un oficial a buscarla al calabozo, la esposaban, la encapuchaban y le hacían submarino seco.

Luego la dejaban una media hora de plantón en el patio de armas

con varios soldados armados que la custodiaban. Todo esto en silencio, nunca hubo el más mínimo interrogatorio.

Al parecer ése era el recreo que le correspondía.

Una tarde, luego de tres semanas, le dicen que junte sus cosas, la encapuchan y la sacan hasta un carromato que la llevaría de regreso a Punta de Rieles.

Por el camino logra ver algunos retazos de Montevideo, los colores, los olores del otoño son únicos, y los guarda, los reserva cuidadosamente en su memoria, para poder describírselos a las compañeras, así como los muros pintados con algunas consignas tan familiares y con otras recién estrenadas.

Al llegar, la bajaron del camión con la capucha puesta y mientras iba caminando comenzó a sentir el canto de aquel coro imponente, de una fuerza única que atravesaba las ventanas, las rejas, las tapias, y retumbaba en el campo hasta rodearla de un cálido abrazo de bienvenida.

De nuevo, la misma rutina con la médica, que le indica unos exámenes, según dijeron, de control. Otra vez el ritual, aunque ya sólo por cumplir con la rutina.

Era absurdo que estando allí de vuelta, estando viva, se preocupara de firmar o no aquel papel. Si ya se sabía que ellas no firmaban nada, salvo la libertad.

Ése sería su último otoño en Punta de Rieles. La vez siguiente que cruzó la barrera fue en una condición magnífica: la de liberada. Tenía entonces 29 años.

Eloísa

Carromato. Era un camión cerrado que se usaba para trasladar a las presas políticas al hospital militar o a los juzgados.
Tolete. Especie de palo de forma cilíndrica que se usaba apara golpear a las presas.
Cucaracha. Vehículo cerrado tipo camioneta en la que se trasladaban una o dos presas. También se llamaba sardina.

NUESTRA TIERRA

En realidad mis relatos son los relatos de otros. Tal vez anécdota de aquella época sean los caceroleos. Me acuerdo que en el Parque Posadas éramos los primeros en apagar la luz y empezar... siempre con miedo y siempre a escondidas.

Pero la historia que les cuento es muy cercana, pues yo me crié con dos amigas y su padre estaba preso. A través de ellas viví esos momentos de aprontar el paquete y las visitas.

Su padre estudió medicina mientras estuvo preso en Libertad y cuando salió se recibió y hoy ejerce. Pero lo más fuerte fue su salida:

Todos fuimos a esperarlo con muchas ansias. ¡Salió! ¡Por fin!

Y ahí de improviso se detuvo, se puso de rodillas y besó el suelo... la tierra... que seguía siendo suya.

Fue ahí que lo detuvieron los soldados, y le dijeron que *"No, que hoy no sale, que sale mañana"*.

EL ASADOR

Siempre fui y seguiré yendo a la casa de mis amigas con las que me crié.

A veces nos reunimos, el padre es el asador. Con el calor se saca la camiseta.

Aún hoy, después de tantos años, en la espalda, las marcas siguen siendo nítidas.

Él hace el asado... nosotros no lo miramos.

Alejandra

VALIENTE... POR MI PATRIA Y MI BANDERA
(Algo de mi historia para tus memorias)

Silencio, silencio y vergüenza me despierta aquella época. Esa clase de ignorancia que castiga el alma...

Nací en el 75; mi familia no formó parte de esa movida, al menos no formó parte activa.

Germinó en mi corazón admiración, duele admitirlo, por los militares que desfilaban en inmensos caballos por 18 de Julio en fechas patrias. El Himno Nacional que entoné mil veces en mi escuela estaba siendo también trasmitido por la tele... señores con brillantes escarapelas en su ropa lo entonaban igual que yo...

A veces no tenía ganas de pararme al escucharlo, pero mis padres lo hacían muy comprometidos, yo debía también hacerlo si quería ser como ellos... ¿y quién no quiere ser como sus padres?

—¿Qué es tupamaro papá?

—Los tupamaros son gente violenta que secuestra niños para llevárselos a Rusia.

Silencio. Espanto. Miedo. Tranquilidad... Allí êstaban ellos para defendernos de los secuestros.

Susana, mi primera profesora de historia. La primera maestra que me enseñó a pensar.

Pensar la historia fue contraponerme a valores que metí en mi cuerpo y en mi mente durante años. Enfrentarme a mi familia.

Fue fuerte el cambio, aún lo es.

¿Cómo se puede con 12 años replantearse esos valores? Es difícil sin ayuda.

Me ayudaron discusiones cargadas de llantos e impotencia con mi mejor amiga, cuyos padres no cantaban el Himno "con compromiso".

Me ayudaron los portazos, las despedidas, las elecciones.

Verde y amarillo eran bandos, no colores.

Era fútbol, no valores. Era un juego con las reglas de una sociedad que reproducía en el interior de mi familia el miedo, la represión y so-

bre todo el silencio. Y allá iba a jugarlo, en otra cancha, con mis pares, sin darme cuenta.

Mirando a mi alrededor sé que no fui la única. No es consuelo.

Hace 15 años que no me emociono con el Himno, hace 15 años que trabajo para no reproducir en mi actual familia ese silencio que pide a gritos respuestas más humanas y más dignas.

Si busco a mi alrededor historias, a veces encuentro mucho dolor apaleado en los sobrevivientes de la dictadura. Culpa por sobrevivir. Dolor profundo por no poder llorar amigos que no están.

Quizás eso que hoy algunos no pueden trasmitir tenga un efecto similar al silencio que viví en mi hogar desde niña.

Por lo menos yo tuve una oportunidad para elegir, tuve una amiga para pelearme, una profesora que me enseñó a pensar.

¿Qué pasa con los que nacieron en el 85? ¿Qué pasa con los que nacen ahora?

¿Tienen la oportunidad que yo tuve? ¿Será que saben qué sucedió? Y lo que es más aun: ¿será que saben lo que está sucediendo? ¿Hay maestros de la vida que enseñan a pensar?

Aún persiste la censura, la violencia solapada, la exclusión. Y también aún quedan maestros que ayudan a pensar. Pero son pocos y están cansados.

Quizás nuestra tarea sea continuar con esta batalla cotidiana, de despertar nuestras conciencias, ayudar a pensar. Por más que duela revisar nuestra historia... invitar a esta generación a saber qué sucedió, para que no pase más. Para que la abulia globalizada no alcance la escoba del descreimiento y la falta de compromiso con la vida... esa escoba que aprendió a barrer en el silencio y la oscuridad de la mentira, del cansancio y la desilusión.

Bea

LOS AÑOS OSCUROS

*Constanza Moreira**

Nos negamos a nombrarla. Le llamábamos el "régimen de facto", o simplemente, "el régimen", como si fuera la denominación genérica de algún orden político. Nos costó mucho usar la palabra dictadura e incorporarla al lenguaje y usarla sin pudores. Tal vez porque ésta y otras palabras habían sido expresamente prohibidas, erradicadas del uso público y condenadas a ser usadas en corrillos y en voz baja.

Con la transición democrática volvimos a encontrar palabras, palabras que se usaban dentro y fuera de fronteras: hablamos de la "ruptura de la institucionalidad democrática", o de la "suspensión del orden institucional", como si las instituciones fueran fenómenos casi ajenos a la voluntad humana, que uno podía estudiar con la paciencia de un entomólogo. Era un modo de no responsabilizar a nadie, en el fuego cruzado de las acusaciones recíprocas, en las cuales, claro está, la víctima (¿la guerrilla? ¿la izquierda? ¿los sindicatos? ¿la sociedad uruguaya?) aparecía como culpable de su propio abuso.

Un estadounidense[1] vino a decirnos, en uno de los primeros estudios que se hicieron sobre el tema (y no es casual que fuera un extranjero, con toda la legitimidad que esto confiere) que la guerrilla nada tenía que ver con la "ruptura del orden democrático". Que el golpe de Estado se había dado cuando ya toda la guerrilla había sido desmantelada. Que era una mala excusa, que era una falsa excusa. Algunos estudios posteriores vinieron a refrescarnos la memoria. Los partidos políticos, esa joya democrática de la que tanto nos habíamos enorgullecido a lo largo del siglo, fueron los responsables de esa desmovilización a marcha forzada de una sociedad protestona y disconforme. El contexto regional tampoco ayudó, claro. Sólo hizo más fácil viabilizar dentro de fronteras las soluciones autoritarias a las que nuestros vecinos, Argentina y Brasil, habían recurrido tantas veces para resolver sus contiendas. Pero aún hoy sigue siendo difícil explicar a extranjeros estudiosos del proceso político uruguayo que lo nuestro no fue un golpe militar al estilo clásico. Que aquí el golpe militar había sido dado por los civiles; por el mismísimo presidente de la República.

Los primeros que salieron a usar las palabras no fueron los académicos.

---

* Doctora en ciencias políticas, investigadora del Instituto de Ciencias Políticas de la UDELAR y profesora de teoría política.

1 Gillespie, Charles Guy. *Politicians and Generals in Uruguay*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

Fueron los poetas, como casi siempre. Luego vinieron los periodistas, los historiadores. Pero aún hoy sigue siendo insuficiente el registro que desde la ciencia política se tiene de los años oscuros y siguen faltando las explicaciones. Quizá por eso abundan tantas tesis sobre la izquierda (y casi ninguna sobre la derecha) y tantos artículos sobre los partidos (y casi ninguno sobre los militares) y tanta acumulación sobre el rol del sindicalismo (y muy poca sobre el empresariado). Todavía nos siguen faltando las palabras.

Hace ya varios siglos Aristóteles definió, sin miedo a las palabras, el medio de conservación del poder en las tiranías. ¿Qué hacen los tiranos para conservar su poder? *"Reprimir toda superioridad que en torno suyo se levante; prohibir las comidas en común y las asociaciones, ahogar la instrucción y todo lo que pueda aumentar la cultura; es decir, impedir todo lo que hace que se tenga valor y confianza en sí mismo."* El *"abatimiento moral de los súbditos"* es la clave de la tiranía, *"porque las almas envilecidas no piensan nunca en conspirar"*.[2]

La dictadura uruguaya fue insólitamente uruguaya. La escalada represiva ha sido considerada, en el concierto de las dictaduras latinoamericanas, uno de los casos más extremos de represión de la sociedad civil. En parte debido a las dimensiones y homogeneidad del país, en parte debido a la magnitud del enemigo, que comprendía la guerrilla, las organizaciones populares, los partidos políticos, el movimiento estudiantil, los sindicatos... y todos su simpatizantes.

Todos fuimos prisioneros. Los presos políticos, los que quedamos (una suerte de ciudadanos a quienes la dictadura clasificó en clases: A, B y C) y los que quedaron "del lado de afuera", unidos por la diáspora y la nostalgia. Con gran acierto, Rafael Bayce[3] llama a unos y otros "inxiliados" y "exiliados" para designar este curioso fenómeno.

Todos fuimos prisioneros. Todos quedamos marcados por el miedo. Miedo a hacer, miedo a decir. La ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado fue aprobada en el clima de miedo y la amenaza latente. Ya está, dijeron los uruguayos, convencidos por sus políticos y por el miedo, ahora vamos a mirar hacia adelante. Los presos fuera de sus cárceles y los militares en sus cuarteles. Ahora llegó la hora de los políticos. Y celebramos las elecciones de 1984 con algunas proscripciones políticas que aceptamos como una suerte de precio modesto, para volver a recuperar las "instituciones democráticas".

Pero seguimos sintiendo miedo, súbditos abatidos en su moral y en su integridad. Y aparecieron miedos nuevos. Miedo a quedar sin trabajo, miedo a ser preso en una *razzia*, miedo a que nos roben, dentro o fuera de nuestras casas. Los que están en el gobierno tienen miedo de que gane la izquierda, y la iz-

---

2 Aristóteles. *La política.* Libro VIII, Capítulo IX.

3 Bayce, Rafael. *Cultura Política Uruguaya: desde Batlle hasta 1988.* Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1989.

quierda tiene miedo de ser abiertamente de izquierda y levantar sospechas y quién sabe entonces, perder el futuro y su proyecto. Los militares tienen miedo de ser algún día juzgados, y los jóvenes tienen miedo de pasar la noche en la comisaría; los ancianos tienen miedo de que los ladrones copen sus casas, y los guardianes del orden público le tienen miedo a las manifestaciones y a las huelgas y a los agitadores de siempre. Es la cultura del miedo y se ha instalado entre nosotros para quedarse.

Alguien, sin embargo, lucra con el miedo, con el miedo nuestro, con el miedo de todos. La mejor manera de lucrar con el miedo es recurrir al afán, tan nacional y tan humano, de la seguridad. "El cambio en paz", rezaba el eslogan que sedujo a los uruguayos en las primeras elecciones democráticas después de los años oscuros.

El país ha transitado sus decisiones políticas más cruciales en un clima de amenaza constante. Primero fue la amenaza de que si juzgábamos a los militares (o siquiera, si sincerábamos los crímenes de lesa humanidad que habían acontecido durante los años oscuros) podríamos perder la frágil democracia que tanto nos había costado recuperar. De los cuatro países de la región, Uruguay fue el único que no se pudo dar "el lujo" de colocar a los militares en el banquillo de los acusados. Era un proceso difícil, claro, porque el poder civil que los apoyó hubiera quedado al descubierto. Y en Uruguay, cualquiera lo sabe, nos conocemos todos.

Después vino el miedo económico. El miedo a que el Estado uruguayo se declarara en *default*, como una empresa en quiebra. Sobre la base de esta amenaza (y bajo el influjo de los prestamistas internacionales) se decretaron ajustes, muchos ajustes fiscales, que apretaron el cinto de los mismos de siempre. Se contrajeron deudas que habrían de estrangular varias generaciones de uruguayos, y se aceptaron imposiciones (de esos mismos prestamistas) que nunca quedaron demasiado claras para aquellos que en última instancia habrían de pagarlas. Sin embargo, nunca como entonces se habló tanto de la libertad. Es la libertad del mercado, dijeron. Es la libertad del usuario. Es el "mundo libre", dijeron, ahora que todos los muros han caído. El Estado pareció entonces volverse una institución obsoleta, de la cual había que liberarse lo más rápido posible.

El miedo económico se insertó en la cultura del miedo con la perfección con que se encaja una pieza en un rompecabezas. Las críticas al "modelo de mercado" se fueron volviendo, año tras año, cada vez más tímidas. El gran experimento socialista había fracasado, y entonces, ¿qué decir? Pero no sólo del fracaso del "socialismo real" se nutrió el silencio y la ambigüedad de los críticos al modelo. El clima intelectual había cambiado sensiblemente. Y todo eso había pasado durante los años oscuros. Defender al Estado, o hablar de socialismo, conducía a cualquier pensador que se preciara a ser exiliado al peor de los ostracismos intelectuales. Alguien acuñó la frase "hegemonía del pensamien-

to único", y no hizo sino describir una verdad muy palpable. La hegemonía se nutrió del miedo: miedo a disentir, miedo a "quedar afuera" de una comunidad de sentido que se había construido allá lejos y en el Norte, en el universo ejemplar de los "desarrollados".

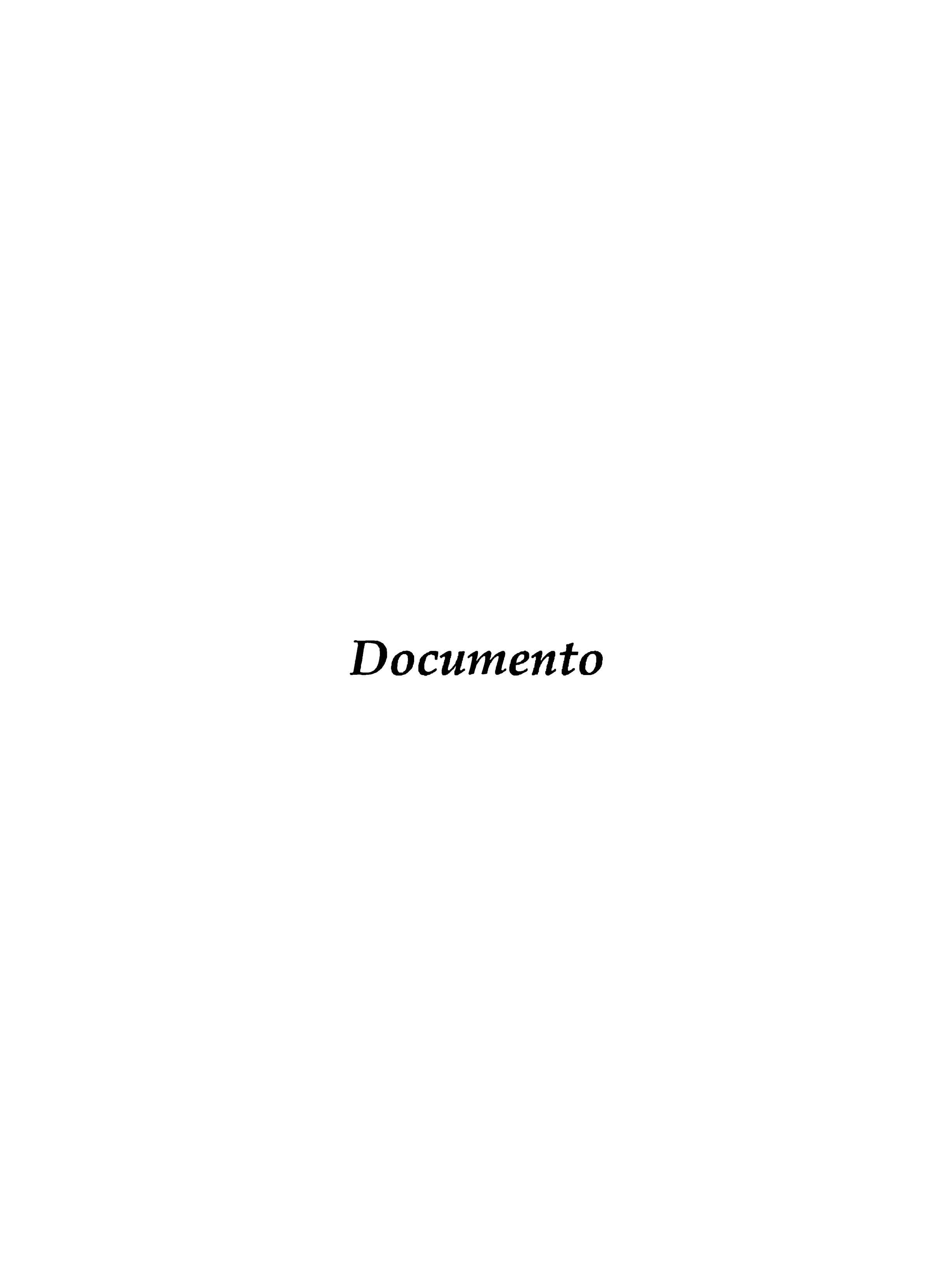
Pero luego el mercado se volvió un animal muy sensible, y cualquier movimiento podía alterarlo (una declaración pública poco feliz, el derrumbe de la bolsa de Tokio, la amenaza de una victoria electoral de la izquierda). Es la globalización –dijeron– es la globalización. Cuando Lula se anunciaba como favorito en la campaña electoral brasileña de 2003, los mercados comenzaron a ponerse nerviosos. Se disparó el dólar y el famoso "riesgo país". George Soros anunció que una victoria de Lula sería un verdadero desastre para Brasil. Y anunció sin ambigüedades que habíamos superado aquella feliz etapa en que los ciudadanos de un país eran libres de elegir su gobierno. Es el imperio –dijo– es el imperio. Dejad a los mercados elegir lo que es mejor. Lula entonces acuñó aquella magnífica frase: *"La esperanza que venció el miedo"* y ganó los elecciones. *"¿Cómo opina usted que van a reaccionar los mercados a su victoria?* –le preguntó poco después de conocido el resultado un periodista de la red O Globo–. *Mire* –dijo ese obrero al que le faltaba un dedo y que ceceaba irremediablemente–, *los mercados tienen que entender que una persona tiene que comer tres veces al día."* La esperanza, en este caso, había vencido al miedo.

Uruguay aún no ha superado ese miedo. Somos pequeños, vulnerables y, ahora sí, después de dos décadas de "libertad de mercado", nos parecemos a una empresa quebrada. Y la esperanza, ah, no es lo último que se pierde. Cuando se pierde la esperanza, todavía queda un resto: sacar un pasaje, engancharse a una red de emigrantes e irse de Uruguay para siempre. No es sólo la falta de trabajo o de perspectivas de estar mejor. Es un poco más que eso: es haber perdido toda esperanza.

Un economista muy renombrado, Albert Hirschman, dijo que los consumidores de un bien o servicio disconformes con el mismo tienen dos opciones: protestar para mejorar la calidad del mismo, o pasarse a la competencia. Si uno vive en un barrio que se degrada, porque por ejemplo se instaló un asentamiento indeseable, y tengo recursos (por ejemplo, económicos), me voy. Me mudo. Si no los tengo, protesto –explicó Hirschman–, hago oír mi voz. Me organizo, demando, lucho por mis derechos. Si el bien es tan grande como un país, también tengo dos opciones: protesto o me mudo. Quizá sea una explicación demasiado sencilla para el empuje migratorio que Uruguay viene experimentando desde hace tanto, pero tiene justamente la virtud de la simplicidad. Los de adentro protestan (una protesta siempre bajo amenaza, siempre al borde del miedo), pero algunos ya han quemado las naves. Se han ido buscando una tierra que los acoja mejor que su propia patria, esa en la que todavía viven "inxiliados". Una que de algún modo no les pertenece, como no les pertenecía antes, en el Uruguay de los años oscuros.

Cuando el Frente Amplio concurrió por primera vez a las elecciones, en 1971, había descubierto un eslogan tan simple y tan gráfico del sentir de los uruguayos como el que se hizo famoso en la campaña de Lula. *"Hermano, no te vayas, ha nacido una esperanza"*, decía. Han pasado más de tres décadas, y el eslogan sigue siendo válido, más válido hoy que nunca, aunque nadie hoy se anime a decirles a los uruguayos que no se vayan, que hay todavía una esperanza.

Desde entonces y hasta ahora hemos vivido días oscuros y días más claros, y días que podrían haber sido mejores. Pero hemos cambiado. Quizá insensiblemente, pero hemos cambiado. No hemos juzgado a los militares, pero permitimos que un ex tupamaro se siente en el Parlamento y discuta de igual a igual con los políticos. Quizá la izquierda gane las próximas elecciones y los condenados de siempre se sienten en el mismísimo sillón presidencial. No importará entonces cuán bien lo hagan (hace tiempo que en Uruguay dejaron de hacerse bien las cosas) sino el simple hecho de que estén allí y todo lo que eso implica de final y ciclo terminado. Si ello sucede, los uruguayos podrán correr el velo que los años oscuros tejieron en la memoria y en el alma, sacudirse el miedo del cuerpo y respirar más a sus anchas. Entonces, quién sabe, tal vez algunas heridas cicatricen para siempre y nuestros queridos muertos puedan descansar en paz.



Documento

Del Taller de Género y Memoria a Memoria para Armar*

Como señalara Álvaro Rico,** el grupo de Género y Memoria –responsable de Memoria para Armar– tiene algunos rasgos singulares: ostentamos nuestra identidad de ex presas políticas como hecho relevante de nuestro perfil personal, asumimos empeñosamente nuestra condición de mujeres y a mujeres nos dirigimos, actuamos colectivamente sin destaques personales; sabemos que la dictadura golpeó al pueblo todo aunque haya reservado para la militancia los castigos más duros.

Nuestra actividad gira en torno a esta idea: todas y todos tenemos algo que decir y es a ellas-nosotras, a las sin voz ni presencia en la consideración histórica, que nos dirigimos para recoger vivencias, anécdotas, recuerdos y opiniones con los que tejer la urdimbre de la memoria del período dictatorial.

La experiencia vivida por las mujeres fue especialmente ignorada, en un contexto de olvido general. Casi no existe material escrito sobre el tema. La prisión política femenina es invisible y a ello también contribuyeron las propias mujeres al no reclamar y mostrar muy poco el papel que tuvieron.

Las mujeres somos la mitad de ese pueblo que tuvo participación activa en los cambios políticos, y de ese modo queremos que nos conozcan los jóvenes. En el histórico encuentro del 31 de julio de 1997 en Arteatro, en que más de 300 ex presas políticas se abrazaron y reconocieron después de 20 años, se lanza la idea de la formación de talleres que recojan en el relato escrito las duras experiencias de la prisión sufrida. Los distintos grupos que integramos por libre elección se denominan Vivencias, Testimonios, Cronología, Salud y Género y Memoria. Las reuniones y discusiones del taller que elegimos y llamamos de Género y Memoria se iniciaron con el objetivo de impulsar el relato escrito de

---

* Ponencia del Taller de Género y Memoria en el Seminario "¿Qué hay de nuevo sobre el pasado reciente?", presentada en el Cabildo de Montevideo, el 4-7-03. Nuestro taller ha estado integrado en diversas etapas por Beatriz Benzano, Rosina Carro, Charna Furman, Martha Passeggi, Gianella Peroni, Alicia Sabatel, Isabel Trivelli, Martha Valentini, Susana Vila, Elena Zaffaroni. Estuvimos presas en distintos sectores del penal de Punta de Rieles, en distintos años. Algunas nos conocimos 25 años después de nuestra prisión. Nuestra forma de trabajo es el libre intercambio de opiniones sin orden ni autoridades. En las reuniones recuperamos, junto a los recuerdos, aquella relación directa y confiable que supimos construir cuando presas.

** *Memoria para Armar. Memoria Nómade.* Ponencia leída por el autor en la Cátedra de Unesco el 9-X-02 en el Paraninfo de la Universidad.

los recuerdos de aquellas primeras integrantes del grupo. En ese momento inicial la opción género fue intuitiva para la mayoría de nosotras, aunque dos compañeras sí tenían experiencia al respecto. Puesto que somos mujeres, como mujeres debemos pensar la memoria, dijimos; busquemos temas en los que podamos desarrollar nuestra inquietud. Durante varias sesiones debatimos sobre la maternidad en condición de prisión, tema por demás femenino, pero en seguida sentimos que teníamos que incorporar a nuestra elaboración las vivencias de otras compañeras.

Para eso planificamos y realizamos entrevistas a algunas de las que habían soportado el embarazo en las traumáticas condiciones de la cárcel, así como el parto y la crianza de los hijos en ese marco aberrante (por ejemplo en el IMES, donde las madres convivieron más de dos años con sus hijos chiquitos, que eran muchos, en un espacio reducido), la separación de los hijos, los abortos por tortura, la maternidad asumida por las abuelas y abuelos en larga cadena de amor y heroísmo cotidiano.

Estas entrevistas fueron para ellas y nosotras tan removedoras y conmovedoras que decidimos suspenderlas porque comprendimos que el testimonio debe ser no sólo voluntario sino también deseado por quien lo brinda y todavía no había llegado el momento en que estuviéramos psicológicamente prontas para poder llevarlo a cabo unas y otras.

Cuando quisimos abordar nuestras historias de presas políticas no nos fue posible pensarlas separadas del sostén de las familias y amigos, de la vecina o el proveedor del barrio clase B o C, de la joven que tenía que llevar su carné de identificación como nosotras habíamos llevado el número. De este modo nuestra visión se ensanchaba e iba desde las presas y presos a la participación de todas y todos.

Y como nosotras no nos poníamos a escribir, inhibidas tal vez por pudor o por nuestra experiencia dolorosa, pensamos que otras lograrían hacerlo y así nace nuestro llamado a todas las mujeres, cualquiera fuera su condición frente a la dictadura.

Queremos repetir que éste es el centro de nuestro pequeño aporte: el paso que dimos hacia las otras, la confirmación de que es el colectivo de muchas vidas y acciones el protagonista del heroísmo y la resistencia, sin grandilocuencias ni declaraciones.

Esta convicción fue el resultado de un proceso con altibajos; los encuentros se espaciaban, a veces languidecían, luego volvíamos a reunirnos.

Cuando hallamos la razón de ser del taller –hacer audibles las voces de todas las mujeres que vivieron la dictadura–, afirmamos nuestra continuidad.

Vino después el laborioso trabajo de escritura de la convocatoria para que todas escribieran y nos resultó tan difícil porque aún tanteábamos la idea rec-

tora. Después nos dimos cuenta de que cada taller busca y encuentra su centro en el debate, para poder llevar a cabo lo que desea.

En la medida que buscamos a las demás, instituciones y personas nos brindaron un apoyo inesperado y sin excepciones.

¡Emocionante la llegada de los primeros relatos! ¡Nos respondían! La botella tirada al mar volvía a nosotras cargada de mensajes.

Dimos el paso de un llamado abierto y el compromiso de una publicación, pero no nos proponíamos un concurso literario. Nos negábamos a llamarle concurso. Queríamos dar a conocer el testimonio directo, la vivencia pura.

Sin embargo, porque un libro tiene sus propias exigencias, fue necesario elaborar un criterio de selección ya que no se podían publicar todos los textos de una vez: ¿los relatos menos dolorosos, los más terribles, los mejor escritos, los más breves, los más comprometidos? ¿haríamos correcciones, o reproduciríamos faltas de ortografía y otros errores gruesos?

Las profesoras Lucy Garrido, Rosario Peyrou, Graciela Sapriza y el profesor Hugo Achugar debatieron con nosotras, nos aconsejaron, opinaron; se involucraron como un integrante más del taller. A todos nos sorprendió la calidad de los aportes, la sinceridad de los relatos, el valor y la entereza en cada uno de los textos. Hicimos un acuerdo: no corregir nada, cada texto se publicó como nos lo entregó la autora.

Nos convertimos entonces en editoras, aunque ninguna tenía experiencia editorial, y otra vez obtuvimos el apoyo irrestricto: diagramadoras, correctoras, fotógrafas, que no integraban el taller, nos entregaron generosamente su trabajo.

Con entusiasmo y amor pusimos en la calle el 19 de noviembre de 2001 *Memoria para Armar - uno,* que se agotó en 15 días y reeditamos enseguida; actualmente está en su tercera edición.

El 21 de julio de 2002, como homenaje a la compañera ausente, presentamos *La espera,* que María Condenanza había escrito al salir de la prisión. El 28 de noviembre del mismo año presentamos *Memoria para Armar - dos ¿Quién se portó mal?*

Memoria para Armar - tres aparece en noviembre de 2003.

El Taller Vivencias editó su libro *De la desmemoria al desolvido,* que se integró a la colección Memoria para Armar en noviembre de 2002.

Memoria para Armar - uno fue un panorama general de temas. *Memoria para Armar - dos* intentó mostrar los vínculos y vivencias generacionales que un importante trabajo de nuestra compañera Gianella Peroni, médica psiquiatra de niñas, niños y adolescentes, y psicoterapeuta familiar, analiza técnicamente. *Memoria para Armar - tres* es un aporte a la reconstrucción vivencial de los años previos y posteriores al golpe de Estado, enriquecido con artículos de reconocidas profesionales.

Nuestra propuesta permanente es la edición de los testimonios ya recibidos y los que sigan llegando y por eso mantenemos abierta en Montevideo la casilla de correo número 17485, CP 11700, donde se pueden enviar los escritos.

Decenas de compañeras han vendido los libros en sus trabajos y barrios. Nuestros hijos los difunden, sus amigos los leen. Horacio Buscaglia llevó a escena algunos testimonios de *Memoria para Armar - uno*, acontecimiento teatral conmovedor. Con motivo de los 30 años del golpe de Estado se realizó en el interior, con gran éxito, una serie de mesas redondas organizadas por SERPAJ y profesores, con la presencia de algunas escritoras. Desde el exterior piden los libros para bibliotecas y librerías. Hemos abierto una página web: www.memoriaparamar.org.uy donde, por ahora, se puede leer el primer libro; cargaremos después los demás libros y tenemos como proyecto la inclusión de todos los testimonios recibidos hasta el momento.

Los actos de lanzamiento de los libros fueron para el taller acontecimientos excepcionales porque a través de su preparación multiplicamos nuestros vínculos con artistas, personalidades y sobre todo amigas y amigos que nos rodearon en multitud, fenómeno de masas sin banderas partidarias que reforzó nuestro entusiasmo.

Vale la pena preguntarse por qué semejante respaldo. Es posible que la credibilidad de nuestro proyecto responda a las condiciones que señala Rico. Tal vez, también, porque ocupamos un espacio que estaba desguarnecido.

La prensa y la televisión nos acogieron repetidas veces y siempre quisimos aclarar y aclararnos nuestras intenciones, nuestras aspiraciones: contribuir, desde nuestra condición de mujeres que fuimos militantes y estuvimos presas, a la construcción de la memoria colectiva que nuestro pueblo se debe.

Podemos decir que ésta es nuestra preocupación central: a través del ejercicio de la memoria oponernos al discurso oficial que destruye y falsea los significados; por el ejercicio de la memoria recuperar la verdad como hecho real y como valor que la versión de los dos demonios, el olvido sistemático y la impunidad tergiversan.

Consideramos y deseamos que los jóvenes sean los destinatarios privilegiados de estos testimonios cuya totalidad, y cada uno por separado, representa (vuelve a presentar) la atmósfera de aquellos días, los valores que nos movían, las estrategias de resistencia, por boca de las protagonistas.

Si bien creemos que la memoria tiene un poder de prevención limitado –porque el tejido social de los acontecimientos es un paquete muy complejo de causas–, enseña posturas vitales que pueden constituirse para los jóvenes en su tradición y su historia, y eso buscamos. También en esto hemos evolucionado, ya

que en la presentación del 7 de junio de 2002 atribuíamos a la memoria un total poder de prevención.

Al entregar a la Universidad de la República (CEIU) todos los testimonios que recibimos y recibiremos, afirmamos la idea de que aquéllos forman parte del acervo vivencial que hará la historia del país, y en el resguardo universitario se hacen accesibles a los estudiosos y a quienes quieran consultarlos.

Nuestro desarrollo no se agota en lo reseñado. Tendríamos que hacer un aparte sobre los efectos de los testimonios en nosotras; cómo ampliaron nuestra mira; cómo nos tocaron afectivamente; cómo nos reafirmaron en lo que habíamos emprendido; cómo se expandió a nuestro alrededor en familiares y amigos la influencia bienhechora de una rememoración con sentido.

También esta actividad tuvo sobre nosotras una gran fuerza educativa porque adquirimos y racionalizamos conciencia de género. Nos impulsó a estudiar en conjunto, con la dirección de Graciela Sapriza, textos de análisis sobre memoria y género que iluminaron los materiales recibidos y editados.

El eco de Memoria para Armar es cada vez más dilatado. Ya no nos pertenece y sin embargo es entrañablemente nuestro. Todas y todos tenemos una pieza guardada que debemos agregar al puzzle de la memoria de los uruguayos.

La convocatoria a las mujeres que vivieron la dictadura uruguaya
sigue abierta.
Te invitamos a enviar tu testimonio.

Los testimonios deberán presentarse acompañados
de la siguiente información en un sobre cerrado:

Título de la obra
Seudónimo
Nombre completo
Documento de identidad
Dirección, teléfono, fax, correo electrónico
Síntesis biográfica

Se solicita el envío de un original, cuatro copias y, de ser posible, un disquete identificados solamente con un título y un seudónimo.

El original, las cuatro copias, el disquete y el sobre cerrado conteniendo la información requerida, se enviarán en un sobre a nombre de Memoria para Armar a la Casilla de Correo 17485 CP 11700 Montevideo - Uruguay.

Dirección electrónica: taller@memoriaparamar.org.uy

TE INVITAMOS A CONTAR
PORQUE A VOS TAMBIÉN TE PASÓ

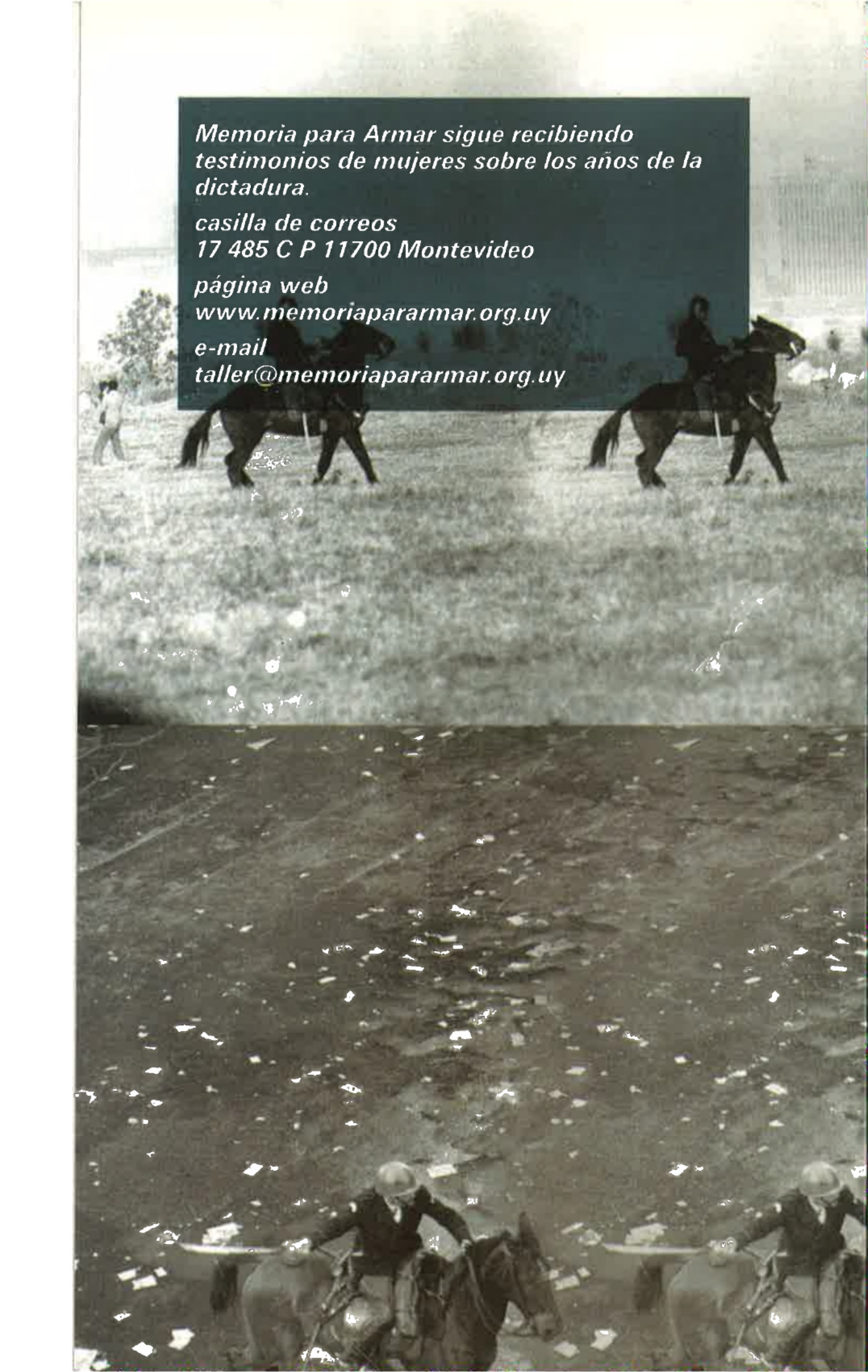
TE INVITAMOS A CONTAR
PORQUE A VOS TAMBIÉN TE PASÓ

ÍNDICE

Y SIGUIÓ POR AÑOS

PERO RESISTIMOS

Se terminó de imprimir en
Artes Gráficas S.A. - Porongos 3035, Tel. 208 8414
Montevideo, Uruguay
Dep. Legal N° 331.145/2003
Edición amparada en el decreto 218/996
(Comisión del Papel)


Memoria para Armar sigue recibiendo testimonios de mujeres sobre los años de la dictadura.
casilla de correos
17 485 C P 11700 Montevideo
página web
www.memoriaparararmar.org.uy
e-mail
taller@memoriaparararmar.org.uy



Con testimonios de mujeres que vivieron la
dictadura uruguaya nos propusimos
reconstruir la atmósfera de miedo
impuesta por el terrorismo de Estado,
y los muchos canales que la resistencia
a la opresión abrió
para volver al régimen democrático.
La trabajosa democracia trajo consigo un
cortejo de interrogantes y miedos propios,
que una vez más
debimos enfrentar y responder.
Los artículos de la historiadora Graciela
Sapriza, la politóloga Constanza Moreira,
la socióloga Susana Mallo y las lingüistas
Graciela Barrios y Pilar Asencio

ISBN 9974-39-595-X